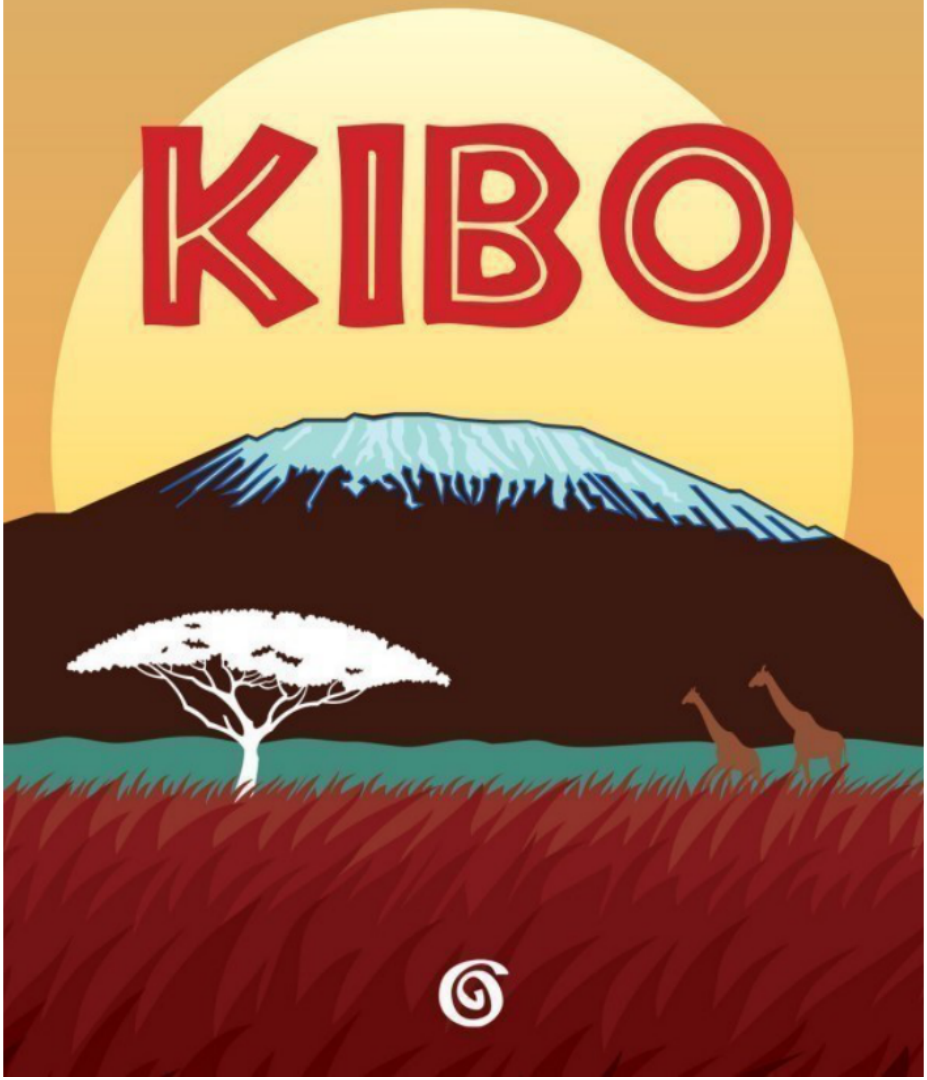
Dionisio Araújo

KIBO



Dionisio Araújo Vélez

Kibo

Sin Límites

SÍGUENOS EN

megustaleer

Me Gusta Leer Colombia

@megustaleerco

@megustaleerco

Penguin Random House Grupo Editorial

Casi
todas
las
personas
son
tan
felices
como
deciden
serlo.
Abraham
Lincoln

¿Te
acordás
hermano?
¡Qué
tiempos
aquellos!
Manuel
Romero,
tango

África Oriental, año ochenta y dos mil y pico antes de Cristo

En aquel tiempo no pasaba nada importante.

Un día cualquiera —que podría haber sido martes, jueves o domingo —, los rayos del sol, como casi siempre en el trópico, caían sobre la pradera y se esparcían sobre sus pastos de color ocre, amarillo intenso y verde aceitunado. Al fondo una delgada línea de colinas se fundía temblorosa con un firmamento sin nubes y de un azul paliducho desteñido por el calor. Muchos animales de todos los pelambres y tamaños yacían haciendo la siesta bajo los escasos árboles desperdigados por el entorno y otros se atrevían a caminar un poco, a pesar de la temperatura insoportable. A veces silbaba un vientecillo alegre que mecía los pastos, refrescaba el aire y rasgaba con tenuidad el silencio solemne de la comarca.

En un pequeño rincón de aquella sabana interminable y al lado de una corriente de aguas mansas y transparentes, crecía un bosquecito donde una manada de mamíferos un poco peculiares, porque eran los únicos que caminaban erguidos en las patas traseras y porque no tenían el cuerpo cubierto de pelo, escarbaba la tierra en busca de insectos, de gusanos y de raíces. Se parecían, al primer golpe de vista,

a esa gran variedad de monos que pueblan las llanuras y las selvas africanas y las llenan de alegría con sus chillidos y sus acrobacias, pero carecían de sus asombrosas aptitudes para trepar a las copas de los árboles y trasladarse entre sus ramas y bejucos, colgando de sus manos.

Sin embargo, eran ágiles y de movimientos graciosos. No tenían rabo y su frente era casi vertical, su cráneo desproporcionadamente grande, sus ojos más separados y vivaces y su nariz prominente. Lucían torsos musculosos, piernas gruesas y potentes y sus brazos, más bien cortos, terminaban en manos pequeñas y desprovistas de garras que tenían el pulgar opuesto a los otros dedos, lo que les permitía una gran habilidad en la manipulación de pequeños objetos.

Mientras estas criaturas retozaban y sin que nada lo hubiese presagiado, el cielo se ennegreció y una tempestad estrepitosa se desató abruptamente. Era una borrasca de esas propias del trópico que infunden pavor y ganas de correr. El viento ya no silbaba sino que rugía y, como iracundo, embestía los baobabs —esos árboles de troncos gordísimos y ramas tan pequeñas que parecían una caricatura —, hamaqueaba las acacias de brazos retorcidos y amenazaba con derribar a los unos y a las otras, que se resistían con estoicismo.

Todo se puso de un gris pizarra muy oscuro, lo que hacía más brillantes y asustadores los fogonazos de los rayos, y el ambiente retumbaba sin ritmo como si un principiante aporreara unos timbales gigantescos. El agua que corría por la pradera formaba caudales amenazantes y fangosos.

Los integrantes de la manada de primates lampiños permanecieron paralizados al amparo del bosquecillo, confiados en que aquella tormenta pronto cesaría y que la calma volvería. Pero intuían que la temporada de lluvias había llegado y que era tiempo de buscar tierras más altas para evitar las inundaciones. Apenas escampó, como si aquello fuese una señal convenida, se levantaron todos al tiempo y emprendieron la marcha, saltando charcos, hacia la montaña cercana, cuya cumbre permanecía cubierta por la nieve, y treparon por su ladera.

La vida en las alturas no era tan placentera y fácil como en la sabana. Era menos rica en frutos y se podía cazar menos, y su

superficie pedregosa dificultaba los desplazamientos y con frecuencia les infligía heridas y úlceras en los pies descalzos. Pero les brindaba mejor protección frente a los embates de las lluvias y las inundaciones. Muchos de los animales con quienes compartían los pastos de la llanura también migraban hacia las tierras altas, que se convertían en una especie de campamento de vacaciones. También subían los depredadores y era necesario, como siempre, guardar vigilancia constante.

Allí permanecerían muchos días hasta cuando las condiciones mejorasen. Tendrían las mismas ocupaciones de siempre: buscar alimentos, juguetear, dormir, acariciarse. Todo era monótono y repetitivo y sucedían pocas cosas dignas de contarse. No había noticias ni quién las transmitiera, ni grandes catástrofes, ni asesinos en serie, ni enredos políticos, ni competencias deportivas, ni líos de farándula… nadie estaba de prisa nunca.

Una mañana soleada uno de los miembros jóvenes de aquella especie de tribu decidió aventurarse hacia la cima nevada de la montaña. No era frecuente que lo hiciesen porque en esa cúspide, aparte de frío intenso, casi no se encontraba nada que valiera la pena. Pero la altura ofrecía un espectáculo fantástico y contemplar la lejanía producía una inusitada sensación de grandeza. Mirar lejos siempre ha sido fascinante, y el panorama desde aquellas cumbres era maravilloso con sus picos, como coronados por guirnaldas de nubecitas, en toda la gama de verdes y azules y todas esas figuras caprichosas que dibujan en las laderas de las montañas los pastos, los árboles, los matorrales y las rocas. A lo lejos, la pradera infinita de donde habían venido perdía la fuerza de sus pigmentos y se convertía en un diseño alocado de manchones de diferentes tonalidades azulosas.

El joven explorador tenía aquella delgadez propia de quienes comen frugalmente y se ejercitan mucho, pero era fuerte y ágil como un venado, lucía una piel dorada y ojos agrisados e inquietos en un rostro de hermosas líneas, circundado por pelo crespo y muy negro que caía hasta los hombros. Siempre, sin saber por qué, había querido alcanzar aquella cima, cuyo ascenso se encontraba salpicado de hermosas flores moradas y de plantas curiosas que jamás veía en la pradera y que se destacaban sobre la blancura de la nieve. Aquella escalada era un

desafío.

No lograría llegar al destino programado. A medio camino, y desacostumbrado a caminar por terrenos helados, resbaló y rodó dentro de una hendidura profunda. En su caída, al tratar de aferrarse a la pared del monte con angustia, arrastró consigo un montón de barro y piedras que lo sepultaron de inmediato. Más tarde cayó la nieve. Muchísima nieve durante muchísimo tiempo.

Sus compañeros notaron su ausencia después de un rato y lo buscaron sin resultado por varias horas. Chillaron y chillaron tratando de obtener una respuesta pero sólo contestó un silencio inescrutable. Desconsolados, abandonaron la tarea porque supusieron que el desaparecido, como era absolutamente normal, había resuelto apartarse del grupo y emprender su vida independiente.

Aquello ocurría con frecuencia. Volvieron a su monotonía habitual y se olvidaron del sepultado…

Parte I

Capítulo 1

Un
viaje
de
mil
millas
comienza
con
el
primer
paso.
Lao-
Tsé

Corría el año 2036.

Aquello podía enloquecer a cualquiera. Laura Andrews, una de las periodistas más reconocidas de los Estados Unidos, no sólo por su talento y hermosura sino porque en el último par de años la publicación de un *best seller* que deslumbraba al mundo la había trepado a la cumbre de la gloria, había sido condenada a cinco años de prisión y estaba recluída en la celda 23 del Centro de Detención de Camp Verde, en el Condado de Yapavai, cerca del Gran Cañón del Colorado. Yacía en un camastro vergonzoso con todos sus sueños y su buen nombre deshechos, junto con las ilusiones aporreadas de miles de seguidores que habían creído en ella.

Esta historia había comenzado en 2020 con un viaje al África.

El enorme Boeing de cabina ensanchada aterrizó envuelto en el tronido de sus turbinas en la pista del Aeropuerto Internacional del Kilimanjaro.

Laura Andrews desabrochó su cinturón de seguridad y estiró meticulosamente sus músculos adormecidos por el largo viaje. Todavía le quedaban una espera de más de dos horas en el aeropuerto y otro vuelo de algo más de una hora para llegar a su destino.

Después de reclamar su equipaje, que recomendó a los encargados del mostrador de British Airways, dio una caminada por los jardines del aeropuerto, sorprendentemente bien cuidados, y con un café caliente en la mano disfrutó con fruición de las flores rojas y moradas, y del césped recortado con finura. Luego se sentó un rato a la sombra de una acacia añosa y rememoró esos últimos meses de su vida que pasó explorando en internet montones de folletos y guías turísticas para encontrar un viaje que la ayudara a llenar sus vacíos y a mitigar el descontento que la agobiaba desde hacía varios años y que la había llevado a la decisión reciente de romper su matrimonio.

Veinte años atrás, cuando era una universitaria, Laura había experimentado, después de una ruptura amorosa, una sensación de vacío muy similar a la que ahora sentía y pudo remediarla con un paseo a las cataratas del Niágara acompañada de un grupo de amigos. A duras penas recordaba el nombre del noviecito de entonces pero tenía claro que el paseo le había sido útil para consolar la pena. Y como ahora la sensación de insatisfacción era mucho más grande y había durado mucho más tiempo —diez años de matrimonio—, decidió simplemente ir mucho más lejos y por un tiempo más prolongado. Lógica elemental…

Quizás el escogimiento final de su destino fue obra del azar.

Por una parte, desde cuando vio un hermoso documental de National Geographic sobre el Serengueti, le habían dado ganas de visitar aquel lugar. Y por esos días leyó que las nieves del Kilimanjaro estaban a punto de desaparecer para siempre y eso la motivó a ver, en medio de su crisis existencial, la vieja película basada en la novela de Hemingway que cuenta la historia de Harry, un escritor que delira bajo la atención enamorada de Helen, su mujer, después de haber resultado severamente herido en un accidente de cacería.

Cuando vio la película, protagonizada por Gregory Peck (qué hermoso era, pensaba Laura) y Ava Gardner, con sus inolvidables ojazos verdes, supo que si continuaba buscando adónde ir y no se

resolvía pronto, podría terminar asaltada por un impulso de arrepentimiento en su decisión de divorciarse de Mathew Richards y no tenía ganas de que eso pudiese ocurrir. Ese pensamiento precipitó su determinación: iría a África. “Lo mejor es enemigo de lo bueno”, recitó para sí, como siempre hacía cuando se enfrentaba con una disyuntiva complicada, y, al fin y al cabo, de lo que se trataba era de alejarse una temporada de su trabajo y de su exmarido. Cualquier lugar servía para ese propósito.

Con premura, como asaltada de repente por una necesidad inaplazable, compró los tiquetes y alistó el equipaje rumbo a la República Unida de Tanzania, en la costa Este de África Central, que además de sus paisajes magníficos ofrecía el atractivo de haber sido escenario del descubrimiento de los fósiles humanos más antiguos, incluidos restos que los científicos —siempre con sus trabalenguas— habían bautizado con nombres tan enrevesados como Paranthropus, Homo rudolfensis y Homo habilis. ¡La cuna de la humanidad!

Permaneció sentada un buen rato con la incoherencia de sus recuerdos y más tarde, con otros once pasajeros, abordó una avioneta que los llevaría al Parque Nacional Serengueti. Desde el aire admiraron, con los ojos y la boca bien abiertos, la magnitud de la meseta que conforma gran parte del país y su cadena montañosa y volcánica.

Fue un vuelo apacible, divertido. En Nueva York se habían quedado muchos asuntos como las elecciones de Congreso, las multas a los bancos, las precandidaturas presidenciales y las negociaciones y las protestas de los gremios, que en este momento le importaban un comino.

Aterrizaron en medio de una nada profundamente verde y tomaron luego un camino de trocha que los llevó al hotel Singita Faru Falú Lodge, donde los recibieron con café, té y entremeses. Laura había visto algunas fotografías de aquel albergue mimetizado con la naturaleza de manera muy bella y comprobó la presencia de las ocho cabañas construidas en guadua y piedra, y monumentales ventanales con vista a la inmensidad del Serengueti y con aire acondicionado, lujosas bañeras y ducha al aire libre. Ya en su cuarto se lavó la cara con agua fresca y se tumbó en la cama, donde quedó fulminada hasta

el día siguiente.

Muy temprano salió vestida de safari —se sentía como disfrazada— y se encontró con sus compañeros de aventura que la acogieron con una gran excitación y sonrisas de oreja a oreja.

Un jeep los esperaba.

A pesar de todos los videos que vio después de tomar la decisión de ir a África, presenciar aquella inmensidad en vivo y en directo excedió todas sus expectativas. Un júbilo de chiquilla la invadió. Respiró muy hondo. Le parecía mentira haber dejado su oficina, donde vivía rodeada de escritorios, reuniones urgentes, gente atareada, computadoras y dispositivos electrónicos, y encontrarse ahora en medio de leones, elefantes, rinocerontes, leopardos, búfalos, hienas, guepardos, gacelas, cebras, aves rapaces y muchas otras especies que ni siquiera lograba identificar.

Laura había leído que el Serengueti era escenario de las famosas migraciones de ñus, esos monstruos casi cómicos, de aspecto desgarbado —un cruce entre bisonte, vaquilla y antílope—, con crines enmarañadas y larga cola de caballo, que todos los años invariablemente viajan más de ochocientos kilómetros, acompañados de cebras y gacelas, en una competencia demencial contra la sed y el hambre, en la cual arrostran incontables peligros y encuentran la muerte doscientos cincuenta mil de ellos, en las garras de los depredadores o ahogados en los ríos que tienen que atravesar. No podía perderse aquella epopeya maravillosa. Por eso había viajado a África en el mes de julio, para ver al menos un grupo de ese millón y medio de aventureros.

Laura era una mujer radicalmente urbana que apenas tenía contacto con animales, ni siquiera domésticos. Su mayor acercamiento a ellos se daba cuando visitaba a su amiga Anne, quien vivía en un formidable apartamento con dos gaticos persas de pelo esponjado color miel y nariz chata y negra que se llamaban Silvestre y Luna.

Disfrutaba de la compañía de Anne porque su amiga siempre la miraba a los ojos, se interesaba en sus asuntos y poseía ese desenfado propio de las jovencitas, pese a que ya rondaba los cincuenta. Laura siempre, con algo de reluctancia, acariciaba a los felinos durante la media hora que permanecía allí, mientras llegaba el momento de salir

a cenar, a tomar un martini o ir al gimnasio adonde llegaban casi siempre a pie, rara vez en taxi o en auto, porque preferían entrar en el juego de esquivar la estampida de vehículos que participar en ese zambapalos brutal de cláxones, frenazos y personas ansiosas por llegar a su destino.

Recordando ahora en el Serengueti aquel bullicio urbano se preguntaba quiénes serían los verdaderos salvajes: estos animales que pastaban con calma, respeto y concordia absolutos o sus conciudadanos corriendo y gesticulando como dementes, tratando de llegar a cualquier sitio, de embutirse a empellones en un vagón del *subway* o de obtener mejor puesto en un teatro o un restaurante de moda.

La contemplación del espectáculo de vida agreste al natural suscitaba en Laura las más disímiles y encontradas reflexiones. La conmovían, ante todo, la tranquilidad y la armonía que allí imperaban. Todas aquellas bestias pacían unas al lado de otras sin envidia ni recelo. Ninguna arrebataba a otra el alimento que obtenía, ni acumulaba cantidad alguna para otra ocasión. Quizás no se amaban —pensó—, pero eso parecía. Eran de las más diversas especies y sin embargo se respetaban las unas a las otras.

Allí no había diferencias por razones de raza, color o tamaño, ni existía discriminación por alcurnia o riqueza. Gacelas, ñus, búfalos, cebras, jirafas, elefantes y otros se mezclaban sin reparos y sin leyes. Resultaba hasta gracioso para Laura pensar que ni siquiera se criticaban. Se aceptaban unos a otros sin condiciones.

Y se aceptaban a sí mismos. Vivían conformes con su naturaleza y ninguno de ellos sufría —o por lo menos, esa impresión daba— por su aspecto físico o por sus limitaciones atléticas. Nadie era rechazado por feo —¡y los ñus eran horribles!—, por gordo o por negro. Y las clases sociales, que a los humanos tanto nos mortifican, eran inexistentes. Todos eran perfectamente pobres. Ninguno de ellos poseía nada. Y, sin embargo, nada les faltaba.

Laura pensaba en lo diferente que era todo aquello de la vida de los humanos que viven buscando algo, sufriendo porque no tienen suficiente, acomplejados por su apariencia, con envidia de los logros o las propiedades ajenos y en una lucha perenne por ser mejores que sus

semejantes o por alcanzar poder y dominar a los demás. Tan llenos de ropas, pertenencias, *gadgets* y maquillaje.

Siempre obsesionados por ser más ricos o más sabios o más altos o delgados y persiguiendo la escurridiza felicidad que aquellas bestias parecían haber alcanzado sin esfuerzo. En el Serengueti esa preocupación no existía. Los animales vivían sin afanes y morían sin aspavientos, cuando les llegaba la hora, sencillamente. Sin prolongar de manera artificial su existencia con menjunjes, aparatos o impagables tratamientos clínicos. Seguro jamás se preguntaron si la eternidad existía y si habrían de ser premiados o castigados por sus buenas o malas acciones. Ese tema —tan presente en la vida de los hombres— a aquellos seres no les producía frío ni calor. No los desvelaba en lo más mínimo. Bienaventurados.

Aquella paz sólo la alteraba, ocasionalmente, la aterradora aparición de los depredadores. Las enormes manadas que allí pastaban sabían de la existencia de aquellas amenazas. Pero ello no perturbaba su transcurrir ni les impedía disfrutar de los pastos.

Cuando el cazador irrumpía se producía una batahola impresionante. ¡Sálvese quien pueda! Cebras, venados, jirafas y ñus corrían como locos en todas las direcciones. Ineluctablemente alguno, casi siempre el menos hábil, caía en las garras del atacante. Y la calma retornaba. Aquel acontecimiento sangriento era aprobado por la multitud animal como una especie de sacrificio a sus dioses desconocidos. Pero leonas —porque ellas son las cazadoras— y guepardos jamás capturaban más animales de los que su supervivencia exigía.

En aquel acto estremecedor no existían crueldad ni codicia, y las fieras no se aprovechaban de su innegable superioridad física para esclavizar a los otros animales o formar con ellos rebaños cautivos. Los herbívoros vivían de los pastos y los carnívoros de los herbívoros. Una ley que nadie discutía ni cuestionaba. Nadie se atormentaba tratando de encontrar explicaciones ni se lamentaba de la injusticia de la vida. El agresor ni siquiera era acusado judicialmente ni puesto en prisión o condenado a pena de muerte.

Laura Andrews se desempeñaba en su vida ordinaria como editora

de la revista *P&E*, una de las más importantes publicaciones de política y análisis económico de la ciudad de Nueva York. Si sus colegas la hubieran visto en aquel momento, vestida con ropa informal y unas zapatillas deportivas de color fucsia, con el pelo recogido en un gran enredo en la cima de su cabeza y sin una gota de maquillaje, jamás la hubieran reconocido. Allá en su mundo profesional la prestigiosa reportera utilizaba prendas provenientes de alguna de las tiendas de las más famosas calles comerciales del mundo, los Campos Elíseos, la Vía Condotti, o la Quinta Avenida.

Siempre exhibía estilizados tacones, el pelo arreglado con exquisitez y un intencionado descuido. La última línea de maquillaje de temporada disimulaba con sutileza las imperfecciones de su cara un tanto descolorida y alargada. Era intimidante y exitosa: la envidia de las mujeres. Tenía, a primera vista, el trabajo perfecto, el esposo perfecto, el apartamento perfecto, e incluso un cuerpo envidiable. Era una mujer de ideas, una periodista destacada por su trabajo en el campo del análisis político y financiero, que contaba también con un gran reconocimiento por sus crónicas y entrevistas a personajes de todo el mundo y más de un millón de fans la seguían en las redes sociales.

Muchos le decían que al verla en fotos parecía más una estrella de Hollywood que una periodista. Ella apenas sonreía divertida, y respondía que jamás había ocultado ante nadie su natural inclinación hacia todo lo relacionado con la belleza y los placeres. “Desde muy joven hice un pacto con la moda y no pienso romperlo jamás”, decía a los cuatro vientos.

No obstante, había algo que, durante largos años, ninguna de las personas que la rodeaban supo, ni siquiera su familia ni su esposo, el exitoso corredor de bolsa Mathew Richards.

Laura no era feliz.

Pasaba noches en vela tratando de adivinar qué le podía faltar, si realmente lo tenía todo. Trató de embolatar esa sensación con ejercicios aeróbicos, compras, grupos de lectura, clases de cocina, pintura, guitarra clásica, pero no lo consiguió. Algo en su vida no andaba bien. No era capaz de confesárselo a nadie, ni siquiera a sí

misma ante el espejo —el confidente por excelencia—, porque comparadas con el drama de millones de personas que vivían en países en guerra y que se debatían en la miseria, y de tantos miles de niños que morían cada día de hambre, sus angustias eran ridículas. Nadie las habría considerado dignas de atención.

Esa zozobra la acosó durante años y se manifestó de muchas formas, con cansancio y falta de energía, una permanente sensación de vacío, sentimientos de inutilidad, inapetencia y, sobre todo, un gran desánimo por su presente y su futuro.

Finalmente no soportó más.

En medio de la celebración sorpresa de su cuadragésimo cumpleaños, en su espacioso apartamento, les comunicó a todos sus conocidos, colegas, amigos y familiares que era el momento de encontrar aquello que le hacía falta a su vida.

Todos allí pensaron que se trataba del yoga, o de algún tipo de meditación de la Nueva Era, como solían hacer hombres y mujeres en la ciudad cuando se encontraban en esa situación comúnmente denominada *midlife crisis*. Para desconcierto de todos, Laura informó la decisión de divorciarse de su marido —que fue el mayor sorprendido —, con quien llevaba más de diez años de matrimonio. Al día siguiente contrató un abogado, a quien dejó encargado de los trámites legales, pidió una licencia en su revista e inició el proceso de planear un viaje por algún lugar lejano y espiritual que le ayudara a redescubrir quién era y qué le causaba la zozobra que sentía.

No contó, por supuesto, que lo que terminó de catalizar su decisión fue una aventura pasional intensa que tuvo unas semanas atrás en París con un colega, durante los días de otra de esas tantas reuniones de presidentes de países importantes (siempre las llamaban “cumbres”) para analizar —otra vez— el asunto del retiro de la Gran Bretaña de la Unión Europea (desde el tal Brexit lo volvían a analizar cada año) y el tema del estado deficitario de las economías griega y española (que también se estudiaba anualmente). Fueron cinco o seis jornadas de periodismo intenso y noches de juerga insaciable. Julien Bourdier (que era el nombre de su cómplice de amores, a quien nunca le contó que era una mujer casada) le mostró el porqué de la fama de los franceses en las artes del erotismo.

Sentía en aquel período de su vida que su corazón y su matrimonio comenzaban a desmoronarse y se dejó seducir, sin mucha resistencia, por el juego de la infidelidad. Laura se disculpó consigo misma diciéndose que si su relación con su marido no estuviera tan deteriorada jamás habría sido capaz de caer en una aventura sexual semejante.

Julien la había abordado de manera muy natural el primer día de trabajo en París mientras almorzaban en un restaurante cercano a la sala de prensa. Sonriente, se sentó junto a ella para decirle en un inglés pausado (habría que decir que fue muy riguroso en la vocalización de cada sílaba): "Jamás había visto una norteamericana que llevase tan primorosamente un Chanel. Hola, mi nombre es Julien Bourdier".

Ella sonrió mientras extendía su mano para presentarse en francés, también fue prolija en la vocalización de cada una de las sílabas por temor a equivocarse, y claro, para congraciarse con el guapo colega: "Gracias, encantada de conocerte, mi nombre es Laura Andrews, de Nueva York".

A Laura le atrajo que Julien vistiera camisa y chaqueta de cuero negras, prendas que acentuaban una palidez algo vampírica, y el diseño de sus labios enmarcados por una barba oscura con algunos toques rojizos, cerrada y de apariencia suave. Su pelo castaño desordenado, su sonrisa de niño con los dientes sanos, grandes y un poco desalineados, y una mirada que desbordaba chispa, la llevaron a aceptar su propuesta de ir esa misma noche al restaurante favorito de Julien.

Cenaron pato al estilo pequinés y bebieron dos botellas de vino tinto mientras se desternillaban de risa haciendo chistes políticos. Más adelante se contaron sus viajes por el mundo, sus infancias, sus preferencias musicales, las películas y los libros que habían marcado sus vidas. Entre copa y copa y risa y risa se acercaron cada vez más, hasta terminar en el pequeño y hermoso apartamento de Julien a dos minutos del Moulin Rouge.

Aquella historia breve hizo que Laura se diera cuenta de que encima de todas sus congojas, padecía de una agudísima insatisfacción de sus sentidos que la habían hecho pensar, antes de conocer a Julien, que

había entrado en una suerte de menopausia prematura.

Laura repasaba con recurrencia la historia de su relación con Mathew, no tanto porque el pasado la obsesionara o quisiera borrarlo, sino porque habría querido identificar el instante, el gesto, el pensamiento, el suceso, cualquier cosa, que provocó que su matrimonio empezara a agrietarse. La joven inquieta y de espíritu aventurero que había sido alguna vez, con alma independiente e impetuosa, se había convertido, en cuestión de una década, en la personificación femenina de la abulia y del conformismo. Hasta su libido se había esfumado.

Su drama existencial parecía no interesar demasiado a su marido, para quien los sentimientos de angustia de su esposa no generaban ninguna turbación, ni siquiera un mínimo interés. Ese asunto, según él, era de naturaleza hormonal o producto de la proverbial veleidad femenina.

Antes de casarse ella había iniciado su carrera de profesional de la comunicación en una anodina revista de análisis político y económico donde recibía un reconocimiento y una retribución monetaria aceptables. Seis meses después de ocupar ese cargo conoció a Mathew Richards en un coctel organizado por la revista. Justo en esa época se sentía sola, profundamente sola.

Ese terrible sentimiento comenzó a perturbarla, por lo que inconscientemente, y desde el primer instante, se prendó de Mathew, de sus ojos verdes y achinados que le recordaban los del primer muchacho que le gustó en la vida, cuando cursaba primer grado de secundaria. Se entusiasmó con esa sonrisa blanca que Mathew exhibía más por automatismo que por alegría.

Un amigo común los presentó y al poco tiempo se convirtieron en un par de novios estereotipados que cenaban juntos dos veces por semana, asistían a lanzamientos de productos, cocteles, inauguraciones de galerías e, incluso, a algunas reuniones familiares. Laura y Mathew creyeron, por fin, haber acabado para siempre con la fatigosa búsqueda de pareja.

Cuando ella consideró que ya se conocían lo suficiente le propuso matrimonio —sin mucho protocolo— en un viaje relámpago a California para alguna Navidad. Cuando lo vio en retrospectiva, Laura

se dio cuenta de que había decidido casarse no porque estuviera racionalmente convencida, o porque un impulso de pasión indómita la hubiera conducido por este camino, sino porque era el paso que correspondía.

Las costumbres lo ordenaban. Tocaba casarse. Mathew se mostró de acuerdo y ocho meses más tarde entraron en la iglesia y se prometieron, el uno al otro —no faltaba más—, amarse y respetarse hasta el final de sus días. Fue una ceremonia sobria e íntima. Casi clandestina. Apenas los amigos más cercanos y las respectivas familias.

Ella lució un sastre muy sencillo de lino color perla con un velo de organdí bordado que había sido de su madre —que insistió en que lo usara porque lo había guardado especialmente para esa ocasión— y un precioso ramo de rosas rojas muy oscuras amarradas con un moño blanco. Él vestía el todavía tradicional vestido de boda de los norteamericanos de chaqueta de cola gris nevado y pantalón de rayas, chaleco y una bellísima corbata de lazo decorada con un botón de plata. Luego cena, champán, discursos chistosos, baile, aguacero de arroz y luna de miel. Todo tal como lo ordenaban los libros no escritos de la sociedad.

Los primeros años transcurrieron sin sobresaltos y con mucha actividad sexual.

De pronto, y sin que nadie pudiera explicarse los motivos, todo aquel paraíso empezó a ensombrecerse.

Su matrimonio se había convertido en un estupefaciente. Laura se veía a sí misma como una criatura que se mantenía en estado de vigilia pero incapaz de responder a los estímulos externos, como si la verdadera conexión con su propio ser, con el mundo y con todo lo que alguna vez la colmó de inquietudes, se perdiera en medio de los desayunos bursátiles con Mathew, en sus almuerzos entorpecidos por llamadas de *brokers*, o en sus soporíferas cenas que no le producían sino bostezos (que tenía que disimular) y deseos infinitos de ir a casa y descansar. Su actitud displicente en aquellas reuniones merecía, se da por descontado, agrias recriminaciones por parte de su maridito.

La idea de la separación comenzó a germinar una noche en la que Laura le pidió a Mathew unos minutos para hablar de *algo importante*. Él, que había estado al teléfono por más de una hora, le solicitó, casi la

conminó, que aguardase a que terminara sus inagotables conversaciones, que obviamente eran mucho más importantes que sus necedades (las de Laura, claro), pero después de colgar, Mathew se cepilló los dientes, se acostó y le dio la espalda. Al día siguiente salió para su oficina sin mencionar nada.

Mathew vivía con Laura pero ya no la veía. En algún instante durante esos primeros cinco años de convivencia ella había desaparecido. Representaba sólo un promontorio en la cama durante la noche, alguien con quien salir a un coctel para conversar con sus colegas sobre el índice Dow Jones o la situación de los Yankees de Nueva York. "¿Será que la vida no es sino esto?", se preguntaba Laura en cada desayuno con Mathew.

Los seres humanos —reflexionaba— somos los únicos animales que fabricamos nuestra propia jaula y nos encerramos voluntariamente en ella.

Y no es solamente el matrimonio lo que nos aprisiona, pensaba Laura. También el trabajo, el círculo social, la ciudad, la política, las obligaciones religiosas… ¡tantas cosas! Qué bueno sería liberarse, resurgir, ver la luz del día. Su espíritu independiente se hacía cada vez más intenso. Comenzaba a asomar en ella el ancestro nómada. "Yo no quiero tener ninguna atadura", cavilaba. "La mayoría de la gente que está casada ni siquiera sabe que es infeliz. Aceptan su condición como algo inmodificable. Como aceptan un jefe odioso o una ciudad irritante".

Habría deseado empacar las maletas alguna noche y salir sin rumbo (ahora comprendía por qué con frecuencia su madre decía que "tenía ganas de salir corriendo"), pero sabía que no era prudente, quería pensarlo mejor, al menos un par de meses más, que se convirtieron en años.

La decisión en apariencia intempestiva que divulgó en su fiesta de cumpleaños se había fraguado, entonces, en su cabeza desde hacía mucho tiempo. Se había cuidado de comentarla porque intuía que sería tachada de loca. Su matrimonio lucía perfecto, envidiable. No había problemas financieros, ni de malos tratos, ni de infidelidades.

Pero el matrimonio —no "su" matrimonio, sino la institución—

estaba muy distante de ser lo que ella esperaba. Quizás fue diseñado para otro tipo de personas, para otras épocas y otras circunstancias —reflexionaba la periodista—. Para cuando la mujer se veía confinada en las tareas del hogar y en la crianza de los hijos y era constreñida a aceptar las decisiones del esposo. Laura recordaba que no hacía tanto que se llegaba incluso a pensar que las mujeres no tenían alma. Y habían transcurrido pocos lustros desde cuando se les reconoció el derecho a la opinión, al voto y a la administración de sus bienes. En ese escenario el matrimonio tenía sentido: el hombre mandaba y la mujer obedecía y toleraba hasta las golpizas y las infidelidades o la dilapidación de su patrimonio. Así estaba ordenado.

Ahora las cosas eran distintas. Las sucesivas "conquistas" de las líderes feministas habían modificado el decorado y, con la igualdad de géneros, la vida en pareja se había convertido en una mesa de negociaciones permanentes o en un campo de batalla insoportable. Todo había que discutirlo: desde lo simple, como la comida de la noche (casi nunca se almorzaba ya en la casa), o el informativo de televisión que debía verse, hasta lo complejo, como el lugar de residencia o el auto que debía adquirirse.

Y, por supuesto, casi cualquier decisión dejaba algún sinsabor y un campo arado para las recriminaciones. Alguien se sentía vencido de alguna manera y con derecho a reclamar si las cosas no salían bien y permanecía agazapado como esperando que el fracaso ocurriera para poder pronunciar el terrible "yo te lo advertí"… Ese reiterativo renunciar a los anhelos propios o transigirlos en aras de la armonía le resultaba extenuante. Dejaba, gota a gota, un poso espesísimo de insatisfacción. El matrimonio, pensaba Laura, era renunciar a la autodeterminación.

Y eso era lo que la atormentaba. ¿De qué servían todos sus estudios y lecturas y su éxito financiero si no podía tomar sola la más elemental de las decisiones? ¿Si todo lo que pensaba o decía era juzgado y criticado con severidad?

Se cuestionaba con frecuencia si toda aquella epopeya de la liberación femenina había valido la pena. Sin duda —y eso lo comentaba a veces con sus amigas— esa gesta constituía una de las revoluciones culturales más significativas de la historia y había sido

posible (¡quién lo creyera!) gracias al descubrimiento de las píldoras anticonceptivas que permitió a las mujeres hacerse al control de su capacidad de procreación. Y claro que habían ganado en importancia, en participación en lo económico, en lo político… Pero ¿no será que habían pagado un precio muy elevado?

Hoy las mujeres y los hombres dizque eran iguales (aunque fuera mentira), y eso demandaba una revisión de su vida personal. No quería malgastarla en una eterna discusión y se rebelaba ante la perspectiva de un futuro gelatinoso sembrado de insatisfacción y hastío. ¡Qué pereza!

Y todo era aún más absurdo si no se tenían hijos. Los hijos le habrían dado algún sentido a aquella desazón. Podría existir una razón para soportarla. Pero Mathew no quería tenerlos. No, por lo menos, mientras no tuviesen estabilidad financiera. Pero ¿quién definía *estabilidad financiera?* Nunca lo supo. Ese era otro debate interminable. Lo único que Laura sabía era que a pesar de los enormes progresos que Mathew y ella habían alcanzado sobre la materia económica todavía no eran suficientes, a juicio de su marido.

Ahora ella misma, que siempre sostenía que ya habían amontonado suficiente dinero, ya no sabía si quería tener hijos. Lo había querido, pero eso había sido muchos años atrás. Embarcarse en esa empresa ya le producía pavor. No por la crianza de los niños, que la enternecían, sino por el tedio de prolongar aquella situación conyugal que la acongojaba. Si tuviese hijos seguramente ya no sería capaz de tomar la decisión de divorciarse. Quizás los niños le darían un sentido a sus privaciones, pero no estaba dispuesta a correr ese riesgo. Y, qué diablos, si los seguía deseando podría tenerlos sola en el futuro. O adoptar uno… Ya innumerables mujeres lo hacían y se veían realizadas y plenas. Envidiables.

¿Qué pasaría con los amigos si se divorciaba? Ese asunto no dejaba de asustarla. Las parejas divorciadas que conocía habían padecido dolores grandes por ese tema. Los amigos las juzgaban. Tomaban partido. Censuraban. Muchos se perdían. Quizás si se iban a perder no valían mucho la pena, se decía para consolarse. Y otras cavilaciones la desvelaban: las familias. ¿Qué dirían? Temía, en especial, la reacción de su madre religiosa y tradicional.

¿Y las cosas? ¿Cómo dividirían las “cosas”? Ese montón de objetos que se van acumulando con el curso de los años y que nos resultan tan queridos, casi indispensables. Las pinturas, los adornos, las vajillas, los libros, los discos, las fotografías, el televisor... Se asombraba al contabilizar cuánto apilamos en poco tiempo. ¿Quién se quedaría con qué?

La ruptura de una pareja —pensaba— es como estar en el quinto piso de un edificio en llamas. Quedarse es perecer calcinado. Sólo queda saltar… y correr el riesgo de morir en el intento. O sobrevivir.

¡Ella había preferido saltar!

Capítulo 2

Es
saludable,
de
vez
en
cuando,
poner
un
signo
de
interrogación
sobre
aquellas
cosas
que
por
mucho
tiempo
se
han
dado
como
seguras.
Bertrand
Russell

Laura Andrews se había transformado en su breve correría por África.

Antes de ahora y como buena citadina, veía con aprensión —casi con repulsión— los viajes de aventura y repetía que no estaba dispuesta a pasar incomodidades como alojarse en hoteles que no fuesen de cadena y con más estrellas que una noche despejada, y

mucho menos sufrir el incordio de dormir en carpas sin duchas ni sanitarios o sin secador de pelo y agua caliente. Ni hablar de que no hubiese “room service”.

Pero en este viaje, todas esas cosas que en su convivencia conyugal le habían parecido insoportables le sonaban emocionantes. Se sentía estúpidamente pletórica.

Durante la excursión por el Serengueti hizo buenas migas con Bernard y Elise Schuman, una pareja de hermanos provenientes de San Diego, California, que también habían visto la película de Henry King basada en el relato de Hemingway. Bernard era ingeniero de sistemas, trabajaba en Silicon Valley y era un hombre colorado y de ojos azules, apuesto, reflexivo y con buen sentido del humor. Debía rondar los treinta y cinco años.

Elise se veía un poco menor y era su vivo retrato en femenino. Parecían gemelos. Aun cuando no era llamativa, era una mujer hermosa. De cabello corto y castaño y nariz ligeramente respingada, mantenía en sus ojos una melancolía evidente. Más adelante Laura sabría que, al igual que ella, había terminado hacía pocos meses su matrimonio.

Al finalizar la expedición por el Serengueti, Laura, los hermanos californianos y otra pareja de latinos contrataron una camioneta cuatro por cuatro conducida por un jovencito de no más de veinte años, amable y bastante profesional, para trasladarse a Moshi, la ciudad abigarrada y bulliciosa que presta soporte turístico a todas las expediciones al Kilimanjaro, donde hicieron los arreglos para alcanzar la cima de la cumbre más alta de África.

Moshi no era gran cosa.

Una ciudad típica de país pobre, sin ninguna atracción digna de conocerse, con excepción de su mezquita, de los impactantes atuendos de sus mujeres que se vestían con unas telas de miles de tonalidades y diseños encantadores y de su mercado de frutas con unos colores y aromas extraños y sabrosos. Era apenas un pueblito desaliñado (comparado con Nueva York, claro), lleno de casitas de barro con techos de zinc, construidas a lo largo de calles polvorientas en las

cuales pululaban hombres y mujeres vocingleros que acosaban a los turistas ofreciéndoles artesanías, visitas guiadas a los parques cercanos, cervezas, drogas y chicas de la vida alegre.

Moshi era un compendio de la miseria africana. Sin embargo, su clima era agradable y producía cierta fascinación caminar por sus calles de tierra desde donde nunca dejaba de verse el Kilimanjaro como un manchón lechoso flotando en el firmamento.

Se habían registrado en el hotel Springlands, que era muy bonito.

A Laura le encantó su habitación, tan diferente de los sonsos cuartos de los hoteles de cadena casi iguales unos a otros y diseñados para siempre recordarle a uno que no está en su casa. Esta era de tamaño generoso con piso de baldosas a cuadros blancos y negros. La cama era amplia y estaba cubierta con un edredón hecho con una de esas luminosas telas africanas, cuyo diseño recordaba a una colmena de pequeños hexágonos blancos, verdes y rojos. Después comprobaría que en cada habitación las colchas eran diferentes, pero también sorprendentes.

Quedó cautivada además por una jirafa artesanal, por la ausencia de aire acondicionado y por un anacrónico mosquitero colocado encima de la cama. Todo el escenario trajo a su memoria la imagen de Jane Porter —una de las heroínas de su niñez—, la citadina mujer oriunda de Baltimore, compañera del famosísimo Tarzán de los Monos, que terminó viviendo en plena selva en una cabaña de madera construida entre las ramas de un árbol.

Laura comentó durante la cena que África le parecía enigmática, escurridiza, como si se ocultara y no deseara contar sus secretos… Discreta y silenciosa. Dominante y altiva. A veces amenazante… También indescifrable e inspiradora.

Los hermanos californianos celebraron la vena poética, propusieron un último brindis y todos se fueron a dormir temprano, previendo que al día siguiente tendrían que levantarse mucho antes del amanecer y que los aguardaba un exigente recorrido.

A pesar de que existían muchas rutas, para el ascenso a la cumbre

escogieron la *Machame*, porque permite mejores posibilidades de aclimatación a la altura y ofrece mayor diversidad de paisajes, desde los selváticos hasta las impresionantes pendientes de ceniza del cráter cimero. Laura y sus compañeros de viaje posaron sonrientes para la fotografía infaltable bajo ese enorme triángulo conformado por dos maderos, como una suerte de techo, que anunciaba la entrada a la ruta.

Allí realizaron el trámite necesario para el ingreso al parque y contrataron al guía que se encargó de conseguir el cocinero y los porteadores. Al atravesar esa puerta comenzaban oficialmente su ascenso al Kilimanjaro, que se inició bajo un sol nada discreto y con la dificultad de pisar las numerosas irregularidades que formaban las raíces de los árboles encorvados a los lados del sendero. El cielo lucía espléndido con presencia de nubecitas tímidas y brillantes.

Laura supuso que tendría una caminata serena, libre de turistas ansiosos, preguntones y débiles, pero se equivocó. Cientos de personas de múltiples nacionalidades y edades trepaban al mismo tiempo, y a lo mejor también con la ingenua creencia de que tendrían un peregrinaje solitario. Pero daba la impresión de que todos querían aprovechar que aquella era una de las pocas cumbres en el mundo a la cual se podía acceder sin habilidades especiales y sin arrostrar grandes peligros. Muy diferente, en todo caso, a esas excitantes aventuras que describen los alpinistas en sus escaladas al Everest.

Durante los seis días de excursión tendrían un equipo de soporte numeroso: cinco porteadores, un cocinero, un asistente y un guía: un total de ocho personas que se ocuparían de acompañarlos hasta la cima. Esa parafernalia resultaba costosa, pero era conveniente y le daba a Laura la sensación de ser una gran dama de siglos olvidados rodeada de toda aquella servidumbre. Laura, por primera vez en su vida adulta, llevaba un equipo liviano.

La relativa comodidad de su morral le recordó por contraste los voluminosos fardos de sus viajes a Roma y París, y tantas otras ciudades, cuando lo material significaba todo para ella y la vida carecía de sentido ante la ausencia de una crema luminosa Inmortelle o un *eau de toilette* de verbena-menta y en los cuales no podía evitar sobrepasarse en cosméticos, arrogancia y equipaje.

África la recibía al natural. Allí no tenía necesidad de disimular con tonos oscuros los bordes de su rostro alargado, ni delinear sus pequeños y penetrantes ojos azules para hacerlos parecer más abiertos, ni de engrosar sus labios con brillo para que lucieran más carnosos. En Europa y América siempre había sufrido la apremiante necesidad de impresionar a alguien —clientes, amigos, conocidos, amigos de sus amigos, familiares de Mathew—, pero en África podía ser libre.

Podía llevar como quisiera su cabellera rubia, larga y ensortijada, que muchas veces su estilista había sugerido dejarla a la altura de los hombros, incluso más corta. Ella siempre se opuso. No era una mujer que uno podría calificar de despampanante, pero sin duda era hermosa y estaba revestida de esa particularidad entre atractiva e intimidante que tienen las personas seguras de sí mismas y acostumbradas a ser obedecidas. La entonación de su voz, cálida y amable, podía llamar a engaño sobre la firmeza de su carácter.

La segunda noche del ascenso la neoyorkina conversó durante varias horas con Elise sobre la historia de su viaje y los motivos para haberse decidido por África en vez de otro sitio cualquiera, como la India milenaria o las Islas Jónicas, y fue inevitable hablar de sus divorcios.

Laura compartió con ella todas sus inquietudes sobre el matrimonio y le contó de sus frustraciones y su insatisfacción, de todo el tiempo que le había tomado llegar a su decisión y de la enorme sorpresa de Mathew, sus familiares y sus amigos cuando se las participó en aquella fiesta de cumpleaños. Ahora eso le daba risa…

Elise le contó que su problema habían sido los celos. Su exmarido, Eric, estaba enfermo. Vivía alucinando. Le revisaba sus llamadas, sus mensajes, su ropa. Telefoneaba a cada rato a su lugar de trabajo, con cualquier pretexto, para cerciorarse de que estaba allí. Montaba en cólera si se maquillaba o lucía un vestido llamativo. No toleraba a sus amigos y le había prohibido cualquier contacto con sus conocidos de épocas anteriores al matrimonio. Las reuniones sociales para ella eran un infierno. Si alguien le hablaba o le sonreía, o si ella mostraba alguna amabilidad con cualquiera de los asistentes, recibía, al volver a casa, una reprimenda terrible que más de una vez terminó en insultos procaces y golpes.

Lo triste —decía Elise— es que ella nunca le había sido infiel. Pero

eso no les vale a los celosos. “Jamás te creen, no importa lo que hagas”. Eric siempre se negó a aceptar que podría tener un desarreglo psicológico y a recibir ayuda profesional. Los celosos, como los alcohólicos, pocas veces admiten su enfermedad y siempre se la achacan a los comportamientos de su pareja.

—Terminé entendiendo que la inocencia no se puede probar y que si tu pareja no te tiene fe y confianza, de nada valdrán tus actitudes.

Cuando se fueron a dormir, Laura le dio muchas vueltas al asunto de los celos. Compadecía a Elise y no podía dejar de pensar en tantos matrimonios que se desbaratan o viven en el infierno por esa razón y sin que exista motivo verdadero, y comprendió cuánta razón tenía Elise en sus conclusiones. Siempre lo tendría presente.

También repasó los errores que había cometido como esposa. La relación se había construido entre los dos y no podía culpar sólo a Mathew. Después de todo ella también debía asumir su responsabilidad aunque ya fuera muy tarde. Ahora pensaba que quizás fue también muy egoísta. Quizás dedicó a su madre y a sus propios asuntos más atención que al mismo Mathew y siempre fue torpe, terca e intransigente en sus discusiones. Se salía de casillas cuando la contradecían y endurecía su tono de voz. Seguramente fue poco tolerante…

Y no podía negar que también había sido celosa en más de una ocasión. La irritaba el éxito de su marido con las mujeres y que algunas lo miraran sin recato.

El reto del siguiente día era una cuesta corta y muy empinada. Pese a su cuerpo ágil y tonificado gracias al ejercicio constante, al baloncesto en su juventud y a la práctica de pilates durante los años más recientes, le costaba trabajo seguir a su guía que caminaba siempre adelante, vigilando que no anduvieran muy rápido porque el mal de altura podía aparecer. Ese era el mayor enemigo de los animosos turistas que casi nunca podían evitar el malestar que los asaltaría mientras más se aproximaran a la cumbre. Daban lánguidos pasos al tiempo que se despojaban del buzo polar —prenda diseñada para retener el calor del cuerpo además de evaporar el sudor— y así disfrutar de los rayos de sol de la mañana.

Unas pocas horas más tarde, al mirar hacia abajo en una de las tantas paradas para recuperar la respiración, divisaron muy lejos el lugar donde habían acampado. Se veía muy pequeño e irreal, como una maqueta.

Mientras contemplaba anonadada la inmensidad del paisaje, con aquella incalculable cantidad de pliegues en todos los tonos de marrón, azul y violeta, Laura trató de comprender lo pequeños y recientes que somos los humanos, pero lo importantes que nos sentimos, paradójicamente, en un universo de casi catorce mil millones de años de edad y más astros que granos de arena en el mar. Algunos calculan que existen cerca de trescientos mil trillones de cuerpos celestes —pensaba—.

No podía visualizar esa cantidad de ceros ni evitar el recordar algunas reflexiones de Carl Sagan. Vivimos en un planeta diminuto que gira alrededor de un sol que no pasa de ser una estrellita al lado de las verdaderamente grandes —Aldebarán o Betelgeuse— y todo eso en una galaxia que se llama la Vía Láctea, que tiene otros cientos de miles de soles y que es tan sólo una mínima parte de un brazo del universo que gira en torno al centro, junto a doscientos mil millones de galaxias mucho más grandes. Un universo que se expande cada segundo. ¡Qué enredo maravilloso!

A los cuatro mil metros de altura la vegetación desaparecía y se asomaba un paisaje cada vez más árido y rocalloso que la niebla revestía de un aspecto fantasmal. Al fondo vieron un camino que serpeaba por la empinada ladera, llamado *breakfast wall,* que tendrían que transitar al día siguiente después del desayuno —de ahí su nombre —, y llegaron al Barafu Camp para la última aproximación al monte Kibo.

Antes de acostarse, uno de los guías advirtió a Laura sobre la conveniencia de dejar preparado el material para el día siguiente, como toda la ropa de abrigo, unos sándwiches y las baterías de repuesto para la linterna. Que no fuera a olvidar la hachuela y el cuchillo de caza, que no se sabía cuándo podrían necesitarse. El agua que utilizarían en la ascensión podría congelarse, por lo que era importante emplear el recipiente adecuado y cuidar su ubicación.

El plan era levantarse temprano para ascender al cráter Kibo —la última estación— por un cono de derrumbe situado entre los glaciares Rebmann y Ratel. Era el trayecto más duro de todo el recorrido. Si todo salía bien, seis horas después de empezar la marcha llegarían a Stella Point, a cinco mil setecientos treinta y cinco metros de altitud, en el borde del cráter: un buen sitio para un breve descanso, admirar la vista y recuperar fuerzas para las dos horas siguientes.

Qué grato sería el momento de recibir el certificado dorado por haber llegado a la cima y luego volver al hotel para celebrar el éxito. Laura anticipó la maravillosa sensación de estar por fin en el punto más alto de África y el corazón le dio brincos al imaginarse agotada y dichosa, por fin, junto al aviso de madera en la cima que reza:

Congratulations. You are now at Uhuru Peak, Tanzania, 5895 meters.

A la altura que se encontraban, respirar se hacía trabajoso y el frío se volvía más afilado. Laura entró en su carpa luego de beber un té de frutas con sus acompañantes. Su sabor le pareció chocante y le produjo una indescifrable sensación de extrañeza. La sopa de fideos ni siquiera la pudo probar. Se excusó con su grupo sin decir mucho y se despidió de ellos con una sonrisa tacaña. Se desplomó agotada en su litera y soñó con disputas conyugales, infidelidades pecaminosas, ñus circunspectos y minúsculas cebras que hacían cabriolas por toda su carpa.

Con las primeras luces de la mañana, y mientras sus compañeros aún dormían, Laura salió con su morral a cuestas para reconocer la zona. No tenía muchos deseos de conversar con nadie ese día. Quizás fuera esa la razón por la cual sus pasos la llevaron cada vez más lejos del campamento. Se había distanciado unos trescientos metros, con la sola idea de caminar y tomar algunas fotografías.

No le importó que el clima se hiciera cada vez más seco, más frío e intolerable, y que una ventisca obstinada golpeara su rostro. Unas lobelias gigantes de un morado intenso espolvoreado de nieve interrumpían la monotonía cromática del entorno y llamaron tanto la atención de Laura que no se pudo resistir a fotografiarlas. Obturó muchas veces seguidas, hipnotizada por la preciosidad de aquella fiesta natural, concentrada en la posición ideal del encuadre, para así

capturar la infrecuente textura de aquellas plantas.

Luego caminó descuidadamente mientras revisaba las fotos en la pantalla de su sofisticada cámara, feliz porque había logrado atrapar toda la singularidad de la vegetación. De repente su pie derecho se hundió en una depresión del terreno y lo que creyó en la primera milésima de segundo que no pasaría de un simple tropiezo se convirtió en una caída interminable.

Rodó, como Alicia en el viejo cuento, más de diez metros dentro de una grieta cubierta de tierra y nieve. Pero a diferencia de Alicia, que correteaba detrás de aquel conejo blanco, Laura sólo perseguía la belleza del paisaje, unas buenas fotografías y respuestas a sus inquietudes.

Capítulo 3

…
pues
en
más
de
una
ocasión
sale
lo
que
no
se
espera.
José
Manuel
Marroquín

Un porrazo seco en la base del cráneo la detuvo al fin y le provocó un agudo dolor en la parte baja de la espalda y un hormigueo aterrador en manos y brazos. Quedó paralizada durante unos minutos.

Respiró y flexionó varias veces los dedos de las manos y, al tocar su cuerpo para ver si tenía fracturas, encontró su celular machacado en su bolsillo trasero. Trató de limpiarlo con la manga del suéter y empezó a desarmarlo para ver si podía hacerlo funcionar, pero no resultó. Estaba muerto, era un pedazo de plástico inservible. Pese a los avances tecnológicos no se había inventado aún un dispositivo a prueba de esa clase de golpes. Se arrepintió de no haber comprado uno de esos nuevos de pulsera porque le parecían horrorosos. ¡Maldita vanidad! Las cosas habrían sido diferentes. Seguramente no se habría descompuesto y con una sola llamada habría llegado el auxilio. La

cámara seguía colgada de su cuello, pero no le servía de nada.

Su primera reacción fue recitar en voz alta su nombre, el número de su teléfono, la dirección de su apartamento y otros datos que le permitieron comprobar que estaba viva y consciente —por lo menos eso creía— y respiró esperanzada al notar que un rayo de luz se filtraba desde arriba por el lugar preciso donde había pisado. Laura tenía la mente en blanco y el cuerpo sacudido.

Observó a su alrededor sin terminar de comprender lo que acababa de pasar. Nadie puede medir la magnitud ni las consecuencias de un accidente mientras este sucede y mucho menos el porqué. Siempre sobrevienen la culpa y la autoflagelación por haberse puesto en esa circunstancia. ¿Por qué demonios salí a caminar y a tomar fotos?

¿Qué pasaría si quedara allí postrada, incapaz de levantarse? Se preguntó si la hipotermia e inanición, unas horas después, llamarían a la muerte. Su cuerpo quedaría inmovilizado en ese socavón y su madre y su hermana no podrían incinerarla. Tendrían que hacer un funeral simbólico, pero muchos años más tarde, cuando hubiesen perdido la esperanza de que ella apareciera. Mientras tanto el sufrimiento y la desazón de ellas serían inmensos.

La idea le produjo escalofrío y millones de preguntas se agolparon en su cabeza. ¿Por qué sufríamos los seres humanos de ese penetrante miedo a la muerte que los animales que había observado en la pradera parecían aceptar con naturalidad? Ese era el misterio supremo de la existencia. ¿Por qué debemos morir? ¿Qué ocurre cuando morimos? ¿Vamos a otro lugar? ¿Reencarnamos en otra criatura? ¿Existe la vida eterna? ¿El castigo o el premio interminable por las malas o buenas acciones? ¿Nos vamos a encontrar en ese otro mundo con nuestros antepasados y seres queridos? ¿Podremos ver desde allá a quienes todavía permanecen vivos? ¿Comunicarnos con ellos? ¿Ayudarlos en sus penas y dificultades? ¿Cómo es el cielo? ¿Somos inmortales después de todo? ¿Adónde van las almas? ¿Existen? ¿Acaso toda esta vida tan complicada no es sino un camino para llegar a otra?

Tal vez, reflexionaba Laura, todos estos interrogantes, que nadie ha sido capaz de responder con certeza —quizás nadie podrá jamás—, son los que nos generan ese insuperable miedo a la muerte, los que han inspirado tanta literatura, tanta filosofía, tantos avances tecnológicos y

médicos para prolongar la vida, tantas concepciones religiosas, tantos cultos y rituales… tanta incertidumbre, tanta infelicidad… ¿Será que los animales no piensan en esos asuntos? ¿Será esa la razón por la cual se ven siempre tranquilos?

Las preguntas galopaban y no le gustaban. Las respuestas no aparecían y eso tampoco le gustaba.

Le sobrevino un ataque de taquicardia acompañado de un profundo dolor en el pecho, dificultad para respirar y un mareo persistente. Había entrado en pánico. Mientras estuvo acostada, abrumada e inmóvil, no tuvo ni una sola buena idea. Sólo alcanzaba a percibir la contrariedad por tantos síntomas físicos, por su desamparo e impotencia, por todo el terror que la invadía y, más que nada, por la imbecilidad de haber salido a tomar fotos.

Sentía que el final se precipitaba sobre ella y la envolvía en una vorágine que se tragaba sus pensamientos, sus emociones y sus sensaciones físicas hasta extenuarla por completo. Laura recordó el relato de Hemingway y se identificó con Harry, ese personaje que delira gravemente herido en un accidente de caza. Al igual que Harry, habría querido beber un whisky con soda para relajarse, y tener a alguien a su lado para tomarlo de la mano y hacer un balance de su vida. ¿Qué le habría dicho a Mathew en ese momento de agonía?

Todos los enigmas y los miedos que la atormentaban seguían bailando a su alrededor con un ritmo endiablado. Aquello duró un buen rato. No habría sabido nunca decir cuánto. Pero de pronto, y después de mucho darles vueltas a esos asuntos, comenzó a materializarse en su cerebro la convicción de que realmente no valía la pena contestar todas esas preguntas. Tratar de hacerlo era una gran equivocación, una enorme pérdida de tiempo. Las respuestas no pasarían nunca de ser simples conjeturas, suposiciones. Nadie había regresado del más allá, si es que existía, para contarnos la realidad.

Todas las teorías sobre esas cosas de la muerte no pasaban de ser eso: teorías. Y todas las creencias sobre el tema de la inmortalidad o la otra vida eran puras suposiciones. Tanto que muchos científicos, filósofos e historiadores de renombre no creían en eso. Mitos. Si fueran verdaderas —se dijo—, no existirían diferentes versiones sobre esos temas y esas versiones no habrían cambiado tanto a través de los

tiempos. ¿Qué sentido tendría que Dios dijera unas cosas a unos pueblos y otras cosas diferentes a otros? ¿A quién debería creer?

Todas las religiones reclamaban el ser poseedoras de la verdad. En cualquier caso —concluyó—, lo que uno creyera no iba a cambiar las realidades. Si existía otra vida, existía, y si no, no. Recordó, incluso, que no hacía mucho tiempo el papa católico había revaluado la tesis de la existencia del infierno.

Entonces, se dijo, lo que debe hacerse es simple. Si con la muerte todo termina, no hay de qué preocuparse. Uno se muere y ya. Problema resuelto. Y si de verdad existen otra vida y el premio, o el castigo eterno, o la reencarnación, o lo que sea, lo que se requiere es portarse bien para tener un buen destino.

Dios no podía ser tan mezquino o injusto que sancionara para siempre a quien de buena fe adoptara cualquier religión o ninguna.

Esas ideas le devolvieron la tranquilidad. Se prometió que nunca volvería a mortificarse por esos asuntos… Pero también se prometió que si tenía la oportunidad escribiría esos pensamientos. Quizás podría ayudar a alguien…

Lo urgente ahora era inventar la forma de salir del agujero. Laura, luego de inhalar y exhalar profundamente mientras contaba de uno a cuatro para tomar aire y de uno a ocho para expulsarlo —se sentía ridícula al hacerlo, pero siempre le habían dicho que eso ayudaba a relajarse—, decidió que estaba preparada para enfrentar su calamidad.

Lo obvio, lo primero que haría una persona en sus cabales, sería gritar —pensó—. Y gritó con todas sus fuerzas. Quizás un alarido prolongado y poderoso la llevaría de nuevo al mundo, con los demás, así que todas sus fuerzas se condensaron para repetir de forma obsesiva durante largo tiempo: “¡Ayuda, aquí abajo! ¡Auxilio! ¡Ayuda, por favor!”.

Gritó y gritó un buen rato. Pero sus aullidos, aparte de rebotar en las paredes heladas, parecían no surtir efecto alguno.

Al cabo de un tiempo entendió que un rosario de gritos no la devolvería con los demás. Debía ingeniarse la forma de escalar esos diez, doce o quince metros hasta la superficie y correr en busca de su campamento. Hincó sus uñas con toda su fuerza en el muro, cubierto

de tierra y hielo, elevó su pierna derecha sin mucha dificultad y colocó su pie en lo que parecía un escalón, pero este se derrumbó enseguida, sin darle la oportunidad siquiera de elevarse unos cuantos centímetros.

La sed llegó. Sacó su cantimplora —llena, por fortuna— y bebió dos sorbos que la cargaron del ímpetu necesario para no abandonar su objetivo de salir por sus propios medios. Tocó las paredes, rugosas, heladas, que ya comenzaban a producirle una desagradable sensación de claustrofobia. Tenía que apaciguarse, no perder la cabeza. En su morral cargaba un bocadillo de pollo y queso que había empacado por instrucciones de su guía la noche anterior. Un simple emparedado de pollo y queso se convertía en su salvador momentáneo. Comió sólo una mitad, la otra la guardó con esmero. La espantaba la idea de que algún animal pudiera llevársela, aunque allí, en ese espacio subterráneo, no hubiera señales de vida distinta de la suya.

¡Y también encontró la hachuela! La bendita hachuela que el guía se había empeñado en que llevara en su morral… Con esta herramienta podría, si se armaba de paciencia, formar pequeños y estratégicos escalones que la condujeran de nuevo a la luz, a su vida, a su excursión.

Se entregó, con alegría recién nacida y movida por la confianza en sí misma, a la labor de esculpir el primero de varios escalones. Aparecieron el vigoroso destello del filo de la herramienta, los antebrazos descubiertos para el trabajo y un carraspeo enérgico para aclarar la garganta. Laura pensó que al cantar, estaría entretenida en pescar las palabras exactas y la melodía más precisa, lo que podría contrarrestar el siniestro efecto de aquel silencio opresivo.

Entonó dos canciones: *Yesterday* de The Beatles y *My Way* de Frank Sinatra. Al canturrear y ocuparse en algo más que en sus propias cavilaciones obtuvo el efecto esperado. La esperanza revivía. Esculpió a golpes tres escalones, sin comprender cabalmente cómo lo había logrado. Llevaba diez horas allí y era muy posible que ya hubiesen notado su ausencia y los grupos de rescate estarían trabajando hasta el cansancio para encontrarla. Repetía una y otra vez las estrofas de las canciones. La música la sosegaba.

En la cantimplora sólo quedaba la mitad del agua. Tendría que seguir dosificando su consumo. No sabía con certeza cuánto tiempo

tardaría en tallar el suficiente número de escalones o cuándo llegaría el rescate. Con las manos sucias y engarrotadas y la espalda hecha trizas, decidió que sería mejor descansar. Un rato, no más de una hora. Durante unos minutos entró en un sueño trastornado, plagado de imágenes donde los animales salvajes y la oscuridad eran los protagonistas.

Cuando abrió los ojos el rayo de luz ya no entraba por el boquete. Era de noche. Del morral pegado a su pecho sacó su linterna y la encendió, lo que contribuyó a que se sintiera menos amilanada. Laura la ubicó convenientemente y se sintió protegida por la luz todavía vigorosa mientras seguía en su faena de excavar el cuarto escalón, que se le dio mejor que los anteriores. ¡La práctica hace al maestro! El descanso la había favorecido, aunque el lacerante dolor de las ampollas que el mango de madera de la hachuela le había producido se agudizaba. Sin embargo, empuñaba con más energía ese instrumento que podría salvarle la vida.

Durante la elaboración del quinto escalón la hachuela rebotó contra una superficie de consistencia distinta. Algo más duro, quizás hielo. Tuvo miedo de seguir golpeando la pared, pero acopió todas sus fuerzas —esas que no conocía del todo, que no había sospechado en sí misma—, y hundió el instrumento sin pensar más, sin que le importara nada. Bebió toda el agua de la cantimplora.

Entraba en una suerte de trance, de euforia; lo único que la obsesionaba en aquel instante era descubrir qué era lo que había allí. Segundos después Laura vio que se trataba, en efecto, de un bloque de hielo. Clavó el instrumento una y otra vez con energía renovada y removió la tierra con sus manos. ¿Qué era aquello? El gran cubo de hielo contenía algo. Pero no podía saberlo. Debía tener cuidado. Esa coloración un tanto salida de tono, pero de alguna manera familiar —la luz de su linterna apenas dejaba advertir en el interior del bloque una textura ocrácea y opaca—, la intrigaba sobremanera. No era un animal. No era una pieza de orfebrería.

Siguió escarbando. No se quedaría con la curiosidad. Intuía que si trabajaba un poco más estaría ante algo realmente asombroso. Y no se equivocó. Vislumbró a través de aquella estructura cristalina un rostro humano.

Tuvo que sentarse para sobreponerse al impacto.

Encontrar un cadáver era lo último que había pasado por su mente.

Se tomó la cabeza con las manos, recordó que ya no le quedaba una sola gota de agua. ¿Cómo podían ocurrir tantas cosas al tiempo? ¿A quién pudieron haber asesinado allí? ¿O sería más bien alguien que, como ella, resbaló y encontró allí una muerte terrible por congelamiento? Esa posibilidad la aterrorizó. Si a esa persona no la habían encontrado era posible que a ella tampoco la hallaran y todos aquellos miedos que la atenazaron hacía pocas horas revivieron, a pesar de las promesas que se había hecho a sí misma.

Hasta se le llegó a ocurrir que podría ser un fósil. No hacía mucho había leído en alguna revista la historia de una criatura encontrada en los Alpes suizos. Pero desechó la idea. Si bien a Laura le interesaban los seres que vivieron en el pasado, el estudio de su origen, de sus cambios en el tiempo y las relaciones entre ellos y su entorno, pensó que sería muy improbable que fuese ella quien encontrase algo de esa naturaleza. De todas maneras le dio miedo golpear más el bloque de hielo y ocasionar un daño en medio de la penumbra. Quiso ser prudente y se recostó de nuevo con la idea de despejar sus pensamientos y se dedicó a ver las fotos que había tomado durante el recorrido. Aquello la distraería, estaba segura. Y se quedó dormida.

Ya unos rayos de sol brillantísimos se filtraban por el agujero por donde había resbalado cuando Laura escuchó gritos y voces. Sus ojos se inundaron con lágrimas de gozo y empezó a gritar como una posesa: “¡Ayuda, aquí abajo! ¡Auxilio! ¡Ayuda, por favor!”.

El grupo de ayuda había tardado veinticinco horas en dar con el paradero de Laura. Por fin la escucharon desde el fondo del socavón. Dos de los socorristas gritaron desde arriba que no perdiera la calma, que en breve la sacarían sana y salva. El cuento tendría final feliz. Este tipo de socavones no son muy habituales en el Kilimanjaro. Sin embargo existen varios grupos para cumplir con labores de rescate en lugares de difícil acceso.

Dos hombres jóvenes vestidos de naranja bajaron sostenidos por sus arneses y le preguntaron a la periodista cómo se sentía, si estaba fracturada o herida. Ella respondió que no. Reía con carcajadas

nerviosas y gesticulaba como un orate, mientras los socorristas hablaban por sus intercomunicadores. La neoyorquina necesitaba contarles su descubrimiento, pero no hallaba las palabras exactas. Señaló la pared con el dedo y dijo: “He encontrado a alguien. Hay un cuerpo allí, dentro del bloque de hielo. Yo sólo pude descubrir su cabeza”.

En seguida otro miembro del grupo arrojó un arnés para ella, que le colocaron con diligencia. “Pierda cuidado, ya nos encargaremos”. Laura pensó que aquello era como volver a nacer, y no tuvo aliento para decir mucho más. El color naranja de los uniformes de los socorristas que rodeaban la entrada al socavón, los sonidos emitidos por los intercomunicadores, el frío, los curiosos y la presencia de algunos periodistas que habían llegado en helicóptero lograron abrumar a Laura, incluso más que la caída misma, el hambre, la sed, el arduo trabajo o el descubrimiento del cadáver congelado.

Laura pasó por un primer control de evaluación de sus funciones vitales a cargo de profesionales del sistema de atención móvil de urgencia. La trasladaron al centro de salud, donde fue examinada, hidratada y dejada en observación. Para su fortuna, no habría sufrido más que una leve contusión en el coxis y algunas despellejaduras en espalda, brazos y piernas. Mientras la examinaban no hizo otra cosa que preguntar por el resto de la criatura, por su hallazgo. ¿Qué ha pasado? ¿Qué fue lo que vi? Indagaba entre los médicos, que no podían darle en ese instante ninguna información exacta. “Tendremos que esperar”, se limitaban a responder, mientras ella no podía apartar de su mente la imagen dentro del hielo.

Capítulo 4

La
vida
es
aquello
que
te
va
sucediendo
mientras
te
empeñas
en
hacer
otros
planes.
John
Lennon

La primera impresión de Laura cuando vio el enorme cubo de hielo que había destapado con los golpes de su hachuela fue acertada. Allí dentro había un cadáver.

El contenido del bloque era el cuerpo congelado de un niño absolutamente desnudo y en asombroso estado de conservación, sin rastros visibles de violencia o derramamiento de sangre. Los exámenes superficiales —y, por supuesto, los chismes que siempre hierven alrededor del hallazgo de cualquier cadáver— parecían apuntar a la teoría de que podría tratarse de alguien que llevaba allí muchísimos años.

Tan pronto los rescatistas dieron cuenta del hecho se hicieron presentes en el sitio representantes de la policía, que fueron los

primeros notificados porque a ellos correspondía hacer el levantamiento del presunto occiso (como habría dicho un redactor de noticias judiciales) e iniciar la investigación correspondiente.

Desde el instante en que el médico legista contempló el cuerpo ordenó a todos sus asistentes el máximo cuidado y, sobre todo, no mover el bloque de hielo hasta que se hicieran los exámenes preliminares porque, en su concepto, podría tratarse de un descubrimiento arqueológico. Dio instrucciones de que se avisara a la Universidad de Tanzania, porque en la policía no contaban con los instrumentos requeridos para el análisis de la antigüedad del descubrimiento, que resultó tener según los primeros estudios bastantes miles de años de haber sido congelado.

¡Laura Andrews había encontrado un fósil!

La noticia se propagó como candela en leña seca.

En su cama del Makole Hospital de Dodoma, capital de Tanzania, donde se encontraba literalmente enchufada a una botella de suero enriquecida con analgésicos, metoclopramida (para evitar las náuseas) y vitaminas (para mejorar sus defensas) y embadurnada hasta la coronilla de pomadas a base de betametasona (para aliviar sus magulladuras y raspones), la periodista norteamericana seguía los pormenores del desarrollo de los acontecimientos.

Bernard y Elise, los amigos californianos que no la habían desamparado desde su caída en el socavón, la informaban con puntualidad y en detalle de lo que ocurría y se ocuparon de conseguirle un nuevo aparato celular para que pudiese estar al tanto de todo.

Una verdadera batalla legal y diplomática se había entablado entre los gobiernos de los Estados Unidos y el de Tanzania acerca del destino que debía darse al cuerpo extraído de las entrañas del Kilimanjaro.

Desde el mismo momento en que corrió la noticia del descubrimiento del fósil el doctor Benjamín Gibson, director general de CRAZ INC. (Cryonics de Arizona), se comunicó con su viejo amigo Steven Wickman, asistente del Secretario de Asuntos Exteriores del Gobierno norteamericano, para expresarle su interés en trasladar los

restos congelados a las instalaciones de su organización situadas en Scottsdale, para analizarlos y preservarlos antes de cualquier procedimiento.

Descongelar el organismo sin las técnicas requeridas —de las cuales obviamente carecían en Tanzania— arruinaría para siempre la posibilidad de obtener de ese hallazgo maravilloso todo el acervo inimaginable de información sobre la vida prehistórica que podría alcanzarse de su análisis adecuado. Wickman comprendió las razones de Gibson y convenció al secretario de dirigir de inmediato una petición oficial al Gobierno de la república africana, quienes accedieron, en principio, a mantener el cadáver congelado *in situ* mientras se resolvía el tema de los derechos sobre este.

La contienda jurídica no fue sencilla. Tanzania alegaba propiedad sobre el fósil y el derecho a exhibirlo en sus museos y a que sus científicos condujeran el análisis y cualquier investigación a que hubiere lugar para extraer del hallazgo las conclusiones pertinentes. El Gobierno de Estados Unidos adujo los superiores intereses de la humanidad y expuso la carencia de la tecnología adecuada en Tanzania. El acuerdo, a pesar de la intensidad de la escaramuza, se alcanzó con prontitud. Como siempre, envolvió una considerable cantidad de dinero —que Gibson consiguió con los patrocinadores de su instituto— y el compromiso de hacer una réplica exacta del fósil que sería exhibida exclusivamente por el Gobierno africano. Eso no resultó muy difícil con las modernas impresoras de 3D con que ya contaba el instituto.

Sólo después de la firma del convenio diplomático se procedió a la extracción del bloque con su raro contenido, que fue depositado en un recipiente metálico sellado a la perfección y lleno de dióxido de carbono en estado sólido (comúnmente conocido como hielo seco). Luego lo llevaron a Phoenix en un avión habilitado especialmente para moverlo en condiciones de máxima seguridad.

La comunidad científica entró en gran agitación y las especulaciones sobre el origen y la antigüedad del hallazgo del Kilimanjaro proliferaban como maleza. El mundo de la antropología no había conocido algo tan emocionante desde que Ötzi, “el hombre de hielo”,

fue encontrado —también por casualidad— en septiembre de 1991 en los Alpes de Otzal por Helmut y Erika Simon, dos turistas alemanes, esposos, que marchaban por un paso de montaña en la frontera entre Austria e Italia, naciones entre las cuales —como sucedió con el fósil del Kilimanjaro— también se suscitó una ardua pugna diplomática por la posesión de la momia.

Los excursionistas pensaron que se trataba de un cadáver moderno, como otros que se habían topado pocos meses atrás en la región, pero una vez practicados los análisis correspondientes pudieron verificar que vivió en la época en que los seres humanos apenas comenzaban a asentarse y a cultivar la tierra en Europa, hace más de cinco mil años. No es posible saber por qué estaba allí. A lo mejor cazaba o pastoreaba, aunque los estudios arrojaron que lo que le provocó la muerte fue una flecha en su hombro izquierdo y que murió desangrado, lo cual lo convirtió en lo que pudo haber sido el primer crimen conocido y no resuelto de la historia.

Su estado de conservación era tan perfecto que se han podido reconstruir sus facciones, saber qué había comido pocas horas antes de su deceso y averiguar incluso que padecía de intolerancia a la lactosa y de enfermedades en las encías. ¡Las maravillas de la ciencia!

Ahora, casi treinta años más tarde, la prensa mundial se relamía con el descubrimiento en el Kilimanjaro. Los periodistas comenzaron a referirse a la criatura congelada con el nombre de Kibo, que era el nombre del pico donde había sido descubierto y difundieron paso a paso la noticia, con esa presteza que sigue asombrando a muchos. “Confirman el hallazgo de niño Homo sapiens en el Kilimanjaro”. “Periodista americana cae por un hoyo al igual que Alicia en el País de las Maravillas, y encuentra niño prehistórico. Laura Andrews se recupera satisfactoriamente”. “Laura Andrews se declara exhausta ante el acoso de la prensa, asegura que no concederá más entrevistas”.

Los medios de información saturaron a lectores y televidentes con pormenores acerca del descubrimiento paleontológico y el mundo entero fue bombardeado con un listado bastante extenso de los más antiguos esqueletos y momias descubiertos.

Periódicos, noticieros y revistas dieron cuenta de que en Israel fueron hallados, en 1925, un hueso frontal y partes del esqueleto facial

de un individuo de unos ciento cincuenta mil años de antigüedad con características que denotaban una tendencia evolutiva hacia la forma moderna, o que en el Lejano Oriente fue hallado un cráneo de hace cien mil años que mostraba características intermedias entre *Homo erectus* y *Homo sapiens*. En África Oriental, en algunos yacimientos ya conocidos como la formación de Kivis, en el valle de Omo, Etiopía, y de Laetoli, también en Tanzania, habían salido a la luz restos de una antigüedad de entre cien y ciento veinte mil años. Muchas fotos de huesos y calaveras acompañaban con profusión los artículos.

También la prensa informó a una audiencia no muy nutrida pero ávida de nuevos datos sobre la prehistoria, que uno de los restos más importantes de aquellos que se habían encontrado en América fue el del hombre de Kennewick, hallado en las cercanías de Oregón, que vivió hace unos diez mil años. Se trataba de un varón de cráneo oval y cara pequeña con pómulos aerodinámicos. Sus huesos eran fuertes y bien desarrollados. Cuando murió tenía unos cuarenta o cuarenta y cinco años y conservaba toda la dentadura. Sus rasgos eran muy distintos a los de los indios actuales y se asemejaban más a los pobladores del norte de Asia. De ahí surgió la tesis de que los indígenas habían llegado a América a través del estrecho de Bering, entre Alaska y Siberia.

Otros medios menos sensacionalistas, pero igual de interesados en hablar del pasado, prefirieron no meter baza en semejante debate y se ocuparon de contarle a la gente sobre otros tesoros paleontológicos como las obras artísticas encontradas en Lascaux, sudoeste de Francia, poco después del comienzo de la Segunda Guerra Mundial. Cuatro adolescentes que iban de excursión llevados por su curiosidad se toparon con una cueva que tenía pinturas murales de caballos, bueyes, venados, bisontes y hasta de unicornios.

Otros exploradores hallaron en un lugar cercano dibujos de un ciervo atravesando un río a nado y de un hombre con cuernos y el pene erecto que persigue una criatura que es un híbrido entre reno y bisonte. No podían dejar de lado la cueva de Altamira en España, el primer lugar en el mundo en el que se identificó la existencia del Arte del Paleolítico superior. Henry Moore la llamó, en 1934, la Real Academia del Arte Rupestre, porque es la mejor concreción del espíritu

creador del hombre. También hablaron de Atapuerca, ese yacimiento que contiene la historia de la evolución desde hace aproximadamente 1.500.000 años.

En medio de la barahúnda diaria de violencia, corrupción, política, farándula y resultados deportivos, la información sobre estos asuntos de la paleontología brindaba a muchos lectores (no a todos, porque a la mayoría todo eso les importaba un pepino) una especie de bálsamo sedante, pero al mismo tiempo despertaba reflexiones inusuales. Pocos habían caído en la cuenta de la inmensa cantidad de tiempo que nuestros antepasados llevaban sobre la Tierra.

El mundo estaba acostumbrado a pensar en la historia que se conoce desde la invención de la escritura y muchos todavía creían en las narraciones bíblicas tomadas al pie de la letra. Pero los datos que los periodistas desenterraban con frenesí hacían adivinar entre nebulosas un mundo desconocido y misterioso de más de ciento cincuenta mil años de antigüedad del cual se sabía casi nada.

Si se piensa que la historia comenzó apenas hace cinco mil y tantos años por allá en el Sumer, resulta que lo que conocemos de nuestra especie, el *Homo Sapiens*, apenas equivale a un tres y pico por ciento de su aparición sobre el planeta. De la misma manera que si de un año sólo conociéramos lo ocurrido en dos semanas o menos… ¿Cómo vivían esos antepasados nuestros, qué pensaban, qué comían, cómo se comunicaban sin hablar, en qué creían, cómo llegaron hasta aquí? ¿Quién los gobernaba? ¿Cómo eran sus estructuras sociales? Todo aquello era un mar sin fondo. Un misterio impenetrable.

Con toda esa información tan voluminosa y densa, la famosa Teoría de la Evolución de Darwin volvió a ponerse en el centro de las discusiones porque, a pesar de todas las incuestionables conclusiones científicas súper comprobadas que habían llevado al genio del siglo XIX a formularla, no faltaban —aun a finales del primer cuarto del siglo XXI— legiones de inconformes con sus postulados porque —según ellos— la única verdad era la del Génesis, que afirmaba con claridad perfecta que el hombre había sido creado por un soplo divino y la mujer extraída de una de sus costillas, y no podía aceptarse el hecho de que hubiesen existido seres humanos con anterioridad al

paraíso terrenal y en un lugar distinto de donde este estuvo situado, que según todas las investigaciones era la Mesopotamia entre los ríos Tigris y Eufrates, en lo que hoy es Irak. Toda información o doctrina que contrariase ese dogma bíblico debía rechazarse y considerarse peligrosa. Punto final.

Los espacios de periódicos escritos y digitales dedicados a la participación de los lectores se llenaron de opiniones en uno y otro sentido, cada minuto más acaloradas e intransigentes. Esos asuntos de las creencias son así…

El cuerpo congelado, una vez sometido a los análisis del carbono catorce y otros procedimientos, mostró tener una antigüedad superior a los ochenta mil años y estaba en un increíble buen estado de conservación.

Científicos y crionicistas de los institutos rusos y norteamericanos parecían de acuerdo en que, aunque revertir de inmediato el estado de congelación no era posible, podrían intentarlo en el transcurso de dos o tres años de investigaciones. Valía la pena. Afirmaron que sería necesaria una regeneración exhaustiva de los tejidos del cuerpo de Kibo —ya todos lo llamaban así—, que se encontraba, raramente, en óptimas condiciones para los procedimientos.

Las perspectivas de una hipotética reanimación preveían que las reparaciones las harían con una cantidad inmensa de organismos o dispositivos microscópicos que ya los increíbles progresos de la nanotecnología estaban en capacidad de aportar. Estos dispositivos restablecerían la estructura celular y química a nivel molecular, preferiblemente antes de la recuperación térmica. Devolverlo a la vida —que fue una posibilidad sobre la cual se especulaba— dependía de si la información preservada en el cerebro era suficiente para permitir la restauración completa o parcial de su identidad.

En el informe se indicaba también que el cuerpo había sido examinado, medido, radiografiado y sometido a múltiples procedimientos. Se reveló que Kibo medía uno con treinta metros de altura, su edad era de diez años y pesaba veinticinco kilos. El niño no llevaba ninguna prenda. Pero lo más llamativo era que aquel muchacho era absolutamente igual a uno de la época presente.

Cualquiera habría supuesto que un ejemplar humano de ochenta mil o más años de antigüedad estaría cubierto de vello y tendría la espalda encorvada, la frente retraída y las mandíbulas protuberantes, como los describen en el cine y las tiras cómicas. Pero no. Aquel joven parecía haber sido sacado el día anterior de cualquiera de las escuelas públicas de una ciudad norteamericana o europea. Sus facciones tenían algo de árabe y su piel era bronceada. No tenía rasgos simiescos o bestiales. Era, quién lo hubiera imaginado, un joven bien parecido, con el cabello ensortijado a la altura de los hombros y un aspecto de perfecta candidez.

Su cuerpo lucía delgado pero musculoso y de proporciones perfectas. Los exámenes internos mostraron, de igual forma, órganos idénticos a los de un hombre contemporáneo y, lo que resultaba más asombroso, su cerebro tenía la misma capacidad e idénticas características que las de un muchacho del siglo XX o XXI. Eso demostraba que la evolución del género humano ya había alcanzado desde aquel entonces su punto culminante y que desde hacía cien mil años no se habían presentado cambios fisiológicos de consideración.

Ante la insistencia de algunos periodistas en preguntar si el cuerpo podría resucitarse, Gibson aseguró que no quería parecer en exceso confiado, pero que esa posibilidad existía, aunque no estaba seguro de que eso pudiese ocurrir en un futuro inmediato. Él y su numeroso e ilustre equipo científico precisaban de más tiempo y profusos ensayos para avanzar con algunos métodos que permitirían revertir la congelación del cuerpo.

Había que tener en cuenta que la criónica era una ciencia reciente que apenas daba sus primeros pasos. Sin embargo, la circunstancia de que Kibo hubiese resultado congelado antes de morir, como todo parecía indicar porque no mostraba señales de violencia o derramamiento de sangre o grandes hematomas, hacía abrigar muchas esperanzas…

Ojalá pudiesen revivir a Kibo. “¡Tendría tantas cosas para decirnos!”, fantaseaba Laura.

La periodista neoyorquina, a quien ya habían dado de alta en el

hospital de Dodoma y que ahora volaba hacia Arizona, donde había decidido permanecer mientras adelantaban los estudios preliminares para definir la posibilidad de resucitar al chico congelado —por el momento no tenía el menor interés en regresar a Nueva York porque estimaba que aquella historia inverosímil era "su" historia y no estaba dispuesta a permitir que nadie se la arrebatara de las manos—, concluía que lo que le había sucedido era un clásico ejemplo de eso que llaman "serendipia", encontrar una cosa mientras se está buscando otra. Tantos descubrimientos se han dado por puro azar.

Recordó el caso de Alexander Fleming, que descubrió la penicilina al observar después de unas vacaciones que unas bacterias en las cuales venía trabajando no crecían en un sitio donde había caído un hongo (llamado *Penicillium*) que nunca se supo cómo llegó a ese sitio... O el de los mercaderes de vino medievales que solían extraer el agua del vino (hirviéndola), de modo que su delicada carga se asentara mejor y ocupara menos espacio en el mar; luego en el destino volvían a añadirla. Mucho después alguien, a lo mejor un marinero, decidió evitar el proceso de la reconstitución y así nació el brandy. Hasta Colón se topó con América buscando una ruta más corta para llegar a Oriente y Pedro Álvares Cabral dio con Brasil porque unos vientos lo desviaron de la ruta a su destino original, que era la India.

Lo único que Laura quería aquella mañana de julio en el Kilimanjaro era caminar sola y hacer una maravillosa fotografía de las lobelias, pero había hallado el cuerpo congelado del niño prehistórico. ¡Cuántas personas se pasan la vida buscando cosas y no encuentran nada! ¡Cuántos arqueólogos cavan por años sin resultado alguno! No es justo.

Y ¿quién dijo que la vida era justa?, pensó. Quizás si fuera justa sería muy aburrida y predecible. Todos tendríamos que ser perfectamente iguales, tendríamos las mismas habilidades, no habría mujeres bellas o feas, ni hombres atléticos y bien parecidos. Nadie destacaría por su inteligencia o su sentido del humor… o por su estupidez o ingenuidad. Las ciudades serían iguales, las casas tendrían que ser exactas y con los mismos decorados. ¿Nos llamaríamos de la misma forma? ¿Qué tal esa confusión? Pero si la vida fuera justa tendría que ser así.

Se alegró por primera vez de la injusticia y se dio cuenta de que eso

de que la vida debía ser justa era un invento de algunos hombres. La naturaleza era injusta. Los leones se comen a los venados y los pájaros a las lombrices y ellos no se quejan… Quién sabe quién habrá inventado esa teoría de lo justo y lo injusto pero ahora que pensaba en ella le parecía ridícula… ¿Por qué no todas cantamos como Anna Netrebko? ¿O jugamos al tenis como Serena Williams? ¿O escribimos como Alice Munro? Y, además, ¿de qué servía quejarse de eso?

De todas maneras, justo o no, merecido o no, ella había descubierto el fósil y allí estaba en la lejana Arizona estacionada esperando los resultados de los análisis y experimentos que los expertos practicaban. Esa iba a ser la historia de su vida, no le cabía duda. Por algo, cuando viajó a África pensó que aquella aventura iba a transformar su existencia…

Capítulo 5

Dios
los
cría
y
ellos
se
juntan.
Refrán
popular

Desde el momento en que los médicos definieron la fecha en la cual sería dada de alta de las contusiones causadas por su porrazo, Laura había escrito —vía e-mail— al Instituto de Criogenización de Scottsdale solicitando una entrevista con su director, que, por supuesto, le fue concedida de inmediato. Gracias a ella CRAZ INC. se había convertido ahora en una institución archiconocida en el mundo, lo cual le reportaba beneficios de bastante consideración y todos allí, desde la Junta Directiva hasta el vigilante, le estaban especialmente agradecidos.

Eran las cuatro de la tarde de uno de los últimos días de agosto cuando la neoyorquina, con un sencillo vestido de lino blanco con falda recta a la altura de la rodilla y sin más adorno que un encaje dorado alrededor del cuello, llegó a las instalaciones donde se conservaban los cadáveres congelados que esperaban inmutables el tiempo hipotético de su resurrección.

El lugar, a decir verdad, no era tan impresionante ni futurista como ella había imaginado. Apenas una construcción gris, casi modesta, de una sola planta, ubicada en un tranquilo vecindario del norte de

Scottsdale, en medio de uno de esos jardines característicos de la ciudad con cactus, sauces y palmeras combinados con grandes rocas y plantas de hermosas flores de color carmín típicas de la región que, a pesar de su simplicidad, impactaban por su sobriedad y colorido armónico y producían una grata y luminosa sensación de tranquilidad y contento. Una palmera flanqueaba por la izquierda el portal de acceso medio oculto bajo la sombra de un toldo de color azul cobalto que hacía juego con las escuetas letras del logotipo de la corporación.

El hall de recepción, que era umbroso y en donde flotaba una frescura que resultaba concupiscible comparada con el calor intenso de la calle en aquel verano calcinador de Arizona, estaba decorado con frugalidad y su moblaje era escaso: tan sólo un par de sillones de cuero marrón separados por una mesa cubierta de revistas editadas por CRAZ INC. que daban noticia permanente sobre los adelantos de la criónica, esa ciencia esotérica que pretendía revivir a los muertos.

La recepcionista, de ascendencia mexicana, con expresivos ojos oscuros y algo subida de peso, pero bonita, se levantó apenas Laura traspuso el portón y la saludó con sonrisa franca y voz de niña. Llevaba uniforme azul cobalto como las letras del edificio, bastante apretado en las caderas, y un broche metálico sobre su pecho advertía que su nombre era Mirta.

—Miss Andrews, usted no sabe el gusto que me da conocerla. Aquí usted es más que bienvenida. Usted es uno de los personajes favoritos de esta organización. Déjeme decirle que sus fotografías y sus videos no le hacen honor a su hermosura y elegancia… En un segundo el doctor Gibson estará con usted. ¿Puedo ofrecerle un café?

Laura aceptó sonriente. Se sentía halagada y a gusto en aquel lugar que ella había supuesto tenebroso e intimidante por aquello de los muertos en hibernación. Se sentó y cruzó sus piernas bronceadas sin medias y con tacones altos beige de piel de culebra, que mostraban la calidad de su diseño y su confección y, por supuesto, su precio, que la recepcionista estimó, con algo de envidia de la mala, en, por lo menos, la mitad de sus ingresos mensuales.

Apenas había alcanzado Laura a tomar un sorbo del café que la propia Mirta le había servido y a abrir una de las revistas cuando Gibson se presentó.

Era un individuo impactante de unos cuarenta y cinco años, muy alto y corpulento, como es característico de las gentes del suroeste americano, con una complexión que denotaba su juventud deportista. Ahora, con su bata blanca impoluta y los quince o veinte kilos de más que, casi inevitablemente, se acumulan con los años, parecía una rara especie de nevera con cabeza. Peinaba su cabello castaño con el cuidado que los hombres exitosos suelen hacerlo para disimular una incipiente calvicie y cultivaba una barba ligeramente canosa, que enmarcaba de manera atractiva su piel tostada por el sol y por los vientos de los innumerables campos de golf de Arizona, en donde practicaba el juego con cierta asiduidad y sin particular destreza. A duras penas tenía un "hándicap" diez y seis.

Laura se presentó y con sólo mirarlo sintió empatía. Él levantó de la mesa la taza de café que Laura había comenzado y con la otra mano la tomó del brazo y la condujo a su despacho.

Después de los saludos y cumplidos de rigor hablaron de la caída en la fosa del Kilimanjaro, del enorme susto que Laura pasó allí apresada por todo un día interminable, de sus reacciones ante el hallazgo del fósil, sus experiencias en el hospital de Dodoma y otros asuntos casi protocolarios. Ella le transmitió su inquietud por la predicción de que en treinta años las nieves de la montaña habrían desaparecido por efecto del calentamiento global. Eso la obsesionaba.

—En treinta años tendré setenta, doctor Gibson. A lo mejor las nieves del Kilimanjaro y yo nos despediremos al mismo tiempo de este mundo —dijo con una sonrisa que Gibson no supo interpretar. ¿Cordialidad o coquetería?

—Usted, con toda seguridad, va a vivir muchísimo más que setenta años —anotó el doctor—. Y quién quita que antes de eso se pueda resolver el problema del deshielo… la ciencia camina tan rápido que todo es posible….

Terminado el café, Gibson la invitó a dar una vuelta por las instalaciones del instituto. Le enseñó el salón donde recibían los cadáveres para congelarlos. Allí tenían, como muestra, un muñeco de tamaño natural sumergido en cubos azules que representaban el hielo seco. Más adelante —explicó Gibson— y después de una serie de maniobras complejas durante las cuales se preparaba el cuerpo con

soluciones especiales —algo parecido a la momificación de los antiguos faraones— se adelantaba el procedimiento de inmersión en nitrógeno líquido a una temperatura de 196 grados centígrados bajo cero, que aseguraba la preservación perfecta de los tejidos corporales por cientos o miles de años.

A continuación le mostró el quirófano. Ante la extrañeza de Laura por el hecho de que allí tuvieran una sala de cirugía con todos los instrumentos y aparatos del más moderno de los hospitales, Gibson le explicó que muchos de sus pacientes preferían adelantar solamente un proceso de neurocriogenización.

—¿Y eso qué es? —preguntó la periodista algo alarmada.

—Mire, miss Andrews…

—Laura, por favor —interrumpió ella.

—Mira, Laura. Algunos de nuestros pacientes, no te asustes, por favor, prefieren que preservemos sólo sus cabezas, y en esta sala las separamos del cuerpo.

—¡Pero eso es horrible! —exclamó ella.

—Verás… lo que importa de verdad es la información contenida en "las pequeñas células grises", como decía Poirot, que están en el cerebro. Allí es donde viven nuestra personalidad, nuestros recuerdos, nuestros conocimientos… eso es lo único que tenemos que guardar.

—¿Y qué pasa con el resto del cuerpo?

—Donamos los órganos que estén en buen estado y el resto lo incineramos. Es que cuando seamos capaces de volver a la vida a los muertos, el problema de reconstruir los cuerpos ya será un tema menor. De hecho, tú debes saberlo, en el estado actual de la tecnología ya eso es posible a través de la clonación. Cuando revivamos a esas personas, porque no me cabe la menor duda de que en unos años seremos capaces de lograrlo, podremos darles cuerpos nuevos, jóvenes y vigorosos. Es muy posible que quienes hayan preferido ser preservados con todo su cuerpo querrán en ese futuro que se los renovemos. De todas maneras es más atractivo resucitar en un cuerpo lozano que en el que teníamos cuando morimos ¿o no? —dijo con picardía.

Laura, un poco horrorizada, pensó que al nombre de aquella organización CRAZ INC. sólo le faltaba una Y al final para que quedara

CRAZY, o sea locos, pero se abstuvo de hacer el comentario.

Terminaron el recorrido con la observación de la especie de bodega en donde se conservaban los “pacientes”, como los llamaba Gibson. La neoyorquina había supuesto que aquello sería espeluznante, pero la verdad es que no se veía nada asustador. Un montón de enormes tanques cromados y de una brillantez perfecta. Bien podría ser una cervecería o una fábrica de bebidas gaseosas. Los cadáveres no se veían por ninguna parte.

Gibson le explicó que allí no se podía entrar por razones técnicas y se limitaron a contemplarlo todo a través de un ventanal desde un amplio salón con una mesa, donde se reunía el Consejo Directivo de la entidad. Allí Gibson le enseñó, en un modelo a escala de los tanques cromados, que se llamaban Dewars —al igual que el whisky escocés—, cómo se introducían y se guardaban los cadáveres de a cuatro en cada uno de los recipientes y le mostró toda una galería de fotos de quienes allí esperaban la resurrección, más de doscientos cincuenta, aparte de ochenta o noventa mascotas (¡cuánta chifladura!, pensaba Laura) cuyos amos habían decidido congelar para que los acompañaran en su próxima vida.

Sentados frente a la lustrosa mesa de guayacán colorado —él en la cabecera opuesta al ventanal desde donde se contemplaban los tanques metálicos y ella a su derecha—, siguieron tomando café y conversaron durante horas sobre el asunto de la criónica. Laura anotaba.

Gibson le explicó que esa ciencia —como él la llamaba con cierta arrogancia— había comenzado a gestarse en los años sesenta del siglo anterior (de hecho el primero de sus “pacientes” estaba allí congelado desde 1970) y que todo se basaba en un concepto visionario y optimista que anticipaba la posibilidad de brindar a la gente la oportunidad de vivir una segunda vez en condiciones magníficas de salud, vitalidad y juventud renovadas. Todo eso lo dijo con cierto automatismo como una lección aprendida de memoria y repetida miles de veces.

Él era consciente de que todo sonaba un poco alocado y que las personas comunes opinaban que los que tomaban la decisión de esperar suspendidos en nitrógeno líquido el advenimiento de una nueva existencia tenían la teja corrida o eran unos vanidosos

estúpidos.

Pero, lejos de eso, quienes optaron por congelarse eran individuos de altísimas condiciones intelectuales y académicas que tenían mucha fe y confianza en los progresos de la ciencia, la medicina y la genética, y que, además, opinaban que el mundo futuro sería incomparablemente mejor que el presente y valía la pena conocerlo y disfrutar de él.

—¿Y en qué se basan para hacer esos pronósticos? —preguntó Laura —, si casi todos los novelistas de ficción, los guionistas de películas del futuro, los filósofos y los pastores y sacerdotes de distintos cultos no hacen otra cosa que vaticinar un mundo apocalíptico, destruido por el delito, el hambre, la guerra y la maldad y literalmente exterminado por el calentamiento global y los crímenes contra la naturaleza? Todos dan por inevitable la llegada del Armagedón…

—Sí —prosiguió Gibson—, todos nosotros somos conscientes de eso. La humanidad pensó que la Primera Guerra Mundial era el fin. Luego que la Segunda lo era. Más tarde que todo terminaría en 1960 o en el 2000. Los mayas predijeron el final para el 2012. Según eso, a mí ya me habrían tocado dos o tres finales del mundo y, sin embargo, aquí seguimos —dijo con una sonrisa—. La realidad histórica es bien distinta. Todos los estudios y las estadísticas demuestran que el mundo es cada vez mejor. Hoy somos mucho menos pobres y tenemos más comodidades y mejor alimentación que hace cincuenta, cien o quinientos años. Nuestros antepasados a duras penas llegaban a los treinta años y hoy la expectativa de vida al nacer en el planeta está llegando a los ochenta. Las guerras de la Antigüedad —y aun las del siglo pasado— exterminaban millones de personas y ahora prácticamente no existen.

”El crimen es cada vez más controlable y es muy posible que en un futuro no muy distante se haya erradicado de la Tierra. Hace quinientos años o menos los hombres eran tan crueles que fueron capaces de exterminar casi por completo a los nativos norteamericanos, australianos y buena parte de los latinoamericanos y de aberraciones tan repugnantes como la esclavitud, que ya está borrada del mundo (por lo menos en las leyes) y de violaciones masivas tan odiosas como las de los bárbaros o las de los mongoles.

”El hombre ha superado totalmente el analfabetismo, las pestes. Hoy la viruela, el sarampión, la sífilis y otros grandes asesinos de la humanidad como la tuberculosis son apenas una curiosidad histórica. Estamos a punto de controlar del todo el sida, y en la actualidad muchas variedades de cáncer son manejables y hasta curables.

”Cada vez tenemos más comodidades, más adelantos. ¿Quién habría soñado hace trescientos o cuatrocientos años con el descubrimiento de la máquina de vapor, la energía eléctrica, el invento de la aviación o del automóvil, la radio, la telefonía o la televisión? Muy pocos de nuestros congéneres del presente están privados de esos aparatos. Y ¿qué decir de los computadores, los teléfonos celulares, los relojes inteligentes y la internet?

”Lo que sucede es que los profetas de desastres siempre han existido y a los humanos, por alguna razón misteriosa, nos seducen las predicciones terribles, de la misma manera que nos atraen con más fuerza las malas noticias que las buenas. Yo pienso que una película que vaticinara un mundo maravilloso, lleno de amor, paz, abundancia y personas bellas, lozanas y longevas no iría nadie a verla. Al igual que hoy no es noticia que alguien vaya todos los días a trabajar, ame a sus hijos y a sus amigos y disfrute la vida. Lo que vende periódicos y noticieros es que alguien asesine o muera violentamente. Nunca he conocido un periodista que cuente que en un día cualquiera millones de vuelos, con cientos de millones de pasajeros a bordo, se desarrollaron sin contratiempos y aterrizaron con menor o mayor puntualidad en sus lugares de destino, o que incontables automovilistas se desplazaron sin inconveniente alguno por los infinitos kilómetros de carreteras que hay en el mundo. Pero un solo accidente es una gran noticia. Si dibujáramos un punto negro sobre una monumental hoja blanca todos lo notarían. Pero muy pocos apreciarían el tamaño de la parte en blanco de la hoja.

”Mientras tanto, los científicos —los verdaderos artífices del progreso de los hombres— siguen investigando, trabajando sin pausa en construir un mundo mejor y lo están consiguiendo. En eso creemos nosotros. Casi nadie presta atención a las cosas importantes que están ocurriendo. Los descubrimientos astronómicos —qué poco hace, incluido Aristóteles, que se pensaba que la Tierra era plana y que el

Sol daba vueltas a su alrededor— nos muestran cada minuto, sin aspavientos, unas verdades maravillosas y de belleza y posibilidades extraordinarias.

"Y los avances de la biología… Me llama la atención que el desciframiento del genoma humano o el hallazgo de las células madre no merecieron sino pequeños titulares en la prensa mundial. La nanotecnología, que apenas comenzamos a conocer y que abre las puertas a otro universo tan sorprendente como el de las constelaciones y las galaxias. Las comunicaciones, que han convertido el mundo en la famosa aldea global. De nada de eso dan cuenta los periodistas. O muy poco, en todo caso. A ellos les gustan las tragedias, los atentados violentos y macabros, los asesinatos. Sienten que su obligación es revelar hechos de corrupción —lo cual no niego que está bien y es útil — o destapar escándalos sexuales, historias de infidelidades, de madres desalmadas o de individuos pervertidos.

Laura levantó su mano derecha y lo interrumpió.

—No me estará usted lanzando indirectas, doctor Gibson, ¿verdad?

—Primero que todo, tenemos que establecer un equilibrio. Si yo te voy a decir Laura y a tutearte, tú debes llamarme Benjamín o Ben, como prefieras, y hacer lo mismo. Todavía no estoy tan viejo como para que me trates con tanto respeto…

—*Touché* —dijo Laura.

—Y, en segundo lugar, nada más lejos de mi intención que echarte pullas, je je je. Quizás me duele la poca importancia que se les da en la prensa a los avances científicos, pero yo comprendo que ustedes hacen su tarea y que su primera obligación es complacer a sus lectores o a sus televidentes. Así está diseñado el asunto. No tengo resentimientos.

—Aceptado… Bueno, ya me contaste la filosofía y las creencias de la criónica y, de verdad, todo eso no ha dejado de conmoverme. Ahora pienso que existen razones poderosas para creer en estas cosas. Te confieso que hace un rato pensé que ustedes eran una partida de chiflados, pero estoy cambiando de opinión. Me quedan miles de preguntas…

—A ver…

—¿Cuáles son las posibilidades reales de lograrlo? Es la primera.

—Pues verás… Los científicos sabemos que los conocimientos, las

memorias, los sentimientos, el amor, el desprecio, en fin, la personalidad, la identidad, están en el cerebro… en todo ese montón de células que tenemos allí acumuladas. Por supuesto que no negamos la existencia del alma, pero en eso no nos metemos. Nadie la ha visto… Con los años, algunas de esas células mueren y otras tan sólo se estropean, y creemos que va a ser posible reconstruirlas con la ayuda de la nanotecnología y de los computadores de inteligencia artificial. Piensa que hace unos años era absurda la posibilidad de hacer las intervenciones de neurocirugía que hoy son pan de todos los días, ni trasplantes de órganos que hoy resultan ordinarios o cirugías a distancia o con el procedimiento de laparoscopia. En un futuro, menos lejano de lo que hoy imaginamos, tal vez podamos inyectar en los cuerpos billones de diminutos robots que serán capaces de reparar todos esos daños ocasionados por la edad y las enfermedades en nuestro cerebro y reconectar debidamente todas las células hasta el punto de que se restablezcan del todo la memoria y la identidad. De hecho ya está curándose la enfermedad de alzhéimer…

—Perdóname —dijo Laura—, ¿cómo es ese cuento de la nanotecnología?

—Je, je, je… es algo complicado, pero voy a tratar… Antes se creía que lo más pequeño que había en el mundo eran los átomos y que estos eran indivisibles. Ya hoy sabemos que ese concepto era equivocado. Los átomos están compuestos de otro poco de partículas que también pueden dividirse. La nanotecnología es el estudio de esas cosas diminutas que se miden en una unidad que se llama nanómetro. Para darte un ejemplo medio comprensible, un nanómetro es a un metro lo mismo que una roca es a la totalidad del planeta Tierra.

—¡Wow! —exclamó Laura.

—Con esas partículas y el descubrimiento de nuevos materiales y elementos químicos ya los científicos fabrican computadores microscópicos capaces de hacer operaciones y tareas que no alcanzamos a imaginar. Hace unos pocos años los computadores ocupaban enormes espacios y hoy un simple teléfono móvil, que aparte de comunicarnos es capaz de realizar miles de tareas de todas las clases, ya lo hacen del tamaño de un reloj de pulsera y con mayor capacidad y velocidad de procesamiento que esos enormes aparatos de

los años sesenta…

”Pues bien, en eso se sigue investigando y trabajando y va a llegar el momento —ya estamos cerca— en que esos aparatos serán chiquiticos y podrán sernos inyectados para examinarnos y curarnos sin necesidad de cirugías. Ya desde hace varios años se pueden hacer endoscopias mediante la ingestión de una pildorita que ve nuestro interior y puede tomar muestras de nuestros tejidos para exámenes de laboratorio.

—Sí, es verdad. No lo había pensado —murmuró Laura—. Lo haces ver bastante simple. Y creíble… Pero hay otra pila de preguntas…

—Cuéntame a ver si puedo responderlas.

—Bueno, pues está todo ese asunto de las religiones, de las creencias que tenemos desde niños… ¿No es un desafío a la voluntad de Dios el pretender resucitar a alguien? ¿Qué pasará con el alma de los muertos? ¿Adónde va mientras el cuerpo está congelado? Y también me comienzan a agitar otra gran cantidad de inquietudes… Las jurídicas, por ejemplo… ¿Qué ocurrirá con los bienes del fallecido con todo el cuento de las herencias o las sucesiones? ¿La viuda del muerto podrá volverse a casar? ¿Incurrirá en bigamia? ¿Qué sucederá cuando me resuciten y resulte que mis hijos son mayores que yo? ¿O mis nietos? ¡Todo eso va a ser un enredo monumental!

—Ah, sí —respondió Gibson pasando la mano por su cabeza—. Todo eso va a ser un tremendo lío como para alquilar balcones… Pero con seguridad los teólogos, los filósofos, los políticos y los juristas encontrarán las respuestas. Siempre se las ingenian para hacerlo. Y esta no será la primera vez que la ciencia derrumbe mitos.

”Cuando Darwin expuso su Teoría de la Evolución o cuando Einstein enunció la Teoría de la Relatividad los filósofos se vieron a gatas para aceptarlas… Todavía muchísimos las rechazan porque son contrarias a las enseñanzas de la Biblia… Cuando inventaron los trenes no faltaron quienes dijesen que eso iba contra la naturaleza y algo parecido sucedió cuando se fabricaron los primeros aviones o se descubrieron las píldoras anticonceptivas. O cuando se prolonga la vida con trasplantes de órganos o respiradores artificiales. Esas preguntas no puedo responderlas. Los investigadores hacemos nuestra tarea. Ya vendrán los pensadores, los moralistas y los políticos a encontrarles peros o a aprovecharse de los descubrimientos… Esa es una realidad

recurrente.

—Todo es como complicado —asintió la periodista, pensativa—. Benjamín, tú has sido más que amable, pero pienso que estoy abusando de tu tiempo.

—¡Qué va…! Estoy encantado de atenderte. Pero se acerca la hora de cenar. Si no tienes inconveniente podemos seguir la charla con unas copas de buen vino y algo de la cocina del suroeste. No será excelente como la de Nueva York, pero procuraré no defraudarte.

—Ah, sí. Por supuesto. Acepto sin condiciones. Mi hotel queda cerca. Me estoy quedando en el Best Western Suites en Butherus Drive. Voy a cambiarme y podemos vernos allí.

—Es un trato. A las ocho en punto te recojo.

Capítulo 6

Lo
más
increíble
de
los
milagros
es
que
ocurren.
Gilbert
Keith
Chesterton

Era la mañana del primer domingo de septiembre y el sol entraba a borbotones a través de las persianas del apartamento de Laura Andrews en Nueva York. Ella despertó perezosa. Había regresado a su vida normal después de ese largo viaje que inició casi tres meses antes y que le había servido no sólo de bálsamo para las penas del corazón sino que había sacudido su cabeza con nuevos pensamientos y su existencia con un increíble montón de sucesos bastante inesperados, cuyas consecuencias apenas empezaban a vislumbrar.

Comenzó, por recordar la noche en que fue a cenar con Benjamín Gibson después de aquella charla como de ciencia ficción que sostuvieron en las instalaciones de CRAZ INC.

Gibson fue por ella a su hotel muy puntual en un automóvil rentado con conductor y todo, por aquello de que iban a tomarse unos vinos, y la llevó a un acogedor restaurante especializado en cocina fusión muy latinoamericana, ubicado en el centro histórico de Scottsdale, a unos veinte minutos de su hotel. Al calor de unos vinos chardonnay

californianos —nada malos— y de varios platos de entradas exquisitas —mucho aguacate, tortillas, camarones y chiles—, hablaron de lo divino y de lo humano hasta pasada la medianoche.

Ella le contó de su infancia en la ciudad de Búfalo, al norte de Nueva York, de su vida en la escuela secundaria y del temprano fallecimiento de su padre. Su madre se había hecho cargo de su crianza y de la de Mary, su hermana mayor, que ahora estaba casada, tenía dos chiquillos encantadores, había estudiado Administración de Empresas y trabajaba, con éxito, en una empresa de telecomunicaciones en Carolina del Norte. Su madre, Erika Rosenthal, ahora estaba retirada, vivía en Manhattan en una linda casita en la Calle 24 —una calle hermosa y sombreada llena de esas casas típicas del Nueva York de primera mitad del siglo anterior con sótano y escaleras hacia la puerta principal— y había dedicado su vida a la enseñanza escolar. También le contó de sus estudios de Periodismo en la Universidad de Nueva York, de sus peripecias como reportera en publicaciones de poca importancia y de su progreso paulatino hasta llegar a su ocupación actual.

Gibson habló de su nacimiento y niñez en la ciudad de Tyler, Texas —allí seguían viviendo sus padres—, sus estudios de Medicina en Austin y su vinculación, casi por casualidad, con el Instituto de Criogenización, donde había comenzado apenas terminó su internado, hacía ya más de quince años, hasta alcanzar el cargo de director general.

Más adelante se rieron a carcajadas —el vino empezaba a cumplir sus funciones— de sus vidas conyugales y sus divorcios. Gibson había terminado su matrimonio en 2010. Le dijo, entre otras cosas, que ahora le parecía ridículo el pavor que su esposa le infundía y todo lo que sufría cuando tenía que llegar tarde a la casa por razones de trabajo o cuando las jugadas de golf se prolongaban con los amigotes. Él de veras pensaba que lo iban a matar… Ella le habló de su sentimiento de encarcelamiento y de cómo se había llegado a sentir como un promontorio inútil. Jajajaja.

Laura notaba que ya el corazón de Benjamín se había curado por completo y pensaba cuánto tiempo tardaría el suyo en curarse. Pero el ver la alegría, la tranquilidad y la seguridad de aquel hombre la

afirmaba en su decisión del divorcio. Sanar del todo era un asunto de tiempo.

Casi de forma inevitable volvieron sobre el tema de la resurrección de los muertos, de los avances de la ciencia y de las posibilidades de Kibo.

—Te voy a hacer una confidencia bajo tu promesa solemne de que no hablarás de ella ni profesional ni socialmente —le dijo Gibson.

—Prometido.

—Yo creo que el volver a Kibo a la vida es mucho más viable de lo que creíamos al principio. Estos primeros exámenes nos han dado muchas luces y su cuerpo está en condiciones increíbles. Nos hace falta comprobar que no tenga cristales de hielo que puedan producir daños severos a su cerebro durante el proceso de descongelamiento y, en todo caso, ya en CRAZ INC. hemos avanzado muchísimo en la preparación de una solución a base de polímeros de carbono, que ha dado buenos resultados en pruebas con pequeños roedores. Seguro no ocurrirá antes de uno o dos años, pero tenemos muchas ilusiones. Es posible que podamos sorprenderte antes de lo que te imaginas…

—¿Y por qué estás tan optimista, si se puede saber? —preguntó Laura.

—Verás, desde hace algunos años se produjeron dos acontecimientos de gran trascendencia en este campo de las posibilidades de revivir un ser congelado. Por una parte, el Instituto Nacional de Investigación Polar del Japón logró resucitar un animalito muy curioso conocido como oso de agua, que encontraron cerca de la base Showa que ese país tiene en la Antártida Oriental. El animalito estaba en unas muestras de musgo y había permanecido congelado durante treinta años a una temperatura inferior a los veinte grados centígrados. Eso ocurrió en enero de 2016.

”Y un año antes, en febrero de 2015, ocurrió otro hecho muy significativo. En un camino solitario de Pensilvania, un muchacho de veintiséis años llamado Justin Smith iba caminando y tropezó y cayó inconsciente en la nieve. Su padre lo encontró más de doce horas más tarde y llamó a los paramédicos, que dictaminaron que el joven no tenía signos vitales. Técnicamente estaba muerto. Sin embargo un médico llamado Gerald Coleman pensó que podía intentar revivirlo y

le aplicaron un procedimiento de reanimación cardiopulmonar mientras lo trasladaban al hospital. Después lo conectaron a una máquina de oxigenación por membrana extracorporal para calentar y oxigenar su sangre. Restablecieron sus signos vitales pero permanecía en estado de coma. Así duró quince días y los médicos se maravillaron al ver que su cerebro estaba ileso. Finalmente salió del coma y aunque fue necesario amputarle unos dedos de los pies que se vieron afectados por la gangrena, hoy ese muchacho lleva una vida normal. Juega golf y estudió Psicología en la universidad estatal de Pensilvania. Coleman, el médico que lo salvó, dijo cuando lo entrevistaron sobre el tema que 'este caso me ha enseñado que a veces tienes que confiar en tu intuición, aunque la lógica te diga todo lo contrario'.

—Caramba, pero eso que me estás contando suena muy inverosímil… —exclamó Laura.

—Sin duda lo parece. Pero ese par de acontecimientos nos renovó las ilusiones a todos quienes hemos creído desde hace tiempos en estos asuntos de la posibilidad de volver a la vida. Con posterioridad a esos hechos, los casos exitosos se han venido repitiendo cada vez con mayor frecuencia. Todo eso me llena de optimismo. Al fin y al cabo, si fue posible revivir a un organismo muerto desde hace treinta años o a un joven que estuvo congelado durante más de doce horas, nada se opone a que podamos revivir a Kibo, que, por lo que hemos analizado, se encuentra en condiciones inmejorables… Pero, como ya te dije, no creo que podamos intentarlo antes de uno o dos años.

Laura aplaudió con entusiasmo y, en vista de que el procedimiento tardaría tanto, decidió regresar a su trabajo. Antes de volver a Nueva York, sin embargo, se tomó unos días para recorrer los alrededores de Scottsdale y fue hasta el Gran Cañón del Colorado, donde pasó todo un día absorta ante su inmensidad y ante la comprobación, en sus cientos de capas, de la antigüedad de su formación —más de seis millones de años—, que le recordaron todos aquellos pensamientos durante su ascenso al Kilimanjaro sobre la pequeñez de la Tierra y de los seres humanos y la hicieron reflexionar otra vez sobre esos catorce mil millones de años de antigüedad del universo y lo poco que aún sabemos sobre él.

Ahora en su apartamento recordaba con una sonrisa picarona cómo había rechazado —muy delicadamente— las aproximaciones románticas de Gibson durante el trayecto de regreso a su hotel en el automóvil rentado. Él le encantaba, sin duda, pero era muy pronto para una nueva relación, cuando apenas estaba saliendo de la anterior y eso de las aventurillas, como la de París, le había dejado mal sabor… De todas maneras prometieron mantenerse en contacto permanente. Como a toda mujer, le agradaba sentirse deseada.

Ese domingo lo pasó con su madre, que estaba ansiosa por oír todas esas historias en vivo y en directo de sus propios labios y al día siguiente, rejuvenecida, alegre y bronceada, se reintegró a su oficio de periodista en *P&E*, donde fue recibida con vítores y festejos.

Su celebridad, que no era poca antes del descubrimiento de Kibo, se había más que duplicado, al igual que la circulación y los ingresos de la revista. Todos estaban felices. Su vida retomó su cauce ordinario, con la diferencia de que ahora sentía el corazón aliviado y las ideas bastante más claras. Algunas ideas. A otras no les encontraba ni pies ni cabeza. En ocasiones, no podía evitar el sentirse algo triste y sola y extrañar la compañía de su exmarido, sobre todo cuando regresaba a su apartamento en las noches. Eso era normal, ella lo sabía. Diez años de vida echan raíces.

Una amiga psicóloga le había dicho alguna vez que cuando una pareja vive unida por mucho tiempo termina creando un todo único de lo que eran dos personas. Como dos balones que se desinflan hasta la mitad y forman un balón completo. Al separarse quedan dos balones desinflados. Era preciso volverlos a llenar de aire. Reconstruir las viejas amistades, emprender nuevas aficiones y actividades, evitar los sitios adonde iban juntos, no escuchar la misma música… Y, por encima de todo, tener siempre muy presentes las consideraciones que la llevaron a la decisión de divorciarse. La soledad no era buena, se repetía, pero era mucho mejor que estar atrapada en una relación que la acongojaba.

Y así transcurrieron los meses hasta la primavera del 2022, cuando en medio de los colores naranja y violeta de un crepúsculo contradictorio, porque lloviznaba y brillaba el sol al mismo tiempo —lo que no supo si debía interpretar como un presagio—, a Laura

Andrews le llegó la noticia que había estado esperando.

Había pasado la tarde entera en Tauro, un restaurante de comida española a pocas calles de su apartamento adonde le gustaba ir cuando debía dedicar varias horas a la escritura de artículos o a responder los correos electrónicos más importantes. Escribía una crónica analítica en su *laptop* sobre reportes corporativos de distintas empresas del país mientras sentía todo el picor del sol de mayo en su espalda. Varios libros estaban regados sobre la gran mesa. También estilográficas, resaltadores y blocs de notas donde garabateaba frases que luego intentaba redactar con más cuidado en el computador.

No podía faltarle su té de jazmín helado, que desde la época de universidad había sido su predilecto. Mientras tomaba cada decisión sobre la siguiente frase, removía con el pitillo el té y los hielos en forma de estrella, que de cuando en cuando introducía en su boca, fascinada por la sensación de frescura, y también por el sonido que producían al morderlos.

En la pantalla de su celular apareció el nombre de Benjamín Gibson y, a pesar de que habían conversado con alguna frecuencia sobre los avances de los procedimientos para la descongelación del fósil del Kilimanjaro, y de que se habían visto un par de veces desde aquella cena en Scottsdale, Laura intuyó que aquella llamada de media tarde —en Arizona deberían ser las tres— tenía algo especial.

Respiró profundo antes de contestar con los ojos cerrados, esperando el milagro. Gibson la saludó con amabilidad y le preguntó por su trabajo. Laura respondió con frases cortas que todo iba normal, pero estaba ansiosa por conocer el estado de Kibo.

Y Gibson le dijo, aparentando una gran naturalidad:

—Ah, el chico está muy bien. Duerme plácidamente… Hace un ratito terminamos de resucitarlo…

Laura saltó como un resorte y en una especie de arrebato de locura comenzó a gritar mientras recogía con premura todos sus útiles:

—¡Kibo ha resucitado! ¡Kibo ha vuelto a la vida! ¡Ben, me voy para allá en el primer vuelo! Ya salgo para el aeropuerto. ¡Cuando vaya en el taxi te llamo para que me cuentes detalles!

Berenice, la regordeta mesera colombiana —de Barranquilla, por más señas— que siempre la atendía la miró sin comprender nada

mientras trazaba círculos con su dedo alrededor de su oreja indicando que su clienta había enloquecido.

—Ahora no puedo explicarte nada, Berenice. Guárdame la cuenta. Te prometo que luego te la pago y te explico todo. Tengo que irme volando.

Camino al aeropuerto de La Guardia, cuando estaba más sosegada, Gibson le explicó que habían decidido que las condiciones para adelantar el procedimiento de descongelación estaban dadas y todo había funcionado de maravilla. Una vez descongelado el fósil se habían atrevido a producir unos choques eléctricos para ver cómo respondía Kibo.

—Al fin y al cabo —le explicó Gibson—, siempre existía la posibilidad de volver a congelarlo en caso de que fracasáramos en el intento. Fuimos los primeros sorprendidos al comprobar que tras la segunda descarga el cuerpo presentó señales de reanimación y un rato después los monitores comenzaron a mostrar un incremento en la tensión arterial. En seguida lo conectamos a un respirador artificial.

Luego le contó que el muchacho estaba en lo que se podría llamar estado de coma profundo, caracterizado por la inconsciencia total, resistente a los estímulos externos, es decir, alguien que tiene estupor profundo y no responde, ni siquiera al dolor. ¡Pero su corazón latía!

Según el informe científico, que más tarde conocieron Laura y el resto del mundo, Kibo se mantenía con un respirador artificial controlado electrónicamente por un pequeño sistema que permitía adaptar con exactitud las características de presión y flujo de sangre a sus necesidades. Aunque el estado de coma es una condición médica en la cual la actividad cerebral se reduce al mínimo, el doctor Benjamín Gibson fue optimista cuando afirmó que gracias a los avances del instituto, el niño podría despertar en cualquier momento. Apenas tres de cada diez pacientes en coma despiertan y se recuperan totalmente. Claro, este era un caso excepcional. Ochenta mil años era una cifra importante.

Laura no dejaba de imaginar cómo sería la voz del niño, ¿fina o ronca?; su mirada, ¿angelical, beligerante, fervorosa?; su modo de caminar, ¿despreocupado, altivo?; su forma de mover las manos al

hablar, ¿juguetona, brusca? ¿Cómo sería interactuar con Kibo? Imaginaba una escena con él a orillas de un lago, ella contándole cómo había sido su infancia, y él narrando con ese vigor estupendo de la mocedad algunas imágenes de caza en compañía de su tribu. Intentaba sofocar esos pensamientos, no quería sufrir una decepción, pero las fantasías regresaban, siempre regresaban —incluso en sueños— para avivarla cada vez más. Un sentimiento raro, pero de alguna manera familiar, comenzaba a anidarse en su interior.

Laura tomó la decisión de instalarse en Scottsdale todo el tiempo que durase la recuperación de Kibo.

La vida de la neoyorquina acusó una considerable transformación. Aunque nunca dejaba de lado su responsabilidad en *P&E*, para la cual seguía trabajando sin descanso como editora, casi toda su inclinación vital se dirigía ahora al niño, al posible regreso a la vida de ese ser prehistórico con el que se había encontrado en las entrañas del Kilimanjaro. Cada vez estaba más cerca la posibilidad de admirarlo vivo, en movimiento.

Mathew, su exmarido, había telefoneado un par de veces para preguntarle por su nueva vida y, al conocer que ella había optado por permanecer en una ciudad lejana y calurosa, no pudo dejar —como era su costumbre— de ridiculizar su situación. Una prestigiosa editora, que podría estar preparándose para entrevistar al presidente del Fondo Monetario Internacional, prefería aguardar en la puerta de un instituto de criopreservación de Arizona por si despertaba un niño *Homo sapiens* de casi cien mil años. ¡Cuánta locura!

Pero ella, tan acostumbrada al espíritu mordaz de Mathew y tan satisfecha con su nueva perspectiva, prefirió mantener la cordura y guardar silencio. Sabía que debía permanecer allí. Claro, no era Nueva York, pero Phoenix era una capital con modernos servicios de gran ciudad, aunque conservara sus raíces del suroeste indómito y el ambiente amigable y descongestionado de las pequeñas poblaciones. Le gustaban mucho sus calles anchísimas, su aire caliente y limpio, las colinas desérticas que la rodeaban, su firmamento tan azul y, sobre todo, el tráfico fluido y la gente que andaba contenta y sin premura.

Los medios presentaban con frecuencia algún informe —o el mismo dato disfrazado de novedad— que tuviera relación con Kibo. Así, la

audiencia mundial estaba al tanto de que la célebre periodista neoyorquina Laura Andrews seguía visitando el Instituto de Scottsdale y que se habían organizado varios grupos, llamados “Vive Kibo”, “Kibo despierta”, “Una esperanza para Kibo”, que en redes sociales y editoriales de revistas y periódicos expresaban su solidaridad con el niño prehistórico y un gran entusiasmo por el hecho de que hubiese vuelto a la vida. Aquel, sin discusión alguna, se erigía en el acontecimiento científico más destacado de la historia reciente.

Al mismo tiempo, otros grupos instaban al doctor Gibson y a su equipo a dejar al niño descansar en paz. ¿Quiénes eran ellos para tratar de volver a la vida a un ser humano que no lo había pedido? “Sólo Dios puede devolver a alguien la existencia”. Y, claro, tronaron voces estentóreas, desde las tribunas eclesiásticas, que condenaban ese experimento y reclamaban que la única resurrección en que podía creerse era la de Jesús. Todo lo que estaba ocurriendo era obra del Maligno y debía ser rechazado.

Se entabló una ardorosa pugna —tal como Gibson había vaticinado — entre los defensores de los avances de la ciencia y quienes se oponían a toda intervención humana en la manipulación de la vida. Era una nueva y apasionante edición de las ya tradicionales discusiones sobre temas como el control de la natalidad, la pena de muerte, la eutanasia o la clonación. Hace pocos siglos se discutía si los indios americanos o los negros del África eran seres humanos o si el mundo era redondo o plano, se condenaba sin miramientos a quienes sostenían que la Tierra giraba alrededor del Sol y no al contrario, y se tachaba de locos o herejes a quienes expusieron la Teoría de la Evolución…

—Doctor Gibson, ¿qué pasa con las almas de la gente en la criopreservación? —le preguntó algún reportero.

—Si aceptamos el postulado de que los pacientes criopreservados no están muertos, entonces el alma de un paciente de la criónica está en la misma condición que el alma de un embrión humano congelado o el alma de una persona que está en coma o inconsciente. Quiero que quede claro que lo que hacemos mi equipo y yo, y muchos otros científicos en el mundo, es continuar los cuidados para personas

enfermas y, en el caso de Kibo, intentamos revertir un proceso natural de congelación. Hacemos uso legítimo de recursos para mantener la vida humana.

—De acuerdo con la mayoría de las religiones, sólo Dios puede resucitar a los muertos.

—Le repito: la condición de Kibo o los pacientes que esperamos volver a la vida es la misma de un embrión humano congelado o de una persona que está en coma o inconsciente. Eso quiere decir que si logramos reanimarlo, que es la palabra correcta, significa que nunca estuvo muerto. Creo que será mejor que nos veamos después. Tengo que salir de inmediato.

Gibson pensaba que su tarea era ser un buen científico. Siempre se apoyaba en aquella frase de Darwin: "Me he esforzado en conservar mi mente libre". Las discusiones éticas y religiosas no eran su especialidad y él sabía que esos conceptos cambiaban con los descubrimientos. Preguntas como las anteriores y muchas de corte parecido se repetían incesantemente y eran divulgadas y controvertidas o defendidas por unos y otros con ardentía y, a veces, con cierta violencia.

Él tenía claro, como ya se lo había dicho a Laura en aquella larguísima primera conversación entre ellos, que la tarea de los hombres de ciencia era encontrar adelantos, investigar, profundizar. Después los filósofos, los teólogos, los políticos y los juristas se encargaban de armar unos enredos sensacionales.

Transcurrieron varios meses y a pesar de todos los esfuerzos y toda la paciencia y la técnica de los médicos, aquel muchacho prehistórico que las soberbias nieves del Kilimanjaro habían sepultado por más de ochenta mil años permanecía vivo pero inerte. Nada parecía poder sacarlo de aquel estado de coma y los científicos sabían que aquello podía durar una eternidad.

Y entonces apareció Francesca Tabone. Esta guapa y bizarra antropóloga norteamericana de origen italiano, piel trigueña y cabello negro y brillante, quien no pertenecía al grupo escogido para estudiar el caso, consiguió, con gran tenacidad y poder de persuasión, llegar hasta la vigilada cabina donde reposaba el cuerpo del pequeño.

El doctor Gibson no quería probar con nada que no hiciera parte de

su programa científico de reanimación. Pero Francesca insistió en que ella podría colaborar en regresar a Kibo del coma. Inducir su despertar con grabaciones de sonidos de tambores y algunas piezas de música clásica. Nadie daba un ápice de credibilidad a su ingenua tentativa. Pero Tabone intuía que su método podría funcionar y se obstinó con terquedad en intentarlo.

La impulsó, entre otros, el caso de un entrenador británico de fútbol que sufrió un accidente cuando iba de camino a casa. Tuvo que ser sometido a una serie larguísima de operaciones, incluida una cirugía del corazón que al final llevó a los médicos a inducirlo al coma. Sus heridas fueron muy graves: costillas aplastadas, dislocación de la cadera, una arteria y el esternón rotos, un pulmón perforado, la pelvis destrozada y fractura en la pierna izquierda. Los médicos le habían recomendado a su familia que le hablaran a pesar de su estado. El entrenador despertó del coma tras oír que su equipo había ganado su primer partido de la temporada en la Premier League.

Y entre muchos otros casos similares, Charlotte, una niña de siete años, que había sufrido un derrame cerebral con pronósticos médicos nada favorables, después de estar en estado de coma por una semana, reaccionó al escuchar una canción de su artista favorita. Francesca Tabone sabía que, aunque aplicaría una técnica experimental —que para los científicos del instituto era, a todas luces, sólo un tanteo caprichoso—, no desfallecería y llevaría además un registro detallado que les enseñaría al final.

Vencer a la muerte también podría requerir una buena dosis de música estimulante.

Francesca y su equipo de trabajo conocían muy bien que no por encontrarse en estado vegetativo un paciente deja de tener emociones ni suspende su actividad cerebral ante determinados estímulos. Sienten dolor y sufren, dentro del estado de consciencia mínima en que se encuentran.

Después de varios días de insistencia, Gibson accedió a permitir a la antropóloga que realizara su intento. Daño no podía hacer, en todo caso…

Siempre en presencia de Laura, que no quería perderse ni un solo

episodio de la reanimación de Kibo, y durante dos semanas ininterrumpidas, Francesca comenzaba su jornada desde tempranas horas de la mañana hasta bien entrada la noche, de acuerdo con un plan que había elaborado con meticulosidad. Para la primera sesión escogió rugidos de animales salvajes y cantos y graznidos de aves. Para la segunda, retumbar de tambores y algunos gruñidos humanos. Todo lo iba intercalando y modificando una vez tras otra. Muchas veces.

Pero no sucedía nada. Kibo no se manifestaba.

Tres semanas después del primer experimento con sonidos, Francesca tuvo un impulso.

Existía una melodía que desde muy joven ella había considerado como la pieza más bella de la música clásica: el canon en Re Mayor del alemán Johann Pachelbel. Su padre, un sensible militar italiano, afirmaba estar de acuerdo con Leonard Bernstein, el músico estadounidense, en que sólo la música puede nombrar lo innombrable y comunicar lo desconocido, y ella coincidía con ese sentir.

Francesca se encargó de programar ella misma el audio con otras composiciones del mismo autor. Al darle inicio al reproductor, su intuición vibraba con un mensaje de esperanza.

La progresión armónica del canon, compuesto para tres violines y bajo continuo, avanzaba lentamente hacia la parte central de la pieza, cuando las variaciones van haciéndose cada vez más complejas. Entonces vio algo en Kibo que le llamó la atención.

Francesca casi no podía creer lo que presenciaba: una ligera sonrisa se iba formando en el rostro del niño, además de un leve y casi imperceptible movimiento del pulgar de su mano derecha.

Era la vida manifestándose.

La antropóloga, en medio del éxtasis, corrió a abrazarse con Laura, siempre pendiente de sus experimentos, y bailaron y brincaron pletóricas de agitación. Francesca tomó varios apuntes en su libreta y de inmediato dio aviso al doctor Gibson y al resto del equipo. Quedaron tan asombrados ante el hecho que la animaron para que continuara con sus planes y celebraron con unos cocteles. Pero hasta ahí llegó el asunto. Kibo volvió a sumergirse en su letargo durante muchos días.

La insistencia de Francesca en sus experimentos y la ternura de

Laura, que no abandonaba el salón sino por momentos y sostenía con dulzor la mano del muchacho inerte, volvieron a tener éxito nuevamente casi tres semanas después. Kibo volvió a dar señales de animación una y otra vez y con mayor frecuencia.

No quedaba claro si sus reacciones ante la música eran una mera casualidad o movimientos reflejos, pero resultaba indiscutible que, por alguna razón misteriosa, las notas de Pachelbel inducían unas respuestas que hacían pensar que el joven tenía señales cerebrales más claras.

Cuando terminaban las sesiones —casi siempre pasadas las nueve de la noche—, Laura, Francesca y el Dr. Gibson iban a cenar algo ligero. La excitación y el optimismo los embargaban. En sus desvelos habituales —espoleados ahora por la alegría de ver las reacciones del muchacho africano—, Laura seguía asediada por los deseos de compartir experiencias y conversaciones con Kibo… aquella idea de charlar con él a la orilla del lago y oír sus relatos de la vida en la prehistoria volvía con insistencia.

El 7 de octubre de 2022 a las ocho y dos minutos de la noche Kibo abrió los ojos completamente.

El equipo de resucitadores estaba preparado casi para cualquier comportamiento que ocurriese después del despertar. Conocían casos muy extraños y reacciones impredecibles que se habían presentado en personas que volvían del coma, desde algunos que habían olvidado su lengua materna y revivieron hablando en otro idioma, hasta otros que perdieron sus recuerdos o tuvieron actitudes violentas. Por si acaso, mantenían al joven antediluviano bien atado a la cama…

Pero en este caso no ocurrió nada de eso. Kibo simplemente miró a su alrededor presa del asombro y de una gran turbación, que dio paso a una bella sonrisa cuando sintió que Laura lo abrazaba y acariciaba sus bucles.

“¿Será —pensó la periodista— que aprendió a reconocerme desde su estado de coma? ¿Será que las personas no pierden del todo la conciencia? ¿Qué el cerebro sigue funcionando?”. ¡Qué pesar que sus

preguntas tuvieran la mala costumbre de quedar sin respuestas!

Pero la sonrisa apacible duró poco. En seguida Kibo pareció darse cuenta de que algo no andaba bien. Su respiración se hizo entrecortada, su corazón palpitaba desbocado y chorros de sudor corrían por su frente. Con movimientos muy débiles (ochenta mil años de quietud atrofian cualquier músculo) forcejeó para zafarse de sus correas y un gesto de rabia, miedo e impotencia se materializó en su rostro. Gruñía como una fiera y su mirada era amenazante y retadora.

Tuvieron que administrarle un sedante suave y volvió a dormir otras muchas horas.

Un par de días después despertó de nuevo y Laura —con algo de miedo— corrió a abrazarlo y trató de hacerle ver la escenografía que con tanto esmero habían montado a su alrededor, al tiempo que reproducían los sonidos del viento y de las aves.

La cosa funcionó. Esta vez el niño se apaciguó muy pronto y sólo parecía confundido, extrañado en medio de un escenario artificial que no le era del todo desconocido. Prorrumpió en llanto. Laura no dejaba de abrazarlo y consolarlo.

Pero día tras día fue migrando hacia nuevos estados de la conciencia y empezó a seguir con la mirada cualquier cosa que se moviera, agitaba la cabeza, movía los labios y trataba de desligarse de sus ataduras.

Y a partir de entonces, el joven evolucionó de tal forma que el doctor Gibson y su grupo apenas comprendían.

Su terapia de rehabilitación comenzó unos días después de estabilizarlo. Los primeros pasos apuntaban a promover el movimiento independiente de cada uno de sus miembros y semanas más tarde se le indujo a cambiar de posición al menos un par de veces al día mientras yacía en su cabina, acondicionada entonces con más comodidad, debido a su nuevo estado de vigilia.

Capítulo 7

Las
palabras
son
la
más
potente
droga
utilizada
por
la
humanidad.
Rudyard
Kipling

Kibo salió del coma con una combinación de dificultades físicas, intelectuales y psicológicas perfectamente explicables que requerían atención especial, pero comenzó a progresar.

Pasó de sentarse y depender de alguien para que lo llevara cargado entre la cama y una silla, a pararse, soportar su propio peso y caminar con y sin ayuda. La terapia física fue intensa e involucró esfuerzos para aumentar la fortaleza y coordinación del joven recién revivido y superar la debilidad física que resultaba después de una inactividad tan prolongada.

No fue fácil mejorar la fuerza muscular en sus piernas, aumentar la estabilidad funcional y el equilibrio para desarrollar la marcha ni lograr el reaprendizaje de los patrones de movimiento normal.

Asombrados, los científicos veían cada día el mejoramiento del control de la postura y la motricidad. Kibo revelaba un permanente asombro y algo de miedo o perplejidad que se ponían de manifiesto en

la vista fija y el corazón acelerado. Tenía siempre la misma mirada de embebecimiento y cierta resistencia a los estímulos externos que, gracias a la atención del equipo encargado de su recuperación, pudo ir sorteando felizmente.

Las enfermeras, los terapeutas de rehabilitación, médicos, antropólogos y psicólogos atestiguaron cómo el niño era, con el trascurso de los días, capaz de realizar tareas cada vez más complejas y exigentes. Inició un ciclo de sueño-vigilia y a tener algunos actos espontáneos como emitir sonidos guturales.

Luego pudo ponerse en pie, aunque al principio debía llevar un cinturón de asistencia para evitar caídas. Su mirada perdida, con los ojos muy abiertos, al igual que la boca, no daba señales de emoción alguna. Guardaba silencio y apenas parpadeaba.

El doctor Gibson aseguró que algunos pacientes que vuelven de un coma nunca progresan más allá de respuestas muy básicas, pero muchos otros recuperan la plena conciencia. El proceso de restablecimiento tras el coma podía abarcar como mínimo seis meses, incluso años.

Los científicos convinieron en que Kibo no debía ser trasladado a una clínica de rehabilitación sino traer la clínica de rehabilitación al instituto, y contrataron a los más destacados especialistas de todas las áreas.

La acartonada piel de Kibo también necesitaría íntegro tratamiento. La pérdida de elastina y de colágeno, la disminución de su secreción sebácea, así como la vascularización disminuida, hicieron que su epidermis se volviera seca, fina y quebradiza. Especialistas en dermatología comenzaron el proceso de ultrasonido, y el de fotorrejuvenecimiento corporal para homogeneizar la tonalidad y textura de su piel.

Laura permanecía siempre a su lado en Scottsdale y contemplaba, con una emoción nueva, a ese muchacho que, poco a poco, iba pasando de ser un vegetal a ser una criatura animada, con movimientos cada vez menos torpes. La periodista recordaba con frecuencia cómo fueron aprendiendo los bebés de su hermana… Un sentimiento que a cada minuto iba reconociendo mejor se iba incubando en su corazón.

Ya en los albores del año 2023, tan sólo un poco más de dos meses desde que regresó del coma, Kibo se llenó de una energía vital tan fuerte que luego de reaprender a caminar comenzó a dar saltitos por el gran salón ambientado como pradera, donde pasaba la mayor parte del tiempo.

A los científicos les causaba gracia verlo hacer piruetas, dar brincos y fantásticos volantines más propios de un acróbata que de un chico normal. Daba una idea de las increíbles aptitudes atléticas que debieron haber tenido nuestros antepasados remotos.

Al verlo así, Gibson no dudó en permitirle que disfrutara de su deliciosa agilidad al aire libre y pidió que lo llevasen con frecuencia a un parque público cercano para que el jovencito continuara desplegando sus habilidades. El parque se llenaba de espectadores que observaban —ya enterados de quién se trataba— fascinados la particular escena.

Laura quedaba hipnotizaba al ver a Kibo arrojarse sobre el césped, treparse en los árboles y correr con su melena al viento, hasta que luego de dos o tres horas de frenética actividad caía rendido con el pelo empapado pegado a la cara por el sudor, jadeando en medio de sonrisas para luego engancharse durante una eternidad a la llave del agua.

Con el tiempo se mostró dispuesto a aprender a comer alimentos cocidos y a permanecer tranquilo, todo gracias a la intervención de la doctora Francesca Tabone, cuyos métodos siempre parecían dar resultado.

Pero, a pesar de todos los progresos en sus movimientos, Kibo no era capaz de entender ni pronunciar una sola palabra. Podía advertir algunas señas y gestos, sonreír, aplaudir en señal de agrado o sacudir la cabeza si algo le disgustaba, en fin, comunicar —con gritos o muecas— algunas sensaciones, miedos o deseos, pero hablar, ni mu… Cero…

Practicaron de nuevo todos los exámenes de rigor. Revisaron una vez más sus aptitudes auditivas, que resultaron ser extraordinarias. El joven antediluviano era capaz de percibir sonidos levísimos y muy distantes y reaccionar muy acertadamente frente a ellos. Sus cuerdas vocales no mostraban defecto alguno y la medición de sus reflejos, sus

ondas cerebrales y la coordinación con sus músculos o sus ojos no mostraban indicios de anormalidad.

Tampoco parecía presentar síntomas de algún síndrome psicológico que hubiese podido afectar sus facultades de hablar o su voluntad de hacerlo, como en esos casos en que alguien decide permanecer mudo después de presenciar una escena impactante o verse alterado por un hecho doloroso.

El estado de mutismo de Kibo se filtró a la prensa y entonces los científicos de Scottsdale comenzaron a recibir cientos de mensajes con distintos consejos y recomendaciones de especialistas en fonoaudiología y profanos con buenas intenciones que sugerían los más diversos procedimientos.

Una abuela sugirió incluso que le dieran miel de abejas con limón… Gibson y su equipo hacían caso a algunos y desestimaban otros porque los consideraban evidentemente absurdos, pero nada parecía funcionar. El muchacho seguía en silencio.

Pero un día recibieron una carta con membrete de la Universidad Hebrea de Jerusalén que les llamó mucho la atención. La firmaba Aaron Wasserman, profesor de esa universidad y doctor en Historia de la Universidad de Oxford, autor de uno de los tratados de historia de la humanidad más leídos recientemente, que les explicaba que no debían preocuparse por el mutismo del muchacho.

La explicación era muy sencilla. En la época en que Kibo existió, los hombres no habían inventado el lenguaje y por eso no podía entender ni decir absolutamente nada. Las facultades de hablar apenas se empezaron a desarrollar en los hombres hace relativamente poco, pero nadie sabía cuándo. Posiblemente sesenta o setenta mil años.

Era evidente que Kibo pertenecía a una época anterior a ese hecho que, sin duda, junto con la elaboración de herramientas y el descubrimiento de la utilización del fuego —cosas que comenzaron a ocurrir hace más o menos dos millones de años—, constituyó el hito más importante del desarrollo del hombre sobre este planeta. “Los historiadores —terminaba diciendo la carta— nos hemos devanado los sesos, y los paleontólogos se han acabado las yemas de los dedos, y literalmente quemado las pestañas, tratando de descifrar en qué momento de nuestra historia pudimos empezar a ser capaces de

transmitir sensaciones o situaciones. ¡Enhorabuena! Parece que nuestra interminable discusión sobre los orígenes del lenguaje llega a su fin. Comienza a quedar claro que hace ochenta mil años, si bien teníamos ya todo el aparato fisiológico requerido, todavía no éramos capaces de hablar".

—*Voilà* —dijo Gibson, extendiendo sus brazos hacia los costados como haciendo una reverencia cuando terminó de leer la carta del historiador hebreo—. Allí está la razón del mutismo de nuestra criatura. Esto nos presenta un nuevo desafío… Pero si logramos revivirlo, de alguna manera tendremos que enseñarle a hablar.

Una búsqueda concienzuda en Google los llevó a la doctora Amelia Sexton, especialista en terapias del lenguaje que tenía su consultorio cerca de las instalaciones de CRAZ INC., en Cactus Road, quien, sin pensarlo dos veces, aceptó hacerse cargo del insólito caso.

Amelia revisó el voluminoso registro de pruebas que ya se habían practicado al muchacho y de conceptos médicos sobre su condición y más adelante lo examinó de forma meticulosa.

Su diagnóstico inicial coincidió del todo con los anteriores. El muchacho no presentaba ninguna anomalía fisiológica y su capacidad auditiva era sobresaliente. El profesor Wasserman tenía toda la razón en aquella carta. Kibo jamás había oído una palabra en su vida. Era exactamente igual a un bebé recién nacido y quizás peor, porque los bebés comienzan a oír a su madre desde el útero.

—La tarea va a ser larga, pero estoy segura de que tendremos éxito. Le tomará el mismo tiempo, o más, que a un bebé —dijo sonriente—. Y tengan presente que antes del primer año los bebés no dicen nada… Pero hay algo más que les tengo que decir —continuó Amelia con adustez—.

Laura y Gibson se miraron preocupados.

—Kibo —dijo entonces Amelia— va a necesitar una madre, o alguien que haga sus veces. Que lo rodee de cariño y atención. Que permanezca a su lado la mayor parte del día. Que resuelva sus dudas, sus preguntas. Y yo no puedo desempeñar ese papel porque mi propia familia y mis demás ocupaciones y compromisos profesionales no me lo permiten…

Laura no lo dudó ni un instante. Recordó aquella sonrisa de Kibo al despertar por vez primera y la ternura que creyó ver en los ojos del muchacho y, de inmediato, se ofreció como voluntaria.

Gibson aprobó entusiasmado esa decisión. El generoso ofrecimiento de Laura resolvería, sin duda, no sólo el problema de enseñar a hablar a Kibo, sino muchos otros que venían aparejados con la vuelta a la vida del muchacho africano.

Amelia se apersonó del asunto, entonces, junto con un grupo de logopedas y fonoaudiólogos que irían a acompañar a Laura en su tarea, porque había quedado claro que ella debía ser la líder en el empeño de hacer hablar a Kibo. Tendría que crear un vínculo estrecho con el niño y jugar con él, pasar mucho tiempo a su lado y, por supuesto, hablarle tanto y tan a menudo como le fuera posible. El lenguaje tiene que desarrollarse en sociedad, y todo dependería fundamentalmente de las condiciones emocionales del aprendiz.

Para que Kibo aprendiera a hablar era necesario establecer una serie de rituales de comportamiento en los cuales él recibiera afecto; también resultaba importante crearle una relación entre el lenguaje y los objetos. Amelia estaba alerta a sus reacciones, reproducía los sonidos con los que él se iba familiarizando y acompañaba a Laura con asiduidad en sus tareas.

Había que proporcionarle el ambiente correcto para el aprendizaje, basado en el cariño y la dedicación. Amelia recomendó a todos los que interactuaban con Kibo que hablaran mucho en su presencia y que con frecuencia lo sentaran frente al televisor. Era preciso amistarlo con los fonemas del lenguaje.

Estaba muy claro que cuanto más se divirtiera el joven antediluviano aprendiendo palabras nuevas, más probable era que siguiera usándolas. Cuando él manifestaba alguna emoción con un gesto o intentaba pronunciar alguna palabra, Laura y Amelia lo miraban con atención y se mostraban interesadas en lo que él trataba de decirles. Lo hacían sentir confiado.

Cuando el jovencito acertaba, Laura —guiada permanentemente por Amelia— lo reforzaba, le sonreía y le tocaba el hombro o la mano y lo premiaba con galletitas, golosinas, aplausos y voces de alegría.

También le mostraba lo que deseaba que él aprendiera explicándolo mientras lo hacía, por ejemplo: “Ahora nos miramos al espejo, Kibo”, se sentaba junto a él y tomaba un espejo de su bolsillo y le enseñaba el reflejo mientras los dos sonreían.

Al preguntarle algo, ella hacía una pausa para así darle tiempo suficiente de responder. Con el tiempo, decidió exponerlo a otras situaciones y así introducir palabras nuevas en su repertorio.

Disfrutaba llevarlo a caminar por el jardín mientras le señalaba flores, personas, pajaritos y pronunciaba los nombres de esas mismas cosas. Laura repetía lo que Kibo intentaba decir, aunque no lo dijera con claridad, y además alargaba la frase. Resultaba muy importante que ella simplificara la forma de hablar, y por ello enfatizaba las palabras más relevantes.

Tres o cuatro meses después, Kibo, con gozo evidente, se fue convirtiendo en una verdadera maquinita de producir gorjeos, gritos y balbuceos incoherentes, que todos celebraban con entusiasmo y gran esperanza, sin descuidar por un segundo el entrenamiento de sus habilidades motrices.

El muchacho resucitado se divertía usando su lengua, sus dientes, sus labios y su paladar produciendo sonidos de todas las clases. A finales de mayo de 2024 pronunció su primera palabra: ¡agua! La dedicación de algo más de un año fructificó. Aquello fue un gran acontecimiento en las circunspectas salas del Instituto de Criogenización, y luego vinieron otras y otras: Kibo, dulce, perro, gato… Su vocabulario se fue ensanchando y enriqueciendo, y a finales del año comprendía y repetía, a media lengua, más de doscientos vocablos.

No era nada sencillo para él emitir los sonidos de cada vocal y consonante. Siempre le resultaba engorroso hallar una palabra dentro de su limitado repertorio, generar estructuras sintácticas con sentido y armar secuencias de más de cuatro palabras en un discurso. También se encontraba en aprietos en cuestiones gramaticales como los nexos, las conjugaciones, las preposiciones, el género y el número.

Aquello lo llevaba a guardar prolongados silencios.

Mientras Kibo aprendía a hablar, inventaba nuevas formas para comunicar un concepto. Siempre elegía una palabra próxima en el

significado si no encontraba la apropiada. Los métodos más avanzados que utilizaron los psicólogos y pedagogos junto al doctor Gibson se basaban en los principios de imitación, lo que les permitió un progreso notorio: el jovencito aprendió con rapidez los nombres de muchos objetos y a pronunciar frases simples, expresar deseos. Más adelante consiguió describir de manera elemental un objeto o a una persona, seguir órdenes e intercambiar ideas.

Al principio sus mensajes carecían de relación gramatical, pero sí tenían un sentido entendible. Amelia le enseñaba a Laura que a Kibo le resultaría más sencillo recordar las palabras ligadas a un ritmo musical, sobre todo porque de esa forma se divertiría. Y a su corta edad, sólo aprenden lo que necesitan, lo que les gusta o los divierte.

Las canciones infantiles resultaron muy efectivas para el propósito; gracias a estas aprendió los colores, los días de la semana, los meses del año, los números y a pronunciar frases para interactuar con los demás. Aprendió canciones de Navidad y el clásico Happy Birthday.

Resultaba muy conveniente estimularlo también por medio del juego, que lo ponía en contacto con la realidad y le ayudaba a liberar cualquier tensión. Además, mediante el juego podía desarrollar habilidades y aprender a afrontar situaciones nuevas, imitar a los demás, conocer los diferentes roles y dar rienda suelta a su imaginación y creatividad.

El uso de frases cortas y el énfasis de las palabras clave ayudaron al niño a concentrarse en la información importante, y de esta forma aprendió a comunicarse con eficiencia. Luego fue adquiriendo vocabulario e insertando frases cada vez más complejas.

Más adelante, películas, abundantes lecturas de cuentos e historietas en voz alta y muchísimo contacto humano hicieron de Kibo un niño que era capaz de darse a entender.

Luego de desayunar sola —aquella mañana, Kibo tenía programado un día de campo con Amelia— y caminar por esa ciudad conocida como el Valle del Sol, Laura tuvo un impulso. Trató de pensar en otros asuntos pero le resultaba imposible dejar de darle vueltas a una idea alocada que comenzaba a materializarse en su cabeza. Quería adoptar a Kibo. Laura había sentido que quería ser madre.

Entonces supo que siempre lo había deseado, aun antes de casarse con Mathew. Pero con los años, la renuencia de su esposo y las pesadas discusiones sobre el tema, creyó que la experiencia le produciría espanto y que no había marcha atrás. Ahora pensaba distinto.

Comprendió que ese sentimiento de ternura inmensa que la invadía desde meses atrás y esas ilusiones de conversar con Kibo a la orilla de un lago eran el despertar de su instinto maternal, ahora totalmente cuajado después de más de un año en la compañía del muchacho. Y si Kibo era quien había sacado ese instinto de su letargo, Kibo tendría que ser su hijo…

Laura no tardó en hablar con el doctor Gibson y su equipo para manifestar su deseo de hacerse cargo del niño. Ellos, luego de una serie de juntas, se mostraron no sólo de acuerdo sino dichosos con esa determinación. Tras el proceso exhaustivo que había significado su rehabilitación, Kibo estaría listo para emerger al mundo moderno, y si podía hacerlo de la mano de una madre, esto sería magnífico para su salud física y mental. La adopción resolvía de forma muy conveniente el futuro del chico, que a todos preocupaba.

Ni el doctor Gibson ni Laura parecían muy seguros del procedimiento que habría de seguirse para obtener la custodia del joven —este era un caso extraordinario—; sin embargo, ella sabía que requeriría cartas de recomendación, la comprobación de antecedentes, certificación laboral, documentos con su información financiera, la revisión del estudio de hogar, además de un completo reporte psicológico. Por otra parte, tuvo que enfrentar infinidad de reuniones con el Gobierno de Tanzania, Save the Children y la Organización de las Naciones Unidas. Laura contrató un abogado que se encargó de agilizar el proceso que, de otro modo, habría tardado años.

Su amiga Anne de Nueva York, con quien Laura mantenía contacto permanente, fue la primera en enterarse de su decisión de adoptar a Kibo, frente a la cual mostró un apasionado e incondicional apoyo.

Gracias a las aplicaciones de sus dispositivos móviles, siempre estaban enteradas de la ubicación exacta de la otra, se enviaban fotos y videos en 3D de los lugares que visitaban, así como mensajes de voz, y también conocían la temperatura de la ciudad en que se encontraran,

entre otros datos. Anne nunca se había casado y tampoco era madre.

No le interesaba serlo, y sólo a los cuarenta y cinco se había librado de los vaticinios y recriminaciones que durante tanto tiempo la atosigaron: “Cuando seas anciana, ¿quién cuidará de ti?”. “¿Y si tus padres no te hubieran tenido?”. “Eres una mujer muy egoísta”. “Para realizarse como mujer hay que ser madre”.

Cuando por fin se liberó del dolor y la incertidumbre que aquellos dardos ponzoñosos le ocasionaban, tuvo que enfrentar unos nuevos: “De lo que te perdiste”. “¿No te arrepientes ahora que es demasiado tarde?”. “Ya nunca conocerás el verdadero amor”.

Por todo eso, la decisión de Laura de adoptar a Kibo alegró inmensamente a Anne, que sabía del profundo deseo de su amiga de ser madre. Sabía que la famosa pero solitaria periodista se realizaría con la llegada de un hijo a su vida y le ofreció su respaldo amoroso e irrestricto.

También la madre de Laura se regocijó con su decisión y se comprometió a cuidar del muchacho cuando fuese necesario. No necesitaba más.

Los vacíos de la periodista comenzaban a llenarse, y el descontento que antaño la había consumido se esfumaba. Se sentía maravillada con sólo escuchar la respiración de su hijo, ver su piel dorada, sus ojos agrisados e inquietos y su rostro de hermosas líneas.

Su corazón de madre latía con tanta fuerza que a veces tenía que respirar hondo para apaciguar su pecho arrebatado. Cerraba los ojos unos segundos para poder creer que escuchaba la voz ronca del niño. Admiraba el modo despreocupado de caminar de su hijo, su forma liviana de mover las manos al hablar.

Muy pronto estarían a orillas del lago con el que Laura había soñado. Ella relataría los juegos de su infancia, le hablaría de su pasión por el baloncesto y su amor por el periodismo en profundidad; y él, a lo mejor, le contaría emocionado y atropelladamente, algunas de las tantas proezas de su tribu por la supervivencia en las remotas praderas del África Oriental.

A Kibo todas aquellas manifestaciones de alegría de su nueva madre y de todo el grupo que lo rodeaba lo contagiaban y lo ponían eufórico. Su hiperactividad natural se disparaba y, con su lenguaje exiguo,

expresaba mucho entusiasmo. Se mostraba muy contento de ir a vivir con Laura, que, sin duda, era su preferida entre quienes él consideraba sus nuevos compañeros de manada, pero, para ser francos, no entendía ni jota de lo que significaba ser hijo adoptivo…

Parte II

Capítulo 1

I
want
to
be
a
part
of
it,
New
York,
New
York.
Frank
Sinatra

Laura arribó al aeropuerto John F. Kennedy de Nueva York con un Kibo adaptado y sereno que lucía un corte de pelo moderno y un atuendo correspondiente a un adolescente normal. El joven estaba abismado. Había pasado de recorrer praderas y refugiarse en cavernas, y más tarde a vivir confinado en un extraño salón lleno de aparatos irreconocibles, a transitar ahora a los trompicones, lleno de maletas y documentos, a lo largo de esos interminables pasillos que borbollaban de seres esclavizados por sus prendas de vestir, por sus teléfonos móviles y, sobre todo, por la prisa y la ansiedad.

La aglomeración lo impresionaba. Movía la cabeza para todas partes al son de los bramidos de los altavoces que anunciaban miles de cosas indescifrables. Preguntaba a su madre adoptiva —quien no soltaba su mano, asustada por la reacción que todo aquello pudiese ocasionar al muchacho—: “¿Qué son esos sonidos? ¿De dónde sale tanta gente? ¿Por qué todos caminan tan rápido? ¿Cuántos llegarían al aeropuerto

cada instante, cuántos al mundo?". En su vida africana las multitudes no existían, y ese barullo tampoco.

Qué altas eran todas esas personas con aquellas curiosas prendas de vestir que les cubrían todo el cuerpo, a algunos incluso la cabeza; qué lustroso y resbaladizo el piso del monumental aeropuerto; qué grandes los aviones, y qué extraño y bello había sido sentir tan próximas las nubes durante el vuelo. Casi las pudo tocar.

Aquel había sido su viaje de iniciación en el mundo moderno, un universo que no alcanzaba a comprender. A veces, Kibo tenía la misteriosa sensación de que se caería al piso y se desplomaría, o de que se desvanecería de súbito y retornaría campante a su vida frugal en África. Ya nada olía a lluvia ni a tierra.

En el aeropuerto tomaron un taxi hasta Soho, en el sur de Manhattan, donde estaba el apartamento. Desde muy joven, Laura se había sentido atraída hacia ese vecindario —verdadero ejemplo de recuperación urbana— que había pasado del deterioro total a convertirse en uno de los lugares predilectos de los neoyorquinos, con sus viejas fábricas convertidas en *lofts* y sus edificios vetustos de ladrillo y casi en ruinas transformados en acogedores apartamentos y tiendas, galerías de arte, restaurantes y boutiques que le fascinaban.

Durante el recorrido en el taxi la orgullosa madre no hizo otra cosa que tratar de responder con simplicidad el torrente de preguntas que Kibo le hacía con su cara pegada a la ventanilla y su acento infantil de media lengua:

—¿Qué es eso?

—Un teléfono celular.

—¿Qué es eso?

—Un camión.

—¿Y esto otro?

—Se llama puente.

—¿Por qué esa persona es así, tan gorda?

Laura tuvo que hablarle a Kibo de obesidad. También de tecnología, matrimonio, anteojos, contaminación ambiental, zapatillas deportivas, barcos, señales de tránsito, calles, semáforos y de todas y cada una de las cosas que aparecían por el camino, que no eran pocas. La voz del muchacho era ligeramente ronca, y tal como Laura lo había

imaginado, tenía una mirada candorosa. Interactuar con Kibo era una experiencia singular marcada sobre todo por el asombro y la ternura, y le ofrecía a ella algo que siempre había esperado de la vida: un calor reconfortante.

El taxi se detuvo en el número 80 de Varick Street, un edificio gris de los años veinte del siglo anterior y unos diez pisos de altura, adonde se había mudado Laura luego de su separación. Kibo pasó varios minutos observando la sobria fachada. “Vamos, Kibo, ven conmigo, por fin llegamos a casa”. El niño se había quedado con la mirada inmóvil en la puerta de cristal que daba acceso al vestíbulo amplio, pulcro y elegante, y en la tienda de revistas multicolores que estaba a la derecha de la entrada.

Miró alrededor y quedó atónito por el paisaje hacia el sur —el Distrito Financiero—, con ese mosaico caprichoso, pero armónico, de construcciones de todos los tamaños y estilos y por la intensidad y el alboroto del tráfico cercano por Canal Street hacia la entrada del túnel Holland. Quería recordar siempre ese instante.

Depositaría esa imagen en la misma caja de recuerdos donde estaban las praderas de su vida anterior. Pensó que ya tenía varias casas, incluida la sala del instituto de criopreservación. ¡Hacía tan poco que ni siquiera sabía qué era una casa!

En el ascensor tuvo que apretarse el estómago para controlar el vacío, pensó que a lo mejor era otro “avión” que los llevaría volando hasta su hogar. “¿Cómo se llama esto?”, preguntó. Laura le contestó y le explicó amorosamente, como respondía sus millones de preguntas, que era un medio para movilizar personas entre diferentes niveles o alturas. Es un aparato para subir y bajar. “No tardará mucho, no te preocupes”.

Laura abrió la puerta del apartamento ubicado en el sexto piso y encendió las luces mientras Kibo asomaba apenas la cabeza sin atreverse a entrar. Era como un cervatillo en un bosque recién descubierto. “¡Adelante!”, gritó ella desde la cocina. Kibo repitió la palabra. “¡Adelante!”, “¡adelante!”, “¡adelante!”; le encantaba esa expresión. Sonrió e ingresó a paso lento mientras se maravillaba, mirando a lado y lado, ante la perfección de las paredes blancas que exhibían varios cuadros de gran formato, fotografías de paisajes

urbanos y retratos familiares en blanco y negro.

Sobre la chimenea lucía un hermoso lienzo de Carolyn Anderson, estrella ascendente del neoimpresionismo norteamericano, que representaba, en brillantes colores azules y amarillos, un fértil paisaje de llanura que a Kibo de inmediato le hizo evocar sus distantes praderas. Con la boca y los ojos bien abiertos admiraba las luces del techo, el sofá decorado con cojines grises, las lámparas minimalistas sobre las mesas de caoba fina, dos poltronas también grises, pero más claro, los tapetes de colores vivos sobre el piso, los ventanales sin cortinas.

Cuando Laura le preguntó si le gustaba, el niño levantó las cejas y sonrió con ganas. Esa respuesta era mucho más expresiva de lo que ella había esperado. Lucía complacido. Dispuesto a disfrutar del espacio y de los privilegios que gozaría de ahí en adelante. Laura, por su parte, se sentía dichosa de verlo tan cómodo.

La memoria de Kibo funcionaba a la perfección. El trabajo de los científicos de Scottsdale y de la doctora Tabone había sido maravilloso. El muchacho recordaba con exactitud los detalles de su vida en las llanuras como si hubieran transcurrido apenas unas horas desde entonces, incluido su ascenso a las nieves de la montaña y su caída por el precipicio.

Y ahora que había aprendido a hablar más o menos, podía comunicarlo todo. Las hierbas eran altas —contaba el joven—, y se volvían amarillas en el verano o verdes durante la época de lluvias. Cuando Laura, llena de inquietudes, le hacía preguntas, él describía, en su lenguaje incipiente y como podía, los baobabs y las acacias y podía referirse a cascadas, plantas, animales y a su vida silvestre. Se deleitaba en hacer los relatos con precisión, escogiendo los calificativos y moviendo mucho las manos al hablar.

Las palabras no resultaban suficientes para expresar lo que quería transmitir. Aparte de detallar los paisajes, Kibo transmitía a Laura, en prolongadas tertulias, información asombrosa sobre su transcurrir en aquel mundo apartado. Le contó que cuando se despeñó por el abismo convivía con una pequeña comunidad de veinticinco o treinta personas. No podía decirlo con exactitud porque no sabía contar

entonces. Recordaba que había como diez hombres mayores y otras tantas mujeres. Un par de crías de brazos y el resto, muchachas (él creía que eran tres) y muchachos parecidos a él.

No sabría decir sus edades. Todos eran bastante jóvenes, porque muy pocos llegaban a la vejez y quienes lo lograban permanecían bastante quietos bajo los árboles y terminaban siendo victimados por los depredadores o sucumbiendo de inanición o sed al no ser capaces de conseguir sus alimentos. ¿Que si eso les causaba dolor a los otros? Él no recordaba con claridad. Pero no. Tal vez no. Ellos miraban esa situación como algo natural que no les llamaba la atención de manera especial.

Laura pensaba, con algo de extrañeza, que a aquellos seres no los inquietaban las consideraciones morales. ¿Será —se preguntaba— que todo eso de lo bueno y lo malo es también un invento de los hombres posteriores a la época de Kibo? Era verdaderamente triste que no existieran testimonios escritos de esos tiempos…

Kibo también le contó que había muchos otros grupos o manadas de personas además del suyo, y que no eran estables o permanentes, como se conciben hoy las familias, sino que sus integrantes estaban unos ratos con unos y otros ratos con otros, de la misma forma que por períodos más o menos extendidos cada cual vivía solo.

Por las historias que narraba, Laura dedujo que no existían lazos de parentesco ni límites territoriales. Apenas terminaba la lactancia y eran capaces de caminar, los niños pasaban del cuidado de su madre al del grupo. Muy temprano aprendían a valerse por sí mismos y a recoger sus alimentos. Comían de todo lo que encontraban. Muchas frutas. Raíces. Insectos, lombrices, serpientes, pequeños animalitos, lagartos, ranitas. No tenían manera de cazar piezas grandes porque no eran capaces de matarlas o de quitarles la piel.

Laura supuso que todo eso vendría mucho más tarde, cuando se inventaron las lanzas y las flechas. Ellos manejaban utensilios muy rudimentarios, como piedras y palos y a duras penas alcanzaban a cazar un conejo o una perdiz. Desplumarlas era una tarea difícil. Se alimentaban también con las sobras de los leones y otras fieras. Carroña, pensó Laura con un gesto de asco. Tenían que espantar los buitres y los gallinazos.

Andaban desnudos y descalzos, contó Kibo. No. No les daba pudor. No conocían eso. La desnudez era lo natural. ¿Cómo escogían al jefe del grupo? No tenían jefe. Nadie era superior. Cada cual resolvía sus problemas y su manutención. Sólo ayudaban a los niños. El que no trabajaba no comía. Ninguno hacía labores para otro. A veces se ponían de acuerdo, no tenía muy claro cómo, para hacer algunas tareas como trepar a un árbol para recoger frutas o encerrar a una liebre, pero nadie daba órdenes. No podían. No sabían hablar.

Durante meses Laura no paraba de preguntar. Todo aquello se le antojaba mágico, fascinante, increíble. Volvía sobre todos los temas una y otra vez.

Kibo se veía extraordinariamente vivo, siempre vigilante y atento a todos los sonidos y movimientos que pudieran producirse a su alrededor. Aprendía expresiones, palabras nuevas, además de las normas básicas para vivir en sociedad, que Laura se empeñaba en transmitirle con amor. Siempre lucía muy compuesto, aceptaba las instrucciones de su madre, pero, al mismo tiempo, no le resultaba muy sencillo renunciar por completo a sus costumbres de olfatearlo todo, comerse la carne cruda, con las manos, o emitir gruñidos.

Tampoco fue fácil lograr que se sintiera a gusto con la ropa. Mientras el chico mostraba inocentemente su lado salvaje, Laura se sentaba a contemplarlo. Su espontaneidad la dejaba perpleja, como si viajara en el tiempo al año ochenta y pico mil antes de Cristo.

Sin embargo, frente a otras personas —a quienes el comportamiento extraño del joven no las sorprendía porque todas sabían por la prensa de quién se trataba—, Kibo solía mostrarse moderado y prudente. Retraído. A veces arisco. Sus movimientos, su expresión y su postura representaban el punto meridiano entre el salvajismo y la civilización. Era una mezcla perfecta de hijo y mascota. Con el paso del tiempo, sus conductas más primitivas se fueron atenuando, aunque, por fortuna, nunca las abandonaría del todo.

Capítulo 2

Sólo
sé
que
nada
sé.
Sócrates

Kibo aprendía mucho de Laura. Se llenaba de conocimientos y de comodidades. De amor y cuidados solícitos que ella le prodigaba en abundancia y que a él lo nutrían fisiológica e intelectualmente. Su cerebro, que estaba casi virgen, porque en el momento de lo que podríamos llamar su resurrección apenas cumplía funciones enteramente primarias como huir del peligro, comer o retozar al sol, se inflaba ahora con datos y definiciones infinitos.

Pero la madre adoptiva aprendía del muchacho tanto o más que él de ella. Por su cabeza desfilaba una ristra de discernimientos a los que debía darles orden mediante la conversación. Así se lo contó a su amiga Anne, que la visitaba con más frecuencia desde su regreso de África porque sabía que la necesitaba y que su compañía le resultaba muy importante en esos momentos en que estrenaba sus funciones de madre.

Socializar resultaba tan efectivo como otro tipo de ejercicios mentales más tradicionales que promueven la memoria y el rendimiento intelectual. Anne siempre le había dicho a Laura que reconsiderara escribir ensayo, incluso literatura. Laura era la mejor a la hora de organizar el proceso de producción, difusión y financiación de su revista; sin embargo, su talento para el ensayo y la ficción parecía en hibernación.

Una noche de invierno, mientras Anne y Laura cenaban y Kibo

dormía, Laura aprovechó para hablar con su amiga de todo eso que la inquietaba, o al menos una parte.

—Ya sabes que hablar, sobre todo contigo, aumenta mi rendimiento mental —dijo Laura entre risas.

—Escucharte aumenta el mío, pero, cuéntame, ¿qué te ha estado dando vueltas por esa cabeza? —respondió Anne, quien, a pesar de que hubiese preferido destapar una botella de vino de Burdeos, servía dos copas de agua. Era conocedora de las debilidades de Laura.

—Me resulta complicado aceptar que cuando Kibo nació no existían ni el lenguaje ni tantos conceptos abstractos que para los hombres contemporáneos son asuntos totalmente normales. Nunca se me había ocurrido pensar que en aquella época nuestros antepasados no sabían qué era bondad o maldad, odio o amor, belleza o fealdad, felicidad, religión, prisa, puntualidad, promesa, incumplimiento, traición, tiranía, tiempo, espacio, pobreza, riqueza, segregación, alcurnia, matrimonio, ley, derecho, justicia o injusticia y millones más. Me ha resultado bastante difícil explicar qué es un ascensor, un automóvil, una nevera o un avión. Pero definir las ideas, lo inmaterial, es casi imposible.

—Y creo que eso es precisamente lo que convierte la relación en una perfecta simbiosis —respondió Anne—. Al tiempo que Kibo se llena de conocimientos, tú vas descubriendo, al tratar de enseñarle a él, un mundo sorprendente y jamás imaginado, que remodelará tus creencias y tus actitudes. Y las de mucha gente tal vez…

—Tienes razón —dijo Laura complacida, como si Anne hubiera pronunciado las palabras precisas que ella todavía no había redactado en su mente—. Además, mientras intento desembrollar para mi hijo todas esas absurdidades, que yo había presumido existían desde siempre, mi cabeza se va colmando de nuevas inquietudes y me persuado de que la gran mayoría de mis convicciones, y creo que las de todos, no son verdaderamente de la esencia del hombre ni tienen sustento histórico, sino que han sido inventadas en épocas muy posteriores al nacimiento de Kibo. Son condicionamientos culturales o prejuicios… o mitos y dogmas. Los hombres vivieron y sobrevivieron sin esas ideas por decenas y centenas de siglos. No son necesarias. ¡Se puede prescindir de ellas!

—¿Cómo es eso de que son condicionamientos culturales o prejuicios? —preguntó Anne.

—Pues digo condicionamiento cultural porque me he dado cuenta de que la mayoría de nuestros comportamientos no surgen de nuestras verdaderas necesidades o de nuestra naturaleza original, que fue la que vivimos cuando fuimos como animales, sino que nos han sido inculcados por la sociedad o por alguien desde hace muchísimos años. Y digo prejuicios porque muchas de nuestras creencias se basan en postulados o afirmaciones que no han sido demostrados, y eso es prejuzgar… Y deducir conclusiones de premisas equivocadas conduce a juicios incorrectos…

—Creo que vas a tener que profundizar en todo ese tema. Suena convincente, pero arriesgado… Destruir mitos siempre es tarea peligrosa, pero creo que vale la pena. Allí podrían estar las respuestas a todas aquellas preocupaciones que te torturaban antes del viaje al Kilimanjaro —respondió Anne con un guiño de ojo.

—Tengo que decir que de cierta manera las reflexiones que Kibo me suscita se asemejan a los pensamientos que tenía cuando observaba todos aquellos animales pastando y conviviendo en el Serengueti.

—Ya estoy pensando en la fecha de mi viaje a África, todo esto del safari y las excursiones se me antoja fantástico —dijo Anne sonriente.

—Pues iré contigo… Me encantaría regresar —respondió Laura sonriendo.

—Pero sígueme contando, por favor —dijo Anne.

—¿Sabes? Voy comprendiendo que en tiempos lejanos los seres humanos, ahora tan vanidosos y convencidos de una pretendida superioridad, fuimos exactamente iguales a los animales de los cuales hacemos tantos esfuerzos para diferenciarnos. ¿Quién dice que dentro de cincuenta mil años los perros no serán una especie superior? Con el renacimiento de Kibo y su testimonio nuestra animalidad deja de ser una especulación y se convierte en una realidad, si se quiere, dramática. Las consecuencias de todos esos pensamientos son impredecibles. Asustadoras. Porque ese hallazgo pondría a tambalear muchos de los basamentos de nuestra civilización que nunca cuestionamos. Me estremezco al pensar lo que podría ocurrir si instituciones como la propiedad, las religiones, la familia, el

matrimonio, las jerarquías y la organización estatal o las leyes desaparecieran. ¿Sería el fin del género humano? ¿Y por qué habría de serlo, si ya había perdurado muchos miles de años sin ellas? ¿Significaría un nuevo comienzo? ¿Quiénes ganarían y quiénes perderían en un orden (o desorden) así? ¿Podrían subsistir los maravillosos adelantos actuales con la supresión de todos esos preconceptos?

—Otra vez muchas preguntas y pocas respuestas —sentenció Anne.

—Pero esta vez las preguntas son distintas, más emocionantes, más constructivas, esperanzadoras. No me ocasionan angustia, sino gran curiosidad y excitación. Siento que me asomo a la verdadera naturaleza humana y que tendré que asumir la tarea, al lado de mi hijo adoptivo, de divulgar todos esos descubrimientos.

—Tus preguntas siempre me provocan noches de insomnio, Laura —dijo Anne mientras se levantaba de la mesa y tomaba asiento en la sala.

Ambas rieron —tampoco era para ponerse muy serias— y pasaron varias horas más, muy entretenidas escuchando clásicos del rock, sumergidas en una charla que les hacía perder la noción del espacio y del tiempo.

En muy poco tiempo los conceptos de Laura y sus actitudes se habían modificado de forma sustancial. Kibo la inspiraba, quería convertirse en una madre digna de la admiración y el amor de su hijo. En su cabeza se desarrollaba, sin embargo, una batalla singular. ¿Debía educar al muchacho en las ideas y creencias del mundo moderno? ¿Enseñarle todos nuestros conceptos religiosos, políticos y sociales o tratar de respetar la frescura y originalidad de sus pensamientos simples, sin condicionamientos, y dejar que él fuese tomando sus decisiones propias?

De verdad le resultaba apasionante el haber encontrado un ser en el estado puro de la naturaleza y aprender que las cosas no siempre fueron de la manera como hoy las vemos. La conmovía observar cuántos asuntos damos por ciertos, o indiscutibles, o imprescindibles y ver a su alrededor tantos objetos, adornos y aparatos sin los cuales no habría podido imaginar su vida hasta hacía algunos meses. Pensar que

Kibo no tenía allá en sus llanuras ni doctrinas ni artefactos...

Trataría de no preocuparse en demasía por el tema de la educación de su hijo. Posiblemente todas esas dudas eran normales en su nueva calidad de madre y estaba asustada, no quería equivocarse. Educar es tarea difícil, pensaba. Se hace con el mayor de los cariños y buena fe. Sin embargo los resultados siempre serán inciertos. Todo depende de tantos factores.

Conocía muchos casos de muchachos y muchachas levantados con atención y cariño que luego se desviaban sin razón aparente o terminaban siendo totalmente distintos a lo que se esperaba. Y es que los padres pretenden que ellos crezcan a su imagen y semejanza y les cuesta aceptar que tienen personalidad propia. Era una inmensa responsabilidad para la cual casi no existía preparación.

Es curioso cómo la sociedad capacita a sus miembros durante tantos años con estudios de tantas materias y disciplinas y se olvida de enseñarles asuntos tan básicos como ese de formar a sus hijos.

Lo importante eran el amor y el respeto y procurar que fueran felices y auténticos, terminó concluyendo para tranquilizarse.

Benjamín Gibson se comunicó con Laura para decirle que estaría en Nueva York por un par de días y que le gustaría visitarlos. Aseguró que tenía muchos deseos de ver de nuevo a Kibo, y a ella, por supuesto. Laura le contestó que sí, que claro, que lo esperaba para que almorzaran todos juntos, incluidas su madre y Anne, al día siguiente.

Gibson se sintió honrado de poder conocer a la madre de Laura y de volver a ver a Kibo. Al día siguiente, a la hora dispuesta, llegó al apartamento con un ramo de rosas amarillas para Laura y un libro ilustrado sobre África para Kibo.

Luego de almorzar, y mientras los demás comensales departían festivamente en la cocina, Laura y Gibson tomaron asiento en la sala. Ella confiaba en él, sentía que podía desahogar incluso sus sentimientos más íntimos. Él siempre escuchaba con generosa atención.

—Benjamín, aquellos sentimientos agobiantes que me atenazaron durante todos los años anteriores al divorcio y que te comenté aquella

noche que cenamos en Scottsdale comienzan a disiparse —dijo y luego dio un largo suspiro de alivio—. Todo ha cambiado para mí. Me pregunto por qué tardé tanto en tomar esa decisión. Pero, seguramente, si lo hubiese hecho en otra oportunidad no habría encontrado a Kibo…

—Pero por fortuna, y gracias a todas esas inquietudes, has ido saliendo de un estado de angustia e incertidumbre que te afectaba —dijo él.

—Sí, por fortuna. Ahora tengo otras inquietudes, pero ya no me causan malestar. Vuelvo con frecuencia y sin saber muy bien por qué, sobre aquel pensamiento de que los seres humanos construyen su propia prisión y se encierran voluntariamente en ella. Ahora miro a mis amigos y compañeros de oficina con cierta conmiseración. Los percibo prisioneros de sus miedos, de sus prejuicios, de sus superiores. Parecen libres. Se creen libres, pero se mantienen atrapados por los conceptos de los otros, por los convencionalismos sociales, políticos y religiosos, por un cúmulo apabullante de necesidades inexistentes a cuya satisfacción consagran su vida. ¡Anhelo tanto poderles comunicar mis nuevas experiencias! Pero, al mismo tiempo, me genera cierto temor ser incomprendida, engarzarme en terribles discusiones en las cuales siempre se esgrimirán argumentos de autoridad, que ahora odio. ¿Por qué se apela siempre a argumentos de autoridad? La Biblia, Platón, Sócrates, Aristóteles, santo Tomás, Descartes, Kant y tantos otros…

—Pero es curioso que no muchos de esos planteamientos de los genios perduran. Las verdades parecen cambiar con los tiempos —respondió Gibson.

—Es verdad. Si uno toma en cuenta las épocas de Kibo como referencia, se da cuenta de que todos los sabios en que se apoyan nuestros raciocinios —dijo Laura con expresión grave— son muy, pero muy recientes. Los más viejos de esos pensadores se remontan apenas a unos cuantos siglos antes de Cristo. Cinco, seis, máximo diez. Y eso no es más que una millonésima fracción de nuestra existencia sobre este planeta. Y tantas veces se ha demostrado que estaban equivocados. Apenas lógico. Si un muchacho moderno de décimo grado tiene ya acumulados cientos de veces más conocimientos que el

más ilustrado de aquellos genios. Ellos estaban convencidos de que la Tierra era plana y que el Sol giraba a su alrededor, por ejemplo. Que el mar estaba poblado de enormes monstruos y sirenas y se precipitaba, en el horizonte, hacia el averno y creían en todas esas fascinantes historias de la mitología. Aristóteles creía que los hombres pensábamos con el corazón y que el cerebro servía era para enfriar la sangre… ¿Qué tal? ¿Y quién puede asegurar que toda esa línea de pensamiento que hoy reverenciamos no cambie en unos cuantos años, o siglos? Kandinsky, el pintor, escribió: "Si la verdad de anteayer fue derribada por la de ayer y aquella por la de hoy, ¿no es posible también que la de hoy sea derrocada por la de mañana?". Detesto los argumentos de autoridad. No me siento con muchas ganas de involucrarme en esos debates. Pero ya llegará el momento. O no. Por lo pronto quiero cultivar, en secreto, también contigo, aquellas nuevas convicciones que se van anidando en mi cabeza. Todavía no es tiempo de exponer una llama débil, incipiente, al ventarrón de la crítica y la socarronería.

Esas mismas conversaciones las siguieron sosteniendo por celular y por videollamada. Laura se sentía cada vez más libre para expresar su nueva forma de ver el mundo, pero hasta ese momento prefería hacerlo con personas de su entera confianza.

Finalmente llegaron al apartamento los muebles de la habitación del nuevo inquilino, que Laura había mandado hacer casi dos meses atrás. Una mesa de noche con su lámpara, una cama sencilla, un tapete con dibujos en colores llamativos, un escritorio y su respectiva silla con rodachinas, un estante para los libros, un televisor 3D de treinta y dos pulgadas, reproductor de video, caja para juguetes y varios posters con figuras de animales salvajes.

—¿Y todo esto? —preguntó Kibo a Laura mientras varios hombres armaban los muebles y organizaban el espacio con una destreza que lo sorprendió.

—Son algunas de las cosas que vas a necesitar en tu habitación —respondió ella festiva.

—No entiendo por qué tantas. Ya yo me siento muy contento con todo lo que tengo…

Ella guardó silencio. Pensó que el niño se acostumbraría a los artefactos de la vida moderna, que los artilugios y las máquinas acabarían seduciéndolo, como a todos los seres humanos.

Laura nunca había visto a alguien disfrutar tanto de los pequeños placeres como a Kibo. Tomar duchas de agua fría en el verano le encantaba. Podía pasar hasta media hora enjabonándose, advirtiendo la superficie multicolor de las burbujas, la textura dócil de la espuma sobre su cuerpo cada vez más desarrollado. También pasaba horas enteras frente al gran ventanal, absorto con las luces y el movimiento trepidante de la ciudad. Las lámparas se le antojaban mágicas, al igual que los electrodomésticos, los cientos de libros, los cubiertos, el lavaplatos, el sanitario, el teléfono, los cuadros y el *laptop* de Laura, entre muchos otros objetos.

Él sólo observaba y disfrutaba. Todo le fascinaba. Le parecía irreal. Su comportamiento era muy similar al de una mascota, que juega, corre y duerme sin preocupaciones, sin propósito alguno, o por lo menos eso parece. No lo atemorizaba el futuro ni lo mortificaba perder el tiempo. Podía pasar largos ratos sin hacer nada —absolutamente nada—, jugueteando con toda esa cantidad de objetos que Laura le había comprado, o durmiendo siestas tumbado en el sofá o sobre la alfombra de la sala, aprovechando el sol que entraba por la ventana.

Las inquietudes de Kibo —si es que podían llamarse inquietudes— eran muy simples, pero le producían una gran curiosidad el permanente ir y venir de su madre y su laboriosidad constante. La miraba —intrigado y con perplejidad— lavar los platos, leer revistas y libros (él todavía no había aprendido a leer), teclear en el computador, ir al gimnasio, al trabajo, de compras con las amigas. ¿Por qué comprará tantas cosas?, se preguntaba. Toda esa actividad frenética de la madre al chico le parecía inútil y absurda.

Laura, como la mayoría de mujeres y hombres contemporáneos, se mantenía zarandeada entre lo bueno y lo malo, lo correcto o lo incorrecto, lo socialmente aceptable o lo que no lo era, lo conveniente o lo inconveniente. Le dolía perder el tiempo. Cuando Kibo la miraba en sus ajetreos, ella le decía que el tiempo es oro, que el ocio es el padre de todos los vicios, que camarón que se duerme se lo lleva la corriente, que quien tiene la información tiene el poder, aunque él no

entendía, ni parecían importarle, todos estos refranes y axiomas.

Kibo gozaba mucho cuando salían de paseo a Central Park y a Riverside Park, allá por la calle 110. Le encantaban todas esas actividades en las que su cuerpo entraba en verdadero movimiento. ¡Cómo disfrutaba todo lo que representaba una tremenda descarga de energía! Estaba claro que al muchacho le faltaba el aire libre antediluviano.

Desde las ramas de los olmos, y ante la mirada gentil de adultos y niños que deseaban secretamente hacer lo mismo, gritaba que era muy feliz. Rozaba la corteza de los árboles con las yemas de sus dedos curiosos, mimaba sin aprensión a los perros que paseaban detrás de sus amos, les daba nueces a las ardillas y corría para sentir sobre su melena el paso grácil de su viejo amigo el viento. Mientras experimentaba tanta placidez, sólo el presente existía.

Laura empezó a valorar cada vez más esas sensaciones simples que muchos pasaban por alto, como meterse en la cama con sábanas recién lavadas y perfumadas, comerse una bola de helado de chocolate con los ojos cerrados o sentir la brisa sobre su cara mientras conducía. Aunque fuese un despropósito energético, le encantaba encender el aire acondicionado y abrir la ventanilla en los días de verano. Aquel contraste de frío y calor simultáneos le gustaba.

Su vida relumbraba.

Capítulo 3

Cuando
tengo
que
elegir
entre
dos
males,
siempre
prefiero
aquel
que
no
he
probado.
Mary
Jane
"Mae"
West

Durante muchos meses la periodista famosa y su hijo prehistórico vivieron en un estado de placidez perfecta mientras su relación se estrechaba y su amor recíproco crecía.

Louise, una jovencita de primer año de *college*, rubia, linda, ligera de carnes y tremendamente despabilada, a quien Laura había contratado para cuidar a Kibo mientras ella iba a la oficina, se ocupaba de seguirle enseñando el idioma, además de sacarlo con frecuencia de paseo, preparar sus almuerzos y acompañarlo con lecturas de cuentos, viendo la tele o jugando con el computador portátil.

Nada enturbiaba aquel transcurrir de ensueño.

Pero de pronto, de manera intempestiva, traicionera, como ocurre en esos días en que, como por arte de magia, una tarde despejada se ennegrece con nubes de tormenta, la alegría desapareció de la existencia de Laura.

Kibo se enfermó.

Eran los comienzos de 2025 y, para rematar, el invierno ese año se había presentado especialmente riguroso, con temperaturas bajísimas y unos días oscuros, aburridores y desapacibles. Los pronósticos no eran muy alentadores.

El joven ya no lucía fuerte ni ágil, su piel dorada comenzó a palidecer y el fulgor de sus ojos grises se había disipado. Pasaba tardes enteras con la frente apoyada en el gran ventanal de la sala, con los ojos llorosos, un nudo en la garganta y los hombros caídos.

El entusiasmo que antes lo invadía se fue tornando en un fangoso aburrimiento que le robaba la luz de la mirada y del alma, y todo aquello que en un comienzo había sido motivo de tanta curiosidad —Nueva York, las luces, los autos, los libros, las calles, las personas— ya no llamaba su atención. No quería salir, ni comer helados.

Ni Louise ni su madre, con cuentos, juegos ni paseos al parque, lograban sacarlo de esa abulia. Dormía todo el día y pasaba las noches dando vueltas en la cama o revoloteando por el apartamento como un pajarillo recién enjaulado. Un enorme desasosiego lo invadía, había perdido el apetito y tenía ataques repentinos de fiebre alta con escalofríos y sudoración. Permanecía sumido en un mutismo impenetrable.

Vinieron los exámenes clínicos, los pinchazos para extraer la sangre, horas y horas de tomografías y rayos X y todo parecía normal desde el punto de vista fisiológico. A pesar de altas dosis de vitaminas y analgésicos, el muchacho seguía con la mirada perdida, el rostro macilento, ojeras pronunciadas y desgano total.

Laura pensó que todo podía obedecer a una reacción debida al proceso de descongelamiento y reanimación y llamó a Gibson para llevarlo de nuevo al Instituto de Criogenización, adonde lo trasladaron de inmediato. Laura viajó con ellos. Allí revisaron todos los procedimientos y sus signos vitales, verificaron que el estado del

muchacho no tenía nada que ver con los procesos a los cuales había sido sometido y reafirmaron los diagnósticos de los médicos neoyorquinos: a nivel clínico el joven prehistórico no mostraba ninguna anomalía. Su tensión arterial era perfecta, al igual que el ritmo de su corazón. Las radiografías y tacs no revelaban lesiones pulmonares ni cerebrales y las ecografías y endoscopias avanzadas que practicaron en sus vías digestivas y en su páncreas e hígado eran satisfactorias. Sus niveles de colesterol y triglicéridos, hematíes, leucocitos y todo ese montón de cosas que se pueden ver en la sangre, incluidas la hormona tiroidea y presencia de VIH, estaban dentro de los rangos normales. Tampoco las pruebas de orina sugirieron alguna anomalía en el funcionamiento de sus riñones.

Y entonces Francesca Tabone, que había estado presente en la práctica de todos los exámenes y pruebas de laboratorio, dio su dictamen: Kibo estaba sufriendo de una intensa depresión.

—¿Y eso a qué se debe? ¿Cómo pudo ocurrir? ¿Cómo lo arreglamos? —preguntó Laura azarada.

—Es muy simple —respondió Francesca—. Este muchacho no resiste la vida de la gran ciudad ni estar encerrado en un apartamento, no importa cuán lujoso y confortable sea. Kibo necesita volver a la naturaleza, correr, respirar aire limpio… El ruido, la aglomeración de gente, la contaminación del ambiente y el ajetreo intenso de Nueva York lo están enloqueciendo. Un joven acostumbrado a vivir en las praderas no puede cambiar, de un momento a otro, su mundo sin fronteras por televisores, libros y juegos de video aun cuando le doren la píldora con muchos helados, golosinas y uno que otro paseo a Central Park.

—¿Y entonces qué debemos hacer? —preguntó Laura angustiada.

—Pues… me temo que van a tener que cambiar de vida. Irse de Nueva York al campo o algo así…

—¡Pero eso es imposible! —casi gritó Laura con angustia—. Tú sabes que mi vida está en Nueva York. Allí nací, allá me crié, fui a la escuela y a la universidad. Allá viven mis amigos, mi madre… Allí tengo mi apartamento, mis cuadros, mis libros, la vista del distrito financiero, los restaurantes… Allá trabajo, me gano la vida… Yo no concibo la existencia sin todo eso… el teatro, los cocteles, las noticias,

las exposiciones de arte…

—Pues, mi querida amiga, me da pena decirte que vas a tener que enfrentar decisiones muy complicadas… —respondió Francesca, mostrando una paciencia que estaba lejos de sentir, porque era evidente que la reacción de Laura le parecía pueril y desatinada.

—¿Cuáles son mis opciones? —preguntó Laura con voz ronca y ojos húmedos.

—Como yo veo el asunto, no tienes sino dos… Primera, dejas tu querida Nueva York y te vas a vivir con Kibo al campo. Segunda, renuncias a tu hijo y encontramos alguien que se haga cargo de él en las condiciones apropiadas y tú sigues con tu trajín de señora importante en la ciudad que nunca duerme. Dicho de otra forma, o renuncias a tu hijo o renuncias a la vida que ahora llevas.

—¡Pero eso no puede ser! —protestó Laura—. Tiene que haber una manera de que Kibo se adapte a la vida de la ciudad… le conseguimos un psicólogo… compramos una mascota… me mudo cerca de Central Park… Podría incluso pensar en Nueva Jersey, pero yo tendría que estar yendo con frecuencia a Nueva York… Las soluciones que me planteas son muy radicales y, para mí, prácticamente inaceptables.

—Laura, Laura… nunca fue fácil escoger entre dos males. En esos momentos es cuando se muestran el temple y la inteligencia de la gente. Tendrás que resolverte por el menos grave. En todo caso, creo que la alternativa de permanecer en Nueva York es demasiado riesgosa para el muchacho. Yo comprendo que estás ante una disyuntiva terrible y que quizás estás atravesando la prueba de fuego de la maternidad… Te propongo algo: vuelve a tu apartamento, nos dejas a Kibo aquí unos días a ver si logramos reanimarlo y mientras tanto pides una segunda opinión y haces las consultas que creas necesarias con tu familia y tus amigos. Pero tampoco creo que sea tan espantoso que te vayas de Nueva York. Sí, claro que supondría una alteración dramática en tu vida, pero de pronto te termina gustando. Millones de personas se ven obligadas todos los días a hacer cambios bruscos y el mundo no se acaba por eso. Puedes escoger cualquier sitio en este enorme planeta… hay millones de lugares adonde podrías ir y construir una existencia mucho más llena y placentera. Vas a tener que despojarte de muchos prejuicios. El problema con los neoyorquinos es

que creen que fuera de su Gran Manzana no hay nada que valga la pena y pienso que están en un tremendo error…

En ese momento Laura odió a Francesca Tabone. Odió la suficiencia y el sarcasmo con que se expresaba. ¿Quién se creía que era? ¿Cómo se atrevía a hablarle a ella en ese tonito burlón? Y odió haber tomado la absurda decisión de adoptar a Kibo. Y le dio rabia haberse casado y haberse divorciado y haber ido al Kilimanjaro. Se odió a sí misma por precipitada y estúpida…

Pero el consejo de la antropóloga le terminó pareciendo razonable. Por lo menos era comprar algo de tiempo y tranquilidad para pensar despacio su problema y, de pronto, encontrar alternativas menos duras, menos dolorosas, más llevaderas.

—Está bien —dijo—. Voy a hacer eso. Voy a volver a Nueva York y repensar todo este asunto. Sé que Kibo queda en buenas manos y creo que tomaré una decisión con rapidez.

Las cuatro horas y media del vuelo de regreso se hicieron insoportables. Sentía el corazón despachurrado y el cerebro como en pausa. No sabía por dónde comenzar a pensar. Hizo el esfuerzo de anotar en una hoja de papel que le facilitó la azafata cuáles podrían ser sus opciones y muy pronto se dio cuenta de que Francesca Tabone tenía razón: no tenía muchas.

La rabia se volvió a apoderar de ella y empezaron a surgir todos los pensamientos negativos que creía ingenuamente que ya había superado. ¿Por qué le ocurría eso a ella? ¿Era un castigo de Dios? ¿Por qué la vida era tan injusta? ¿Qué mal le había hecho ella a alguien para merecer esta pena? ¿Quién la había mandado a adoptar a aquel muchacho, si antes de eso su vida era tan brillante y exitosa? (Ningún cura se acuerda de cuándo fue sacristán).

Recitó de nuevo las letanías de maldiciones contra el momento en que había decidido ir al Kilimanjaro, contra Mathew por haber hecho de su vida un infierno que la había llevado al divorcio… Si todo hubiera ido bien en su matrimonio, jamás habría tenido que enfrentarse a esta disyuntiva insoportable.

Al llegar a su apartamento, se sintió desamparada. Más sola que nunca. Ansiosa. Echó un vistazo al bar, donde había una botella de

ginebra Tanqueray. No. Esa no era una opción, se dijo. No podía retroceder. Eso de los tragos era historia pasada. Llevaba sobria un buen tiempo. ¿Y esa botella de ginebra? ¿Quién la trajo? Recordó que ella misma la había llevado para servirles un par de tragos a sus amigos en una reunión meses atrás.

Lloró sentada en el sofá con la botella en la mano. La tentación fue más fuerte que su voluntad. Bebió una copa tras otra con la esperanza, secreta pero estúpida, de que el alcohol la ayudara a resolver el dilema o de que, por lo menos, le permitiera olvidarlo. Se embriagó hasta la saciedad.

Amaneció todavía vestida, con los ojos inyectados en sangre y la lengua como un trapo seco. La cabeza le dolía tanto como el alma. Encontró sobre su mesa de noche la lista de opciones que había redactado en el avión y destrozó el papel con furia. Ahora, además del problema que representaba el tomar una decisión sobre el odioso asunto de quedarse o no en Nueva York, tenía una resaca de los demonios y, por ello, otra razón para maldecir.

Todo se esperaba, menos una recaída. Su inclinación hacia alcohol comenzó en su época de universitaria, pero no tuvo mayor problema en controlar sus tragos hasta cuando empezó su crisis matrimonial. Bebía a escondidas de Mathew y por culpa de él (por lo menos esa excusa se daba). Un par de sesiones en Alcohólicos Anónimos luego del divorcio y antes de su viaje a África bastaron para convencerla de dejar de beber. Se sintió ridícula —y asustada— en aquellas reuniones donde la gente hablaba desde fortunas perdidas en el juego y terribles accidentes automovilísticos, con muertes incluidas, hasta intentos reiterados de suicidio, y lo máximo que ella podía compartir con sus contertulios era que le gustaba tomarse dos o tres Martinis cada noche. Pero esas sesiones le fueron útiles para cortar la bebida. Menos mal su adicción todavía no había llegado a mayores.

En todo caso, esa mañana se sentía miserable, devastada. Necesitaba hablar con su madre. “Las mamás lo arreglan todo”, pensó.

Se dio un largo baño de agua tibia, se puso los primeros jeans que encontró en su clóset abarrotado y unos zapatos de lona, sus gafas de sol y salió a desayunar a Tauro, donde su amiga Berenice —ya le había pagado la cuenta de aquel día en que se enteró de la resurrección de

Kibo— le preparó unos estupendos huevos fritos, café cargado, panqueques y un vaso grande de jugo de naranja, y escuchó por un rato sus desventuras.

Al llegar a la casa de su madre en la calle 24 se sentía un poco menos vapuleada. El desahogo con la mesera barranquillera y el suculento desayuno, coronado con un par de Alka-Seltzer, habían ayudado bastante.

Su madre, que conocía muy bien su tendencia al alcohol, le dio aliento para superar su recaída y, después de escuchar sus tribulaciones, le contó una vieja historia.

Tiempo atrás, una amiga suya que vivía en Nueva York y tenía una brillante carrera de abogada por delante quedó embarazada de su primer hijo, quien, al nacer, presentó severos problemas pulmonares.

Tuvieron entonces que irse a vivir a un lugar de clima cálido haciendo caso a la recomendación médica. Escogieron Naples, en la Florida. Y, aunque en un comienzo esa amiga se sentía incómoda y maldijo hasta el cansancio su vida, su matrimonio y la enfermedad de su hijo, terminó aceptando la situación y, con el tiempo, entendió que podía triunfar donde fuera. La felicidad no tenía nada que ver con el clima o con el sitio donde se vive.

El amor de madre triunfó sobre el egoísmo y los miedos. Ella abandonó la práctica de la abogacía y se dedicó al cuidado de su familia y al negocio de bienes raíces con un éxito que jamás había soñado. Hoy todavía vive en Naples, rodeada del afecto de su esposo, de sus hijos —tuvo dos más— y de la comunidad entera, donde es muy apreciada. Lleva una vida plena y sosegada y, lo que es más importante, el muchacho con problemas pulmonares creció saludable y ahora es una promesa del béisbol juvenil y estudia becado en la sede de Gainsville de la Universidad Estatal.

Laura, en medio de su honda pena, ya vislumbraba el camino. Intuía que su madre estaba de acuerdo con Francesca Tabone.

—Uno nunca sabe qué le depara el futuro —prosiguió su madre—. Te voy a leer una hermosa historia. —Trajo su computador y después de encontrar en Google el cuento que buscaba, leyó—: Había una vez en la China un anciano labrador que tenía un viejo caballo para cultivar sus campos. Un día, el caballo escapó a las montañas. Cuando

los vecinos del anciano labrador se acercaban para condolerse de él y lamentar su desgracia, el labrador les replicó: "¿Mala suerte? ¿Buena suerte? ¿Quién sabe?". Una semana después, el caballo volvió de las montañas y trajo consigo una manada de caballos. Entonces los vecinos felicitaron al labrador por su buena suerte. Este les respondió: "¿Buena suerte? ¿Mala suerte? ¿Quién sabe?". Cuando el hijo del labrador intentó domar uno de aquellos caballos salvajes, cayó y se rompió una pierna. Todo el mundo consideró esto como una desgracia. No así el labrador, quien se limitó a decir: "¿Mala suerte? ¿Buena suerte? ¿Quién sabe?". Una semana más tarde, el ejército entró en el poblado y fueron reclutados todos los jóvenes que se encontraban en buenas condiciones. Cuando vieron al hijo del labrador con la pierna rota, lo dejaron tranquilo. ¿Había sido buena suerte? ¿Mala suerte? ¿Quién sabe? Todo lo que a primera vista parece un contratiempo puede ser un disfraz del bien. Y lo que parece bueno a primera vista puede ser realmente dañoso. Así, pues, será postura sabia que dejemos a Dios decidir lo que es buena y mala suerte y le agradezcamos que todas las cosas se conviertan en bien para los que lo aman.

Laura guardó silencio, le dio las gracias por escucharla, por sus historias y unos minutos después se quedó profundamente dormida.

Antes de regresar a su apartamento dio una larga caminata por las calles de Soho, que a causa del frío cortante y al hecho de que era domingo en la tarde se encontraban extrañamente desocupadas. Repensó el tema una y otra vez. Dejar a Kibo no era una opción. El cariño que sentía por ese chico había crecido de forma impresionante.

Rememoró todas aquellas reflexiones que el viaje al Serengueti y los primeros meses con su hijo le habían motivado. Todo aquello del desapego, de la libertad, de la aceptación… Volvió aquel pensamiento de que los seres humanos construimos nuestras prisiones y nos encerramos voluntariamente en ellas.

Recordó que lo que la llevó a terminar su matrimonio fue justo ese sentimiento de ahogo que la ausencia de libertad le producía… aquello de la renuncia a la facultad de autodeterminación… ¿Acaso no estaba declarándose ella prisionera de Nueva York? ¿A qué le tenía tanto miedo? ¿No había admirado los últimos meses el carácter nómada y desprendido de nuestros antepasados? Y ahora, ante la primera

dificultad, había llegado a considerar —¡qué horror!— dejar a su hijo porque tenía miedo de salir de su prisión… ¿De qué estaba hecha? ¿De qué habían servido todo el viaje, el divorcio, la adopción, todos esos meses pasados en Phoenix, si a la primera dificultad se hacía trizas?

Comprendió que se estaba comportando como una chiquilla necia, asustada, egoísta y caprichosa, y que estaba anteponiendo sus interesitos a los de una causa que verdaderamente valía la pena, como era la de terminar la educación de su hijo y mostrarlo ante el mundo como un verdadero y completo milagro de la ciencia y el amor.

Esa misma noche le comunicó a Francesca su decisión. Se iría a vivir con Kibo al campo.

—No tengo la más mínima idea de cuál sería ese lugar ideal… Quizás podrías ayudarme —dijo Laura mientras se rascaba la cabeza, se sacudía el pelo y se recriminaba por haber pensado que Francesca era una estúpida arrogante.

—Claro —respondió la antropóloga—. Pienso que puedes venir aquí cerca, a los alrededores de Mesa… Es un sitio que te puede resultar muy agradable. Date esa oportunidad. Está a sólo cuatro horas en avión de Nueva York y el aeropuerto internacional de Phoenix no está a más de media hora de allí. Estarás cerca de Benjamín Gibson y todos nosotros nos encargaremos de rodearte de nuevos amigos y de procurarte una vida maravillosa. ¡Ánimo! —añadió Francesca sonriente—. Mesa es espectacular y estoy segura de que podrás encontrar un lindo ranchito. Allí Kibo podría correr al aire libre, disfrutar del desierto, de los espacios abiertos, de unas vistas divinas y de una vida más serena.

Aquella posibilidad comenzó a aclimatarse en la cabeza de Laura, que pasó las noches siguientes imaginando diversas escenas en las que Kibo montaba a caballo, saltaba por el desierto y sonreía dándole gracias por haberlo llevado allí. Sería un cambio rotundo, aunque le resultaba doloroso pensar en dejar a su madre, a quien visitaba con tanta frecuencia como le era posible, es decir, al menos dos veces por semana; también imaginaba los rostros de todos esos contactos y amistades que dejaría en Nueva York y pensó en esos colegas con quienes compartía a menudo cenas y eventos culturales o políticos a

los que le gustaba tanto asistir pues la cargaban de una rara y poderosa energía.

Por otra parte, pensó que Arizona podría resultar un lugar propicio para encontrar la paz que tanto había buscado. En Mesa los días serían más largos, más cálidos y también más aprovechables. El desapego era un gran valor interior que tenía que poner en práctica. La vida estaba en su interior y no en el exterior —se repetía— y un ser humano debería estar preparado siempre para irse a cualquier lado sólo con lo necesario. Por algo nuestra especie había sido nómada durante más de cien mil años.

¡Qué diablos!, se dijo. Podría seguir desempeñando sus labores de periodista desde Arizona o, quien sabe, hasta cambiar de ocupación. Recordó la historia de la amiga de su mamá que se había ido a la Florida. Y ya en Scottsdale contaba con dos buenos amigos: Francesca y Benjamín —sonrió al pensar en él—, y un ejército de científicos que eran también maravillosos seres humanos dispuestos a colaborarle.

Casi que podría llevar una vida de jubilada. Sus averiguaciones preliminares le indicaban que con el producto de la venta de su apartamento de Varick Street, que podría valer más de seis millones de dólares, compraría un rancho estupendo y todavía le quedaría dinero para invertir y vivir de los rendimientos que sus inversiones produjeran. Tal vez no era tan mala idea, después de todo…

Francesca le había hablado a Laura de su experiencia en el estado de Arizona, por el que sentía una enorme fascinación, especialmente por el Gran Cañón, un lugar que procuraba visitar al menos un par de veces al año. Laura estaría encantada de vivir en una pequeña ciudad dotada con museos, restaurantes, gentes amables y una vegetación árida y exótica, pero de enorme belleza.

Además, siempre que quisieran podrían ir a Phoenix, a sólo media hora de Mesa, o volver a Nueva York y quedarse en el apartamento que Francesca había dejado a cargo de su prima, o en la casa de la madre de Laura. Mientras conversaba con la antropóloga, Laura se imaginó a sí misma con una camisa vaquera, caminando despacio por una carreterita sin pavimento y solitaria, mientras Kibo daba saltitos dichoso a su lado con un refresco en la mano.

Quizás podría aprender a montar a caballo… Y a jugar al golf. Lo

había intentado de niña, pero no había sido muy persistente en su aprendizaje. Tendría más tiempo para leer todo ese montón de libros que tenía pendientes y escribir todas estas experiencias…

Laura viajó unas semanas después. Viviría en Mesa con Kibo.

A Gibson le costaba creerlo. Se quedó mudo por un instante y sus ojos relumbraron con ilusión. Hacía muchos años no se sentía tan dichoso y, sobre todo, tan cómodo, en compañía de una mujer. Le aseguró que era una de las mejores noticias que había recibido en toda su vida y, al abrazarla, no pudo dominar el impulso de darle un corto e intenso beso en la boca.

Ese beso la dejó desconcertada, y mientras sentía el contacto de las enormes manos del prestigioso científico Benjamín Gibson sobre su rostro, supo que compartían una inmensa atracción que ninguno de los dos, de ahí en adelante, querría controlar.

—Ya verás que jamás te vas a arrepentir de esta decisión que ahora tanto te atormenta.

—La suerte está echada —dijo Laura sonriente.

No tardó mucho en encontrar, alejado del casco urbano, pero a una distancia amable de este, un rancho precioso para mudarse. Apenas costaba algo más de un millón de dólares, incluida la casa (a la cual, por supuesto, habría que hacerle algunas remodelaciones) y contaría con espacio más que suficiente para tener mascotas y, quien sabe, hasta un par de vacas o caballos…

Regresó a Nueva York para alistar la mudanza. Decidió dejar todo, menos el cuadro de Carolyn Anderson, sus fotografías familiares y sus libros. Una nueva vida ameritaba un cambio total. Compraría para su nuevo hogar nuevos muebles, cortinas y aparatos electrodomésticos que hicieran juego con el estilo un tanto agreste de la casa.

Mientras ella se ocupaba de todos esos asuntos que le tomaron casi dos meses, Gibson y Francesca, con un arquitecto especialista, se hicieron cargo de los arreglos del rancho. No eran mayor cosa. Agrandar un par de ventanas, enchapar los baños en cerámicas más modernas y alegres, al igual que la cocina y el mesón que la separaba del gran salón comedor y rediseñar la chimenea —que a lo mejor no necesitaría casi nunca, pero que le gustaba mucho como elemento

decorativo— para colgar sobre ella, como en Nueva York, la única pintura que llevó consigo. Aquel paisaje casi abstracto en azules y amarillos.

Como lo había previsto, vendió su apartamento por una suma considerable, con lo cual pagó de contado el rancho escogido y le sobró bastante dinero para hacer algunas inversiones, cuyos réditos le proporcionarían recursos suficientes para vivir tranquila y educar a Kibo.

Tan sólo tres meses después de la crisis depresiva de su hijo y de sus rabietas por la inesperada decisión a la cual se vio enfrentada, Laura Andrews, con pantalones y botas vaqueros, sombrero tejano, camisa de cuadros rojos con una golilla blanca alrededor de su cuello y una sonrisa de oreja a oreja estaba lista con su hijo Kibo para comenzar su nueva vida en Zebra Ranch, como había decidido bautizar sus nuevos dominios, en honor a su hijo y al continente donde lo había encontrado.

No se cansaba ahora de admirarlo con su fachada imponente color terracota, sus ventanas blancas, sus tejas españolas, su porche sombreado con aquellas columnas del mismo color que las ventanas, el balcón de su cuarto en el segundo piso —allí colgaría una hamaca multicolor y pondría una mesita de hierro y vidrio para el desayuno— y su jardín, a la usanza de Arizona, con sus grandes peñascos grises, sus cactus gigantes y ese par de sauces que custodiaban la construcción de forma muy conveniente. Con su moderno celular capturó varias imágenes que envió luego a su madre y a su querida Anne.

“¡Adelante!”, le dijo su hijo cuando abrió la puerta, al tiempo que él saltaba de gusto admirando su hogar recién remodelado, insertado en la montaña, con vista de casi trescientos sesenta grados sobre un panorama majestuoso de pastos muy amarillentos y unas colinas rojizas en el fondo. La casa contaba con un garaje de buen tamaño, tres habitaciones, dos baños más el de visitas y una cocina espaciosa y bastante mejor iluminada que la del apartamento en Nueva York. Era más que suficiente para dos. La protagonista principal era la madera, presente en las vigas del techo, los pisos, muebles y pasillos exteriores.

A Kibo le fascinaron los ventiladores colgantes con sus largas aspas y

se los quedaba mirando sin pensar en nada, sólo fascinado por su movimiento y el efecto óptico que producían al girar. Y daba vueltas alrededor de la casa por el desierto circundante salpicado de saguaros, chumberas y palmas de yuca. Algunos sauces desperdigados y muchas rocas completaban aquella acuarela viviente.

Aunque no fue nada fácil para ella, Laura cambió sus carteras Prada, sus sofisticados zapatos de tacón alto y sus elegantes faldas un poco arriba de la rodilla por todo un ajuar de ranchera. Jeans, cinturones anchos con hebillas inmensas, botas labradas de mil colores —¡le encantaban!—, sombreros alones y camisas de colores vivos.

No perdió, sin embargo, nunca su distinción natural. Su Mercedes coupé se quedó en Nueva York, al lado de tantas otras cosas, y fue sustituido por una ruda Dodge Ram cuatro por cuatro que dejó fascinado a Kibo.

Poco a poco le fue enseñando a conducir a su hijo por algunas de esas estrechas carreteras de tierra que abundan en el campo, pero no fue sino hasta unos años después cuando le permitió que lo hiciera solo y diera largos paseos.

Compraron un labrador dorado —animal de tamaño mediano y pelo corto, recomendado para las altas temperaturas de Arizona—, de temperamento agradable y muy cariñoso, travieso y juguetón. No tuvieron que pensar mucho para decidir su nombre. Jaro. Su nombre sería Jaro, las dos últimas sílabas de Kilimanjaro, ese lugar que había marcado su existencia.

En pocos meses Laura se aclimató por completo. En los primeros días después de su traslado le había costado mucho el sacrificio de su antiguo oficio de periodista, pero ahora era otra persona. Se había enamorado de la vida que había escogido a regañadientes por amor a su hijo.

Aquello era otra cosa. Se levantaba temprano casi todos los días y abría de par en par el enorme ventanal sobre los prados casi desérticos con las montañas al fondo. Extendía los brazos, se estiraba como un gato y se llenaba de aire cálido, de cantos de pajaritos y del aroma embriagador de la inmensidad. ¡Ah, los pajaritos! Tan apacibles, libres y dueños de sí mismos. Admirar su aletear, sus trinos y sus coqueteos

era casi una ceremonia que la llenaba de alegría.

Después se dejaba llevar por la corriente del día. Unas veces se quedaba leyendo pero sólo lo que le gustaba. Buena literatura. Aquello de los periódicos llenos de acontecimientos trágicos o desagradables lo había dejado aparte. En verdad ya no le interesaban las intrigas de capitolio, ni los chismes de farándula, ni los crímenes que los periodistas se esmeraban con morbo en desenterrar en los sitios más recónditos del planeta.

Ella sabía mejor que nadie por su oficio que todas esas noticias eran para conseguir lectores y sintonía, con lo cual mejoraban los ingresos por publicidad. Era un negocio como cualquier otro, explotado en el sonoro nombre del derecho a la información y la libertad de expresión. Sonaba bonito, no podía desconocerse… Pero se podía vivir sin eso.

Caminaba mucho. Eso le fascinaba. Casi todos los días, en lugar de ejercitarse en máquinas estáticas o encerrada en gimnasios, como hacía en Nueva York, daba largos paseos y disfrutaba del hecho de estar viva. Observaba con interés todo a su alrededor. Un montón de cosas de cuya existencia no se había percatado durante años. Ya distinguía unos árboles de otros. No por sus nombres, que siempre la confundían (aquello de sauces, cipreses, cedros o álamos), sino por sus colores y sus formas. Le gustaba pensar que los árboles tenían personalidad.

Los había altivos, orgullosos. Otros eran regordetes y se veían muy contentos. Otros tristes, como los sauces llorones. Había árboles espirituales, como los eucaliptus y las araucarias, y mundanos. Lascivos y recatados. Locuaces y callados. Aun dentro de la misma especie había ejemplares bellos y feos. Al igual que las personas.

También aprendió a conocer las montañas. Unas pacíficas y dulces, otras mal encaradas, amenazantes. Cambiaban con cada hora del día dependiendo de dónde las golpeaban los rayos del sol. Sus sombras y relieves se volvían diferentes. Su color también.

Hacía unos años pensaba que eran todas verdes. Ahora apreciaba que con la distancia y la luz podían ir desde el amarillo brillante hasta el negro perfecto. Unas veces eran intensamente azules o violeta y otras veces eran grises y se confundían con las nubes sin poderse ver con exactitud dónde terminaban sus contornos.

También le gustaba ver las nubes. Se dio cuenta de que no siempre eran blancas. Las había de muchas formas y colores. Gentiles, lánguidas, presurosas o tranquilas, y se fundían unas con otras. Se disolvían. Cambiaban de apariencia. A veces volaban veloces y otras se petrificaban como observando el paisaje ellas mismas.

Y por las noches miraba las estrellas. Trataba sin éxito de identificar las constelaciones. Apenas distinguía con facilidad la de Orión por sus tres luceros luminosos y, a veces, la Osa Mayor. Pero eso no le importaba (ya compraría en alguna ocasión un libro de astronomía, se prometía a sí misma). El conjunto era maravilloso. Recordaba aquella cifra de trescientos mil trillones de astros en el universo y se veía a sí misma ridícula… Y trataba de encontrar en el espacio novas, supernovas y pulsares, sin comprender bien qué significaba todo eso.

Le divertía inventar con su hijo teorías sobre el Universo. ¿Quién habría creado todo eso? ¿Para qué? A veces comentaban que era una gran obra de arte o una tesis de grado. De pronto había otros dioses y cada uno había diseñado su propio Universo… ya algunos científicos hablaban de la posibilidad de que existiesen otros.

Entre tanto, la afinidad con Gibson siguió creciendo y la mutua atracción se fue volviendo irrefrenable. Se veían con frecuencia para cenar y hablaban por teléfono casi todos los días. Y, como es natural, terminaron amándose.

Los sábados iban a teatro o concierto. Lo que hubiere. De todas maneras Phoenix no era Nueva York, donde los espectáculos podían seleccionarse entre muchos. Salían a comer, sobre todo en aquel restaurante de comida latinoamericana donde cenaron y tomaron aquellas copas cuando se conocieron, y algunas veces, iban a bailar o a escuchar bandas de jazz.

Desde el comienzo, Laura y Benjamín dejaron claro que lo suyo sería una gran amistad aderezada con el fascinante ingrediente del erotismo, pero que de ninguna manera se amarrarían el uno al otro, ni se celarían o harían promesas tontas de fidelidad eterna. Vivirían cada día y nadie trataría de cambiar al otro, ni de hacer preguntas indiscretas.

Ambos habían aprendido mucho de sus matrimonios desbaratados y

de su manera de vivir después del divorcio. Tenían perfectamente claro que la soledad no tenía nada de malo y que todos los monstruos que se habían dibujado sobre ella no eran sino inventos, y habían experimentado en carne propia que la felicidad o la satisfacción no depende de quienes rodean a las personas sino de las propias actitudes y convicciones.

Al contrario, durante sus años de ruptura matrimonial ambos habían degustado la miel deliciosa de la libertad. No había nada más constructivo y satisfactorio que tomar sus propias decisiones sin recriminar a nadie por el hecho de que algo saliera mal y sin armar interminables discusiones sobre cada tema.

Por ningún motivo estaban dispuestos a retroceder o hacer concesiones en ese sentido. Y habían comprendido que si iban a tener una relación de pareja debería basarse en el respeto total por los gustos de cada cual y que aquello perduraría en la medida que sintiesen que habían ganado con ese vínculo y no que habían salido perdiendo.

Capítulo 4

El
sabio
puede
sentarse
en
un
hormiguero,
pero
sólo
el
necio
se
queda
sentado
en
él.
Proverbio
Chino

Laura había concluido que la mejor manera de encarar el tema de la preparación académica de Kibo era asignarle un tutor con dedicación exclusiva, a la antigua usanza, porque someterlo, a su edad relativamente avanzada, a los rigores de una escuela, donde sería sometido a las más crueles invectivas y burlas —propias de los niños— por su origen, su ignorancia y candidez, resultaría perjudicial para la formación del joven prehistórico.

Lo aconsejable era mantenerlo en una burbuja hasta tanto terminara de aprender a hablar, lograra leer y escribir con suficiencia y se familiarizara con todos los conocimientos matemáticos y sociales de la época actual. De la misma forma en que su resurrección había

requerido mucho tiempo y cuidados extremos, su preparación para la modernidad debía llevarse a cabo con mayor delicadeza todavía. Se corría el riesgo de enloquecerlo o de frustrar del todo su adaptación al mundo contemporáneo.

Aparte de la leyenda de Rómulo y Remo, fundadores de Roma, que fueron amamantados por aquella loba, muchos casos de niños salvajes o criados por fieras habían ocurrido en la historia. Quizás el caso más notorio y el que más interesó al mundo entero fue el de Víctor de Aveyron, encontrado a fines del siglo XVIII en el sur de Francia, en la zona del Languedoc, cerca de los Pirineos, por unos cazadores. El muchacho, de unos doce años, andaba desnudo por el bosque recogiendo bellotas y buscando tubérculos para alimentarse y lo encontraron. Fue atendido inicialmente en el cantón de St. Sernin y lo llevaron más tarde a Rodez durante varios meses. Se mostraba arisco y esquivo, en espera de una oportunidad de escapar, pero no mostraba signos de progreso.

La noticia de su descubrimiento terminó interesando al ministro de Gobierno de la época, quien ordenó el traslado del muchacho a París para ser estudiado científicamente porque se esperaba que su análisis arrojara nuevas luces sobre los misterios de la mente humana. Finalmente, fue confiado a la atención del joven médico Jean Marc Gaspard Itard, quien lo bautizó Víctor y trabajó en el caso por más de cinco años, durante los cuales mejoraron el estado físico y la capacidad de relacionarse socialmente del muchacho, pero no se dieron mayores progresos en su lenguaje y sus conocimientos. El mismo chasco reiterado se había producido en otros muchos casos similares.

El más reciente, ocurrido en 2007, fue el de una niña en Camboya que desapareció cuando tenía apenas ocho años y fue encontrada dieciocho años más tarde. No mostró avances significativos en su readaptación. Se ha dicho que la niña vivió sola en la jungla durante las casi dos décadas. En cuanto a su comportamiento, se sabe que al encontrarla se resistía a usar ropa o a emplear cubiertos para comer y una comunicación con ella resultaba imposible, pues se limitaba a gesticular cuando deseaba comer o dormir.

El grupo de científicos de Scottsdale había estudiado en detalle todos aquellos casos de niños, llamados ferales, que habían sido encontrados en estados primitivos y presumiblemente criados por animales, la mayoría de los cuales había terminado en fracasos rotundos. A pesar de todos esos desalentadores casos, el de Kibo era sin duda una excepción prodigiosa que los motivaba a seguir investigando nuevos métodos pedagógicos para integrar a su proceso. El desvelo por no cometer los mismos errores de sus colegas los llevaba a establecer contacto permanente con Laura, quien no podía estar más comprometida con el bienestar de su hijo y aceptaba con deferencia todas y cada una de las recomendaciones del grupo de Scottsdale, que además se habían convertido en sus grandes amigos.

Jack L. Cunningham, un neoyorquino introspectivo y gentil, quien había sido escogido para ser el tutor del joven antediluviano, llegó al rancho de Laura una tarde de sábado del verano de 2026 para hablar con ella acerca del derrotero que seguiría en sus nuevas tareas. Había salido con media hora de anticipación de su casa en Scottsdale, donde vivía con su esposa, una mujer de rasgos y costumbres finos, dedicada a la pintura al óleo y a la enseñanza de la Historia del Arte.

Cuando su amigo Benjamín Gibson, a quien había conocido en un congreso académico en la Universidad de Nueva York, le había propuesto unas semanas atrás que se encargara de la educación de Kibo, no pudo más que sentirse honrado y deseoso de comenzar de inmediato su nueva labor.

Llevaba cinco años viviendo en Arizona, ya libre del ajetreo de la Gran Manzana, una ciudad por la que sentía un gran cariño y agradecimiento pero que con el tiempo se le había vuelto insufrible. Cunningham, a sus cincuenta años, seguía siendo un hombre vigoroso y entusiasta por la vida que, además, se sentía pleno al estar consagrado a la educación. Hasta hacía seis meses había dictado clases de Historia y Filosofía en la Universidad de Arizona, donde había ejercido la docencia por tres años y gozaba de una magnífica reputación, al igual que en la Universidad de Nueva York, donde había trabajado por una década.

Se sentía motivado con su nueva misión pedagógica. Había

renunciado a la universidad luego de sentirse extenuado, pero seis meses de inactividad habían sido más que suficientes para recuperar las energías y las ganas. Abandonaba la docencia universitaria para consagrarse a Kibo.

Seguramente este sería el mayor desafío de su magisterio.

Cunningham traspasó el umbral del rancho con cierta timidez, casi característica de un avezado y antiguo profesor universitario de Historia. Era un hombre de hablar conceptuoso, estatura media y complexión más bien delgada, con lacios cabellos grises peinados sin afectación y un rostro alargado que inspiraba una gran confianza por el brillo inquieto de sus ojos y el dibujo permanente de una sonrisa despreocupada, que dejaba traslucir gran satisfacción con la vida.

Recordaba la imagen que todos nos hemos formado de Sherlock Holmes, el legendario detective de Arthur Conan Doyle, pero sin la famosa cachucha estrafalaria. Vestía aquella mañana —como era habitual en él y a pesar del calor— una chaqueta azul oscura, pantalón caqui de dril, visiblemente deformado en las rodillas, y una camisa de cuadros pequeños. Sus zapatos de piel marrón se veían ya gastados pero limpios, y mostraban todavía la nobleza de su origen. Laura, que llevaba un sencillo traje de lino azul oscuro con la falda a la altura de la rodilla, una llamativa pañoleta fucsia y sandalias de tacón, lo recibió en el vestíbulo. Demasiado elegante, para ser sábado, pensó Cunningham.

Kibo tenía casi catorce años de edad biológica, pero como su nacimiento real había ocurrido hacía más de ochenta mil años, él era, de lejos, el ser más viejo del planeta. Era ya un apuesto mozalbete.

Su presencia y su compostura dejaron muy impresionado al profesor. No cabía duda de que Laura venía adelantando un trabajo con resultados sobresalientes. Era un joven educado y bien presentado que ya había sido bastante instruido en los buenos modales. Saludaba con corrección —aunque con un poco de rigidez—, podía manejar con algo de torpeza los cubiertos —cosa que el tutor notó durante el té con bizcochitos que Laura amablemente les sirvió— y su desenvolvimiento, en general, sorprendió a Cunningham, que había esperado encontrar casi un animal cimarrón.

Su vocabulario —limitado, por supuesto— era suficiente para

permitirle expresarse con una fluidez aceptable y ya era capaz de comprender algunas nociones con cierto grado de abstracción: “Bueno, la tarea no va a resultar tan complicada como había imaginado. Manos a la obra”.

Había que empezar por el principio. Enseñarle a leer, a escribir y nociones básicas de aritmética. El profesor decidió iniciarlo de inmediato en las técnicas de lectura rápida, con lo cual economizarían mucho tiempo. Su desafío era enorme. Debía en cinco o seis años transmitirle los conocimientos que a un niño ordinario le toman doce o trece, que son los correspondientes a la primaria y la secundaria.

La madre había sido muy explícita en manifestar su deseo de que el muchacho pudiese acceder a la universidad a una edad parecida a la de un joven común y corriente, o sea, entre los dieciocho y los veinte años. Cunningham estaba dispuesto a cumplir y a demostrar —cosa en la que siempre había creído— que un sistema de educación personalizada era mucho más rápido y eficiente que los métodos escolares tradicionales, en los cuales la atención dividida del maestro entre treinta o más alumnos y la falta de relación inmediata, permanente y de seguimiento de los resultados terminaban siendo una gran pérdida de tiempo y de calidad.

Por otra parte, los procedimientos ordinarios con sus mecanismos de evaluación y los regaños y castigos frecuentes generaban en los muchachos rechazos y fobias que entorpecían el aprendizaje y lo hacían lento y pesaroso. Cunningham siempre había estado convencido de que lo natural en el ser humano era el afán de saber y de investigar y, muchas veces, lo que se lograba en las escuelas y universidades era el efecto contrario: inhibir ese apetito intelectual innato y cambiarlo por aversión al estudio e inculcar en los alumnos la idea de que el conocimiento es aburrido y complicado.

Aprobar los exámenes, aun cuando fuese con fraudes, se había convertido en la prioridad de los estudiantes, en vez de que su motivación fuera siempre la de ser más sabios y mejores personas, con lo cual obtendrían, en su futuro como adultos, una vida más exitosa, útil y placentera. Muchas cosas debían modificarse en la manera convencional de impartir educación, que se había convertido en un negocio lucrativo con pobres resultados. Vino a su mente aquel

sarcástico dicho alemán: “Si no puedes hacerlo, enséñalo, y si no puedes enseñarlo, enséñaselo a los profesores”.

Kibo aprendió a leer y a escribir, los números y las operaciones fundamentales de sumar y restar en poco menos de un año. Cunningham alternaba las sesiones de instrucción, en las cuales invertía una o dos horas en la mañana y otras tantas en la tarde, con charlas prolongadas sobre temas muy diversos, largas caminatas por las calles centrales de Mesa, en las cuales llamaba la atención del muchacho sobre el comportamiento de las gentes, respondía sus innumerables preguntas y comían helados —el de vainilla enloquecía a Kibo—, y observaban películas divertidas, pero con profundo contenido didáctico, preferiblemente históricas, que eran las que al joven pupilo más le gustaban por influencia de su maestro.

El profesor se había trazado un derrotero bastante preciso basado en los programas oficiales. En los primeros dos años instruiría a Kibo en Aritmética, incluidas las operaciones básicas: regla de tres, cálculo mental —que tanto se había perdido desde la vigencia de las calculadoras digitales— y solución de problemas más o menos sencillos; Gramática, Historia Universal hasta la Edad Media, Geografía de los Estados Unidos —al fin y al cabo el joven sería ciudadano americano—, Civismo, Ciencias Naturales y, particularmente, pondría especial atención en la construcción de valores humanos y ética.

Le dedicaría muchas horas a la educación artística, tanto en dibujo y pintura como en apreciación musical. Para Cunningham era prioritario formar a los jóvenes en materias que desarrollaran su creatividad y su amor por el conocimiento y la investigación, por encima de aquellas que requerían memorización mecánica. En los tiempos actuales, con el auge de los computadores y las comunicaciones por internet, era más importante saber razonar y ser imaginativo, que recitar al pie de la letra enumeraciones interminables y datos históricos y geográficos que podían verificarse sin problema en la web.

Y, por supuesto, habría que iniciar a Kibo en la práctica intensiva de algún deporte (*mens sana in corpore sano*) y enseñarle muchos juegos. Saber jugar cartas o ajedrez adiestra a los jóvenes en la toma de decisiones y los capacita para resistir los fracasos con estoicismo y

aceptar los triunfos con humildad. No en vano los *headhunters* asignaban a las habilidades para jugar una calificación muy destacada en la selección de altos ejecutivos para las grandes empresas.

Más adelante vendría la enseñanza de Matemáticas superiores (Álgebra, Cálculo, Trigonometría), Física y Química, en las cuales no invertiría demasiado tiempo si, como lo sospechaba, Kibo daba muestras decididas de inclinarse por el estudio de las Ciencias Sociales. Eso sí, pondría mucho empeño en la Literatura y la Historia Universal, en todas las ramas de la Filosofía —sobre todo la lógica— y en las Ciencias Económicas y Políticas. No faltarían enseñanzas indispensables para el éxito en la vida, como manejo de las finanzas personales, tecnología e informática.

Al tutor lo regocijaba la tarea encomendada. Se sentía como un gran artista enfrentado a un extraño desafío creativo.

Unos exámenes psicológicos que le practicaron a Kibo cuando hubo aprendido a leer y a escribir mostraron en el joven un coeficiente intelectual bastante apreciable, cercano a ciento treinta. Eso le daba a su profesor una maravillosa materia prima, que estaba decidido a emplear de la mejor manera.

De la misma forma en que sucedía con Laura, la relación entre tutor y pupilo se desenvolvía dentro de un marco de enriquecimiento recíproco. El joven aprendía con avidez. Su pasión por el conocimiento se acrecentaba cada día y literalmente se disparó cuando aprendió a leer. Devoraba con deleite libros de Historia y Literatura. *El Principito*, *Los viajes de Gulliver*, *Tom Sawyer*, las aventuras de *El corsario negro* —el apasionante personaje de Salgari—, *Alicia en el País de las Maravillas* y *Robinson Crusoe* fueron sus primeras lecturas. También le gustaban los periódicos y las revistas. Memorizaba datos y hechos con una facilidad asombrosa y, luego de unos meses, hasta navegaba por internet con destreza.

Pero Cunningham aprendía aún más. Los relatos sencillos sobre su existencia primitiva en las praderas y los millones de preguntas inocentes de Kibo sobre la vida contemporánea y sobre la historia de la humanidad provocaban en el maestro verdaderos terremotos cerebrales.

Develar los misterios hasta ahora insolutos de la vida del hombre en su verdadero estado de naturaleza, tema que tanto había ocupado a eminentísimos pensadores, resultaba una experiencia inefable, aunque le quedaba muy complicado imaginar y aceptar un mundo como el que su alumno describía.

Le gustaba tratar de reconstruir en su mente las características geográficas del paisaje antediluviano sin edificios, viviendas, caminos, ruido de máquinas o aviones… sin agua corriente ni energía eléctrica, cultivos, cercas o corrales. Sin humo de chimeneas o escapes de automóviles. Visualizar ese maravilloso escenario de inmensa quietud, silencio y hermosura era verdaderamente seductor y placentero.

Recorría con la fantasía la infinitud de las extensas sabanas surcadas por corrientes de transparencia perfecta o las playas impolutas, libres de basuras o desechos plásticos. Podía imaginar cientos de animales conviviendo en armonía con hombres y mujeres en total desnudez, pero sin malicia alguna, pastando unos y recogiendo frutos y raíces los otros.

Casi lograba ver, con los ojos de la mente, cumbres brillando bajo la luz del sol y árboles meciéndose con suavidad al vaivén del viento y se regodeaba en pensar en los aromas vírgenes… ¡ah!, olor a tierra, a flores. Esas visiones sosegaban su espíritu y lo llenaban de añoranzas.

Lo que producía tormentas en su cabeza eran otras reflexiones.

No le era nada sencillo, en primer lugar, comprender cómo podía haber sido la existencia de aquellos hombres primitivos sin tantos aparatos, servicios, remedios y comodidades que la humanidad ha venido inventando desde entonces.

Carreteras, energía, acueductos, combustibles, analgésicos para todos los dolores, medicinas para casi todas las enfermedades, ropas y calzado de mil clases y diseños, radio, cine, televisión, libros, teléfonos, carros, trenes y aviones, alimentos empacados con limpieza y disponibles en supermercados y tiendas, dinero, bancos, comercio, cosméticos.

Le producía fascinación pensar que hacía por lo menos ciento veinte mil años, según los cálculos más moderados, nuestros ancestros habían llegado a la cúspide de la evolución —que se había iniciado tal vez

veinticinco o treinta millones de años atrás—, y habían alcanzado ya la misma morfología anatómica y capacidad craneana que hoy tenemos. También le llamaba la atención el hecho de que lo que conocemos de su historia apenas se remonta a unos cinco o seis mil años atrás.

¿Qué ocurrió durante esos ciento diez mil años que están casi en tinieblas? Eso se dice muy fácil —pensaba Cunningham—, pero la verdad es que son muchos años. Ahora nos parece que la Edad Media tuvo lugar hace una eternidad y de eso apenas hace seiscientos o setecientos años. ¡Cristo vivió hace dos mil y Buda y Confucio dos mil cuatrocientos! Le gustaba pensar que si la existencia de los seres humanos se comparara con un día de veinticuatro horas, lo que conocemos de ella equivale apenas a los últimos treinta minutos de ese día… Del resto casi no sabemos nada.

Lo que llamamos la Prehistoria nos es desconocido del todo y casi indiferente. La dividimos en períodos enormes —continuó meditando Cunningham—. El Paleolítico Superior, el Inferior, el Neolítico… nos referimos a ellos como si hubiesen sido un suspiro, pero cada una de esas épocas duró siete u ocho veces más que el tiempo que ha transcurrido desde la invención de la escritura hasta nuestros días.

Capítulo 5

Sabrá
Dios…
Uno
no
sabe
nunca
nada.
Álvaro
Carrillo.
Bolero

Todas sus inquietudes movieron a Cunningham a reunirse con Richard Armstrong, uno de sus colegas de la Facultad de Historia de la universidad, para profundizar en sus conocimientos de esa época nebulosa.

Una noche se encontraron en un pequeño y tranquilo bar del centro y Armstrong le confirmó que en esos aspectos apenas hemos averiguado insignificancias. Que nuestra especie se formó en el África, que hace treinta y tantos mil años llegaron los *Homo sapiens* a lo que hoy conocemos como Europa y miles de años más tarde a las Américas.

—Pero no sabemos cómo tuvo lugar aquello —le dijo su colega—. De pronto a través del estrecho de Bering, que por aquellas fechas podía estar congelado, o navegando por Groenlandia.

Y Armstrong siguió explicando que hace treinta o cuarenta mil años se dibujaron las figuras de Lascaux y Altamira; que hace un poco más se inventaron algunas armas y herramientas, que aproximadamente hace diez mil se descubrió la agricultura y, quizás un poco antes, el

pastoreo.

—Y no hemos podido precisar en qué momento pudimos dominar el fuego y, lo que es más grave, no sabemos a partir de cuándo aprendimos a hablar o se configuraron las primeras creencias religiosas. Todo son suposiciones, conjeturas, sin demostración. Las teorías de cada paleontólogo y antropólogo difieren unas de otras en decenas de miles de años, como si diez mil años fueran una bicoca —reflexionaba el colega con rostro severo.

—Ahora —dijo Cunningham— muchas de esas incógnitas pueden despejarse. Ya queda claro, por todas las cosas que Kibo me ha contado, que cuando él vivía no se había descubierto el vestido, ni siquiera de pieles, porque en su época no tenían los utensilios requeridos para matar animales grandes ni para desollarlos, ni agujas para coser, y también queda claro que eran básicamente vegetarianos, aunque a veces comían insectos, pequeños reptiles, roedores, pescados y hasta carroña y que vivían en grupos y no conformaban familias de esas que ahora llamamos nucleares, porque ni siquiera tenían noción de la paternidad.

—Esa debió haber sido una existencia muy complicada —anotó Armstrong con una carcajada—, sin todos esos aparatos que ahora tenemos. Uno casi nunca piensa en esas cosas.

—Sí, pero al mismo tiempo se enredaban menos la vida. Fíjate, por ejemplo, que no tenían esa preocupación de lo bueno y lo malo. Kibo me contó que ellos jamás pensaron en que alguna de sus acciones pudiera ser reprobable o prohibida. Podían hacer lo que quisieran sin que alguien los castigara o los regañara. Así de simple.

—Y nosotros habíamos dado por descontado que los conceptos de lo bueno y de lo malo y del castigo eran inherentes a la condición humana. Desde los primeros filósofos griegos se hablaba de eso. Quizás si hubiesen sabido todas estas cosas habrían escrito cosas muy distintas.

—Es que ese asunto de lo bueno y lo malo cambia mucho con los tiempos. En la Edad Media era bueno cazar brujas, y antes de Cristo —y todavía hoy en algunos pueblos—, la lapidación de las mujeres adúlteras y otros terribles castigos de los cuales se habla en el Levítico eran tenidos por buenos, y los próceres más venerados de la

independencia norteamericana, los paladines de la libertad y la democracia, incluido Washington, eran defensores acérrimos de la esclavitud, y la practicaban.

Otro sinnúmero de temas ocupaban sus disquisiciones. En otra de sus sesiones discutieron acerca de cómo pudieron los primitivos vivir sin el concepto de propiedad tal como hoy lo conocemos. Comprendían, a partir de las narraciones de Kibo, que aquellos seres no eran dueños de nada, y al mismo tiempo todo les pertenecía. Increíble paradoja.

Era difícil visualizar aquella realidad, pero era apasionante. Una vida sin riqueza, sin diferencias sociales, sin comercio, sin jerarquías nacidas de la división del trabajo —nada de patronos, obreros o empleados—, sin herencias y, por supuesto, sin leyes tutelares y sin abogados ni jueces que inventaran y luego dirimieran las controversias. Recordaron toda esa constelación de disposiciones que amparan la propiedad, desde cuando se redactó el código de Hammurabi hasta nuestros días: normas sobre cómo se adquieren los bienes, cómo se traspasan, sucesiones, contratos, seguros para protegerlos; prácticamente todo el derecho privado y buena parte del penal se ocupan de ese tema. Si se pensaba bien, todo nuestro mundo actual está construido para defender la propiedad. La riqueza se ha convertido en el Dios de la humanidad.

Concluyeron que casi todas nuestras realidades contemporáneas, y nuestros dolores y problemas, reales o imaginarios, tienen que ver con la propiedad.

—Es asombroso —afirmaba Armstrong— cómo la falta de bienes nos roba la tranquilidad, nos hace sentir miserables e inseguros. El éxito o el bienestar lo medimos en dólares. Nos genera rencores, violencia, crímenes y traiciones. Distanciamiento entre hermanos y rupturas entre amigos. Doctrinas filosóficas y políticas contrapuestas, crisis existencial. Preocupación por el futuro, opresión.

—Sí. Todo eso es innegable —repuso Cunningham—. Pero también hay que admitir que la propiedad ha sido el motor de lo que llamamos progreso, de los inventos, de las comodidades, de los descubrimientos

geográficos y de los avances de la medicina. Sin ella y sin la obsesión de ser ricos no habríamos llegado al mundo actual. No tendríamos energía eléctrica o agua corriente, ni autos, ni radio o televisores. Ni hablar de computadores o supermercados, libros o internet. El afán de lucro y el culto a la pereza nos dan muchos sinsabores y penas, pero también nos brindan enormes satisfacciones y facilidades.

Así, mientras se avanzaba en la culturización de Kibo, los conceptos de quienes lo rodeaban iban siendo impactados por sus revelaciones. Cuando celebraban con un pequeño coctel la terminación de su tercer año de tareas Cunningham comentó con Laura y Gibson los dolores de cabeza que las preguntas de su pupilo le causaban.

—Hace un par de semanas —les dijo—, cuando le estaba explicando todo el tema de los faraones, los reyes y la organización de la sociedad griega con eso de los ciudadanos y los esclavos, me dijo que él no entendía por qué los hombres habían terminado aceptando obedecer las órdenes de otros, y me di cuenta de algo obvio: los hombres prehistóricos vivieron sin Estado y sin jerarquías durante muchísimos años. Nuestros sistemas actuales apenas se comenzaron a formar con el invento de la agricultura.

—Y a pesar de eso lograron subsistir decenas de miles de años, lo que demuestra que el Estado prácticamente no sirve para nada —apuntó Laura con un guiño.

—Es asombroso —dijo Gibson— que en ese desorden aparente fueron capaces de arreglárselas para perdurar decenas de miles de años, mientras que nuestros sistemas de gobierno, en teoría cada vez más avanzados, apenas llevan tres o cuatro mil años y viven en crisis permanente.

—La democracia apenas tiene un poco más de doscientos años ¿Podremos con toda esta organización subsistir otros ciento veinte mil años? ¿Por qué no nos explicas un poco, Jack —dijo Laura dirigiéndose a Cunningham—, como se formó todo este sistema actual?

—Todo esto comenzó —contestó el tutor— apenas hace diez u once mil años, con los primeros asentamientos por allá en Mesopotamia —donde se dice que estaba situado el Paraíso Terrenal—, en una región

llamada Sumer, en el sur del actual Irak.

”De alguna manera, aquellos antepasados remotos se dieron cuenta de que podían encerrar algunos rebaños de cabras y ovejas y disponer de ellos cuando los necesitaran, en vez de andar errando por todas partes en busca de alimentos, y descubrieron que los cereales que comían germinaban si los enterraban. Habían inventado la agricultura y el pastoreo. ¡Dejaron de ser nómadas! Y se establecieron cerca de los ríos que los proveyeran de agua abundante y en cuyas cercanías se hubiese acumulado suficiente capa vegetal para que la tierra fuera fértil. Y entonces nacieron los primeros poblados.

”Y a partir de ese momento ocurrieron otro montón de cosas. Los humanos descubrieron la división del trabajo: si unos hacían unas labores mientras otros hacían otras serían más eficientes. Entendieron que podían desviar el agua del río por medio de canales y construir caminos para transitar con mayor facilidad. Podían cambiar los excedentes de sus cosechas con otros poblados por algunos bienes que no tenían. Habían inventado el comercio. Como tenían trigo, cebada y animales que otros —todavía nómadas— deseaban, tuvieron que aprender a defenderse de sus ataques. Protegieron sus poblados con vallados o murallas.

”Pero alguien debía coordinar los trabajos y la defensa frente a los bandidos. Y allí nació el jefe. Este muy pronto debió rodearse de colaboradores, recaudadores de impuestos, supervisores y soldados con dedicación exclusiva al menester de la protección. Se formaron las clases sociales. Unos deberían obedecer a otros y estos —siempre habrá avispados— tendrían más prerrogativas y riquezas. Y menos trabajo, por supuesto.

—Entonces —comentó Gibson—, si no hubiéramos inventado la propiedad, nunca habríamos tenido necesidad de ninguna organización. O por lo menos habría sido mucho más sencilla.

—Es verdad —dijo Cunningham—, ese invento de la agricultura nos resolvió muchos problemas, pero nos trajo otros. Nos llenó de guerras, por ejemplo.

—¿Cómo así? —preguntó Laura—. ¿Acaso no habíamos tenido guerras desde siempre?

—No —respondió el tutor—. Antes de la agricultura y la

delimitación de campos de labranza a lo mejor se daban enfrentamientos entre distintos grupos, que no pasaban de reyertas, parecidas a esas peleas que arman los animales por una presa, y que cesaban pronto porque su nomadismo los empujaba a seguir buscando nuevos campos y bosques. Pero esas riñas no eran guerras. En la prehistoria no había tiempo ni razones para incubar el odio que se requiere para armar una guerra.

—¿En qué momento exacto se dieron todos esos cambios? —preguntó Laura.

—Todos esos sucesos no se dieron de súbito. Fueron presentándose de manera muy paulatina. La transición al sedentarismo tomó dos o tres mil años y el diseño de la organización social no fue el producto de una mente privilegiada o perversa, sino la consecuencia de la búsqueda constante de procedimientos más eficientes para procurarse el sustento y para defenderlo. El resto ya lo conocemos.

—Síguenos contando, por favor —rogó Laura—, esto está muy interesante.

—Pues las aldeas diminutas crecieron y se volvieron poblados y los poblados se convirtieron en ciudades. Sabemos los exóticos nombres de algunas de ellas: Ur, Nipur, Uruk. Y más tarde esas ciudades formaron reinos o imperios. Asiria, Babilonia y Egipto, que nacieron de la unificación de las ciudades por la vía de la conquista bajo la égida de algún guerrero sobresaliente y ambicioso que descubría que mientras más pueblos tuviese en su haber, mayores serían su gloria y, por supuesto, sus riquezas, que se incrementarían con los tributos. Ya el modelo estaba completo.

”Y lo curioso es que ese modelo viejo ha permanecido sustancialmente igual hasta nuestros días. La humanidad ha pasado por imperios, monarquías y repúblicas, pero el esquema es el mismo: unos pocos ordenan y se lucran y otros —la inmensa mayoría— obedecen y trabajan. Las revoluciones nunca han intentado cambiar eso. Se han limitado simplemente a remplazar un mandamás por otro y punto. Jamás los hombres se volvieron a preguntar si el mandamás era indispensable. Las luchas políticas de hoy sustituyeron por un método más civilizado —las elecciones— a los antiguos derrocamientos sangrientos y guerras para hacerse con el poder.

—Sin embargo, nuestros gobernantes actuales —anotaba Armstrong — son tan poderosos y tan reverenciados como los viejos emperadores, viven rodeados de privilegios parecidos y hacen lo que se les viene en gana. Pero nos hacen creer que son insustituibles.

—¿Entonces —preguntó Gibson—, por esa época comenzaron a crearse las naciones?

—Efectivamente —respondió Cunningham—. Se empezaron a formar los países, los reinos, los imperios. Y se fueron inventando las teorías sobre la soberanía y la famosa libre determinación de los pueblos.

—¿Y usted piensa que eso podría cambiarse?

—Pues sí podría. Pero hay muchos intereses en juego. Piensen ustedes la cantidad de gente (gobernantes, congresistas, ministros, funcionarios públicos) que viven de eso…

—Realmente quedarían un montón de burócratas desempleados — rio Laura.

Otro tema que suscitaba en Jack Cunningham y en el grupo de allegados a Kibo enormes inquietudes era el religioso. Ya sabían que en aquella época los hombres no rezaban (siempre tenían que hacer un esfuerzo para recordar que ni siquiera hablaban), no hacían magias ni rituales, no enterraban a sus muertos y ni hablar de construir catedrales, templos o mezquitas o de quemar incienso o pintar imágenes, y faltaban muchísimos miles de años para que se escribiera la Biblia y vinieran a este mundo Cristo, Buda o Mahoma.

Tal vez nunca se sepa cuándo comenzó el asunto de las prácticas religiosas, pero ahora les resultaba evidente que los cultos no eran inherentes a la naturaleza del hombre porque en la época de Kibo vivían sin necesitarlos, y comprendían que todas esas creencias que siempre se presumió que los humanos teníamos talladas en nuestros corazones se forjaron mucho tiempo después.

Posiblemente cuando se inventaron los idiomas y se fueron elaborando algunos conceptos abstractos los hombres empezaron a preguntarse qué ocurría después de la muerte —interrogante que no hemos podido dilucidar—, quién había creado todas estas cosas, cómo se generaban las tempestades, y a pensar en otro montón de asuntos

para los cuales no tenían respuestas. Entonces descubrieron la existencia de un ser superior. La teoría de la causa eficiente.

También los intranquilizaba toda esa violencia ejercida en nombre de Dios. Ya desde la Biblia se relatan las sangrientas batallas de los Hebreos, el Pueblo Elegido, contra otras naciones. Luego las cruzadas, la persecución de herejes, la cacería de brujas por parte de la Inquisición y sus brutales muertes, mujeres en la hoguera, la conquista de América con los asesinatos de Atahualpa y Moctezuma (¿qué derecho tenían los europeos cristianos a imponer sus creencias y costumbres a los aborígenes?), la aniquilación de los cátaros en el Languedoc francés, la condena a los avances científicos (¿qué tal el caso de Galileo?).

¡Y cuántas macabras historias de pontífices envueltos en conspiraciones y envenenamientos! Todo eso, definitivamente, no podía haber sido ordenado por un ser perfecto. Tampoco podían aceptar que por instrucciones de Alá se llevaran a cabo las guerras islámicas que aún hoy pretenden justificar sucesos tan aberrantes como la voladura de las Torres Gemelas en Nueva York y los genocidios en tantos países europeos, asiáticos y africanos… o que en nombre de Dios cientos de autodenominados pastores inescrupulosos se llenaran los bolsillos y satisficieran su lascivia a costa de creyentes incautos.

Por otra parte, no escapaban a su percepción los incontables logros benéficos de la religión cristiana. Las vidas ejemplares de los santos y los mártires, sus enseñanzas, su desprendimiento, su trabajo incansable en favor de los menesterosos, el saludable papel de la Iglesia en la preservación o recuperación de la paz mundial, sus permanentes intervenciones en defensa de la vida, el consuelo que a diario prodigaban a quienes sufrían, el conocimiento que impartían en sus universidades y todos aquellos hospitales de caridad que regentaban.

También recordaban la formidable participación de la Iglesia en la promoción de las artes (qué preciosas pinturas y estatuas decoraban todas esas catedrales majestuosas, verdaderos hitos de la arquitectura) y en la conservación en sus monasterios de libros y documentos de valor inestimable, que sin su cuidado habrían desaparecido y que hicieron posible la supervivencia y transmisión de la cultura.

Comentaban también con asiduidad otras inquietudes nacidas de las revelaciones de Kibo. El amor, el matrimonio, la familia, la monogamia.

Qué difícil era imaginar un mundo así, sin familia o sin matrimonio… todo eso lo habíamos inventado los hombres mucho más tarde. También eran condicionamientos culturales. Claro que las relaciones familiares y de matrimonio son hermosas y nos llenan de gozo y satisfacciones, pero no se podía negar que en muchos casos esos vínculos ocasionan enormes dolores de cabeza y hasta crímenes horrorosos para terminarlos.

Así, mientras el pupilo progresaba y se llenaba de conocimientos, su madre, su tutor y todos sus nuevos amigos se llenaban de dudas y desconcierto, pero también de la agradable convicción de que la humanidad podría ser mucho más feliz y concorde si regresara a sus raíces.

Capítulo 6

Yo
quiero
tener
un
millón
de
amigos.
Roberto
Carlos

Pasados tres años de lecciones de Lenguaje, Matemáticas, Historia, Filosofía, Religión, Literatura, Política y actualidad, su madre, Gibson —que en la práctica oficiaba como padre— y Cunningham pensaron que a Kibo le había llegado el momento de complementar sus estudios con otras disciplinas y actividades creativas y amenas. No todo podía ser acumulación de conocimientos académicos.

El arte era una magnífica opción. Recibió sus primeras clases con April, la esposa de Cunningham —una mujer de mediana edad, que recordaba a Audrey Hepburn por sus cabellos cortos y belleza serena, ojos castaños y tez blanquísima—, y aquella experiencia tocó otra cuerda del alma del joven prehistórico. Apenas conoció a su nueva profesora sintió por ella una gran simpatía.

Los sábados en la mañana, apenas April llegaba, abrían las ventanas del estudio de par en par y ella, experta en contagiar a los más jóvenes su amor por el arte, le hablaba de pintura, escultura y arquitectura. También sobre *performances*, instalaciones, fotografía, arte callejero y muralismo, desde la prehistoria hasta nuestros días. Pasaron por la Edad de los Metales, Mesopotamia, Egipto, América, Asia, Grecia y Roma, entre muchos otros.

Sus historias hacían soñar a Kibo, que imaginaba a sus congéneres creando las primeras obras rupestres y pensaba en el momento exacto en que fue terminada la *Venus de Milo* y dónde fueron a parar sus brazos, o en aquellos obreros maravillosos que construyeron ladrillo a ladrillo la Catedral de Nuestra Señora de París y en los artesanos que pintaron sus vitrales mágicos.

Las clases con April le despertaron una sensibilidad adormecida, que ahora crecía con cada instrucción, con cada conocimiento, con cada técnica que ella le traspasaba. Luego de varios meses de lecciones de historia del arte y apreciación estética, dibujo a lápiz y luego al carbón, teoría del color y muchas experimentaciones con acuarelas, témperas y pasteles y estudios y bocetos copiados de grandes artistas de distintas épocas y vertientes, April llevó para la clase un lienzo de gran formato y óleos, espátulas, pinceles, brochas y trapos, para que su pupilo creara una obra con toda libertad.

El muchacho comenzó a mezclar colores y a dar brochazos, excitado con los olores y las texturas de los óleos. La timidez inicial se transformó pronto en frenesí con el aliento de la maestra. Se divirtieron como locos por un par de horas. El resultado fue un intermedio entre la figuración y la abstracción, gestual y representativo, con enérgicos trazos de blanco, negro, siena y ocre, que revelaron un dominio innato de la superficie y una determinación que pocas veces la profesora percibía en un principiante y que dejaban apreciar la libertad de un alma desprovista de miedos y prejuicios. Para él fue un triunfo espiritual y, sobre todo, un inmenso gozo.

La fascinación de Kibo por el expresionismo abstracto se hizo evidente desde su primer experimento con la pintura. Vino luego el enamoramiento por Kandinsky, Klee, Willem de Kooning y la Nueva York de los años cuarenta después de la prolongada hegemonía europea, cuando algunos artistas fueron emigrando al nuevo continente al terminar la guerra.

Muchos de ellos provenían de la Bauhaus y soñaban con descubrir un arte oculto en Estados Unidos, el país de la libertad, donde podrían expresarse sin trabas políticas o culturales. La urbe de los rascacielos se convirtió en el nuevo centro de la plástica, el nuevo mercado, una ciudad capaz de desmitificar el arte a fin de introducirlo en el circuito

de la comunicación de masas.

Tras sentirse alentado a la creación artística gracias a los estímulos permanentes de su profesora, Kibo comprendió que pintar le daría algo que difícilmente podría encontrar en otra actividad: un medio para manifestar sus deseos, sus gustos y todo lo que habitaba en su inconsciente.

No tenía el menor interés en convertirse en un profesional de la pintura. Quizás por ello se expresaba sin tapujos y sin prestar mucha atención a lo que otros pensaran de sus creaciones, y se complacía con sencillez en la magia que tenía transformar un pedazo de tela inexpresiva con trazos y colores y en cómo los distintos pigmentos parecían adquirir vida y alteraban su apariencia al unirse unos con otros. El amarillo se volvía verde cuando se le añadía azul o negro. O anaranjado brillante con el rojo. Negruzco con el morado. El blanco morigeraba la fuerza de los pigmentos. Si mezclaba todos los colores entre sí se formaba un mazacote con unos tintes grisáceos indefinibles. Cambiaban de aspecto si a su lado se ponía uno u otro.

Aprendió todo aquello de los primarios, secundarios y complementarios y entendió que los objetos no tienen color sino que todo depende de la luz que los ilumine. Cada paisaje se convierte en otro con el paso de las horas y no es igual bajo el sol que cubierto por la bruma.

Entendió por qué Monet pintaba tantas veces el mismo lugar y siempre parecía diferente. La Catedral de Ruan, la Casa del Parlamento, las estaciones férreas, los brazos del Sena, los nenúfares (sus preferidos)… los mismos temas y sin embargo los cuadros no se parecían… Con colores se podían sugerir la hora del día, la temperatura de la atmósfera, la lejanía de los cerros, la inmensidad de las llanuras… era como hacer ilusionismo.

La pintura se convirtió en su vicio, y disfrutaba el aroma a trementina y aceite de linaza que flotaba en el ambiente y pasaba los últimos ratos del día coloreando lienzos en el estudio, que tuvo que reacomodar para abrirles espacio suficiente a libros de pintores, óleos, acrílicos, brochas y bastidores.

Nada ni nadie podían sacarlo de su embeleso; fueron varios meses en los que la exploración artística parecía una necesidad como comer o

respirar. La parte mala del asunto era tener que limpiar los desastres que hacía y restituir todo al orden bajo la severidad cariñosa de su madre.

Jack L. Cunningham, Benjamín Gibson y Laura estaban impresionados con el desenvolvimiento de Kibo. Pero sabían que ese joven no llegaría a ser un hombre integral si se limitaba a pasar toda su adolescencia volcado sobre sí mismo, pintando, ilustrándose sobre los postulados de filósofos de todos los tiempos, atesorando datos sobre guerras y dinastías y conversando en exclusiva con ellos y April sobre arte, política e historia.

El método pedagógico adoptado demostraba su eficacia, y Kibo obtenía resultados estupendos en sus pruebas. No se limitaba a recitarle al profesor todo lo aprendido sino que relacionaba conceptos básicos, formulaba preguntas complejas y se planteaba dilemas que no hacían más que reafirmar su alto coeficiente intelectual y la pertinencia de los procedimientos empleados en su formación.

Pero era preciso adentrarlo también en el juego, la recreación, las amistades. Estaba claro que de ninguna manera deberían convertirlo en un anacoreta sabihondo pero aislado. Tenían proyectados para él destinos más significativos.

Para dar comienzo a su introducción en la vida social, Laura organizó un almuerzo al que asistirían tres de sus nuevas amigas de Arizona, acompañadas de sus hijos de entre quince y diecisiete años. Para Laura hacer amigos nunca había sido un problema. Su manera de ver el mundo y su capacidad empática la convertían en la amiga perfecta casi para cualquier persona, sin importar su edad, sexo o condición.

Mientras la orgullosa madre y sus nuevas amigas cotorreaban sobre política, diseño, la movida cultural en Arizona y farándula en la sala del rancho de Laura —acompañadas del consabido vaso de té de jazmín helado—, Kibo recibía en el estudio a quienes se convertirían en sus nuevos amigos: Marjorie, Billy, Carol y Albert, unos jovencitos con una gran capacidad de entendimiento que, pese a los miedos y prejuicios propios de su edad, se sintieron fascinados de inmediato por el mundo de Kibo, en un comienzo retraído y algo incómodo por el

temor a no encajar, a que ellos pensaran que él era un fenómeno.

Marjorie y Billy Anderson eran hermanos. Su madre era fisioterapista y se había divorciado de su padre desde hacía cinco o seis años y vivían en el centro de Mesa en una modesta pero hermosa casita de una sola planta pintada de amarillo oro. Billy ya había cumplido dieciséis años, estaba a punto de terminar la secundaria y tenía la aspiración de ingresar a la Universidad de Arizona para estudiar Administración de Negocios. Marjorie, flaquita y con inolvidables ojos obscuros y pelo negro, era un año menor y quería ser periodista. Carol Dobson era compañera de clase de Marjorie, sus padres compartían un bien reputado bufete de abogados y ella se distinguía por sus habilidades deportivas (ya había sido convocada para el equipo estatal de voleibol juvenil), y Albert Duarte, de padres mexicanos, estudiaba Contabilidad en el Mesa Community College.

La intención inicial del grupo había sido ver un film que parodiaba películas de terror y, luego de la merienda, jugar a “verdad o reto”, ese pasatiempo que nunca pasaría de moda entre los adolescentes. Pero el inevitable interés de los chicos por conocer las costumbres y las ideas de Kibo trastocó los planes originales y los llevó a pasar toda la tarde indagando la vida antediluviana y el proceso de resurrección del joven prehistórico, que terminó siendo la estrella y el centro de atracción de la reunión.

Desde esa primera conversación, los adolescentes comprendieron que la naturaleza humana, en su forma original e incontaminada, era, a pesar de la carencia de adelantos y conocimientos, mucho más ligera y menos complicada y postiza que la que ellos vivían.

A partir de ese día, se preguntarían con frecuencia si sería posible retornar a esas actitudes y a esa simpleza y prescindir de tantos condicionamientos culturales y costumbres —que ahora veían absurdas— que afectan a la sociedad contemporánea y empañan la felicidad natural. El contacto con Kibo y la frescura de sus relatos comenzaban a cambiar sus conceptos y a generarles inquietudes que jamás habían experimentado.

También conversaron e intercambiaron datos acerca de páginas web que podían ser interesantes para los otros, así como nuevas bandas de rock, películas, libros digitales animados que se devoraban en un día,

aplicaciones sorprendentes para sus celulares, sitios para conocer en cualquier ciudad del mundo, y claro, la gente popular que frecuentaba esos lugares.

Al final de la tarde ni película ni juego, pero se habían sembrado las semillas de una profunda amistad y unas inquietudes que cambiarían para siempre los conceptos y las conductas de los nuevos amigos.

Los sábados en la noche se convirtieron para Kibo en una magnífica diversión. Lo llenaban de alegría la nueva música, las nuevas bandas, las lecturas frescas, los videojuegos… Aprendió a bailar los temas de moda y sus graciosas contorsiones y saltitos divertían mucho a sus compañeros. Todos reían a carcajadas.

Unas semanas más tarde los primos y amigos de Marjorie, Billy, Carol y Albert se volvieron también amigos de Kibo, que cada día se mostraba más suelto, más elocuente, y aprendía con entusiasmo inusual esa intrincada y encantadora jerga de sus congéneres, y claro, su estilo de peinarse y de vestir. Kibo se acoplaba al mundo.

Se lo hizo saber a Laura y a su profesor luego de comer en un restaurante cuya especialidad eran las hamburguesas al carbón y que parecía ser el lugar donde, además de su hogar, se sentía más a gusto. La frecuencia de los encuentros con sus amigos y el compartir sus preferencias musicales multiplicaban su alegría.

También por aquellos días Kibo descubrió el tenis. Albert y Billy tomaban clases y lo llevaron. Se sintió un poco reacio porque había tenido oportunidad de ver por la televisión las proezas de los grandes ídolos de ese deporte y cuando sus amigos lo invitaron pensó que aquello le sería poco menos que irrealizable, pero ellos apenas estaban tomando sus primeras lecciones en un programa vacacional que el club había diseñado para adolescentes y eso lo animó. No tenía nada que perder y con sus compañeros la pasaba francamente bien. Jamás se arrepintió.

El deporte de las raquetas, así como le había ocurrido con la pintura, lo cautivó. Superadas las naturales dificultades de cualquier principiante, y después de las primeras lecciones, comenzó a disfrutar mucho de aquel juego. Le encantaba golpear fuerte la pelota y escuchar su sonido tan propio, correr detrás de ella, engañar a sus

adversarios de turno con golpes inesperados y maliciosos y la ducha fresca al terminar de jugar.

También le gustaban la indumentaria y los zapatos, los curiosos maletines en que se cargaban las raquetas y las risas y bromas que el juego suscitaba. Después de aquel asustador primer día seguiría practicando el pasatiempo con asiduidad, aunque hay que reconocer que nunca llegó a ser un gran tenista. Eso para Kibo no tenía mucha importancia.

Por aquellos días Kibo también sintió los primeros aguijonazos del amor y padeció las primeras desilusiones. Muchas jovencitas, amigas de sus amigos, a las que Kibo frecuentaba, empezaron a desplegar un incuestionable interés por él, algunas incluso llegaron a revelarle sus intenciones.

Él también sentía atracción por ellas, por casi todas —agitadas y rebeldes hormonas de adolescente—, puesto que la mayoría eran bellas, dulces, aparentemente espontáneas y sobre todo muy agudas.

Vivió su primera experiencia romántica —que nunca olvidaría, aunque duró apenas unos pocos meses— con una pariente cercana de Albert. Allison Sinclair, así se llamaba, era una chiquilla hermosa y pizpireta, de ojos rasgados, como de gata, pelo castaño y abundante cortado con flequillo, risa sonora y andar desenvuelto. Se conocieron uno de aquellos fines de semana que pasaron en la casa campestre de los padres de Albert en Tucson.

Todo comenzó muy bien. Ella lo abordó con un atrevimiento que denotaba cierta experiencia en el arte de la seducción y él, reticente al principio, fue cayendo en el juego. Las primeras caricias y los besos le fascinaron. Aquello de las “mariposas en el estómago” era delicioso. Pero lo asustó el compromiso. No terminaba de comprender por qué algo tan natural y hermoso como una relación entre hombre y mujer se enredó de una manera tan absurda al cabo de algunas semanas.

Surgieron de repente reclamos por mil cosas y por muchas de sus actitudes. Allison se ponía iracunda, sin que él pudiera comprenderlo, cuando conversaba con otra chica o cuando dejaba de llamarla durante unas horas o se iba a jugar al tenis con los amigos… Insistía en exigirle exclusividad y entrega total y permanente, y aparecieron los celos y las discusiones y unas conversaciones difíciles para él, en

las cuales ella le preguntaba si lo que sentía era amor o sólo deseo… si aquello sería un capricho o una aventura… cuánto tiempo duraría… si se casaría con ella… si esa atracción duraría toda la vida.

Para Kibo todas esas sutilezas en los nombres de la relación eran incomprensibles, y aceptar una obligación vitalicia por el hecho de intercambiar unas caricias le sonaba descabellado. A pesar de las explicaciones de su madre sobre el tema, él no había podido aceptar que en la modernidad —y desde hacía muchísimos años— el sexo era abyecto y pecaminoso y que, además de implicar obligaciones perennes, suscitaba unos sentimientos y dolores bastante embrollados y unas expectativas enormes.

Sentía que todavía no estaba preparado del todo. Su ancestro prehistórico era todavía demasiado intenso y, cuando discutía con Allison, recordaba con mucho miedo las charlas con su madre en las cuales ella le contaba de la desazón y la sensación de aprisionamiento que motivaron su divorcio y el viaje a África en el que lo descubrió. Lo llenaba de pesar, por otra parte, sentir que lastimaba a alguien con su comportamiento libre y con su resistencia a ver sus afectos monopolizados.

Habían transcurrido ya casi siete años desde aquel mágico viaje al Kilimanjaro y a Laura le parecía mentira que alguna vez en su vida hubiese sentido tanta zozobra. Ahora era una mujer plena. La vida le daba la oportunidad de amar y compartir. Benjamín y Kibo la acompañaban con cierta asiduidad a Nueva York, cuando su presencia se hacía imprescindible en la revista. Hacia el final de la tarde, les gustaba salir a caminar por ahí, ver a la gente, tomarse un café mientras leían el diario y comentar luego las noticias.

En Ost Café, ubicado en el East Village, pasaron una tarde entera comentando esas ideas que seguían cocinándose en la mente de Laura.

—Laura, supongo que estás tomando nota de todos esos pensamientos que te asaltan —dijo Gibson mientras revolvía su *macchiato* con un entusiasmo casi infantil.

—Todo el tiempo, todos los días. Tengo docenas de libretas llenas de apuntes. Lo último que me ha estado rondando tiene que ver con la convivencia con Kibo y la toma de conciencia de que durante cientos

de siglos nuestros antepasados vivieron felices o, por lo menos, tranquilos, sin comodidad o pertenencia alguna y sin preocuparse por su estatus social, su apariencia física o su destino al morir; me han hecho comprender que la felicidad es una postura ante la vida que no va necesariamente ligada al éxito profesional, a los logros económicos o a la acumulación de propiedades y que no es otra cosa que la aceptación de lo que uno es y de las realidades que lo rodean.

—Más que un conjunto de adquisiciones o circunstancias es una decisión —apuntó Gibson, que no dejaba de mezclar el contenido de su vaso.

—Por ello, vivir buscando la felicidad, como yo había hecho siempre, resulta inútil, porque esa búsqueda permanente supone que no la tenemos. En algún momento debe decidirse que ya se es feliz. He entendido que la felicidad no tiene nada que ver con estados transitorios de tristeza o alegría. Paradójicamente, creo que se puede ser feliz y estar triste por algún suceso particular, o ser infeliz y tener algunos ratos de alegría. He desarrollado el hábito de apreciar todo lo que la vida me ha proporcionado y de valorar el amor que recibo, en lugar de estar quejándome por lo que me falta. Ya entiendo que no me falta nada. Ahora veo que todos esos amigos y compañeros que se quejaban a cada rato de su trabajo, de sus dificultades económicas y de sus relaciones sentimentales eran, en realidad, personas inmaduras y de baja autoestima que requerían la conmiseración ajena para pensar que eran importantes.

—Lamentarse no arregla nada —anotó Kibo, que no dejaba de ver con curiosidad a las personas que entraban y salían del local.

—He adquirido el hábito de hacer todos los días un inventario de mis logros y pertenencias —dijo Laura—. Ese ejercicio me llena de alegría porque entiendo y acepto que tengo mucho más de lo que de veras necesito. Hace unos años siempre vivía obsesionada con las cosas que no tenía y me olvidaba de apreciar todo aquello que tengo. De la convivencia con Kibo y del haberme mudado a Arizona aprendí a disfrutar en vez de andar quejándome. Ahora sé que es posible y maravilloso vivir sin preocuparme por el futuro o por el concepto que otros tengan de mí. ¡Cuánta razón tenía mi madre cuando me leyó aquel cuento chino del viejo que nunca sabe si las cosas ocurren para

bien o para mal…!

Laura compartía sus hallazgos y sus pensamientos con sus amigos y colaboradores con algo de dolor cuando percibía que algunos de ellos se resistían a creer sus palabras y se obstinaban en sostener que la vida es necesariamente pesarosa —un valle de lágrimas— y cuando observaba que permanecían llenos de preocupaciones vanas y de anhelos insatisfechos, lamentándose de sus carencias, del clima o del gobierno.

Ahora pensaba, sin saber por qué, que los seres humanos hemos sido condicionados a ser infelices y que hay muchas personas en el mundo que obtienen enormes beneficios de nuestro permanente descontento… No sabía cuánta razón tenía.

Capítulo 7

Aquel
fue
el
año
en
que
abracé
la
soledad.
Stephen
King

Una mañana helada y oscura de fines de enero de 2032, Kibo llegó con su madre a la Universidad de Columbia en Nueva York. A juicio del tutor, la formación secundaria del joven había terminado y ya se encontraba listo para iniciar estudios superiores. Habían decidido que la prestigiosa institución neoyorquina era la mejor opción, por su reputación académica y por su localización en la ciudad de los rascacielos, donde Laura podría visitarlo con frecuencia.

Pocos meses antes, Kibo y su madre habían visitado algunas de las más célebres ciudades europeas —París, Roma, Londres, Madrid— en un viaje que Laura había organizado para celebrar la terminación de los estudios del joven. Volvieron agotados a los Estados Unidos, luego de casi un mes de trajín, con una sensación agridulce de exultación y pesar.

Para Laura, que ya conocía aquellas ciudades, volverlas a ver a través de los ojos asombrados y primitivos de Kibo, oír sus comentarios apasionados y tratar de contestar sus preguntas, inocentes pero desconcertantes y con profundo contenido humano, había

significado un verdadero redescubrimiento.

La conmovían la sensibilidad de Kibo, su memoria fotográfica y su preocupación constante ante tanta ferocidad que se respiraba en la historia de cada uno de los sitios a los que fueron, que a ella, francamente, le había parecido del todo normal y más bien anecdótica en sus viajes anteriores. Toda esa pila de guerras, revoluciones, ejecuciones, derrocamientos, matrimonios y divorcios por conveniencia, traiciones, alianzas, persecuciones religiosas… ¿Será que a los contemporáneos ya no nos afectan tanta sangre y tanta desdicha? ¿Nos habremos connaturalizado con la violencia y la inconformidad? Siempre había creído que los hombres primitivos eran unas verdaderas fieras y ahora comprobaba que esa idea era equivocada y que los verdaderos salvajes somos los humanos que llamamos civilizados, que permanecemos en una lucha constante por la acumulación de riquezas y de poder.

Pensaba ahora que aun en la competencia empresarial —de la cual ella participaba—, a primera vista incruenta, se infligen heridas tremendas y se asestan golpes de una dureza irresistible. ¡Cuántas vidas se destruyen en esa confrontación permanente en procura de dinero y preeminencia que a los contemporáneos de Kibo no los afectaban en absoluto! Por asociación de ideas vino a su mente una conversación con Jack Cunningham, en que hablaron de cómo la institución de la propiedad había transformado la naturaleza humana y había destapado la caja de Pandora de donde brotaron la codicia, la envidia, el odio, la insatisfacción y la violencia…

Kibo regresó también maravillado con todas esas catedrales, palacios, fuentes, pinturas y esculturas, pero abatido, como su madre, con el relato de tantos crímenes y conspiraciones y con la comprobación de que desde hacía muchísimos años la historia de la humanidad era, fundamentalmente, la historia de la guerra, de la conquista y opresión de unos sobre otros y de las luchas de estos por liberarse de ella.

Y lo asombrosamente contradictorio era que todas esas verdaderas hecatombes se habían perpetrado siempre con el pretexto de procurar la libertad y el bienestar de los pueblos y comentaba con su madre que, incluso hoy, a pesar de tantos progresos, leyes y organizaciones

internacionales para garantizar la paz, buena parte del mundo sigue hundido en la violencia y en el afán intransigente de someter los unos a los otros por cuestiones políticas, raciales o religiosas.

En la mente de la periodista neoyorquina comenzaba a tomar forma la idea de que quizás una de las razones de la resurrección de Kibo era la de ayudar a los hombres del presente a liberarse de todas sus ataduras y todos sus condicionamientos culturales. Escuchó alguna vez que Miguel Ángel había dicho que dentro de cada bloque de mármol ya hay una hermosa escultura y todo lo que hay que hacer es quitar los pedazos que sobran para que aparezca. Eso era lo que debía hacerse: quitar trozos de piedra para que asome la naturaleza original.

Cunningham había arreglado con las directivas de la universidad que obviaran el enojoso (e imposible de satisfacer) asunto del certificado escolar sobre los estudios primarios y secundarios de Kibo y que lo sustituyeran por unos exámenes académicos. Les había explicado las circunstancias ligeramente anormales en las cuales se había tenido que desenvolver la educación del muchacho renacido de la prehistoria, que la junta de profesores entendió. Ni siquiera le hicieron a Kibo los exámenes.

La verdad era que en Columbia estaban felices de que el tutor hubiera influido para matricularlo ahí. Eso era un triunfo sin precedentes para la universidad neoyorquina y, seguramente, terminaría reportándole (a la universidad) beneficios enormes. Premios Nobel los tenían muchas universidades, pero albergar en sus aulas al único espécimen antediluviano del planeta era otra cosa…

El joven resucitado no podía ocultar su agitación no sólo por el despuntar de una nueva vida lejos de Arizona y de Laura sino porque para él resultaba de importancia vital escudriñar y desenterrar ese prolongadísimo período oculto que había transcurrido desde su vida en las despobladas llanuras africanas de la prehistoria hasta la invención de la escritura.

Forrado hasta la cabeza con bufanda, gorro de lana y abrigo para soportar los cinco grados bajo cero con que lo saludaba su primer día de clases recorrió exultante las instalaciones del campus de Morningside en el norte de Manhattan y supo que dentro de aquellas

impresionantes y hermosas paredes habría de pasar horas muy largas y encontraría explicación a muchos temas que desde hacía rato lo inquietaban.

Con los ojos inundados de lágrimas, pero haciendo de tripas corazón, se despidió de su madre, compañera y amiga entrañable, que retornaría a Arizona. En los siguientes años su compañía sería sustituida por la de Esteban Álvarez, el joven colombiano con quien compartiría habitación en el dormitorio universitario. ¡Quién sabe qué nuevas sorpresas tenía para él preparadas su curioso destino!

Laura había resuelto volver a su pequeño rancho de Mesa en Arizona mientras Kibo asistía a la universidad.

Se enfrentaría a un nuevo ataque de ese monstruo que la gente llama soledad. Ya no le temía. La había padecido por primera vez cuando murió su padre y pensó que no sería capaz de sobrevivir a ese dolor… Pero lo superó. Después la había sufrido terriblemente en sus días de soltera cuando todas esas críticas sociales la empujaron a contraer matrimonio con Mathew. Había vuelto a padecer su ataque cuando se divorció; recordaba con extrañeza cómo en aquellos momentos que siguieron a su decisión de separarse sentía una mezcla absurda de satisfacción y angustia. Estaba segura de haber tomado la decisión acertada y, sin embargo, no podía parar de llorar. No cabía duda de que el viaje al Kilimanjaro la había ayudado mucho a superar el trance.

Ahora debía encarar la partida de Kibo. Ya habían pasado casi doce años desde que lo encontró atrapado en un bloque de hielo en aquella caverna y pronto se cumplirían nueve años desde que decidió adoptarlo. ¡Siete años desde que se instaló en el rancho de Mesa…! El tiempo vuela.

Le parecía increíble el haber traspasado ya —y por bastante— la barrera de los cincuenta años, que cuando era niña se le hacía inalcanzable. Y lo más asombroso era que se sentía mejor que nunca. Aquellos pronósticos que Gibson le hizo cuando se conocieron sobre el mejoramiento de la longevidad humana se estaban cumpliendo matemáticamente. El progreso en el conocimiento del genoma y los descubrimientos de la nanotecnología, la inteligencia artificial y todo ese montón de vitaminas, aminoácidos y alimentos orgánicos daban

resultado.

Ya la expectativa de vida al nacer sobrepasaba los noventa años de promedio en la Tierra, y en los países más avanzados superaba de lejos los ciento diez. Para todos los efectos, Laura se encontraba todavía en el primer tercio de su vida… Equivalía a tener veinticinco años a mediados del siglo XX, pero con el doble de experiencia y conocimientos. Nada mal. Y ella era consciente de esa realidad y la disfrutaba.

Muy pronto reorganizó su rutina y la amoldó a la ausencia de su hijo, aun cuando hablaba con él a cada rato a través de esos cada vez más asombrosos dispositivos de comunicación que se llevaban en la muñeca como cualquier reloj y permitían conversaciones con imagen incorporada en tercera dimensión desde cualquier sitio del planeta.

Siguió con sus caminatas matutinas, con sus lecturas y con los amores con Gibson. Varias noches a la semana jugaba naipes con amigos. Casi siempre iban Cunningham con April y Jimmy Hunter, un amigo que ellos le habían presentado, también profesor retirado y que ahora tenía una tienda de antigüedades, y su esposa Pamela, quien le ayudaba en la tienda y que era una mujer perspicaz, de simpatía desbordante y bellísima todavía a sus cincuenta y tantos años bien cumplidos. También Gibson iba de vez en cuando, pero le gustaba irse temprano para jugar al golf al día siguiente. Los golfistas tenían esa manía aguafiestas.

Había aprendido desde su llegada a Mesa a jugar al Bridge y le encantaba. Ese era uno de los pequeños placeres de la vida que se había negado en Nueva York, porque allá eso era perder el tiempo. Había tantos sitios adonde ir, tantas obras teatrales, tantos bares, conciertos y restaurantes, y, por supuesto, tanta obsesión por trabajar y ganar dinero, por ser más que los otros, por descollar en la sociedad, que jugar cartas era un despropósito. Sin embargo, ahora que lo hacía le parecía delicioso y hasta compró un par de libros para aprender a jugarlo con algo de fundamentación.

Durante esas veladas, acompañadas con algunos cocteles y pasabocas, hablaban, entre bazas, picas, tréboles, diamantes y corazones, de lo divino y de lo humano. A Laura le era muy útil conversar con amigos. Eso le ayudaba a que fluyeran sus pensamientos

y a ordenarlos. Siempre mantenía a mano su libretita de apuntes.

Les contaba a sus compañeros de juego que se había vuelto experta en el arte de no preocuparse. Al comienzo aquello le parecía imposible. Siempre le habían enseñado que quien no se preocupaba era un indolente o un irresponsable. Las personas creían que eran más importantes o apreciadas en la medida que tuviesen más y mayores preocupaciones.

Cuando vivía en Nueva York a ella misma le gustaba presumir de vivir preocupada y les contaba a amigos y colegas que la mortificaban terriblemente la situación de algunos países, o las crisis económicas —que siempre ocurren con una periodicidad casi sospechosa—; comentaba que se dolía del calentamiento global (que entre otras cosas por esta época estaba casi controlado gracias a una idea loca, que a alguien se le ocurrió veinte años atrás, de poner una especie de pantalla en la estratosfera para mitigar la potencia de los rayos solares), de los fenómenos naturales, la inflación, el comportamiento de los gobernantes y congresistas. Eso la hacía sentir interesante.

Pensaba que todos admiraban la cantidad y calidad de sus conocimientos, su erudición en asuntos humanos y divinos, económicos y políticos, sociales, culturales, artísticos, deportivos… pero ahora, los años de convivencia con Kibo la habían transformado. Al principio casi le molestaba que a su hijo el acontecer del mundo lo tuviese sin cuidado. Llegó a pensar que estaban fracasando rotundamente en su formación porque no daba muestras de interés en miles de asuntos que a la gente ordinaria la perturbaban seriamente.

A veces creía que el muchacho no entendía nada. Pero él hablaba con exactitud de todos los temas, lo que significaba que sí los comprendía. Kibo le decía con simpleza casi fastidiosa que él no podía hacer nada sobre esos asuntos y que sólo se enteraba y en seguida se olvidaba de ellos porque darles vueltas y vueltas era una actividad inútil. Que él sólo pensaba en aquellos asuntos que podía resolver y que había millones de cosas que no podía cambiar. No valía la pena gastar energía en ellas.

Y un día le explicó que una de las cosas que le llamaban mucho la atención del mundo actual era eso de que la gente viviera preocupada por su futuro financiero y el de sus hijos, por la posibilidad de

enfermar, de que su pareja los abandonara, de que la moneda se devaluara o que desmejoraran los índices de la bolsa.

Él no entendía —le dijo a su madre— que las personas discutieran día y noche sobre las decisiones de los gobiernos, por la eventualidad de que pudieran sobrevenir regímenes totalitarios de izquierda o derecha. Que se desvelaran imaginando catástrofes bélicas o naturales que no llegaban a suceder o doliéndose de situaciones de miseria o violencia en rincones lejanos del planeta, sin hacer nada para remediarlas. Hasta los resultados de las competencias deportivas les quitaban la paz…

Preocuparse y hablar de las preocupaciones era el oficio predilecto de los hombres de los últimos siglos. No había reunión social o de negocios en la cual los asistentes no hicieran alarde de sus preocupaciones y de su capacidad para pronosticar tragedias. Quien mejor lograba perturbar con sus noticias y predicciones a los otros parecía más apreciado, respetado o interesante. Era una especie de competencia diabólica. Kibo le confesó sin rubor alguno que, a lo mejor debido a la ignorancia total de los hombres de su tiempo, la preocupación no existió entre ellos.

Quizás sin saberlo ponían en práctica el famoso *carpe diem* del poeta romano, pensó Laura, y se hizo el firme propósito de aprender.

—¡Ahora soy una experta en no preocuparme! —celebraba.

Y sus compañeros de juego fueron aprendiendo con ella. Se morían de risa cuando les contó que su primera fase de aprendizaje del arte de no preocuparse consistió en escoger una hora al día para meditar sobre los temas que pudieran preocuparla y que ella había optado por hacerlo todos los días a las siete en punto de la mañana. Eso lo había aprendido de un famoso escritor de libros de superación personal.

A esa hora leía el periódico y se dolía con intensidad de todo lo que sucedía en el planeta. Los crímenes, el deshielo de los glaciares, la posibilidad de que Venecia fuese a desaparecer, la mala calidad de la educación, la desnutrición crónica de los países de África (todos los meses enviaba un dinero a una fundación que se encargaba de ese tema), los estragos de los huracanes, la corrupción política, el mal estado de algunas carreteras, el resultado de las próximas elecciones (siempre había elecciones), en fin, cientos de asuntos de las más

diversas especies.

Pero durante el resto del día se olvidaba de todo eso. Y cuando algún tema le venía a la mente, lo anotaba en una libretica negra (para distinguirla de la roja) que había comprado para ese propósito y le dedicaba al día siguiente los primeros minutos de su hora diaria de preocupación. Así comprendió lo inútil que era.

Laura también comentaba con frecuencia toda la increíble cantidad de cosas que había aprendido de Kibo y las inquietudes que habían despertado en ella y en Cunningham el considerar la enorme cantidad de años que han pasado desde la aparición del *Homo sapiens* sobre la Tierra y lo recientes que son, en relación con ellos, la mayoría de nuestras ideas y nuestros miedos.

Especulaban sobre el momento en que se formaron los Estados, o sobre la aparición de los sentimientos religiosos o sobre la invención del concepto de propiedad. Hablaban de cómo esas criaturas habían sobrevivido sin comodidades y sin mitos y discutían miles de cosas que se les venían a la cabeza cuando pensaban en cómo pudo haber sido la vida de los hombres primitivos…

Después de un par de años de risas y lucubraciones, bridge y cocteles, todos estuvieron de acuerdo en que Laura debería escribir y publicar sobre esos temas y que eso sería muy provechoso para la humanidad. Que valía la pena transmitir ese aprendizaje para que muchas personas que vivían atormentadas por el ajetreo de la vida moderna y por tantos condicionamientos culturales entendieran que todo eso no está en la naturaleza de los seres humanos y que es posible llevar una vida placentera y fructífera, libre de remordimientos y miedos.

Todos la ayudarían. En especial Cunningham, que puso a sus órdenes todos los apuntes, recortes y dibujos que había coleccionado con ocasión de sus reflexiones en todo ese período en que estuvo dedicado a la formación de Kibo.

Con los conocimientos de Cunningham y Gibson y todas aquellas disquisiciones que la resurrección del muchacho antediluviano les había ocasionado, se dieron a la tarea. Investigaron durante muchos meses todo lo que se sabía sobre la prehistoria y comprobaron que a nuestros antepasados les tomó muchos años aprender a hablar y a

desarrollar conceptos abstractos y que, por lo tanto, muchas de la creencias y costumbres actuales que se dan por verdaderas no pasan de ser mitos o condicionamientos culturales.

Apoyándose en sus percepciones, en sus lecturas, viajes y estudios, opiniones ajenas y el testimonio de Kibo y su vida en aquel remoto escenario de las llanuras africanas, Laura intentaría demostrar que la felicidad existe en la propia naturaleza de los seres humanos, y que la elaboración de algunas creencias religiosas y de la propiedad y el dictado incontinente de normas de conducta y dogmas habían despertado en los hombres dudas y sentimientos desoladores y agresivos, como el miedo a la eternidad, la envidia y la codicia, elementos que los habían conducido al estado de insatisfacción y pesadumbre. Dejaría clara su convicción de que a pesar de todo era posible regresar al estado de felicidad original sin prescindir de las maravillas de los adelantos contemporáneos.

Capítulo 8

Sucede
a
veces
que
se
discute
porque
no
se
llega
a
comprender
lo
que
pretende
demostrar
nuestro
interlocutor.
León
Tolstoi

El libro de Laura, que se había publicado a comienzos de la primavera de 2034, y se tituló *La felicidad: herencia oculta de la Prehistoria,* se vendía como pan caliente y a los pocos días de su aparición —que estuvo rodeada de inmenso despliegue publicitario debido a las características especiales de la autora y por el tema de la resurrección de Kibo, que despertaban mucha expectativa— comenzaron las invitaciones a conversatorios y charlas en universidades, organizaciones filantrópicas, asociaciones de vecinos y hasta centros comerciales, donde a veces pasaba horas autografiando ejemplares.

Laura recordaba con cariño la primera de esas conferencias que dictó porque nunca antes había ocupado el podio del orador y tuvo que someterse a las preguntas y los comentarios de los asistentes en vez de asumir su papel acostumbrado de periodista y entrevistadora y ser ella quien hiciese las preguntas. Fue en un pequeño salón de la Universidad de Columbia adonde fue invitada por uno de los maestros de Kibo.

La asistencia no fue muy numerosa, pero ella estaba terriblemente asustada. Para su tranquilidad obtuvo de inmediato la completa atención de los presentes —muchos de ellos catedráticos desprejuiciados—, que admiraron su arrojo y exaltaron sus puntos de vista con sinceridad.

Después bebieron vino (algunos bebieron whisky y otros nada) y departieron hasta la madrugada. Los contertulios la bombardearon con interrogantes de todos los calibres que al terminar la noche y al calor del alcohol se volvieron algo más atrevidos y versaron sobre su vida en Nueva York, su viaje a África, donde todo había cambiado, y hasta sus reacciones frente al divorcio y a la decisión de haberse ido a vivir a Arizona.

Laura no tenía aprensiones cuando narraba su vida anterior. Ya lograba hablar sobre sí misma sin incomodidad. Al final del encuentro, los catedráticos —algunos de ellos jubilados— estuvieron de acuerdo en organizar nuevas charlas con asistencia de los jóvenes de la universidad, sus hijos, sobrinos, amas de casa y otros familiares y, en general, todo el que tuviera interés en aquellos contenidos.

Laura no imaginó jamás que su historia personal y sus pensamientos, que ella misma consideraba un poco locos, pudieran inquietar a tanta gente. Su mensaje tuvo un efecto dominó. Con su sencillo discurso hizo que las personas que la escuchaban comenzaran a comprender que no valía la pena preocuparse tanto, que era posible andar más ligeros por el mundo, más contentos.

Luego de esos primeros conversatorios se sucedieron nuevas conferencias en universidades más grandes y bibliotecas más reconocidas y con mayor afluencia de público. La invitaban también a sesiones un poco más íntimas en casas de familia que Laura disfrutaba mucho porque le permitían una interacción más cercana con sus

contertulios y, sobre todo, porque en ese tipo de reuniones tenían cabida los niños y los adolescentes, que ella sentía debían ser los principales destinatarios de su mensaje. La audiencia aumentó considerablemente en poco tiempo. Todo ocurrió en cuestión de un año.

Su orgullo frente a la acogida de su libro autobiográfico crecía y no daba crédito a lo que sus ojos veían en cada conferencia: cientos de personas se congregaban para escucharla en prolongadas sesiones al final de las cuales siempre había un espacio reservado para preguntas o comentarios y toma de fotografías.

Muchos incluso hacían fila para pedirle un autógrafo y se acercaban para confesarle sus problemas, pedirle consejo y agradecerle por su visión desenfadada del mundo que ya comenzaba a surtir efecto en sus vidas. Comentaban en los corredores que era tan buena oradora como Gandhi, Kennedy, Martin Luther King Jr. o Lincoln, lo que a Laura le parecía una exageración.

Laura, no obstante su evidente éxito y las muestras de su grandeza, conservaba esa humildad propia de quienes, teniendo la conciencia de ser excepcionales, son sabedores de que ese hecho no los hace superiores a los demás ni les otorga privilegios especiales.

Aunque muchos pretendían empujarla hacia la arena de la política porque veían en ella unas apreciables condiciones de liderazgo, Laura Andrews no se veía a sí misma en ese escenario. A ella no le gustaban los políticos. Sus verdaderas pasiones eran el periodismo, la verdad y el contacto humano. Le resultaba desagradable imaginar su foto impresa en carteles y debatir con candidatos de los distintos partidos en campañas mediáticas, reclamando la atención de los ciudadanos con promesas vanas o con ataques arteros a sus adversarios.

Sus planteamientos, no podía negarlo, parecían originales y de avanzada dentro del panorama local. Ella sabía, sin embargo, que habían surgido de conversaciones con su hijo y con el tutor de este, y que eran más bien el fruto de su inquietud por develar alguna verdad que resultara útil para alguien y no el resultado de teorizaciones elaboradas a partir de las ciencias o la filosofía. Orientarlos como movimiento político —como muchos comenzaban a sugerir— le parecía desatinado.

Lo único que anhelaba era contarles a las gentes lo hermosa y satisfactoria que podía ser la existencia si se lograba amar a los demás y prescindir de las preocupaciones, los miedos y los prejuicios y si se atendía a la naturaleza humana prístina en un planeta que aparecía ahora dominado por el egoísmo, la angustia, el esnobismo, el afán de lucro y poder y la maldad de unos cuantos porque Laura, con su natural agudeza, pensaba que las grandes mayorías eran gentes buenas.

Se sentía no como una suerte de iluminada, sino como una mujer afortunada que había tenido la oportunidad de ser la madre de alguien que había vivido en ese mundo prehistórico que tanto le había enseñado, y compararlo con este, que tanto le brindaba. De una experiencia semejante había que extraer algo valioso.

Los medios de comunicación vieron de inmediato en la neoyorquina y en su discurso una oportunidad estupenda para satisfacer a sus lectores y mejorar su circulación. Un magazín de variedades bastante reconocido obtuvo la primera entrevista, que adornó con fotografías numerosas y una reseña bastante completa con su biografía.

Los diarios dirigieron su atención hacia ella y también las radiodifusoras y los canales de televisión. Todos pretendían entrevistarla, fotografiarla, saber más de su vida. Laura fue invitada a muchos programas y a varias universidades en Arizona, Nueva York, Filadelfia, Washington y Detroit, adonde aceptó ir gustosa. En cuestión de cuatro meses había recorrido por lo menos siete estados de la nación, que aplaudían su inteligencia, su agudeza, su sinceridad.

Pero los acontecimientos no transcurrieron siempre por un sendero de rosas. Las espinas no se hicieron esperar. Después de las entrevistas y las conferencias iniciales comenzaron las críticas, los venablos y las descalificaciones. Las primeras escaramuzas se presentaron en el terreno de las creencias religiosas.

Casi al unísono y desde mezquitas, sinagogas, catedrales e iglesias tronaron las voces de imanes, rabinos, obispos y pastores que desautorizaban las palabras de Laura y que instaban a sus seguidores a mantenerse fieles a sus creencias y a sus cultos originales. Los líderes religiosos sostenían que todo su libro era una sarta de mentiras inspirada por los demonios.

Decían que la verdad estaba en las Sagradas Escrituras y nada que se dijese contrario a ellas era aceptable. Esa mujer no tenía autoridad ni conocimientos válidos para desconocer siglos de dogmas, evangelios y encíclicas y para poner en entredicho la sapiencia y la honestidad de los intérpretes ungidos por Dios para predicar sus designios.

¿Con qué derecho y con qué preparación teológica se atrevía a cuestionar el enorme acervo de doctrinas forjadas a base de estudio y oración durante miles de años? ¿Cómo osaba siquiera poner en duda la existencia de la inmortalidad del alma y de un premio o un castigo eterno en otra vida? ¿A quién podría ocurrírsele que la palabra de Dios no requería predicadores oficiales? ¿Cómo podía aceptarse que la humanidad vivió sin prácticas religiosas si ellas están impresas de forma indeleble en la naturaleza del hombre? En esos y otros muchos planteamientos coincidían los imanes, los rabinos, los obispos y los pastores.

Después cada uno de ellos, desde su propia lectura de los libros sagrados, hacía descalificaciones y condenas más puntuales y detalladas. Unos se aferraban a la investidura e infalibilidad del Romano Pontífice y de los innumerables concilios y protestaban por el hecho de que a Laura se le ocurriera pensar en la posibilidad de que Cristo no hubiese sido hijo de Dios, en lo cual coincidían los pastores, aunque no los rabinos ni los imanes.

Y así, unas veces de manera unánime y a coro y otras cada uno por separado y con discordancias entre ellos, se fue formando una algarabía descomunal. El descontento de todos era evidente y los anatemas se proferían desde todas las esquinas. Laura era persona *non grata* para los representantes de Dios en la Tierra, casi sin excepción.

Todo eso la conmovió en grado sumo. Pensó al comienzo que lo más acertado era no prestar demasiada atención a las críticas y rehuir el debate. Sabía por su especialísima experiencia personal y por sus estudios de la historia que los pensamientos y las doctrinas cambian con los descubrimientos científicos y con los tiempos, y que antes de ser aceptadas las nuevas realidades se producen discusiones agudas y hasta hechos violentos. El *statu quo* beneficia a muchos y los cambios generan rechazo y zozobra.

Pero sus colegas periodistas, ávidos como siempre de atizar la

hoguera de los enfrentamientos, dieron gran trascendencia a todas estas cuestiones que saltaron a ser tema obligado en las entrevistas y objeto de interrogantes, a veces salidos de tono, al final de cada una de sus conferencias.

Laura procuró siempre conservar la calma y evadir la contienda. Repitió hasta el cansancio que no era su interés controvertir ni refutar ninguno de los distintos credos religiosos, que todos le parecían bellos y motivadores y que ella los apreciaba como diferentes visiones igualmente válidas de un ser maravilloso e incomprensible que no tenía por qué generar odios ni exclusiones y que le dolían muchísimo todos los pesares que la intransigencia había ocasionado. Que cada uno debía ser dejado en libertad de creer en aquello que lo motivara y esas creencias deberían ser respetadas y no impuestas por la fuerza a quienes no las compartieran.

Seguía sin entender la razón por la cual no se reconoce a las gentes del común su derecho a comunicarse directamente con su creador sin necesidad de intermediarios, liturgias ni formas sacramentales. Negó que alguna vez hubiese dicho que Cristo no era hijo de Dios. Sólo había hecho la reflexión de que sus enseñanzas serían válidas y hermosas aun cuando no lo fuera. Debería considerarse que en la vida antediluviana todas esas interpretaciones de Dios o de sus preceptos no existían y que ella se limitaba a poner ese hecho en conocimiento del mundo y que aspiraba a la reconciliación total del género humano.

La tempestad, sin embargo, estaba lejos de calmarse. Todo lo contrario. Muy pronto al barullo armado por los representantes de Dios en la Tierra se sumó el de los políticos que escandalizados procedieron a desautorizar las afirmaciones de Laura. ¿A quién podía ocurrírsele sostener que la soberanía de las naciones es un invento de la humanidad si ella es corolario incontrovertible de la propia naturaleza? ¿Cómo se puede afirmar que la propiedad no existió durante miles de años? Es necio desconocer la necesidad de organización social, los gobernantes son indispensables. A ellos se deben el progreso y la paz en la Tierra. La pobreza y la desigualdad son aberrantes. La elección de presidentes y parlamentarios es una de las grandes conquistas de la historia. ¿Qué autoridad tiene esa mujer para desconocer semejantes progresos institucionales?

Los medios echaban leña a la hoguera de la controversia. Laura respondía con calma que todas esas posturas obedecían a costumbres y condicionamientos culturales que no siempre habían existido y que perfectamente se podía vivir sin ellos. Que la soberanía en poco o nada beneficiaba a los pueblos, pero convenía en grado sumo a gobernantes y políticos que veían así multiplicarse hasta el infinito la cantidad de puestos públicos y la posibilidad de vivir de los impuestos y que la defensa de esa soberanía y de los límites de los países había sido causa recurrente de guerras y calamidades y era responsable de muchas de las notorias desigualdades que hoy padecía el mundo. Que los gobernantes conculcan las libertades en lugar de preservarlas, y que jamás habían sido responsables del progreso. Que el progreso se debía a los científicos y a los empresarios y a las gentes ordinarias. Que le parecía absurdo que se necesitasen parlamentos permanentes. Sería suficiente que se convocasen cuando realmente se necesitara cambiar alguna ley. Que vivir dictando normas es perjudicial y genera angustia e incertidumbre. Que incluso en el siglo XXI, gracias a los adelantos tecnológicos, casi que podrían dictarse las normas de forma directa por los habitantes de los países, a través, por ejemplo, de votaciones con los teléfonos celulares. Que todas esas instituciones políticas tan sólo eran inventos que beneficiaban a unos pocos.

Laura insistía siempre —y en eso su posición era prácticamente inexpugnable— en que la humanidad había sobrevivido cientos de miles de años en paz casi perfecta y con mucha felicidad sin todas esas organizaciones y teorías y se preguntaba si con todas esas creaciones políticas bastante recientes seríamos capaces de sobrevivir otros cien mil años… De todas maneras la controversia era candente. Muchos se sentían amenazados.

Y también brotaron réplicas desde la ribera de moralistas, sociólogos y psicólogos. Disentían de algunas afirmaciones de Laura Andrews sobre la inexistencia de la familia en aquellas eras lejanas y sobre la libertad de apareamiento. La acusaban de querer subvertir todos los órdenes de la civilización y subrayaban el enorme peligro para la vida en sociedad que sus teorías comportaban, e incluso ponían en duda la verdad de que su hijo hubiese sido encontrado en el Kilimanjaro y revivido en los laboratorios de Scottsdale, con lo cual el conflicto se

propagó al doctor Gibson y los científicos que practicaban la criogenización y se reinició el debate sobre la ética y la conveniencia de esos procedimientos, en el cual terciaron de nuevo, como era apenas obvio, los distintos representantes de Dios en la tierra y filósofos y pensadores de todos los pelambres. Facebook, YouTube, WhatsApp, Twitter y otras plataformas de comunicación amplificaban, enriquecían y enrarecían el debate con miles de opiniones.

Se formó, en fin, una auténtica conflagración internacional del pensamiento, las ciencias, las religiones, la filosofía y la historia. Eran Laura y sus fans contra el resto del mundo. Sus conferencias dieron paso a candentes debates y mesas de opinión en los estudios de televisión y en los paraninfos universitarios, en los cuales la periodista se enfrentaba con teólogos, historiadores, filósofos, sociólogos y políticos. Cada día la presencia de público y la sintonía televisiva crecían al igual que aumentaban las adhesiones apasionadas y vociferantes a uno u otro bando.

El ardor que despertaba la polémica era ya de tal magnitud que los directivos de *People's Night Time*, el más reconocido programa nocturno de debates y entrevistas de los Estados Unidos, ganador de casi todos los premios durante veinte años consecutivos, resolvieron invitar a sus estudios a Laura, quien se enfrentaría, en vivo y en directo, con destacados portaestandartes de la política, las religiones y la sociología coordinados por tres avezados entrevistadores, que cada semana invitaban a personajes de todos los ámbitos —arte, política, economía, deportes—, para conversar sin tapujos durante una hora en un espacio que se transmitía de costa a costa y se veía, a través del cable, en un sinnúmero de países.

Era un viernes de septiembre de 2035.

Laura llegó al estudio con media hora de anticipación, es decir, a las diez de la noche, donde la prepararon con meticulosidad para su aparición en aquel show. Mientras le ajustaban el micrófono inalámbrico y casi microscópico, le daban un toque de polvo facial y unas pocas instrucciones que consideró innecesarias, observó el ostentoso efecto producido por la pared de fondo, el decorado que imitaba los rascacielos y las luces nocturnas la ciudad de Nueva York y

no pudo sustraerse al pensamiento de que la mayoría de los espectadores creerían que ese montaje era real. Los seres humanos creen casi todo, y más rápido si se dice en la televisión.

Los tres reconocidos anfitriones la esperaban sentados tras una larga mesa transparente. A la izquierda, Joe Green, un hombre de melena castaña y mediana edad, cuya conspicua corbata amarilla lograba, con excesiva frecuencia, distraer al público. Betty Carson, la mujer del grupo, sentada en la mitad, era una distinguida rubia de rostro un poco cuadrado, mirada inteligente y pómulos altos, dueña de una amplia sonrisa que parecía aprendida de algún experto en actuación. Martin Collins, a la derecha, era bastante alto, de hundidos ojos azules y cabellera gris muy bien cuidada.

Con ellos estaban el líder del partido republicano Derek Robinson, famoso por sus posiciones intransigentes en materias éticas y de seguridad nacional, un hombre intimidante de hablar elocuente y seguro; James S. Venegas, de origen latinoamericano y eminente profesor de Filosofía en la Universidad de Berkeley, y Margaret Evans, socióloga, catedrática y escritora de incontables ensayos, quienes serían los llamados a destruir los planteamientos alborotadores de la atrevida polemista que apoyaba sus tesis en la prehistoria.

La contienda aparecía muy desequilibrada a primera vista. Los censores de Laura eran más numerosos y se presentaron a la sesión armados hasta los dientes con libros viejos y nuevos, artículos de revistas especializadas y argumentos de autoridad infinitos. Allí desfilarían entre comillas todos los grandes maestros del pensamiento ecuménico y cada combatiente citaría los que le resultaran más apropiados para la defensa de sus tesis.

Unos esgrimieron argumentos de sofistas y epicúreos, aparte de numerosísimas transcripciones de la sagrada Biblia en todas sus traducciones, párrafos de Platón, Sócrates y Aristóteles que obviamente no podían faltar. Otros desempolvaron la *Summa Teológica*, las *Confesiones* y la *Ciudad de Dios* de Agustín de Hipona y el *Discurso del método*, la *Crítica de la razón pura* y las obras de Spinoza. Acudieron a Locke, Burke y Montesquieu y blandieron argumentos de Marx y Engels y textos de la Declaración de Independencia de los Estados Unidos, la Carta Magna y multitud de constituciones.

Se da por descontado que salieron a escena Adam Smith, Bodin, Hobbes y Tomás Moro y también los numerosísimos estudios de Freud, Pavlov y Jung. Lo que se podría llamar la selección mundial del pensamiento de todos los tiempos jugaba a favor de los contradictores de Laura. Esta, visiblemente desconcertada por esa montaña de razonamientos y erudición, se limitaba a decir que ella no se sentía habilitada para descalificar a uno solo de los integrantes de esa pléyade maravillosa de filósofos e investigadores, pero que ella llamaba la atención sobre el hecho de que muchas afirmaciones que en un momento determinado de la historia se tuvieron por irrefutables fueron después rebatidas por la misma ciencia u otros descubrimientos.

Ella no pretendía acabar con la propiedad. Ni más faltaba. Ella no era tonta y sabía que eso era imposible. Sólo quería decirles a quienes se sienten desdichados por la carencia de bienes materiales que la felicidad se encuentra mejor en el desapego que en el amontonamiento de cosas muchas veces inútiles, y que esos sentimientos de frustración y dolor que en ocasiones nos genera el bienestar de otras personas no contribuyen en nada a hacernos sentir mejor.

Repetía una y otra vez que creía en Dios, pero que le parecía inconcebible que su existencia se utilizara para generar ansiedad y opresión. Que no entendía por qué los hombres se peleaban hasta la muerte por concepciones todas igualmente válidas y bellas en lugar de amarse con desinterés y honestidad unos a otros como ordenaban todas las religiones. Y también decía una y otra vez que la división del mundo, que es de todos, en naciones más o menos pequeñas genera odio y discriminación y no conviene a nadie, excepción hecha de los gobernantes. Que estaba de acuerdo con que existieran unas cuantas normas de conducta pero que ese Estado entrometido era un gran generador de angustia y sufrimiento innecesarios.

—Y yo no puedo citar tantos argumentos de autoridad como quienes me contradicen —terminó diciendo—. Admiro a todos esos pensadores que de una u otra forma han contribuido valiosamente al progreso de la humanidad. No tengo los conocimientos suficientes para refutarlos a todos y casi es innecesario, porque ellos mismos se refutan los unos a los otros, hasta el punto de que resulta imposible saber con certeza

quiénes tienen la razón. Todos exponen argumentos muy poderosos y convincentes y todos hacen gala de una erudición y una elocuencia conmovedoras y tomar partido en uno u otro sentido siempre ha sido más un asunto de preferencias sentimentales que puramente intelectual. En esas materias también influyen los condicionamientos culturales, las religiones y la política.

"Lo único que puedo decir en apoyo de mis expresiones es que hace ochenta mil años los seres humanos vivieron y disfrutaron de la Tierra sin nada de eso. Y como lo he dicho en tantos conversatorios, ni siquiera sé si eran felices o no, porque no se habían hecho esa pregunta. Tan sólo sé que vivían con más libertades y menos angustias y ocupaciones y que no se martirizaban en lo más mínimo por el futuro, la pobreza, la enfermedad o la existencia después de la muerte. Mis contradictores llaman a eso vivir en estado salvaje. Pero en ese estado salvaje no existían guerras, ni secuestros, ni atracos, ni se decían mentiras o calumnias con fines protervos, ni se esclavizaban los unos a los otros. No tenían comodidades, ni adelantos tecnológicos ni tantas propiedades y aparatos, pero estaban más tranquilos. Nuestros antepasados lejanos gozaban con el calor del sol y las caricias del viento y se emocionaban con los arreboles y el aroma de la yerba. Y cuando sobrevenían los ataques de las fieras o las tormentas, y con ellas la muerte o la mutilación, no se preguntaban por qué ni atribuían esas calamidades a castigos divinos, ni se cuestionaban si esos sucesos eran justos o no, de la misma forma que los animales no se cuestionan la justicia de que un león o un cocodrilo devoren a una cebra inocente o de que un vendaval arrase el nido de un pajarillo. Pienso que todas esas consideraciones pueden ser útiles para la humanidad actual y que muchos pueden aprender de ellas y mejorar sus vidas sin necesidad de prescindir de los adelantos y las comodidades contemporáneas que son de verdad maravillosas.

Sus palabras fueron seguidas de unos instantes de silencio pensativo del público asistente, que dieron paso después a una ruidosa y prolongada ovación. No cabía duda de que Laura, con su agudeza y su simpleza subrayadas por su seguridad personal y elegancia, había salido victoriosa del enfrentamiento. La encuesta telefónica que se llevó a cabo después del debate, que había tenido una sintonía

superior a los cuarenta millones de personas, dio como ganadora a Laura por un margen superior al setenta por ciento.

Aquello, para muchos, no dejaba de ser una seria campanada de alarma.

Una noche, luego de otra intensa polémica con su correspondiente sesión de preguntas, Laura, extenuada, se despedía del último de los asistentes, cuando una de las empleadas de la sala de conferencias la abordó para comunicarle que alguien le había dejado un paquete. Ella se sorprendió gratamente puesto que era la primera vez que le sucedía. Sonrió a la mujer y miró la envoltura de papel plateado con detenimiento.

Por su apariencia, supuso que se trataba de la primera publicación de algún autor joven que ansiaba presentarle sus ideas. Lo pensó así debido a la enorme cantidad de jóvenes que la abordaban por esos días. No abrió el paquete, prefería hacerlo a solas. Tomó un taxi hasta su casa con la sensación de ser observada. Mientras el carro avanzaba, en el asiento trasero, con el cuello del sobretodo levantado para protegerse del frío de principios de diciembre, aguzaba su mirada y escrutaba los rostros de los transeúntes que se iluminaban intermitentemente con las luces navideñas ya encendidas en tiendas y avenidas.

La Navidad siempre la emocionaba con su música y sus colores. De cuando en cuando miraba al conductor —un moreno de poblado bigote—, que parecía desprevenido por completo. No le faltarían adversarios, de eso estaba segura. Estaba derruyendo muchos mitos y así como había despertado la admiración de tantos, estimularía el odio de muchísimos otros. Se bajó media calle antes de su casa. Experimentaba la sensación de ser vigilada. Volteó a ver a su alrededor pero todo parecía en orden. ¿Era paranoia?

Una vez en su cuarto rasgó el paquete. Era un ejemplar de su libro con una dedicatoria escrita en letras multicolores recortadas de diarios y revistas y pegadas con una prolijidad superior.

El mensaje decía lacónicamente*:* “Cállate, Laura Andrews. Recuerda que a nadie perjudicó el haber guardado silencio”.

Parte III

Capítulo 1

Soy un canalla y no me arrepiento de serlo. He mentido, engañado y manipulado a mi antojo sin que me importaran las consecuencias.
Thomas Spencer, personaje de *Historia de un canalla,* de

Julia
Navarro

El rascacielos One World Trade Center, originalmente llamado Freedom Tower, fue inaugurado más de veinte años atrás, en 2014, para reemplazar las famosas Torres Gemelas derribadas a principios de siglo en aquel ataque demencial de los terroristas de Al Qaeda. En el piso treinta y siete la tensión era insoportable. El gran jefe despedía una inocultable ira desde la mullida silla de su escritorio. Los empleados conocían de sobra su gesto feroz, sus actitudes tiranas y sus insultos, a los que nunca se habían acostumbrado.

Allí operaba una corporación denominada Black Albatross Inc., que era la cúpula rectora (eso que en el mundo de los negocios se llama una *holding*) de un poderosísimo conglomerado empresarial conformado por más de treinta organizaciones y muchos millares de ejecutivos y empleados, cuyos intereses iban desde el ámbito del periodismo y las comunicaciones hasta la extracción y el beneficio de hidrocarburos principalmente en el continente africano, pasando por enormes tiendas por departamentos y unas extensísimas plantaciones de algodón en el estado de Luisiana, donde se establecieron originalmente los remotos antepasados de su actual presidente y casi único accionista, Gilbert Fowler.

El punto de origen de esa dinastía fue Alexander Fowler, quien llegó a América, proveniente de Inglaterra, en busca de fortuna (como casi todos los europeos que vinieron a América) hacia los finales del primer cuarto del siglo XIX, y con unos modestos ahorros se hizo a unos cuantos acres baratos en los inhóspitos y cenagosos terrenos de Luisiana, que ya había sido adquirida por el gobierno de los nacientes Estados Unidos y se había convertido en Estado de la Unión.

Se dedicó, como era frecuente en aquellos tiempos, al cultivo del algodón y de la caña de azúcar, que lo convirtieron, a mediados del siglo, en un hombre bastante bien acomodado. Sus hijos continuaron su tarea y ensancharon las plantaciones, que situaron preponderantemente en los alrededores de la población de Napoleonville, a unos noventa minutos en auto desde la ciudad de Nueva Orleans, que hoy apenas sobrepasa el medio millar de

pobladores y conserva, en sus veinte o treinta manzanas de extensión, vestigios de la grandeza mitológica de esa región, pero también de la miseria y abyección repugnantes de la esclavitud y la segregación racial.

Los Fowler terminaron conformando una de esas románticas familias del legendario Sur norteamericano, con enormes casas de gruesas columnas y porches generosos, repletas de antigüedades y multitud de esclavos, dedicadas a la buena vida, a deslumbrantes fiestas —que se hacían más por afán de ostentación que por diversión— y a actividades propias de la decadente nobleza europea, como la cacería o la cría de caballos finos.

La guerra de Secesión, en la cual los Fowler se alistaron y combatieron bajo las órdenes del general Robert E. Lee, los dejó en la ruina, como a casi todas las grandes familias de la Confederación derrotada, que tuvieron que aprender a trancazos que en el país se había producido un cambio muy profundo y duradero. Las generaciones siguientes fueron migrando de forma paulatina hacia otras regiones.

Con la nostalgia de esas imágenes del grandioso Sur se crió Gilbert Fowler.

Su padre, llamado Alexander como su primer antepasado, fue un Don Nadie que, financiado por su abuelo (o sea el padre del Don Nadie), fundó una modesta empresa de importación y distribución de licores. Estaba influido por un concepto grandioso de sí mismo, una "autoestima alta" que lo llevó a alterar la realidad, tanto que se pavoneaba de haber sido el fundador de la Cámara de Comercio local, y a presumir de ser uno de los rectores de la economía de la región y de su cercanía con grandes personajes, quienes a duras penas lo reconocían. Tipos como él, por lo general tan envanecidos con su forma de ser, no llegan a darse cuenta de las verdaderas dimensiones de su tamaño y, lo peor, traspasan su condición mentirosa a sus herederos.

Gilbert Fowler era, en lo físico, un desafortunado accidente genético. Todo su linaje se distinguía por su gran porte y complexión atlética, cabellos rubios y presencia imponente. Él, por el contrario, era de una apariencia casi grotesca. Las malas lenguas afirmaban que

había sido un desliz de su madre. Su exigua estatura y su cabeza desproporcionadamente voluminosa lo revestían de un aspecto enanoide que era, en buena medida, una de las causas de su temperamento agresivo e intolerante, y sus cabellos, antaño negros y ahora más bien grises, los peinaba con meticulosidad y grandes cantidades de gomina para conservarlos pegados al cráneo.

Era dueño de una cara mofletuda y rubicunda que reflejaba su carácter colérico y ojos pequeños, obscuros y achinados que rehuían mirar de frente a sus interlocutores. Procuraba adornar aquel desastre con un bigotito repelente y siempre recortado con afeminamiento y hacía un gran esfuerzo en ser elegante, para lo cual mandaba a confeccionar sus trajes con los paños más exquisitos a los mejores sastres, que fracasaban siempre en la tarea ya que su figura esperpéntica se oponía terminantemente. “Lo que Natura non da Salamanca non presta”, decían los viejos españoles.

Gilbert había estudiado Leyes en la Universidad de Texas, en Austin, y había hecho un posgrado en Asuntos Financieros con mucho énfasis en el aspecto tributario que le habrían de ser de gran utilidad en el amasamiento de su patrimonio. En el campus conoció a quien habría de ser su esposa, Patricia Talbot, muchacha rolliza y poco agraciada, insignificante, pero que enseguida atrajo a Gilbert por ser la virtual titular única de una apetitosa herencia.

De todas maneras, él tampoco era lo que podría llamarse un *adonis* y su éxito con las chicas atractivas era nulo. Obtener dinero era para él lo verdaderamente importante, y un matrimonio conveniente, aunque fuese con una mujer fea, era la mejor manera de comenzar la tarea. Su lascivia, que no era poca, podría satisfacerla con favores comprados.

La boda entre Patricia y Gilbert, con toda la pompa que había de esperarse, se celebró en Saint Mary Cathedral, una majestuosa iglesia sostenida por columnas en forma de árbol. A Patricia sólo le interesaba lucirse con su fastuoso vestido blanco y poder ver, en medio de la ceremonia, la envidia en las caras de sus primas y de sus amigas irritadas, y claro, también deseaba levantar la mirada agradecida hacia ese techo elevado, la cúpula azul salpicada de estrellas que representaban el cielo. No sería más “gordinflona-solterona”, como solían llamarla a sus espaldas en todos sus círculos sociales. La

ceremonia fue seguida de una fiesta pantagruélica en el tradicional y encumbrado Austin Country Club, con asistencia copiosa de la flor y nata de la sociedad texana.

Era un buen comienzo profesional, sin duda.

Nunca fue un gran abogado. Sin embargo tenía habilidad para hacerse elegir en juntas directivas en las cuales obtenía beneficios no muy santos. Eso sumado a una estafa a su propia madre lo proveyeron de un considerable capital. Con esos primeros dólares, que no fueron pocos, con su innegable astucia y valiéndose de los contactos sociales de su suegro, trepó muy rápido. Su obsesión consistía en recuperar aquella posición esplendorosa que alguna vez tuvieron sus ancestros en la Luisiana de antes de la guerra.

En apenas quince o veinte años construyó un verdadero imperio. Readquirió las viejas propiedades de los Fowler en Napoleonville, restauró la fabulosa mansión y las plantaciones de algodón, que se convirtieron en uno de sus hobbies preferidos y en su destino de vacaciones y se compró un palacete cerca de St. Charles Avenue en Nueva Orleans —donde anualmente se celebra el multicolor desfile de Mardi Gras—, que llenó de antigüedades preciosas y pinturas americanas de fines del siglo XIX y se trasladó allí con su familia. Su sueño de gran señor sureño se había cumplido.

En el año 2015 Gilbert Fowler compró el piso del One World Trade Center, recientemente inaugurado para entonces, y allí instaló los cuarteles generales de la empresa que manejaba todas sus inversiones, Black Albatross Inc., y compró también un bello apartamento en el exclusivo vecindario de Tribeca, en el cual pasaba las noches de los días laborales y adonde llevaba las chicas de vida alegre que lo acompañaban con asiduidad, a cambio de copiosos estipendios. Su esposa, allá en Nueva Orleans, se hacía la de la vista gorda. Desde siempre había conocido las inclinaciones putañeras de su maridito, pero lo toleraba. Tenía claro que lo suyo había sido un matrimonio de conveniencia y estaba más que satisfecha con el resultado de la operación.

La tensión que aquella tarde de finales del verano agobiaba las oficinas del piso treinta y siete del One World Trade Center era

ocasionada por los alaridos de Gilbert Fowler, que estaba salido de la ropa, con el rostro más colorado que nunca, el pelo desordenado y la exquisita corbata francesa color verde manzana torcida, cosa que sus vicepresidentes pocas veces habían visto, a menos que estuviese borracho.

—¡Tenemos que encontrar la razón! —repetía una y otra vez mientras estrellaba sus manos regordetas contra su espléndido escritorio de ébano—. ¡Partida de inútiles! Les pago unos salarios que jamás soñaron y vienen a decirme, con todos sus títulos universitarios y sus doctorados, que no pueden encontrar la explicación… ¡No lo voy a tolerar!

Corría el año 2036 y el mundo, que contaba ya con más de ocho mil millones de habitantes, era un verdadero sueño de consumismo y crecimiento económico. En los países desarrollados la tecnología de la información suprimía cada vez más las incertidumbres y los procesos en los trámites comerciales. Las compras básicas se hacían online y, en la mayoría de los hogares, esa tarea estaba automatizada por los *Smart houses* que sabían cuáles eran los productos de los cuales tenían que abastecerse y los ordenaba a los proveedores de forma instantánea, de la misma manera que el computador central de la casa preparaba el café, regulaba la iluminación, la temperatura ambiente, el cierre de las cortinas, el lavado de utensilios y hasta la hora en que debían despertarse los miembros de cada familia.

Por otra parte, la pobreza había bajado en el mundo y ya era un flagelo controlado casi por completo, con lo cual la capacidad de compra de los humanos se había incrementado bastante. La duración de la vida había aumentado hasta límites considerados imposibles pocos años atrás gracias al conocimiento del mapa del genoma humano, a los avances en la nanotecnología, la inteligencia artificial y el descubrimiento de remedios eficaces contra enfermedades antes incurables. Ya el cáncer, el sida o el Alzhéimer eran historia antigua, como hacía un par de siglos había sucedido con la viruela.

La inseguridad callejera casi se había desterrado del planeta gracias al hecho de que en gran cantidad de países —incluidos los Estados Unidos, quien lo creyera— se había prohibido el porte de armas y se habían impuesto drásticos controles a su adquisición, y también a la

instalación de cámaras de vigilancia omnipresentes que registraban las acciones de los delincuentes que, además, podían ser capturados con facilidad por medio de sistemas de localización satelital que recibían señales emitidas por microchips subcutáneos que se les inyectaban a todas las personas desde su nacimiento.

(La Segunda Enmienda a la Constitución de los Estados Unidos de América, que prohibía cualquier restricción al porte o adquisición de armas, había estado vigente desde 1791 y fue derogada en 2027 después de un debate de más de ochenta años sobre su inconveniencia, y el asunto de los microchips se había aprobado por el Congreso norteamericano en 2031, a pesar de todos los argumentos en contra de ello que se apoyaban básicamente en el derecho a la intimidad y en el peligro de crear el famoso Gran Hermano que Orwell describía en *1984*, pero pudo más el miedo al terrorismo de algunos extremistas políticos y religiosos que con impredecible frecuencia asesinaban multitudes).

En poco tiempo esas iniciativas norteamericanas se extendieron a casi todos los países libres del planeta como política de la ONU, que excluía de su seno a todos aquellos que se negasen.

Todo eso sumado contribuía a un crecimiento permanente de la economía y, por supuesto, al enorme bienestar de Gilbert Fowler.

Y ahora, de un momento a otro y sin razón alguna, los hábitos de consumo de los norteamericanos, que durante tanto tiempo habían permanecido consistentemente *in crescendo*, comenzaban a variar. La gente estaba dejando de comprar en la nación más poderosa del mundo. Las ventas, sobre todo de teléfonos móviles, viajes, planes de vacaciones, ropa, cosméticos, autos y videojuegos, se venían abajo.

Aquello era demasiado. Si esa inexplicable actitud se prolongaba en el tiempo podría significar la ruina de Fowler, la quiebra de sus negocios, el ocaso de su esplendor. No lo resistiría. En su cabeza la pregunta lo hostigaba una y otra vez: ¿por qué los *malditos consumidores* se comportaban de esa manera?

Todo se vendría abajo si no actuaba de inmediato.

Fowler contrató de inmediato a KHG Marketing, una empresa de investigadores de mercado que, según rezaba su *brochure* de presentación, podía determinar en poco tiempo las causas del

inexplicable fenómeno y precisar los sucesos externos que podrían estar influyendo en el comportamiento de las distintas clases económicas y los diversos grupos sociales o familiares, así como los procesos y las variables internas que afectaban la motivación del consumidor y la manera en que este estaba procesando la información recibida a través de mensajes publicitarios y cómo todo ello permeaba su personalidad y estilo de vida. También podían analizar el porqué del cambio en las actitudes y cómo algunas influencias situacionales podrían estar alterando los mecanismos de decisión de compra. Los avances tecnológicos permitían obtener con gran rapidez una vasta cantidad de información.

El gerente de la compañía investigadora le llevó, diez días después de su petición, un mamotreto redactado en términos incomprensibles (parecidos a esos que había utilizado para lograr el contrato de investigación) y atestado de cifras, infografías y cuadros de todos los colores que parecían pinturas abstractas, y se hizo presente en las oficinas del piso treinta y siete, acompañado de un escuadrón de técnicos sonrientes, bien peluqueados y ataviados con vistosas corbatas, trajes oscuros y zapatos de amarrar, que se ocuparían de explicar el informe.

Al final de la sesión recibieron una carretada de agravios por parte de Fowler, para quien las explicaciones no tenían coherencia ninguna. Exigía contundencia y claridad y todo aquello era una confusión incomprensible. Los expertos de KHG Marketing abandonaron las instalaciones con el rabo entre las piernas y los bolsillos vacíos. Las maldiciones entre dientes abundaban mientras esperaban el ascensor.

Fowler se quedó solo en la oficina a punto de lo que parecía ser el inicio de un infarto. Recostó su cabeza contra el alto espaldar de su silla giratoria y guardó silencio.

Patricia, su mujer, le había dicho por teléfono muchas veces con sorna: “Querido, cuando te sientas estresado respira profundo y piensa en mí”.

Hizo caso sólo a la primera recomendación, tomó una bocanada de aire, lo sostuvo un rato entre los pulmones, y luego lo expulsó lentamente. Estaba desconcertado.

Lo sacó de su ensimismamiento el leve taconeo de Alicia, la más

joven y atrevida de todos sus empleados que entró con sigilo procurando no desatar de nuevo la cólera del ogro y le entregó una tarjeta de presentación.

—Señor Fowler —dijo—, este hombre está en recepción y dice que tiene algo importante que decirle.

Fowler tomó la tarjeta y la leyó una vez Alicia hubo cerrado la puerta tras de sí. Ni siquiera la más grave de las crisis podía lograr que dejara de admirar las atractivas caderas de su colaboradora embutidas en aquella apretada faldita negra. Alicia, sabiéndose observada, exageraba a propósito su contoneo. A ella le habían contado que dejarse seducir era el camino más expedito hacia su estabilidad laboral y el aumento de su cheque mensual.

Mario Müller. Experto en marketing, decía la tarjeta.

Sabía quién era. Había leído recientemente un elogioso artículo sobre el joven y ya famoso gurú del mercadeo.

—Alicia —gritó—, dile a Müller que siga.

El genio del mercadeo era casi un impúber de pelo rubio y liso. A lo sumo tendría veinticinco años y vestía de manera desafiante una camiseta horrorosa con la famosa lengua de los Rolling Stones estampada en rojo sobre negro, jeans desteñidos, zapatillas blancas como de jugador de básquetbol y una chaqueta azul cielo en *tweed* bastante ajustada a su torso flacuchento. Un verdadero mamarracho…

—Lo escucho, señor Müller —dijo Fowler mientras se cubría el rostro con las dos manos y sin disimular su disgusto por la vestimenta de su visitante. Le costaba soportar su cara de niño.

—Señor Fowler —dijo el experto de rostro infantil—, uno de sus ejecutivos me comentó hace algunos días acerca de su terrible malestar por el descenso en las ventas de las últimas semanas, y me di a la tarea de adelantar una investigación personal sobre el asunto aplicando mi método, que hasta ahora no me ha fallado. Pero revelarlo le va a costar un par de millones de dólares.

—Sin rodeos, por favor, señor Müller. Dígame qué información importante ha arrojado su método. Puede estar seguro de que si su investigación me convence no dudaré en pagar la suma que me pide.

—Vamos, señor Fowler, yo tengo cara de niño, pero no nací ayer.

Gíreme un cheque cruzado de su cuenta personal por la suma que le pido y tendrá la información. Si no lo convence, usted puede dar orden de no pago. Yo soy un hombre serio y sé de su poder, jamás me atrevería a engañarlo.

El ogro estaba a punto de reaparecer. Sin embargo, Fowler recordó los recientes aciertos de su visitante en la explicación de extraños fenómenos financieros y decidió creerle. Sacó la chequera de la gaveta superior derecha del escritorio de ébano y escribió el cheque.

—Aquí tiene. Soy todo oídos.

Müller dobló el cheque, lo guardó con parsimonia en su billetera y dijo:

—Verá, señor Fowler, mi método es muy sencillo y se basa en una consideración casi elemental que los economistas siempre desconocen, enamorados como viven de sus ecuaciones y sus algoritmos, y consiste en tener en cuenta que los grandes acontecimientos económicos son el resultado de miles o millones de actitudes individuales. La economía no la regulan los genios de la reserva federal ni los ministros de hacienda, ni obedece, en la mayoría de los casos, a decretos o reglamentos. Depende de las decisiones de las personas, y esas decisiones dependen de multitud de factores que a veces son muy complicados de encontrar. Es lo que yo llamo la teoría de las cosas pequeñas… Cuando supe de la disminución de las ventas, que es un hecho inocultable, me di cuenta de que se está presentando con mayor intensidad en los Estados Unidos y, particularmente, en la costa Este. En Europa y el resto del mundo hasta el momento es apenas perceptible, aun cuando ya empieza a dar muestras de ocurrencia. Apliqué una encuesta que tengo diseñada especialmente para analizar estas tendencias y encontré que existe una modificación sustancial en las actitudes de consumo, sobre todo en el segmento de la población comprendido entre los veinte y los treinta años y con estudios universitarios que, entre otras cosas, tienen una participación bastante apreciable en el conjunto de las compras de este país. Después me concentré en estudiar ese segmento y apliqué una nueva encuesta de veinte preguntas a quienes respondieron que habían disminuido sus compras en los últimos meses. Usted no me va a creer lo que me contestaron…

—¿Qué contestaron, por Dios? Déjese de rodeos —vociferó Fowler salido de sus casillas.

—Simplemente que se habían dado cuenta de que la felicidad que antes les daba el andar comprando cosas era mentirosa. Que mientras más compraban, más cosas les hacían falta. Que la mayoría de los artículos que compraban los disfrutaban muy pocos días y luego volvía la sensación de vacío y muchos de los artículos comprados iban a dormir el sueño eterno en clósets, garajes y depósitos. Que ahora les era más satisfactorio contemplar la naturaleza, leer viejos libros o conversar con los amigos. Que habían entendido que los teléfonos celulares con todos sus chats y redes sociales eran alienantes y que era más agradable hablar frente a frente. Que la mayoría de sus viajes los hacían para presumir y que muy pocos de esos viajes les habían resultado verdaderamente placenteros. En fin, miles de respuestas en ese sentido.

—Pero eso tiene que tener una razón de ser —manoteó Fowler—. ¿Qué está sucediendo?

—Hay una mujer que escribió un libro que se llama *La felicidad: herencia oculta de la Prehistoria* y que ha venido hablando últimamente del tema en charlas y conferencias en universidades, convenciones y centros comerciales. Esta señora se emociona de verdad cuando se dirige al público para exponer sus ideas y logra conmover a sus seguidores. Es muy convincente… Casi todas las personas que contacté para que respondieran la encuesta han leído el libro de la señora o de alguna manera han conocido sus planteamientos.

—Sin rodeos, Müller —Fowler se levantó de su escritorio al decir esto.

Müller, sin embargo, continuó tranquilo:

—Esta mujer se ha dedicado a hablar de sus propias experiencias y cualquiera envidiaría sus excelentes habilidades comunicativas. Usted no se imagina la ingente cantidad de textos con sus discursos, fotos y videos que rotan en internet; tiene ya millones de seguidores en todas las redes sociales, y no sólo aquí en los Estados Unidos, sino en todo el mundo.

— ¿Y quién es ese personaje?

—Me refiero a Laura Andrews, la periodista, señor Fowler —

respondió Müller.

—Oh, espere, espere… ya sé de quién me habla. La madre del tal muchacho prehistórico. La vi salir triunfante hace poco en el debate de *People's Night Time*. ¡Pero si es sólo una rubia majadera con ínfulas de líder!

—Es una dama con un deslumbrante poder sobre la gente. El mundo la quiere —cualquiera se habría dado cuenta de la simpatía de Müller hacia Laura.

—¿Y ahora me va a decir que los consumidores están dejando de comprar debido a ese discursillo barato sobre la felicidad?

Fowler tableteó con sus dedos sobre el escritorio.

—Es correcto, señor. Le acabo de enviar el informe detallado que elaboré, con la tabulación de las encuestas y copia de todas ellas. Si lo desea, puede revisarlo todo ahora mismo. La gente se está sintonizando con el mensaje de que la felicidad no depende de lo que tenemos, sino de lo que somos. Ese hecho, aparentemente anodino, está generando la caída en las ventas. Y no solamente eso —siguió Müller—, también se nota ya una menor asistencia a los oficios religiosos de los distintos credos y un escepticismo cada vez más notorio en las actuaciones y los discursos de los políticos más renombrados. La buena opinión que el público tiene de ellos está descendiendo de forma continuada. Parece que lo único que sube en este momento son las ventas del libro de la señora Andrews.

Gilbert Fowler se puso los dedos índices sobre la frente y se hizo un breve masaje.

—Recuerdo una frase que dijo aquella noche en el debate, algo como que la felicidad se encuentra mejor en el desapego que en el amontonamiento. ¡Qué estupidez!

—En efecto, esa es una de sus consignas —respondió Müller, que parecía acostumbrado a este prototipo de clientes rabiosos e insatisfechos—. Cuando le dé un vistazo al informe deme una llamada, si le parece, y nos reunimos de nuevo.

Mario Müller sabía muy bien que se enfrentaba a un energúmeno, Alicia se lo había advertido, y quería retirarse antes de que hiciera erupción.

—Déjeme solo —exigió Fowler con su acostumbrado tono de

dictador—. Hasta luego. Al salir, cierre la puerta. Pero puede estar seguro de que si esto no es cierto daré orden de no pago del cheque y me encargaré de destruir su reputación y su vida.

Mario Müller se incorporó, arregló su chaqueta de *tweed*, no dijo una sola palabra e hizo caso a la orden del ogro.

Fowler recordó que cuando vio el famoso debate televisado y conoció el resultado de las encuestas al final de este había sospechado que alguna consecuencia nefasta traería el discurso de ese personaje, pero jamás pensó que el terremoto pudiera llegar a tener esa intensidad. Ahora sabía que Müller podía estar en lo cierto. Se podía ahorrar la lectura pormenorizada del estudio. Sin embargo, proyectó el informe desde su computador sobre la pantalla que hizo descender desde el cielo raso y dedicó un par de horas a revisarlo.

En voz alta, y sin que le importara nada, lanzó todos los improperios que se le antojaron contra "la rubia majadera" y un poco más tranquilo después de ese desahogo pueril, tomó su dispositivo inteligente, buscó en el archivo de números secretos y marcó el primero de la lista.

Del otro lado, una voz grave respondió sin saludar:

—Espero que tengas ya una respuesta.

—Sí, la tengo. La situación no da espera. Debemos convocar de inmediato a una reunión.

Capítulo 2

Todos
los
hombres
nacen
iguales,
pero
es
la
última
vez
que
lo
son.
Abraham
Lincoln

El salón era inmenso y penumbroso. Su poca luz provenía de unos vitrales muy antiguos que representaban, con gran predominio del púrpura y el azul, escenas religiosas con santas y santos de cabezas circundadas por aureolas y de unas pequeñas luminarias dispuestas con meticulosidad sobre una pesada y larga mesa tallada en madera, en cuyo centro y como único adorno había una palangana colosal repleta de piñas, patillas y melones que, con su colorido antillano, constituían una verdadera rareza en aquel recinto.

A cada lado de la mesa se habían dispuesto de forma simétrica veinte asientos iguales cuyos espaldares se adornaban con escudos de armas repujados en cuero. El sillón de la cabecera tenía además gruesos brazos con leones yacentes. De las paredes de piedra colgaban estandartes y tapices desteñidos por el transcurrir del tiempo y los leños chisporroteantes de una gran chimenea calentaban el ambiente,

en el muro opuesto a los vitrales.

Enfrente de cada una de las sillas, al lado de la correspondiente luminaria, había un poliedro con un número, un orden del día cuidadosamente caligrafiado y una libreta de anotaciones, y frente al sillón con los brazos de león, además, una campana de bronce.

Por una puerta de roble macizo situada en el extremo norte del recinto empezaron a entrar, con paso de procesión y en silencio monacal, los invitados a la extraña asamblea. Sus cabezas y cuerpos se cubrían con unas capuchas, exactamente iguales las unas a las otras y de paño gris oscuro, que proyectaban sobre sus rostros sombras impenetrables y apenas permitían ver con algo de claridad sus bocas y dientes blancos y parejos que denotaban al rompe que se trataba de hombres y mujeres adinerados y poderosos.

A un ademán de quien se colocó al lado de la silla de la cabecera, que sería el presidente o moderador de la reunión, todos se sentaron con obediencia. Después lo hizo el del sillón con brazos. Detrás de él y en magníficas letras de bronce refulgente se leía:

U.M.B.R.A.

Esta convención no se celebraba con frecuencia.

Era la Junta Suprema de Dirección de la más antigua y misteriosa de las sociedades secretas y sus miembros representaban a todos los integrantes de esa organización, cuyo número, como es obvio en las sociedades secretas, era absolutamente desconocido. Sólo se sabía —o más bien se especulaba— que eran varios miles distribuidos por los cuatro puntos cardinales del globo y estaban organizados en capítulos nacionales y continentales que se integraban teniendo en cuenta sus localizaciones y sus actividades.

Todos eran individuos —hombres y mujeres— importantes, ricos, influyentes y ocupados y conocían al dedillo sus deberes y propósitos, que cumplían con gran eficiencia y sin escatimar recursos financieros o esfuerzos físicos o intelectuales. En el fondo eran una sociedad perfecta, que sólo se da cuando existe una total identidad de objetivos y procederes y de la cual se ha eliminado la lucha por la preeminencia, la riqueza o el poder, porque eso ya todos lo tienen adquirido en grado superlativo.

Actuaban de incógnito, porque su tarea era inconfesable y por

consiguiente tenía que ser clandestina, y porque eran conscientes de que sus decisiones, cualesquiera que fuesen, los beneficiarían a todos y los tenía sin cuidado a quién perjudicarían. Por eso sus identidades no importaban. Ellos mismos casi no se conocían entre sí, y apenas se distinguían en la Junta Suprema por el número del poliedro frente a su silla, que, entre otras cosas, era absolutamente aleatorio y cambiaba en cada reunión.

Como también cambiaban sus integrantes, que eran elegidos de entre el total de los miembros de la sociedad, con unos procedimientos heterogéneos y esotéricos, teniendo en cuenta criterios tan disímiles como la procedencia, actividad, raza o las convicciones espirituales. Personificaban los estamentos más variados. A esa nebulosa organización pertenecían connotados empresarios de la industria, el comercio, la agricultura, el petróleo y la minería y, por supuesto, del mundo financiero. Dirigentes políticos de la derecha, el centro y la izquierda y de todos los continentes de la Tierra. Líderes de todas las creencias y cultos religiosos y representantes de los pobres y de las minorías raciales. Eminentísimas abanderadas de los movimientos feministas de todo el planeta y de los defensores de las comunidades que promueven prácticas amorosas que podríamos llamar no convencionales. Y dirigentes deportivos y del mundo del espectáculo. Y periodistas por montones. Y no podían faltar algunos filósofos y literatos.

Esa congregación variopinta, y a primera vista irreconciliable, tenía, aun cuando parezca inverosímil, un interés común: la promoción de la infelicidad. Las letras de bronce situadas a espaldas de quien presidiría la reunión significaban “Unhappiness Must Be Respected Always” (La infelicidad debe ser respetada siempre).

Nadie sabrá nunca desde cuándo existe esa hermandad. Sus orígenes están sepultados en eras tan remotas que aún no se conocía la escritura y la historia no se había inventado. De sus decisiones nunca quedaron actas o constancias. Sus designios siempre fueron vergonzosos. Dicen los pocos conocedores del tema (porque siempre ha sido abordado con un inmenso temor a las terribles consecuencias que su develación podría acarrear) que sus primeras actuaciones se retrotraen al establecimiento de los más antiguos asentamientos humanos, por allá

en tiempos de los sumerios y de la fundación de Jericó, con anterioridad a Nínive y Babilonia y Sodoma y Gomorra.

Pero con certeza ya existía en los gobiernos de los primeros faraones y de Nimrod, que dicen que fue el primer rey conocido, Nabucodonosor y Sardanápalo. Tal vez, presumen, surgió con la invención de la agricultura cuando unos hombres (y mujeres también) descubrieron que podían vivir sin trabajar, aprovechándose de la debilidad y la ignorancia de otros.

Inventaron, desde entonces, que algunos tenían la facultad especial de comunicarse con los dioses —o con Dios, dependiendo del pueblo del cual se tratara—, o que habían sido investidos por ellos o por Él para gobernar y regular la existencia de los demás y que todos debían obedecerlos y contribuir a sus gustos y excentricidades con el fruto de su trabajo.

Para lograrlo construyeron la teoría de la infelicidad, que consiste básicamente en sostener que todos los seres humanos son desgraciados y que algunos pocos tienen el poder de procurarles el remedio a sus desdichas. La tesis, como se dice, pegó. Tuvo éxito. La gente se creyó el cuento. Eso no pasaba antes. Los hombres, que ya habían existido por decenas de miles de años, nunca habían pensado en esos asuntos. Se limitaban a aceptar el mundo como era y jamás se preguntaron si eran felices o no, y nunca creyeron en la conveniencia o necesidad de que alguien los gobernara o les dijera si iban a ir al infierno o al paraíso cuando muriesen. Todos eran iguales y tenían que trabajar, y punto. Nadie mandaba a nadie y todos eran libres de hacer lo que se les viniera en gana y de andar por donde se les antojara sin permisos o pasaportes, siempre y cuando no molestaran a los otros porque si lo hacían sencillamente les daban una paliza o los exiliaban del grupo. Nada de condenas al fuego eterno, la esclavitud o la prisión —que no existía porque no habían aprendido a fabricar rejas o construir cárceles —.

Pero como el invento de la infelicidad tuvo éxito y en todas partes hay vivos y, como se dice, el vivo vive del bobo, la teoría se fue extendiendo por las varias ciudades y poblaciones y se formaron así los reinos, los imperios y los cultos con sus respectivos gobernantes, burócratas y sacerdotes. Y surgió la conveniencia de la comunicación

entre los promotores del asunto para compartir entre sí sus ideas y sus prácticas y conocimientos y mantener a los bobos sojuzgados.

La infelicidad ha sido desde entonces la atmósfera indispensable para la existencia del poder político, religioso o económico. Para los líderes de la humanidad es indispensable mantener a las gentes en la creencia de que su existencia es pesarosa y sin remedio. “Como ustedes sufren, yo voy a aliviar sus penas”, dicen los políticos, y así consiguen los votos para su propio beneficio. “Como ustedes sufren, yo voy a hablar con los dioses para que los lleven al cielo o a la vida eterna”, predican los religiosos, y a cambio reciben donaciones y honorarios jugosos por sus oficios.

Ya en épocas más recientes se sumaron a la sociedad secreta de promoción de la infelicidad muchos empresarios que nos dicen “yo puedo mejorar sus condiciones si compran mis productos”, o “ustedes no pueden ser felices si no leen mis periódicos, si están desinformados, o si no viajan o no cambian con frecuencia sus aparatos de comunicaciones, sus automóviles o sus computadores”.

Dicen las malas lenguas, aunque nada se ha podido comprobar de forma fehaciente, que a esa congregación han pertenecido individuos como Akenatón, apodado el Rey Hereje, Jerjes y Artajerjes, quienes se empeñaron en aniquilar a Grecia y su cultura; Gengis Kan, que dizque violó tantas mujeres que hoy en día una de cada doscientas personas llevan sus genes; Nerón, que incendió Roma para inspirarse y mató cristianos como a moscos; Calígula, que acabó con toda su parentela y terminó nombrando cónsul a su caballo; Atila, rey de los hunos, motejado como el Azote de Dios; Alejandro VI, el famoso papa Borgia, quien hizo gala de su impudicia y les otorgó a portugueses y españoles el derecho a dividirse la Tierra, entre otras cosas; Enrique VIII, que sentenció a muerte a sus mujeres y propició un cisma religioso que perdura hasta hoy porque el papa no le concedió el divorcio; Hernán Cortés y Pizarro, que masacraron a los aborígenes americanos para despojarlos de sus riquezas; el Príncipe Vlad Draculea, “el empalador”, porque mataba a la gente con ese procedimiento monstruoso y dio origen a la leyenda del conde Drácula; Robespierre, el hombre del terror de la Revolución francesa; Stalin, Hitler y Mussolini, cuyas ejecutorias son tan conocidas que sobra mencionarlas y que

ocasionaron más de sesenta millones de muertes, y varios dictadores de África y Suramérica, como Idi Amín Dadá, los Somoza, Batista, Trujillo el dominicano y Duvalier, conocido como Papa Doc, y otros cientos que sería imposible enumerar.

También mujeres como Cleopatra, seductora, inescrupulosa e intrigante; Mesalina, esposa de Claudio y famosa por su hermosura y su promiscuidad; Madame de Pompadour, amante de Luis XV; obviamente, María la Sangrienta, que condenó a la hoguera a casi trescientas personas; Lucrecia Borgia, la hija bastarda de Alejandro VI, célebre por su experticia en el manejo de los venenos, y Salomé, la lujuriosa bailarina que hizo decapitar a Juan el Bautista.

Las razones por las cuales las personas se vinculan a UMBRA son distintas. A los políticos, por ejemplo, les interesa de forma principal la satisfacción de su vanidad —la gloria, suelen llamarla— o repletar sus bolsillos. Sobre todo lo segundo. Para lograrlo son capaces de llevar a cabo toda suerte de conspiraciones y alianzas y promover enfrentamientos ideológicos y guerras sanguinarias, todo ello dizque en procura de la dicha de sus pueblos, a cuyos integrantes están dispuestos a sacrificar sin miramiento alguno si ello contribuye a dar lustre a sus nombres o a incrementar sus fortunas.

Hacen creer a las gentes que ellos son quienes les prodigan con generosidad y altruismo su bienestar y su propia supervivencia. Invocan siempre “los altos intereses de la patria”, “la defensa de la soberanía nacional”, “la lucha contra la desigualdad y la pobreza”, “la dignidad del pueblo” y otros estereotipos parecidos que, curiosamente, tienen la virtud de producir un efecto estupefaciente en sus súbditos, quienes, sin pensarlo, se lanzan a matarse unos a otros o aumentan sus tributaciones que van a parar de modo indefectible en las arcas de los aventajados líderes.

Hay que reconocer que en términos generales son individuos de inteligencia superior, dotados con elocuencia envidiable y una enorme capacidad histriónica. Tienen una pasmosa facilidad para despertar pasiones agudas, desde el odio implacable hasta la adoración incondicional y a su alrededor se forman verdaderas legiones de aduladores y cortesanos —que viven de sus migajas y los ensalzan sin pudor—, filósofos connotados que justifican con elaboradas teorías sus

desafueros y hasta renombrados artistas que plasman en lienzos, mármoles y bronces sus ejecutorias y sus efigies.

A esos políticos —y a sus filósofos de cabecera— se deben invenciones tan sorprendentes como el cuento de la procedencia divina de los reyes, la justificación de la esclavitud, la obligación de pagar impuestos, las fronteras entre los países, los títulos nobiliarios, los derechos sobre las tierras y, más recientemente, los regímenes democráticos —que, salvo en que sus dirigentes son elegidos por el voto popular, en poco o nada difieren de las antiguas monarquías—, los parlamentos, los organismos internacionales, el respeto a la libre determinación de los pueblos y otra gran cantidad de conceptos e instituciones igualmente pomposos y complicados que les dan a esos políticos rentas abundantes, pero poco o ningún efecto beneficioso tienen sobre la vida de las gentes ordinarias, quienes, por el contrario, deben trabajar cada vez más duro para sostener de su bolsillo toda esa absurda parafernalia.

Faraones, sátrapas, reyes, emperadores, presidentes o como se les quiera llamar, junto con sus séquitos, siempre estuvieron interesados en la defensa y perpetuación de la infelicidad.

También han militado en UMBRA desde tiempos antiquísimos, desde mucho antes de la era cristiana y de la redacción de la Biblia, los brujos, chamanes, arúspices, sacerdotes, hechiceros y pitonisas, en sus versiones y modelos distintos, que han variado con el tiempo y los lugares, pero cuya esencia es la misma.

Todos ellos descubrieron —unos de buena fe y otros no tanto— que podían subyugar a otros y obtener riquezas sin límites, obediencia y reconocimiento con el procedimiento sencillo de inocular miedo e incertidumbre sobre los acontecimientos que habrían de ocurrir después de la muerte, o influir en el destino de las personas haciéndoles creer que ellos (los brujos) podían comunicarse con los dioses, adivinar el futuro, procurar fortuna o buena salud a cambio de contribuciones o sacrificios diversos.

Para obtener ese propósito tuvieron que sembrar en los corazones de las gentes la creencia insuperable de que la vida es desdichada e injusta. Sin ese presupuesto sus oficios carecerían de razón de ser. Obviamente los presuntos iluminados o escogidos por los dioses

infunden, además, la convicción de que ellos pueden aliviar las penas, perdonar los pecados —que ellos previamente han inventado—, infligir castigos que llegan incluso a la tortura y la muerte en horrendas circunstancias, procurar la vida eterna o dispensar generosos favores terrenales.

Todo a cambio de reverencias y riquezas, que esos representantes de las divinidades disfrutan de manera espléndida. Con el trabajo y las donaciones de pueblos famélicos que se desprendían de sus pertenencias escasas para obtener el favor de los dioses se construyeron los palacios más opulentos, las tumbas formidables y catedrales maravillosas con sus mansiones adyacentes, y son tristemente bien conocidos todos los abusos que, en nombre de la que algunos sostenían era la única religión verdadera, se cometieron en episodios como las Cruzadas, la evangelización de América y la cacería de brujas, a cuyas víctimas, como si no fueran suficientes las torturas a que eran sometidas con brutalidad, les eran confiscados sus bienes y cobrados hasta los costos de sus verdugos, mientras los victimarios eran premiados con distinciones, riquezas e indulgencias.

En lo que podríamos calificar como un abrir y cerrar de ojos en la historia de la humanidad que venía transcurriendo de manera apacible desde hacía cientos de miles de años, unos pocos, indiscutiblemente más inteligentes, sagaces e inescrupulosos que la mayoría, lograron, en su provecho personal, inyectar en los hombres los sentimientos de la insatisfacción y la desesperanza.

Con anterioridad a ese momento, que según muchos coincide con el descubrimiento de la agricultura y la invención de la propiedad, los hombres, como dice la Biblia, habían vivido felices, y no tenían que trabajar porque se limitaban a recoger los frutos de la tierra sin la compulsión de atesorarlos ni preocupación alguna por el futuro.

Así fueron tomando forma cientos de costumbres e instituciones como el Estado, las nacionalidades, las diferencias raciales, los apellidos de abolengo, el matrimonio, los impuestos, la moneda, los cultos religiosos y hasta el mito de que se requieren ocho horas de sueño o dos litros diarios de agua, que los promotores de la infelicidad nos han hecho creer que están en la naturaleza de los humanos.

Durante un prolongadísimo período, gobernantes, militares,

hechiceros y sacerdotes fueron los integrantes exclusivos de UMBRA. Y en verdad que hicieron su tarea de manera admirable. Transcurridos pocos siglos desde su concepción, la teoría de la infelicidad se había propagado convenientemente por todos los rincones de la Tierra y casi todos quedaron persuadidos de esas mentiras, esos mitos y dogmas, cuyo solo cuestionamiento podía ocasionar severísimos castigos y tormentos.

A partir de ahí se formaron las clases sociales, las diferencias entre los hombres, y se sembraron la envidia, la codicia, el odio y la desconfianza, seguidos de la violencia, los ultrajes y el arrebatamiento de los bienes de los unos por los otros. La historia de los antiguos reyes, faraones y emperadores no habla sino de guerras, conquistas, masacres, esclavitud, violaciones y construcciones fabulosas en memoria de quienes promovían todos esos desastres que, a pesar de eso, eran considerados héroes por quienes ellos mantenían en la servidumbre más abyecta o en la esclavitud. Perfeccionaron hasta límites insospechables, quién lo duda, su capacidad nefasta de generar insatisfacción y desdicha.

Ahí no se detendría el asunto.

Mientras todos fueron igualmente pobres (o sea durante todo ese larguísimo período que llamamos la Prehistoria), la riqueza a nadie le importaba. Pero cuando la nueva sociedad agrícola empezó a producir excedentes acumulables y se estableció la división del trabajo y las clases económicas, los gobernantes, los brujos y sacerdotes se enriquecieron y comenzaron a llevar una vida llena de lujo y placeres, despertaron la envidia de los demás y muchos vieron que era mejor ser rico que pobre, como en alguna oportunidad dijo un famoso (y sabio) boxeador.

Nacieron los monstruos de la envidia y la codicia. El terreno estaba preparado para que aparecieran los negociantes y obtuvieran provecho de esos nuevos sentimientos de frustración. En seguida esos hombres de negocios se hicieron parte de UMBRA. Juegan un papel estelar en la promoción de la infelicidad. Se les debe reconocer que son los verdaderos motores del progreso. Gracias a sus ganas de enriquecerse propagan las comodidades, los adelantos. Eso está muy bien. Pero ellos se las ingenian para crear una nueva necesidad cada vez que se

produce un nuevo invento o un mejoramiento del anterior y para convencer a las gentes de que sin la adquisición de la última novedad no valen nada.

A la radio la siguió la televisión, después la televisión a color y el control remoto, más tarde la pantalla delgada, luego la curva, la tercera dimensión, los *smart tv*, el televisor inalámbrico, la tele por cable, la satelital, las teles gigantes, las miniaturas, de pulsera, de bolsillo… Y lo mismo ocurre con los teléfonos, los automóviles, los aparatos para la cocina o para hacer ejercicio. Ya literalmente es imposible vivir sin cientos de cachivaches de todas clases que hay que cambiar cada rato porque se dañan o porque se fabrican unos más modernos.

Y cuando no pueden inventar cosas nuevas crean el refinamiento de la moda. Un año los colores de la ropa deben ser tierra. El año pasado fue la gama de los morados. Antes fueron los grises. O las rayas, o los cuadros. Las faldas se alargan o se acortan. Las corbatas se ensanchan o adelgazan. O desaparecen. Ahora se debe ser elegante. Más tarde se debe vestir casual. Se tienen que usar perfume y miles de productos para tener el pelo suave y brillante. Para afeitarse. Depilarse las axilas, las piernas y otras zonas. Maquillajes de distinto tono para cada ocasión y para cada tipo de rostro, toda clase de cremas y lociones.

La moda todo lo abarca. Jugos enriquecidos con vitaminas, papas que saben a todo menos a papa, aceites sin colesterol, carnes sin colesterol, cerdo bajo en colesterol. El colesterol es un enemigo de moda. (Ya algunos comienzan a sostener que no es perjudicial en absoluto). De la misma manera que el azúcar. Tomarse un café se ha vuelto un serio problema por la cantidad de temas que deben decidirse. ¿Con cafeína o sin cafeína? ¿Con leche o crema? ¿Deslactosada o entera? ¿Con licor o sin licor? ¿Grande, pequeño o mediano? ¿Caliente o granizado?

En todo caso, es preciso hacerles creer a las gentes que son infelices y que todos esos productos remediarán ese estado. Si no se viaja, se es infeliz. Al igual que si no se tiene casa propia. Vivir en arriendo lesiona la autoestima. Si no se va a restaurantes o se cambia de reloj, se sufre. Los promotores de la infelicidad se ocupan con eficiencia de inocular en la gente la obsesión de comprar millones de cosas que no

necesitan. Claro que eso “mueve la economía”, “genera riqueza”… Pero el precio termina siendo elevado: la angustia permanente.

Años más tarde, y dependiendo de su especialidad, los negociantes se llamarían comerciantes, industriales o banqueros. Estos últimos llegaron al colmo del refinamiento: traficar símbolos representativos de riqueza que no valen nada. La moneda.

Con la invaluable ayuda creativa de los publicistas, quienes muy rápidamente ascendieron en las jerarquías de UMBRA, los negociantes perfeccionaron sus métodos hasta llegar a los sofisticadísimos procedimientos de hoy con los cuales nos hacen creer que no podemos vivir sin automóviles, joyas, viajes intercontinentales, computadores, teléfonos celulares o corbatas de marca y costosísimos zapatos de tacón alto.

Los hombres se desbocaron en una carrera demente por la adquisición de cosas y terminaron amontonando muchas más de las que pueden guardar o necesitan para vivir y de las que jamás soñó un antepasado prehistórico. Sin embargo, la codicia sigue sin saciarse y el sentimiento de insatisfacción no desaparece.

En una época no muy lejana —apenas hace un par de siglos— aparecieron nuevos personajes en el entramado de UMBRA. Los periodistas. Enarbolando las vistosas banderas de la libertad de expresión y del derecho de las personas a estar informadas, inculcaron en las gentes la obsesión de que es indispensable leer revistas y periódicos todos los días —mientras más se lean más inteligente se es — y ver y oír noticieros a todas horas. Veinticuatro horas al día es el ideal.

Y aunque su entrada en escena fue tardía, su rol es cada minuto más protagónico y determinante.

Su participación en la propagación de la desdicha universal es definitiva. Hurgan, en una especie de competencia infernal, todos los rincones de la Tierra a ver quién encuentra las noticias más horrendas para sembrar a diestra y siniestra miedo, preocupación, odio e incertidumbre. Hablan de epidemias exóticas e incurables que, en sus palabras, son amenazas inminentes, accidentes escalofriantes y crímenes crueles ocurridos en remotísimos lugares, con los retratos correspondientes de quienes los perpetran y se solazan en el dolor de

las víctimas, predicen con frecuencia catástrofes naturales y parecen alegrarse cuando alguna ocurre porque eso les da mucho material morboso.

Permanentemente asustan con crisis económicas y caídas verticales en las bolsas de valores, denuncian la corrupción de los gobernantes que ellos contribuyeron a elegir, por supuesto, y se regodean en extender sobre los corazones de la humanidad un sentimiento de zozobra e impotencia insuperable. De eso viven. Todo ese proceder les incrementa puntos en la sintonía o en el número de lectores, con lo cual sus ventas de publicidad, que es donde está el negocio, se multiplican exponencialmente.

Casi nunca cuentan de los miles de millones de personas comunes y corrientes que cada día salen a trabajar con optimismo y alegría y regresan a sus hogares a ocuparse amorosamente de sus hijos, y a departir con sus amigos y vecinos, y dan muestras permanentes de cariño y solidaridad con sus semejantes. Eso no es noticia. Eso no vende. A la gente hay que mantenerla asustada…

Los veintiún encapuchados que conformaban la cúpula de UMBRA se sentaron mientras se escuchaba la grabación solemne de un gran conjunto coral que repetía en armonía gregoriana Unhappiness Must Be Respected Always. Unhappiness Must Be Respected Always. Unhappiness Must Be Respected Always. Allí estaban reunidos cinco gobernantes, cinco representantes de diferentes cultos religiosos, tres representantes de los grandes comerciantes, dos empresarios del periodismo, uno de las empresas de minería, uno de los petroleros, uno de los fabricantes de automóviles, uno de los banqueros, uno de las empresas de telefonía y uno de esas organizaciones indefinibles que se llaman “No Gubernamentales”. Un auténtico compendio del poder mundial.

El Presidente de la reunión dio unas lacónicas palabras de bienvenida y muy pronto entró en materia. En el orden del día figuraba un solo tema: *LAURA ANDREWS*.

—Todos ustedes están enterados de la existencia de una periodista neoyorquina que trabaja para la revista *P&E*, y que hace años dio con un muchacho congelado y conservado a la perfección que había

permanecido en esa condición por un tiempo superior a los ochenta mil años. En nuestra reunión anual ordinaria de entonces se comentó el asunto tangencialmente y ahora parece que no le dimos la atención que merecía.

Un murmullo de desconcierto se extendió en la sala.

—Es más —prosiguió el director—, muchos de nosotros contribuimos con generosidad a suministrar los fondos al Instituto de Criogenización de un tal doctor Gibson para que allí se llevaran a cabo los experimentos necesarios para volver a la vida al joven congelado y, cuando se logró la resurrección —que, sin duda, constituyó un éxito impensado—, aportamos grandes sumas a una fundación que se ocuparía de financiar la adaptación a la vida de ese joven, Kibo —que así bautizaron al muchacho—, y más adelante, de su instrucción, que terminó hace un par de años con la culminación de su carrera de historiador, en la Universidad de Columbia, en Nueva York. En aquel momento muchos de nosotros opinamos que participar de esas aventuras científicas era conveniente para nuestra apariencia filantrópica y no vimos que ello pudiera constituir amenaza alguna para los negocios, la estabilidad de los gobiernos o las creencias religiosas de las gentes. Incluso nuestros afiliados del sector de comunicaciones se vieron bastante beneficiados con la alharaca que se formó con ese descubrimiento y con el revivir del fósil. Muchos periódicos y revistas se vendieron y las ventas de publicidad se comportaron de forma muy favorable.

Palabras generalizadas de conformidad se pronunciaron en la mesa.

—Pero parece que cometimos un grave error —continuó el presidente de la asamblea—. He invitado a nuestra reunión a uno de nosotros que ha seguido de cerca el desarrollo del asunto y que explicará las cosas con más propiedad.

—Voy a ser breve y directo —dijo el aludido, mientras manipulaba su *laptop* en busca del archivo correspondiente. El poliedro colocado en su puesto tenía el número Catorce.

Continuó:

—Es cierto que hace doce años no le dimos al tema importancia alguna y todos concordamos en que ayudar en esa causa de la resurrección de Kibo y en su eventual acondicionamiento al mundo

contemporáneo no solamente no entrañaba peligro alguno, sino que era conveniente para nuestros propósitos. Jamás pensamos que Gibson y su equipo serían capaces de lograr traer a la vida el cuerpo de ese muchacho. Tampoco previmos que serían capaces de enseñarle a hablar y a manejar conceptos abstractos. Todos los ensayos conocidos con los niños ferales habían fracasado rotundamente. Pero muchísimo menos pudimos imaginar que ese niño iba a llegar a reflexionar y a ser crítico en tantos temas, además de inspirar a la periodista a escribir un libro. Laura Andrews escribió un libro autobiográfico en el que demuestra que la infelicidad, las preocupaciones y los miedos no son la condición natural de los seres humanos, y lo demuestra con el testimonio de ese muchacho, al que erróneamente ayudamos, y con numerosos datos sacados de la prehistoria. Resulta que también ahora se ha dedicado a dictar conferencias que tienen cada vez más acogida entre las gentes. Para rematar, los medios viven invitándola a entrevistas y registran sus intervenciones en periódicos y otras publicaciones, y ya sus seguidores empiezan a sumar millones.

”Laura se ha convertido en una estrella y en una verdadera amenaza. A lo mejor no ha sido su intención desenmascararnos porque no sabe que existimos, pero con ese discursito simple está produciendo unos resultados de verdad intranquilizadores. Con la sola descripción de la vida sencilla de su hijo en las sabanas de África, libre de eso que ella llama condicionamientos culturales, convence a las gentes con gran facilidad de que todo lo que venimos inoculando desde hace milenios en las mentes de las personas es mentira.

El orador se detuvo por unos instantes y continuó.

—Aquí tengo un expediente muy voluminoso con sus intervenciones, sus estudios y su libro y sobre la influencia poderosísima que ejerce sobre quienes la escuchan. He grabado entrevistas con las personas que la han oído. A quienes quieran leerlo, se los puedo enviar con mucho gusto.

”A ninguno de ustedes escapa la trascendencia del asunto que es una verdadera bomba en nuestra contra... El discurso de Laura apenas se empieza a propagar y sus seguidores, si bien ya son muchos, se concentran sobre todo en los Estados Unidos. Pero la onda expansiva ya se está propagando por Europa, y un compañero de la universidad

de Kibo, un colombiano llamado Esteban Álvarez, brillante y atrevido, ha traducido al castellano el libro y ha comenzado a difundirse el mensaje en América Latina. Me atrevo a predecir que antes de cuatro o cinco años la epidemia de la tal felicidad habrá de extenderse a los cinco continentes y el imperio que con tanto trabajo hemos construido por siglos va a colapsar. O, por lo menos, a sufrir un deterioro grave. Ya se presentan síntomas de alerta en el comportamiento de los indicadores económicos y cambios notorios en los comportamientos de los consumidores. Ha disminuido la asistencia a las iglesias y casas de oración, y por las redes sociales aparecen, cada vez con más frecuencia, cuestionamientos sobre el papel de los políticos y los gobernantes. Todavía no podemos decir que estamos en presencia de una catástrofe, pero los pronósticos no son nada buenos. Estamos a tiempo.

El hombre del número Catorce calló durante unos segundos y luego contó que hacía algunos meses le había enviado a Laura un mensaje amenazante y que ella no se había dado por enterada.

Los asistentes permanecieron como atontados porque sabían que todo era cierto, aunque ignoraban lo de la amenaza. Todos estaban al tanto de lo que venía ocurriendo porque eran personas estudiosas, bien informadas y de gran agudeza. Lo que muchos ignoraban era la causa de la desaceleración de la economía que se evidenciaba en todos los estudios de mercado y del descontento con los gobiernos que parecía propagarse sobre el planeta y que corroboraban las distintas encuestas de opinión. El presidente de la reunión habló entonces con voz grave y firme.

—Los hechos están ahí. Ahora nos corresponde decidir qué vamos a hacer con Laura Andrews. El debate queda abierto.

Se formó un barullo momentáneo de conversaciones cruzadas y luego algunos de los asistentes levantaron sus manos solicitando permiso para intervenir. El Presidente definió el orden.

La primera de las propuestas vino de uno de los cinco representantes de los gobernantes.

Era preciso eliminar a Laura. Eso era simple. No era la primera vez que lo harían y seguro no sería la última. No podían permitir la menor amenaza en contra de unas creencias y unos comportamientos

construidos con tanta perfección durante tantos siglos.

Una vez eliminada Laura se ocuparían de hacer desaparecer cualquier vestigio de sus enseñanzas y con algo de trabajo terminarían haciendo dudar a las gentes de su existencia. Para eso tenían la prensa dominada y no sería complicado contratar unos científicos que afirmaran que todo había sido una gran mentira y una farsa total. Que la "resurrección" de su hijo había sido un fraude. Podrían denunciar a Gibson y a sus ayudantes. Cerrar su instituto o, aún mejor, sobornarlo para que él mismo dijera que había sido un engaño. Por la plata baila el perro. Seguramente se produciría un escándalo transitorio, pero al cabo de unos años todo se habría disipado y el recuerdo de Laura se disolvería como una nube en el viento…

—Nuestros historiadores y nuestros filósofos se encargarán de reescribir todo eso de la Prehistoria y todos quedarán convencidos de que las cosas siempre fueron como a nosotros nos interesa. Que la insatisfacción es inherente a la naturaleza humana, que la inmortalidad del alma y la existencia de otra vida son incuestionables, que los hombres no pueden vivir sin organizaciones políticas, que la única manera de lograr la felicidad es acumulando riquezas y comprando aparatos… Creo que a fin de cuentas el asunto no es tan complicado.

Un cuchicheo creciente como de aprobación se extendió con rapidez por el salón y parecía que la decisión del asesinato sería tomada de inmediato y por unanimidad. Ellos eran personas ocupadas y a quienes no les temblaba la mano para resoluciones de aquella índole. Además no tenían tiempo para perder; tenían ocupaciones importantes…

Pero una voz se levantó desde uno de los asientos situados a la izquierda del Presidente. Era uno de los representantes del periodismo. Era un hombre bastante mayor y se podía apreciar, a pesar de la capucha, que era alto y muy delgado, con quijada cuadrada y pómulos huesudos cubiertos por una transparente capa de piel que dejaba ver toda una red de venas azulosas. Era uno de los decanos de la organización y sus colegas lo consideraban una verdadera eminencia por sus juicios atinados y sus deslumbrantes conocimientos de historia.

—Ustedes saben que yo no me distingo precisamente por ser un hombre pusilánime y escrupuloso. Pero es que a nosotros no nos ha

ido muy bien con eso de los asesinatos, sobre todo cuando se trata de alguien cuyas prédicas ya han tomado cierta fuerza. En el caso de Jesús, casi acabamos con el Imperio romano. Nuestros predecesores nunca imaginaron que aquella crucifixión en Judea, que entonces era una provincia lejana y sin importancia, iba a tener las consecuencias que tuvo. Nos tomó trescientos años, hasta Constantino, controlar la situación que se salió de madre. Ese discurso del amor y del desapego es muy convincente y poderoso. Afortunadamente pudimos enderezar las cosas, pero nos costó muchos sobornos, mucha sangre y muchas mentiras voltear de nuestro lado a algunos de los líderes del nuevo credo para que terminaran ayudando en la causa de corromper las enseñanzas originales. No estoy seguro de que todavía, después de dos mil años, lo hayamos conseguido del todo. Quedan muchos —muchísimos— creyentes verdaderos y honestos, que seguramente ya están siendo motivados por el discurso de Laura Andrews…

Luego explicó que tampoco les había ido bien con el homicidio de Gandhi. Que igual el Imperio británico se había terminado disolviendo y les había costado mucho esfuerzo restarles importancia a las enseñanzas del líder indio. Lo mismo había ocurrido con Luther King: igual hubo que concederles los derechos plenos a los negros y la economía norteamericana sufrió unos reveses terribles con todas las revueltas y las manifestaciones. Todavía hoy, más de sesenta años después, se sienten los coletazos de ese asesinato. Podía citar otros casos. Definitivamente, convertir a los dirigentes en mártires no había sido buen negocio.

Y ya en el caso de Laura era tarde. Había muchos involucrados. Tendrían que eliminar a Kibo; a Cunningham; a Gibson; a Marjorie; a Esteban; a Francesca Tabone. Aun cuando se hiciera con mucho cuidado, tantas coincidencias serían muy sospechosas. Podrían terminar descubriéndolos. Ya el mundo no es como antes. Ahora está la bendita internet. Las redes sociales, las cámaras de video instaladas en todas partes, registros de huellas dactilares y oculares en todo el mundo…

Se hizo de nuevo el silencio en el salón. Renacieron el desconcierto y la indecisión.

El representante de los industriales se levantó entonces con altivez

de su silla, y pidió la palabra como si fuera el único con el derecho a hablar. Era un viejo y antipático conocido nuestro: Gilbert Fowler.

—No hay mucho que discutir, señores —dijo con petulancia mientras centraba su atención en la poca luz que se filtraba a través del vitral—. Yo creo tener la solución.

Luego de una exposición de un cuarto de hora, y un breve debate durante el cual respondió preguntas e inquietudes de sus colegas, todos estuvieron de acuerdo con su propuesta.

Capítulo 3

Cualquier
situación,
por
mala
que
sea,
es
susceptible
de
empeorar.
Ley
de
Murphy

Había pasado casi un año completo desde aquel intenso programa televisado en que Laura polemizó con filósofos, teólogos, historiadores y psicólogos sobre los temas de su libro, y desde cuando, unos días más tarde, le hicieron entrega del ejemplar de su libro con la dedicatoria ominosa y amenazante. Casi lo había olvidado. Ella se limitó en su momento a poner el hecho en conocimiento de las autoridades, que, por lo visto, no le dieron al asunto la menor importancia y hasta el momento nada nuevo había sucedido que pudiese perturbarla. Por el contrario, siguió con su vida normal, sus conferencias, sus tertulias y sus tardes de bridge cuando estaba en su rancho, y su relación de "amigos con derechos" con Benjamín Gibson. Ya Kibo había terminado sus estudios universitarios en Nueva York, con calificaciones excelentes, y había regresado al Zebra Ranch junto con Marjorie Anderson, aquella chica de ojos negros, hija de una de sus amigas, con quien Kibo convivía desde hacía algunos años.

También su madre Erika había venido a pasar con ella unos días, que se habían alargado y convertido en meses (ya iban tres), cosa que a Laura le producía sensaciones encontradas. Por una parte le gustaba muchísimo tener con quien cotorrear y enterarse de los chismes de la gran ciudad de los cuales se mantenía ignorante desde que se mudó a Arizona, pero por otra le perturbaba tener que estar dedicándole tiempo a su mamá y prescindir de la vida solitaria, y de alguna manera contemplativa, a la cual tanto se había acostumbrado, con sus lecturas, caminatas y prolongados baños de tina.

La vida y las actitudes de Laura habían cambiado mucho desde aquel viaje a África cuando, a pesar de tener cuarenta años y de su apariencia de invulnerabilidad y de confianza infinita en sí misma, no pasaba de ser casi una chiquilla llena de miedos, preocupaciones e incertidumbre por el futuro, apegada a sus pertenencias y pendiente de la opinión que otros tuviesen de ella.

Ahora había superado todas esas aprensiones de manera que ella creía definitiva y verdadera, disfrutaba su vida hasta en los detalles más incómodos porque había aprendido que todo eso condimenta el acontecer cotidiano y no se quejaba de los contratiempos porque ya sabía que ser quejicosa no arreglaba nada. Los problemas existían para ser resueltos o para ser olvidados si no podían resolverse. Siempre tenía presente en las adversidades aquel proverbio chino: “Más vale encender una vela que maldecir la oscuridad”.

Pero aquella mañana de fines de septiembre, después de otra noche larga y agitada por el desvelo y las pesadillas —últimamente esas noches se repetían con demasiada frecuencia—, en la cual aquel libro con la dedicatoria amenazante, que ya había olvidado, aparecía una y otra vez, Laura se sentía insegura y nerviosa por el montón de cosas negativas que venían sucediéndole desde hacía algunos meses. Estaba tomándose un café en la cocina de su rancho y conversaba con su madre, Kibo y Marjorie.

Por alguna razón Laura tenía la impresión de que esas cosas raras comenzaron a suceder a partir de aquel asunto de la caída en las ventas en Nueva York, Boston y Filadelfia… Ahora recordaba ese día sofocante de mayo en que todos los locutores de noticieros informaban

sobre ese tema con entonación de funeral y cara de tragedia. Mientras proyectaban imágenes de las principales tiendas del país casi desocupadas, "en off" daban cuenta de una notoria y extraña disminución de la actividad económica en los primeros meses del año.

El consumo de los norteamericanos registraba una disminución del tres por ciento, lo que resultaba absolutamente anormal en un momento en que no se presentaban en el mundo nubarrones perturbadores de ninguna naturaleza que pudieran justificar esa tendencia.

Algunos de los más prestantes estrategas de marketing del país fueron entrevistados en los telediarios y coincidieron en afirmar con frases llenas de tecnicismos incomprensibles, como suelen hablar los economistas, que no existía ninguna razón particular que explicara la apreciable caída en las ventas y que lo que estaba sucediendo no correspondía a las predicciones de los sabios de la Reserva Federal ni del Fondo Monetario Internacional.

Las variables macroeconómicas no mostraban signos de deterioro dignos de alarma. La expansión de la masa monetaria era normal, la inflación estaba controlada, los resultados financieros de las empresas líderes del mercado eran muy saludables, no se habían identificado amenazas en el suministro de energía y las relaciones internacionales de los Estados Unidos se encontraban en un momento inmejorable.

China, que dizque seguía siendo comunista, crecía cada día más, lo cual incrementaba el comercio mundial. Hacía meses no se producían atentados del Estado Islámico, Corea del Norte no había vuelto a amenazar con explosiones atómicas, y Europa había dejado de luchar contra los inmigrantes del Medio Oriente. Habían llegado a una especie de entendimiento. Y aquel enojoso asunto entre Rusia y Turquía se había superado hacía rato. Por los lados de América Latina, Venezuela y Cuba desde hacía muchos años habían retornado a la democracia (a su manera, por supuesto), y también habían vuelto a la normalidad económica (si a eso se le puede llamar normalidad) Brasil y Argentina, después de unos enormes conflictos.

Y aunque Colombia, que había celebrado la paz con los guerrilleros desde hacía veinte años, daba muestras de estar adentrándose en las rutas de las cuales acababan de salir Venezuela y Cuba, no los

preocupaba mucho porque, al fin y al cabo, esa economía nunca había sido importante para Norteamérica.

Pero, a pesar de que no se encontraban las razones para explicarlo, los hábitos de consumo de un segmento importante de norteamericanos, ubicados principalmente en dos o tres de las grandes ciudades de la costa Este y en el estado de Arizona, estaban cambiando.

Laura imaginó, en ese día de mayo y por la localización del fenómeno, que esa situación obedecía al hecho de que la gente despertaba por fin del letargo del consumismo sin sentido, lo que le produjo una hermosa sonrisa de satisfacción. Pensaba, henchida de vanidad, que su libro y sus conferencias podían tener algo que ver con el cambio en los hábitos de consumo.

Pero segundos después su rostro se atirantó, porque entendía que esa disminución podría llegar a tener efectos muy perjudiciales en una economía construida sobre la necesidad compulsiva de comprar y que, de persistir esa tendencia, las consecuencias llegarían a ser letales… Quiebra de empresas, despidos masivos, desplome de las bolsas de valores, descenso vertical de los precios, afectación de las naciones que tenían relaciones comerciales intensas con los Estados Unidos.

Las pequeñas y menospreciadas actitudes individuales de las personas eran capaces de generar resultados de magnitudes incalculables. Jamás se habría figurado que todo eso podría llegar a ocurrir. Si era verdad que sus discursos y su libro eran los causantes del problema, esta crisis económica significaba un daño colateral imprevisto y podría tener repercusiones preocupantes en su vida personal…

Comentó el tema con algunos de sus amigos y con el redactor económico de *P&E* y todos coincidieron en decirle que no debía preocuparse por ese asunto y casi la tildaron de pretenciosa por haber llegado a creer que su libro y sus teorías sobre la felicidad pudieran estar ocasionando esa situación. Se notaba que no habían conversado con Mario Müller, aquel estrafalario gurú del mercadeo que había adelantado las investigaciones para Gilbert Fowler.

También le comentaron que con toda seguridad los genios de las ciencias económicas encontrarían una explicación sensata y podía

estar segura de que muy rápido los empresarios, a base de publicidad y promociones, sortearían el temporal. Ya eso había sucedido en otras oportunidades.

Laura se había tranquilizado. Pero sus amigos y el sabihondo editor económico de su revista estaban equivocados. Aunque los noticieros dejaron de informar sobre el tema de la desaceleración de los negocios para restarle importancia y mitigar el efecto de pánico que puede presentarse ante noticias negativas, y martillaron con énfasis especial en los distintos eventos deportivos que por esa época de cada año se celebran en distintos lugares del planeta —carreras de bicicletas, el campeonato francés de tenis, la temporada regular del béisbol y la proximidad de los Juegos Olímpicos y de la Eurocopa de fútbol—, y aunque los empresarios, como estaba previsto, redoblaron sus esfuerzos para aumentar las ventas con promociones, rifas, concursos y descuentos de todos los calibres, la economía no despertaba de su letargo. Al contrario, la tendencia a la baja se mantenía constante.

Laura seguía pensando que esa situación tenía que ver con su libro, pero se quedó calladita y siguió con su vida ordinaria.

De pronto, a mediados de julio, una revista californiana de chismes de farándula y poca circulación publicó, salido de la nada, un artículo en que desenterraba su aventurilla con aquel reportero francés en los días previos a su divorcio y a su viaje al Kilimanjaro. La crónica se titulaba *La verdad sobre una farsante.*

Decía el articulista que la periodista neoyorquina Laura Andrews no era precisamente la mujer ejemplar que pretendía engañar al mundo con su conmovedor relato de la mujer separada que se busca a sí misma después de un matrimonio fracasado, ni era la dama transparente que se supone ha contribuido, con su postura crítica, a ver otro lado de la realidad actual y que habla abiertamente de su vida personal, así como de sus inquietudes existenciales, políticas y filosóficas. Laura Andrews es una embustera.

La verdad —proseguía el artículo— es que su divorcio de Mathew Richards, el destacado corredor de bolsa, no fue ocasionado por la supuesta incompatibilidad de la pareja, sino por el alcoholismo de la periodista y por sus infidelidades, que incluían al apuesto Julien Bourdier, un reconocido reportero francés. Publicaba en detalle su

aventura parisina e incluía una entrevista con el canalla de Bourdier que narró el episodio con pelos y señales. ¡Quién sabe cuánto le pagarían por ello al bribón! En la nota se hablaba también de la asistencia de Laura a las reuniones de Alcohólicos Anónimos en los días que siguieron a su separación de Mathew y la inocultable inclinación a la bebida que había mostrado desde sus días de universitaria.

Laura estaba acostumbrada a las críticas sobre sus conferencias y sobre su libro. Desde el momento de su publicación se escribieron muchos comentarios que descalificaban sus teorías. Decían que era una petulante, una engreída; que con qué títulos pretendía desconocer todo el conocimiento filosófico acumulado de la humanidad; que era una ignorante que desconocía las enseñanzas de los grandes maestros de la historia; que cómo osaba poner en tela de juicio la divinidad de Cristo o la virginidad de María; que a quién se le podía ocurrir negar que el derecho de propiedad es de la esencia del ser humano; que sus afirmaciones eran subversivas y abrían la puerta del comunismo y la anarquía; que desconocía los logros de la creatividad de los hombres; que sus teorías conducían al retroceso y al oscurantismo; que nadie garantizaba que el desapego condujera a la felicidad; que todo lo contrario, la felicidad sólo se alcanzaba con la plena satisfacción de las necesidades materiales… En una palabra, todas esas bobadas que siempre repetían.

Ella nunca se ocupó de contestar esos ataques. Leía las críticas con interés porque era una mujer de mente abierta y siempre había opinado que rectificar creencias o modificar posiciones intelectuales o históricas era de personas inteligentes. Precisamente estaba combatiendo mitos y lo que menos quería era que su libro y sus teorías se convirtieran en un mito más. Y cuando le parecía evidente que las críticas no eran razonables y obedecían solamente al miedo que los puntos de vista novedosos ocasionan en las gentes —reacias por naturaleza a los cambios— recordaba la frase atribuida erróneamente al Quijote: “Ladran Sancho, luego cabalgamos”.

Pero este nuevo ataque escrito en el pasquín californiano era diferente. Aquí no se trataba de descalificar sus teorías o sus pensamientos si no de desprestigiarla con acusaciones que no tenían

nada que ver con sus posturas académicas y que, vistas con objetividad, no tenían ninguna gravedad y habían sucedido hacía más de quince años. Pero era evidente que pretendían socavar su credibilidad.

¿Cómo habrían logrado desenterrar el amorío con Bourdier? ¿Cómo dieron con el testimonio de quienes asistieron con ella a las sesiones de Alcohólicos Anónimos?

A pesar de la poca importancia de la revista de California, el articulejo difamatorio tuvo una difusión impresionante en los medios sociales, que se llenaron de mofas y caricaturas en que la ridiculizaban con procacidad y ensañamiento. Se podía ver con claridad que detrás de toda aquella difusión operaba una organización bastante eficiente. Sin duda los que halaban los hilos de este nuevo episodio tenían dedos largos.

Consultó el camino a seguir con lo que ella llamaba su Junta Directiva personal (Kibo, Marjorie, Cunningham, Gibson y Francesca) y la decisión unánime fue que lo mejor era no rectificar. Opinaron que esa agresión personal no demeritaba en absoluto sus planteamientos y que su buena fama era tanta que esa tormenta no le haría mayor daño. En la sesión en que trataron el tema todos estuvieron de acuerdo en que no valía la pena rectificar o explicar hechos que en realidad eran ciertos, y coincidieron en que escribir cartas aclaratorias lo único que lograría sería una mayor difusión del incordio. Y eso hizo Laura. Se quedó quietica.

Pero no se había extinguido todavía el retumbo de la publicación californiana cuando se produjo una nueva andanada. Esta vez venía de Baltimore, en la costa Este, a más de cinco mil kilómetros de distancia de la anterior. En un matutino sin importancia se cuestionaba la autenticidad del descubrimiento del niño congelado en el Kilimanjaro y se afirmaba que todo, incluida por supuesto la resurrección de Kibo, era una gran mentira.

En verdad la divulgación de su desliz con el francés había mortificado a la periodista, pero finalmente ya el episodio no tenía mayor importancia porque su divorcio había ocurrido hacía más de quince años —ya su exmarido le importaba un comino— y su infidelidad no tendría consecuencias jurídicas o sentimentales que

pudieran lamentarse, y aunque le incomodaba que Gibson, Kibo y sus amigos se enteraran del pecadillo que ella había tenido bien guardado, el tema no pasaba de ahí. A propósito, Gibson no le concedió al asunto ninguna importancia.

Pero la calumnia sobre la autenticidad del hallazgo de Kibo era otra cosa. Eso podía tener consecuencias desastrosas no solamente para ella sino para Benjamín Gibson, cuyo cargo en CRAZ INC. y su honorabilidad podrían verse afectados, y para su hijo adoptivo, que apenas comenzaba su vida profesional.

Laura supo de la publicación porque una compañera de la revista se la reenvió por el chat. Pero igual se habría enterado porque a las pocas horas ya era tema de chistes de mal gusto, caricaturas y comentarios mordaces en todas las redes sociales. El chisme sobre su desliz con el francés la había avergonzado porque era verdad, pero este chisme sobre la falsedad del hallazgo de Kibo y sobre su resurrección la enfureció precisamente porque era una gran mentira.

Comprendió de inmediato que la secuencia de las publicaciones injuriosas había sido perfectamente premeditada y se ceñía a un plan elaborado de manera muy cuidadosa e inteligente. Primero había que demostrar que era una mentirosa a quien no se le podía tener confianza. Una vez destruida su credibilidad, cualquier acusación en su contra se abriría camino sin resistencia alguna. Se deslizaría como cuchillo caliente en mantequilla.

Ahora tenía la certeza de que su libro y sus conferencias habían estremecido unos intereses delicados y grandes, de que todo el asunto de la caída en las ventas estaba ocasionando todos los últimos sucesos y de que enfrentaba una conspiración urdida por mentes superiores, con chequeras generosas y tentáculos larguísimos.

Llamó a Gibson para pedirle que se reunieran pronto para analizar todo lo que estaba sucediendo. Le dijo que ella sabía que preocuparse no resolvía nada, pero que estaba muy angustiada por las consecuencias que las calumnias recientes podrían tener sobre su vida profesional. La de Gibson, claro. Y Gibson le dijo que ya no había nada de qué preocuparse. Acababa de renunciar.

—¿Como así? —preguntó Laura consternada.

—Pues… no tuve alternativa. El Consejo Directivo me dijo que si yo

quería defenderme de esas acusaciones tendría que hacerlo por fuera del Instituto. Que ellos no querían —ni les convenía— mezclarse en ese problema y que todo ese escándalo era terrible para los intereses de la organización. Que ellos habían decidido guardar silencio absoluto sobre las acusaciones con la esperanza de que todo se tranquilizara y de que a la vuelta de unos pocos años se olvidara por completo. Ellos sabían que la memoria colectiva es bastante débil y dentro de unos meses todo quedaría sepultado. Por lo menos tenían esa esperanza…

Laura, evidentemente alterada, le dijo a Gibson que eso no era posible, que ese trabajo era la razón de su vida, que ella no le permitiría ese sacrificio, que estaba dispuesta a gastar sus ahorros y su patrimonio en abogados que desenmascararan esa trama, que la verdad brillaría por encima de todas las cosas, que él y ella —y muchos otros— sabían que el descubrimiento del joven congelado había sido auténtico, al igual que su vuelta a la vida, que era indispensable que dieran esa batalla…

Gibson le dijo que estaba de acuerdo con ella, pero que la pelea tendrían que darla con él por fuera del Instituto. Que no se preocupara. Que él tenía ahorros suficientes para vivir con tranquilidad y que lo importante era que el mensaje de Laura siguiera difundiéndose y que él estaba dispuesto a seguir acompañándola de forma incondicional. Que él era el primer convencido de los planteamientos de Laura y que compartía sus sospechas en el sentido de que detrás del tinglado se movían intereses inconfesables pero enormes.

Fue una conversación dolorosa y espesa salpicada de sollozos, suspiros y maldiciones contra ese enemigo soterrado que golpeaba con cobardía sin mostrar la cara.

Como Laura tenía que viajar al Este para cumplir con unos compromisos quedaron en que se verían a su regreso para comenzar el planeamiento de la estrategia a seguir. Gibson adelantaría algunas tareas (ahora que se quedaba desocupado) como conseguir unos abogados idóneos y hacer algunas averiguaciones sobre la identidad de los columnistas y el pasado de estos para ver si por ese camino podían obtener algunas pistas. Gibson enjugó solícito las lágrimas de Laura,

que no habían sido pocas, y luego se fundieron en un abrazo largo y silencioso. Ya sobraban las palabras. La guerra estaba declarada.

Muy pronto explotó otro obús lanzado por el adversario atrincherado.

La mañana siguiente después de su llegada a Filadelfia, donde debía pronunciar la primera de las conferencias programadas para ese viaje, y justo antes de ducharse, recibió una llamada del vicedecano de la facultad de Ciencias Administrativas y Contables de la Universidad de San José, regentada por la Compañía de Jesús, quien escuetamente le comunicó que la charla que debía dictar a las diez estaba cancelada, que lo sentían mucho, que no podían darle en el momento mayores explicaciones, que había sido una instrucción de la Rectoría y que, por favor, pasara una cuenta por los gastos en que había tenido que incurrir.

Laura creyó que no habría ningún problema, que ya la reprogramarían… hasta se puso contenta porque eso significaba que tendría un par de días de asueto antes de su charla siguiente que sería en Cleveland (Ohio) y podría deambular por Filadelfia, que era una ciudad que le encantaba y tendría tiempo para volver a visitar algunos de los monumentos conmemorativos de la Independencia de los Estados Unidos y recorrer los museos más icónicos.

Pero resultó que aquella fue apenas la primera de una catarata de cancelaciones. Aquel mismo día recibió e-mails que cancelaban una detrás de otra las intervenciones que tenía programadas para las siguientes dos semanas en varias universidades. Y en ninguno de los casos nadie daba explicación alguna.

Laura llevaba casi dos años —desde la publicación del libro— con una actividad de vértigo en materia de compromisos periodísticos y académicos, que se habían multiplicado desde la noche del famoso debate en *People's Night Time*, y en su agenda físicamente no tenía ya espacio disponible para una reunión más. Su tiempo estaba copado para los siguientes diez o doce meses. Y de un día para otro, el viento dejó de soplar. Sus actividades habían quedado al pairo.

Ya no tenía duda de que todo estaba perfectamente orquestado. La amenaza del libro ahora tenía sentido. En un abrir y cerrar de ojos la descomunal fascinación que el mundo académico, los periodistas y la

sociedad hasta hacía poco sentían por ella y su mensaje se desvaneció y, en cambio, arreció la aparición de artículos de prensa y notas que desprestigiaban sus ideas y hacían mofa de sus discursos.

Luego sobrevino un silencio viscoso y mortificante. Durante semanas enteras no volvió a publicarse algo relacionado con Laura Andrews, ni sobre su libro, ni sus enseñanzas ni su hijo adoptivo. Aquella notable cantidad de ansiosos y entusiastas directores de revistas que tanto la admiraron, alabaron y persiguieron se evaporaron de un soplo, y los diarios, las radiodifusoras y los canales de televisión parecían haber olvidado por completo su nombre.

Aquellas personas que le habían ofrecido colaboración incondicional en las conferencias no volvieron a buscarla, no contestaban sus mensajes. Podía decirse que todo el mundo se había hecho a un lado. ¿Dónde había quedado la irrefrenable admiración de tantas mujeres, amas de casa, profesionales, y estudiantes universitarios? Todos desaparecieron. ¿Y dónde los amigos y seguidores que en cada encuentro se mostraban tan interesados en compartir y debatir con ella? Qué horrible era ser ignorada.

Para empeorar las cosas, el libro que la disparó al Olimpo de la notoriedad desapareció como por ensalmo de los escaparates de las tiendas. Laura no se habría enterado de no haber sido por los correos de varios interesados en adquirirlo que se quejaban de no encontrarlo en ninguna parte, y recordaba que esos e-mails le comenzaron a llegar hacia finales de agosto pues el altercado con Karen Newman, su representante comercial, tuvo lugar al día siguiente de Labor Day, que se celebra el primer lunes de septiembre de cada año.

Cuando le preguntó qué estaba sucediendo, Karen sólo respondió que había llegado una orden judicial a las tiendas que exigía la entrega inmediata de los ejemplares existentes. Que le habían explicado que se trataba de una medida preventiva del Tribunal de Arizona y que no le habían dicho de qué se trataba porque todavía era información reservada. “Classified”, le habían contestado simplemente.

Laura Andrews se vio así maniatada y confinada en su rancho de Arizona sin saber qué hacer ni cuál sería la siguiente agresión de su contrincante invisible. Pero seguía dispuesta a la acción (sin saber por dónde comenzar) y mantenía la calma en medio de una agenda vacía,

un teléfono inerte y una serie de días densos y pegajosos en los que casi nada sucedía, excepto el silencio. Y el miedo.

Una persistente sensación de sentirse observada todo el tiempo, a cada segundo, la incomodaba. Y estaba claro que tenía sobradas razones. Cuando su imaginación se disparaba, suponía que un sigiloso hombre vestido de negro había ingresado de puntillas para instalar cámaras diminutas y micrófonos en todos los rincones de su rancho y de esta forma llegar a conocer cada uno de sus pasos, de sus acciones, de sus conversaciones, de sus pensamientos. Suponer que otros tenían motivos ocultos para acabarla no era paranoia, era una realidad que se le antojaba más que obvia.

Durante esos interminables y complejos monólogos encontraba que los planteamientos originales y de avanzada de su libro y sus charlas no eran bien recibidos por algunas personas. Y sabía que no se trataba de unas pocas sino de un grupo considerable que definitivamente no toleraban que alguien anduviera abriéndole los ojos al mundo sobre tantos condicionamientos culturales y comportamientos que sembraban infelicidad y desconcierto en la mayoría de las gentes pero que, sin duda, beneficiaban a unos cuantos. ¿Habría sido una equivocación publicar ese libro? ¿Habían subestimado —ella y sus amigos íntimos— la reacción de los afectados por sus teorías?

Las pesquisas de Gibson no daban resultados. De los autores de las notas insidiosas no se sabía nada fuera de lo normal. Eran periodistas de poco prestigio y de éxito más bien discreto. No escondían en sus pasados nada digno de contar ni lazos que los relacionaran con personajes poderosos.

Los primeros abogados consultados les dijeron que en el caso de las denuncias sobre adulterio y alcoholismo de Laura no había prácticamente nada por hacer, y en el tema de las acusaciones sobre falsedad en el descubrimiento de Kibo y su resurrección ulterior era preciso acopiar un volumen significativo de evidencias, exámenes de laboratorios y testimonios científicos con base en los cuales se pudiese entablar una demanda por difamación, y que los resultados de este tipo de demandas pocas veces surten efecto porque el calumniador puede interrumpir el proceso con la sola aceptación de su equivocación y la publicación de una retractación en el mismo medio

en que se divulgó la calumnia. Total: casi cero.

Laura y Gibson comprobaban con jirones de su propia carne que aquel "Calumniad, calumniad que de la calumnia algo queda", atribuido por algunos a Voltaire, era perfectamente verdadero.

Parecía inconcebible que la civilización occidental siempre tan pagada de sus logros en materia de protección de derechos de toda clase, fuese incapaz de salvaguardar con eficacia la honra de las personas, que una vez lesionada resulta imposible de restaurar, de tal manera que el calumniador siempre se sale con la suya aun cuando rectifique. Eso lo saben muy bien los mentirosos.

Laura optó por llamar de nuevo a sus antiguos colaboradores y admiradores para implorar ayuda. Por lo menos que la oyeran. Todos respondían con negativas, "llámame más tarde", "no puedo hablar ahora" o simplemente no contestaban o le decían dizque con franqueza que ellos no tenían interés en oír a una mentirosa. Esos golpes fueron directo a su mandíbula. La periodista todavía confiaba en la bondad de las personas y en su lealtad. Sin embargo, la implacabilidad de los hechos le descubría que existen fuerzas más poderosas que pueden cambiarlo todo con un simple chasquido de dedos. Y que existen miedos insuperables a las consecuencias de enfrentarse a esas fuerzas.

Las únicas personas con las que tuvo contacto permanente durante aquella temporada infernal eran su hijo, Gibson, Cunningham y, por supuesto, su madre, que había decidido permanecer a su lado mientras amainaba el temporal.

También la visitaron Bernard y Elise, sus compañeros de aventura en el viaje a África, que ahora se veía tan distante. Se habían enterado de las publicaciones difamatorias y, a pesar de que habían pasado muchos años sin verla, nunca creyeron esas mentiras y no dudaron en acudir a brindar a su amiga su afecto y solidaridad. Laura los recibió inundada en lágrimas —mitad de alegría y mitad de nostalgia— y durante los tres días de su estadía en Mesa no hizo otra cosa que enseñarles los rincones interesantes de la ciudad y prepararles diferentes platos de ascendencia mexicana que siempre los deleitaban.

Con excepción entonces de la visita de sus compañeros de aventura africana, las semanas que siguieron a la cancelación de las primeras

conferencias fueron de una inactividad extenuadora. ¡Qué sensación espantosa era la impotencia! Porque eso era lo que Laura y todos a su alrededor sentían. Impotencia. No ser capaces de hacer absolutamente nada. Ver cómo algunos despedazaban su vida, su honra y sus bienes sin poder defenderse.

Y al mismo tiempo la vida de los demás seguía como si nada. Nadie oía. Nadie haría nada, como en el Serengeti cuando los leones devoraban una víctima. Los que habían escapado volteaban la cabeza y seguían en sus ocupaciones habituales. ¿Cómo gritarle a la gente que todo era mentira? Que ella sólo era una mujer que deseaba dar un nuevo punto de vista a la sociedad, que muchas personas los habían engañado durante siglos. ¿Cómo hacerles ver que Benjamín Gibson era en verdad un extraordinario científico incapaz de mentir? ¿Cuándo concluiría el gran complot? ¿Cómo sería el desenlace? ¿Los perseguirían para siempre? ¿Qué era exactamente lo que querían de ellos? ¿Que abandonaran los Estados unidos? Como en tantas otras ocasiones, no había respuestas.

De todo eso conversaban esa mañana de septiembre con su madre, Kibo y Marjorie sentados a la mesa de la cocina de Zebra Ranch. Trataban de encontrar una salida que no se veía por ninguna parte y casi habían llegado a la desesperanzadora conclusión de que no había nada que hacer. Erika, la madre de Laura, que era una mujer simple y práctica, decía que pelear contra enemigos invisibles era un despropósito. Que no se trataba de rendirse o renunciar a la batalla, sino de ser sensatos.

Finalmente, cada una de las personas que hubiesen leído las injurias se habría formado una opinión y, por más que Laura procurara, no podría convencerlas de que la cambiaran. Los medios se negaban a publicar sus artículos y las notas que intentó divulgar en las redes sociales tuvieron más efectos negativos que positivos. Erika le recordó una frase que había leído en alguna parte que decía: “No serás más porque te alaben ni menos porque te vituperen”. Que lo importante era que Laura tuviese la conciencia tranquila y que la gente que la quería seguiría queriéndola. Que había sido muy valiente con la publicación de su libro y el dictado de todas esas conferencias y que no había duda de que había pisado callos muy excitables. Que ella le

recomendaba olvidarse del asunto y disfrutar su vida al lado de quienes la querían que, seguramente, eran cientos de miles de personas agradecidas porque sus planteamientos les mostraron otras caras de la vida y seguramente habían contribuido a hacerlas felices. Que ya Laura no necesitaba la fama para nada y que recordara cómo en su propio libro ella sostenía que la verdadera felicidad consiste en el desapego y en la aceptación de aquellas cosas que no podemos cambiar… Que tuviera presente la "oración de la serenidad".

Ya estaban dispuestas a enterrar el asunto y olvidarse de él. Incluso se animaban a hacer algunos chistes para restarle importancia a toda la tragedia, cuando un mensajero tocó la puerta para entregar un sobre. En el menú de la infamia todavía faltaban algunos refinamientos.

Era una citación ante la Corte y le recomendaban que fuera acompañada de un abogado.

Capítulo 4

Dos
más
dos
no
siempre
son
cuatro.
Sabiduría
popular

De no haber sido porque no dejaban de producirle algo de pánico las consecuencias que eso podría tener —no sólo para ella, sino para Kibo, Gibson, Francesca y tanta gente involucrada en el caso—, a Laura le habría parecido hasta cómica (por no decir ridícula) toda esa pantomima del juicio en su contra.

Ya llevaba varias semanas de jugar a las preguntas y respuestas con detectives, representantes del fiscal de distrito y abogados de cientos de empresas "muy respetables" que se habían visto dizque afectadas por su libro y sus conferencias. Todo eso parecía ahora como un ensayo de la comedia cuyo *performance* definitivo debía llevarse a cabo ahora en este escenario solemne.

Ella debería representar el rol de "la acusada". Los otros personajes serían el "señor juez", el fiscal del distrito y su abogado defensor. Unos cuantos testigos que declararían en su favor, muchos que llamaría el fiscal para demostrar su culpabilidad y siete hombres más cinco mujeres que conformarían el gran jurado.

El primer acto (le faltó algo de música apropiada) se inició con las palabras almidonadas de un caballero (actor de reparto) que hacía las veces de alguacil o ujier, si se quiere un nombre más encopetado, que

ordenaba a toda la concurrencia “ponerse de pie” porque en ese preciso instante haría su entrada el señor juez Albert Dyson que presidiría la sesión. Dyson era un personaje ventroso, calvo y cachetón que ponía de manifiesto su plena satisfacción con la vida que llevaba y su carencia total de aspiraciones de seguir ascendiendo en el escalafón judicial. Él había llegado a su nivel de incompetencia.

Como en cualquier colegio cuando entraba el profesor, la audiencia se puso de pie, obedeciendo las órdenes del alguacil, y el señor juez hizo su entrada teatral. Se situó, mientras desparramaba su mirada por la sala repleta de curiosos y testigos eventuales, detrás de un impresionante escritorio de caoba brillantísima, y acto seguido y con parsimonia desesperante se sentó (en la silla ubicada detrás del escritorio brillantísimo) y les comunicó a los asistentes que podían tomar asiento. Todos obedecieron sin decir ni mu. Tomó en su mano derecha un mazo de madera y lo estrelló enérgicamente contra una especie de bandeja sobre el escritorio brillante y declaró con afectación que el caso de “el pueblo de los Estados Unidos de América contra Laura Andrews” se declaraba abierto.

A Laura le pareció de entrada que eso sonaba bastante desigual. Trescientos y pico de millones de habitantes contra una simple periodista no se veía como un enfrentamiento muy justo.

Hizo enseguida el señor juez algunas admoniciones dirigidas a los hombres y mujeres que colmaban la sala de audiencias y a los hombres y mujeres del jurado, con las cuales instruía a unas y otros sobre el comportamiento que debían observar durante las sesiones y, posteriormente, en el curso de las deliberaciones en el caso que los ocupaba.

Vino enseguida el discurso, dirigido a los hombres y mujeres del jurado y lleno de retruécanos, hipérboles y elipsis del señor fiscal de distrito —Benedict Shoemaker—, en el cual decía que iba a demostrar, “más allá de toda duda razonable”, que la acusada Laura Andrews había elaborado y llevado a cabo hasta en su más ínfimo detalle, un cuidadoso y perverso plan para “desestabilizar” la economía norteamericana, “y por consiguiente mundial, porque ambas cosas van de la mano”, consistente en haber inventado “con frialdad pasmosa y absoluta predeterminación” el descubrimiento de un muchacho

antediluviano congelado en las nieves del Kilimanjaro, haber fingido con sus cómplices Benjamín Gibson y Francesca Tabone una resurrección que nunca existió y que "obviamente contradecía las arraigadas creencias cristianas, en el sentido de que solamente pudo existir un resucitado" y que después la "susodicha" (eso dijo el fiscal) periodista había escrito un libro subversivo y dictado cientos de conferencias, en el cual y en las cuales (así se expresaba el Fiscal) echaba por tierra todos los postulados filosóficos, políticos, religiosos y económicos que constituían el "arco toral" (sic) de la civilización contemporánea.

Como consecuencia de tal proceder, la economía norteamericana y del mundo entero, porque "van de la mano" (eso repetía siempre el fiscal), se había visto precipitada a una contracción que pudo haber tenido "consecuencias catastróficas" (de no haber sido por la oportuna intervención del FBI y de la Fiscalía, claro). Solicitaba, por tanto, que el jurado (los siete hombres y cinco mujeres) profirieran un veredicto condenatorio y la "susodicha" periodista criminal sin escrúpulos fuese condenada a diez años de prisión y a la privación de sus derechos políticos y civiles. La acusada también debería indemnizar plenamente —con lucro cesante y daño emergente— a las empresas damnificadas por sus "nefastas" acciones y pagar una multa ejemplarizante (cuyo monto el señor juez debería señalar dentro de sus atribuciones legales).

—¡Wow! —se dijo Laura cuando el señor fiscal terminó su parlamento—. Tengo que admitir que eso suena impresionante. Si yo fuera jurado me condenaría sin ningún miramiento.

A continuación intervino su abogado defensor, Josuah Hutchinson, de la connotadísima firma neoyorkina Hutchinson, Hutchinson & Hutchinson, establecida en 1914 y dentro de cuyos casos más resonantes estuvo la defensa de algunos de los jugadores de las Medias Blancas de Chicago (equipo de béisbol de las grandes ligas) que fueron acusados en 1919 de haber "arreglado" ilícitamente el resultado de la serie mundial contra los Cincinnati Reds.

La actuación de Hutchinson bisabuelo (fundador de la firma) en aquel entonces fue portentosa y quedó registrada en los anales de la jurisprudencia como un modelo perfecto de la mejor oratoria forense.

Los jugadores de las Medias Blancas de todas maneras perdieron el caso —porque todos confesaron su fechoría, por supuesto— y desde entonces el equipo no pudo volver a ganar un campeonato hasta el año 2005. El bisabuelo Hutchinson sí ganó muchos pleitos.

Hutchinson V (quinto para quien no entiende los números romanos) pronunció también un hermoso discurso en el cual anunciaba que demostraría "más allá de toda duda razonable" la perfecta inocencia de su cliente y acreditaría que todas las acusaciones del señor fiscal eran patrañas.

Probaría fehacientemente que el hallazgo de Kibo y su resurrección habían sido legítimos, y que el libro y las conferencias de Laura no hacían cosa distinta que revelar la verdadera naturaleza humana y poner al descubierto que todo —o casi todo— lo que los hombres y las mujeres de hoy creemos y la manera como actuamos son producto de lo que ella llama "condicionamientos culturales" o "prejuicios". Que la felicidad es fácil de alcanzar si practicamos el amor sincero por los demás y el desprendimiento de los bienes materiales y la renuncia a las vanidades de este mundo. Que su libro está perfectamente bien documentado, y las pruebas del carbono-14 sobre la antigüedad de Kibo son incontrovertibles y que en su momento Gibson y cientos de científicos de moralidad irreprochable certificaron el regreso a la vida del muchacho congelado. Que el discurso de Laura repetía las doctrinas de líderes espirituales como Buda, Confucio y el mismo Cristo, con la única diferencia de que los argumentos de la periodista estaban apoyados en el conocimiento de unas realidades antropológicas y científicas (aquí mencionó a Darwin y a otras cuantas decenas de investigadores) que no se habían descubierto cuando aquellos reverenciados líderes divulgaron su pensamiento.

Laura sabía que Hutchinson V tenía la boca llena de verdad. Sin embargo, admitía que el discurso de Shoemaker parecía más verosímil y pensó que en la historia de la humanidad no siempre (es más, muy pocas veces) gana quien tiene la razón, y que aun cuando las mayorías estén equivocadas, el solo hecho de ser mayoría hace más creíbles sus argumentos, sin importar si son o no correctos.

No pudo dejar de repasar algunos (porque era imposible recordarlos todos) de esos casos en los cuales fueron condenados quienes decían la

verdad (Cristo, Galileo, Giordano Bruno, encabezaban la alineación) y también recordó aquellos versos que se le atribuyen a Rodrigo, rey visigodo, cuando después de la batalla de Guadalete, que significó la caída de España bajo el dominio árabe, dijo: “Vinieron los sarracenos y nos molieron a palos, que Dios protege a los malos cuando son más que los buenos”. La cosa no iba a resultar sencilla.

Lo que ocurrió después fue bastante parecido a lo que sucede en cualquier película de Perry Mason o novela de Grisham sobre asuntos judiciales. Declaraciones de testigos (incluidos psiquiatras forenses que declararían sobre la cordura de Laura, paleontólogos, antropólogos, expertos en carbono-14, amigos de la acusada, enemigos de la acusada, industriales, banqueros y comerciantes perjudicados), interrogatorios, contrainterrogatorios, objeciones fundadas e infundadas, recesos, aplazamientos de la audiencia hasta el día siguiente a las 9 a.m., advertencias sobre incidentes por desacato y muchos golpes de martillo sobre el escritorio reluciente.

La comedia duró dos semanas casi completas, a lo largo de las cuales en los alrededores del imponente edificio que albergaba al tribunal, y especialmente en la calle Madison de Phoenix, tenía lugar un juzgamiento paralelo menos solemne y bastante más enardecido que el que se adelantaba bajo los martillazos del juez Dyson. Sus protagonistas eran los detractores y seguidores de Laura Andrews que portaban letreros y vociferaban consignas a favor y en contra de la escritora enjuiciada. En este escenario las mayorías también estaban en contra de Laura. No se puede impunemente pretender echar por tierra los prejuicios elaborados y guardados durante siglos con tanto esmero.

Al final —como casi siempre ocurre en las historias baratas— sucedió lo que tenía que suceder; el jurado estimó que Laura era culpable de todos los crímenes de los cuales se la acusaba y Dyson dictó sentencia.

De nada valieron los alegatos de su abogado en los cuales demostraba —con toda la razón— que los delitos que se le imputaban a su defendida no estaban previstos como tales en la legislación norteamericana o que en el desarrollo del proceso se habían desconocido —uno por uno— todos los principios que salvaguardan

los derechos de los acusados, entre otros, el de la escogencia de los miembros del jurado. Dyson cumplía órdenes superiores y habría condenado a Laura aunque se hubiese demostrado que era Teresa de Calcuta. Él sabía (porque así se lo habían garantizado) que su prevaricato quedaría impune y recibiría una apreciable gratificación por haber salvado la civilización occidental (eso le habían prometido).

Capítulo 5

Preso
estoy
y
estoy
sufriendo
la
condena…
la
condena
que
me
da
la
sociedad.
Daniel
Santos

La puerta metálica se cerró con un sonido ominoso y desesperanzador y Laura Andrews se desmadejó, deshecha en lágrimas, sobre el camastro de la celda 23 del Centro de Detención de Camp Verde, en el Condado de Yavapai, cerca del Gran Cañón del Colorado. Había sido acusada de los delitos de fraude, conspiración y generación de terrorismo económico y condenada por la Corte del Distrito de Arizona a cinco años de prisión y al pago de una multa de tres millones de dólares.

Todos sus sueños, que apenas unos meses atrás eran luminosos y rebosantes de anhelos de un mundo mejor, yacían en ruinas, y su rutilante carrera de periodista y escritora estaba destruida. Se resistía a aceptar que lo que ella siempre había considerado un sistema de justicia casi perfecto y confiable hubiese podido ser manipulado de

una manera tan absurda y que en el país de las libertades —de reunión, de actividad económica, de locomoción, de expresión, de votar como se quisiera, de aspirar a cargos públicos estatales o federales, de comprar verdaderos arsenales, de engordarse hasta la saciedad—, alguien fuese sancionado por haber escrito un libro cuyo único propósito era el de invitar a las gentes a una vida libre de angustias y llena de alegría.

La sentencia retumbaba en su cerebro. Y más que la sentencia, las palabras en apariencia compasivas del juez Albert Dyson, con aquel rostro rubicundo y esa sonrisa sarcástica, quien le había dicho en un susurro después de la lectura del fallo: "Todos nosotros lo sentimos, miss Andrews. Comprendemos su malestar, pero nuestro deber supremo es preservar la persistencia del sueño americano y la vigencia de nuestra Constitución y asegurarnos de que aquello del derecho 'a la búsqueda de la felicidad' de que hablaron los fundadores de esta Nación en la Declaración de Independencia se cumpla. 'Dura lex, sed lex' y, como decían los viejos predicadores, 'el camino al infierno está empedrado con buenas intenciones'. Quizás sus abogados hagan un trabajo más convincente en la Corte de Apelaciones"…

Varias cosas la intranquilizaban de aquellas frases. En primer lugar, ¿por qué el bendito juez hablaba en plural? ¿Quiénes demonios eran "nosotros"? ¿Y por qué esa alusión a la búsqueda de la felicidad como traída de los cabellos? Ella había percibido en la expresión un acento especial, un dejo de ironía que el juez había subrayado con un guiño y también le llamaba la atención que Dyson prácticamente le hubiese sugerido que intentara la apelación de la sentencia…

¿Todo aquello era un montaje? ¿Una advertencia? ¿Quién estaba detrás de su infortunio? ¿Qué terreno prohibido había invadido con la publicación de su libro? O acaso ese guiño no era nada distinto que una muestra de conmiseración o coquetería… Laura en medio de su angustia y su tristeza tenía el presentimiento (¿intuición femenina?) de que quizás las cosas no estaban terminadas del todo.

Ahora se sentía parecido a aquel día —hacía una eternidad— en que resbaló en la cumbre del Kilimanjaro.

Una pila de pensamientos inconexos y contradictorios la asediaban.

¡Qué absurda era la pena de prisión!

Acurrucada, ojerosa y con el pelo hecho un verdadero desastre, Laura pensaba cuánto dinero de los contribuyentes se invierte cada año en el funcionamiento de esos espantosos centros de reclusión y en los inmensos negocios que se derivaban de su construcción, su mantenimiento y la alimentación y el vestido de los reclusos.

Desde hacía años, como si fuera poco, se había aprobado que las prisiones fuesen manejadas y edificadas por particulares, con lo cual el negocio había crecido exponencialmente hasta el punto de que las corporaciones que las regentaban cotizaban en bolsa y obtenían utilidades de muchos miles de millones de dólares al año.

Parecía increíble, pero los Estados Unidos tenía más de tres millones de presos (una cuarta parte de la población carcelaria del mundo entero) y ese número no paraba de crecer. Quizás ese solo hecho demostraba que el castigo no era suficientemente formativo o disuasivo.

Recordaba de sus tiempos de entrevistadora y periodista estrella cuántas veces escribió sobre el tema. Los reclusos, lejos de arrepentirse de sus crímenes, perfeccionaban el arte de cometerlos dentro de la prisión. Eran sometidos a violaciones por parte de guardianes y compañeros (más de trescientas mil violaciones por año…) y torturas físicas y psicológicas que llegaban casi a la esclavitud, por parte de los líderes de las bandas que se organizaban dentro de sus muros, que seguían delinquiendo campantemente mientras en teoría pagaban su condena. Los criminales rara vez se reformaban.

En cambio, las personas de bien, como ella, que por una circunstancia desafortunada eran detenidas y sentenciadas por errores judiciales o por delitos menores cometidos en estado de necesidad o por ignorancia, enloquecían o terminaban convirtiéndose en sociópatas llenas de odio contra el mundo.

Alguna vez había leído (quizás fue en algún libro de Papini) que la única pena que debía existir debía ser la muerte; quizás tenía razón… La prisión destruía las esperanzas, las familias, las vidas, no sólo del condenado sino de todos quienes lo rodeaban. Ahora estaba convencida, contrariando sus anteriores conceptos un poco draconianos respecto de los castigos, de que la gran mayoría de las personas en las cárceles no merecían esa pena, que, lejos de resolver

problema alguno, creaba unos mucho más graves. Los criminales incorregibles debían ser apartados de la sociedad de manera definitiva; los otros deberían permanecer en libertad y, en el peor de los casos, ser sentenciados a algunos trabajos de beneficio social.

También se le volvieron a ocurrir todas aquellas cosas sobre la otra vida, la injusticia, lo horrendo de las calumnias, lo indefensos que nos encontramos a veces frente a las mentiras, lo que sucedería con Kibo y con Gibson —cuánto cariño le había tomado a aquel hombre— si llegase a morir sin que se demostrara su inocencia. ¿Qué sucedería con su rancho, con sus cosas, con su madre?, ¿cuánto tiempo iría a estar allí presa?, ¿será que podría ganar en la apelación?, ¿será que en alguna oportunidad llegaría a saber quién estaba detrás de todo este drama? Parecía condenada en la vida a tener millones de preguntas sin respuestas.

Serían las ocho de la noche, o algo más, de ese terrible primer día de encarcelamiento cuando Jocelyn Singer, la morenaza de peso completo y sonrisa tierna que cubría el turno de la noche en el pabellón donde se encontraba la celda 23 de la prisión de Camp Verde, abrió la ventanilla de la puerta de acero y le informó a Laura con laconismo, y mostrando un montón de dientes blanquísimos, que al día siguiente a las diez de la mañana tendría visita de un nuevo abogado que se encargaría de tramitar la apelación de su causa ante la sede de Pasadena del Tribunal de Apelaciones del Circuito Noveno del sistema judicial federal de los Estados Unidos, que abocaría el conocimiento y la decisión de su recurso.

Su nuevo apoderado se llamaba Marcus Nicoletti, hijo de italianos como su nombre indicaba, y le había sido recomendado muy especialmente por su viejo amigo Jack Cunningham, uno de los inspiradores y casi coautor del libro que había dado origen a sus infortunios presentes.

Laura no tenía nada que reprochar a Hutchinson y Hutchinson, pero intuía que aquellas palabras que el juez Dyson le susurró después de leer su sentencia envolvían una clarísima advertencia acerca de la conveniencia de la sustitución. Cuando terminó el juicio, y antes de que la trasladaran a la cárcel de Camp Verde, ella había recibido la

visita de Cunningham, con quien habló *in extenso* acerca de los comentarios del juez Dyson.

—¿Estás segura de que esas fueron las palabras exactas que dijo el juez? —le había preguntado su gran amigo.

—Bueno —respondió Laura—, de pronto no son exactas, exactas, pero estoy segura de que esas fueron en un noventa y pico por ciento. ¿Por qué preguntas? Las recuerdo bien porque me llamó mucho la atención el hecho de que hablase en plural de unos misteriosos "nosotros" y de que mencionase el tema de la "búsqueda de la felicidad" de una manera un poco sarcástica.

—Yo creo —dijo Cunningham— que sé por qué lo hacía. Y también creo saber el abogado que necesitas para la segunda instancia. Déjame ocuparme de ese tema.

Marcus Nicoletti, el abogado, era bastante mayor de lo que Laura había imaginado. Quizás rondaba ya los setenta y cinco. Sin embargo mostraba vestigios de lo que debió haber sido una notable guapeza. Un poco más alto que el promedio, tenía ojos azules claros de mirada franca y dulce y una barba muy blanca, al igual que su cabello, que hacía pensar en Papá Noel. Tal vez traía buenos regalos, algo de esperanza, pensó la periodista reclusa cuando lo vio a través del cristal de la sala de visitas de la prisión de Camp Verde. Vestía formalmente con traje oscuro y corbata de rayas doradas sobre un fondo de color borgoña. Se sentaron uno frente al otro, con el vidrio blindado de por medio y alzaron los auriculares respectivos.

El viejo después del saludo de rigor le habló con una familiaridad que ella apreció y entre ambos se dio de inmediato una especie de cálida complicidad, como si se hubiesen conocido desde siempre y sólo hubieran dejado de verse por un par de semanas.

Marcus —quien había pedido a Laura que lo llamara simplemente Mark— le dijo que él sería su nuevo abogado y, de manera sucinta, hizo una recapitulación de todo ese cúmulo de hechos desafortunados que en el pasado reciente se habían volcado sobre la vida de la periodista, en los cuales se incluían la cancelación de sus conferencias, el retiro de su libro de todas las vitrinas, todo un rosario de calumnias y las acusaciones de falsedad y terrorismo económico que habían

desembocado en su encarcelamiento, y le dijo que tenía que hablarle ahora —sobre lo cual le encarecía sigilo total— de asuntos muy delicados que estaban detrás de su infortunio presente.

En un susurro y mirándola fijamente a los ojos le dijo:

—Laura, existe una sociedad secreta, oscura, poderosísima y muy antigua, mucho más que los masones o los Illuminati o esos tales reptilianos, cuya razón de ser son la propagación y el fomento de la infelicidad sobre la Tierra, inocular en los corazones de los seres humanos la convicción de que somos desdichados por naturaleza y de que nacimos para sufrir. A eso se debe que el juez Dyson hablara en plural y mencionara el tema de la búsqueda de la felicidad. Ese juez debe pertenecer a esta sociedad de la que te hablo. Ellos se ocupan de que todos permanezcamos en esa búsqueda y de asegurarse de que jamás la alcancemos. Esa organización es la responsable de todos tus problemas

La periodista lo miró con asombro y pensó que eso era lo único que explicaba los acontecimientos desconcertantes de las últimas semanas. Hacía rato intuía que todas esas desgracias simultáneas no podían ser obra del azar.

—¿Entonces lo que quieres decirme es que hay un monstruo que mueve los hilos del mundo a su antojo?

—Exactamente —respondió Mark—. Esa sociedad se llama UMBRA.

Laura no podía dar crédito a todo aquello que su nuevo abogado acababa de decir. Una sociedad secreta que promovía la infelicidad. Eso sonaba estúpido… ¿Por qué alguien promovería la desdicha en el mundo si precisamente lo que todos queremos es ser felices? ¿En qué mentes enfermas y retorcidas podría caber semejante disparate?

—Me temo, Mark, que no te estoy comprendiendo muy bien. Todo eso suena bastante absurdo… —dijo Laura sacudiendo la cabeza.

—Concuerdo contigo en que parece inverosímil, pero cuando te lo explique lo vas a comprender. Ponme mucha atención.

Ella se acomodó en la silla y cambió el auricular a su otro oído.

Mark prosiguió con voz muy queda, como temeroso de que alguien escuchara, y contó a Laura durante un larguísimo rato la historia del nacimiento y desarrollo de UMBRA.

Luego continuó:

—Ya es prácticamente imposible volver al mundo que nuestros antepasados de las sabanas del África vivieron sin condicionamientos culturales. Hoy es impensable una sociedad sin religión, sin acumulación de riquezas, sin ambiciones, sin envidia, sin jerarquías, sin gobiernos, sin relaciones de familia, sin celos, sin preocupación por el futuro, sin la inmortalidad del alma… A eso han contribuido grandes filósofos, escritores y periodistas que sepultaron la Prehistoria. Ahora casi todos los hombres, con muy pocas excepciones, piensan que las actitudes y suposiciones actuales son de la naturaleza humana y que han estado presentes en nuestros corazones desde siempre. Y quienes se atreven a contrariarlos son perseguidos y tachados de locos o indolentes. Hasta quemados en la hoguera.

Laura, enmudecida, sacudió su cabeza pretendiendo salir de la estupefacción que todas esas verdades seguían ocasionándole.

—Pero eso no es verdad —musitó ella—. En la Prehistoria se las arreglaban sin ninguna de esas creencias. Durante cientos de siglos vivieron sin propiedad, sin religión, sin leyes y sin organización social jerarquizada. Todo eso ya está demostrado por antropólogos e historiadores, y Kibo lo ha confirmado.

—Así fue. Pero la transición a la sociedad agrícola ocasionó un significativo incremento de la población. Como había más gente tenían que cultivarse más tierras y matar más animales para producir más alimentos y era necesario trabajar cada vez con mayor ahínco. La mayor producción y el asentamiento de los hombres y mujeres favorecían una procreación más nutrida, y así sucesivamente se creó una espiral voraz e irrefrenable que continúa hasta nuestros días y de la cual ya no se puede salir. Hay quienes calculan que por aquellos tiempos los humanos ni siquiera llegaban a los veinte o treinta millones en todo el planeta y ya somos más de ocho mil millones.

—Sí… Ya no parece viable volver a la existencia nómada y contentarse con los frutos de la tierra por el atropellado aumento de la población y porque estamos exterminando las especies vivas que podrían alimentarnos —aseguró Laura.

—Los hombres pensaron que habían descubierto la panacea y quedaron atrapados. Víctimas de su propio invento. Ya no podían salir de esa situación porque ni siquiera tenían idea de que las cosas alguna

vez fueron distintas. Hay que tener en cuenta que esa revolución agrícola tomó miles de años y cuando ya casi todo el mundo vivía de la siembra en ciudades y poblados, y la propiedad, la jerarquización y la división en clases sociales o castas eran un hecho consumado, casi nadie sabía cómo había sido la vida en la Prehistoria.

—¿Y ahora qué puede hacerse? —inquirió Laura, con semblante entristecido.

En ese instante Jocelyn interrumpió la conversación de Laura con su abogado.

—Lamento informarles que el tiempo de la visita se ha agotado. Tendrán que seguir otro día.

—¿Es posible que continuemos mañana? —preguntó la periodista con ansiedad.

—Por supuesto —dijo la guardiana—. No creo que haya ningún problema.

El viejo abogado consintió y prometió estar allí al día siguiente a las nueve de la mañana.

Ese resto de día, con su correspondiente noche, Laura le dio toda clase de vueltas a la conversación con Marcus Nicoletti. Mark. Una sociedad secreta que promovía la infelicidad. Todo parecía absurdo, sacado de una novela de ficción. Ni Orwell o Huxley lo habrían podido imaginar, pero encajaba. Eso explicaba tantas cosas… La insatisfacción constante de la gente, la sumisión absurda a los caprichos de los gobernantes, el miedo a la eternidad, a la otra vida, la manía compulsiva de comprar y guardar cosas inútiles, ese afán de ser cada vez más rico, aunque nunca se pudiese disfrutar la fortuna, la codicia, la envidia, las preocupaciones, el miedo a verse gordo o feo… Y explicaba también todo lo que a ella le había sucedido, todo ese calvario por el que estaba atravesando, ese cambio tan rotundo e imprevisto en su vida.

Esperar hasta el día siguiente para conocer el final de las revelaciones de Mark le parecía insoportable. Pero no había nada que hacer. Las reglas eran las reglas.

La noche transcurrió casi en vela. Una gran agitación la invadía.

Al otro día, puntualísimos, Mark y Laura reanudaron su coloquio.

—Como te venía diciendo ayer —recomenzó el viejo de los ojos azules—, unos pocos hombres se resistieron desde el comienzo a aceptar las nuevas ideas sobre la organización social, la dominación de unos sobre otros, el miedo a la otra vida y todas esas doctrinas que conducían a la angustia y la desesperación. Siguieron creyendo que, a pesar de que éramos diferentes, no tenía por qué existir sometimiento de unos a otros. Que la colaboración para la ejecución de ciertas tareas no implicaba necesariamente sumisión ciega y jerarquización indisputable. Que los gobernantes deberían obedecer a los gobernados y hacer lo que estos les señalasen, y no al contrario. Que no existía razón alguna para que reyes, nobles, sacerdotes o funcionarios públicos tuviesen mejores prerrogativas que el resto y que se lucrasen con el trabajo de los demás, aparte, por supuesto, de una remuneración razonable por sus servicios. Pensaban estos señores que no era verdad que estuviéramos condenados a la infelicidad. Que, todo lo contrario, la vida era un viaje maravilloso y sorprendente que había que disfrutar. Que en la naturaleza existían todos los elementos requeridos para brindarnos satisfacción y alegría. Que no tenemos por qué hacernos daño los unos a los otros. Que si nos amáramos con desprendimiento no tendríamos problemas… En fin, esos hombres creían todas esas cosas que tú has repetido en tus discursos porque has llegado a ser una mujer libre. De eso no tengo duda, porque no estás imbuida de dogmas y prejuicios políticos, raciales, sociales, científicos o religiosos y eso te hace muy valiosa. Y peligrosa para los intereses de UMBRA.

Laura sonrío con desgano. Su corazón agradeció el reconocimiento sincero de un hombre sabio.

—Pero esas ideas de las cuales te venía hablando —continuó el anciano— hacían impracticable la sociedad jerarquizada que tanto convenía a quienes ya se lucraban de ella. Y comenzó una persecución implacable.

—¿Y entonces no se pudo hacer nada…?

Mark se levantó de la silla, estiró sus músculos por un ratico y se refregó la cara con las dos manos, como buscando despejarse y aclarar sus recuerdos. Luego volvió a su silla y al auricular.

—Hemos llegado a un punto muy importante, Laura. Te hablaré

ahora de la otra cara de la moneda. Existe la oscuridad, pero también la luz. La luz se llama SPES. Escucha. Quienes sabían que toda esa patraña de la infelicidad era falsa comenzaron a predicarlo y a luchar y crearon una sociedad rival de UMBRA, que llamaron SPES, porque significa esperanza. Trataron de rebelarse una y otra vez. Y una y otra vez fueron aniquilados. Las excusas que se esgrimían para la eliminación siempre escondían la razón verdadera, que era que esos próceres encarnaban un peligro inaceptable para aquellos que se lucraban con la existencia de las castas y las jefaturas y con el trabajo de los demás. Se les acusaba, entonces, a quienes se resistían, de herejes o de subversivos que pretendían, con teorías inaceptables, según UMBRA, modificar el orden natural; se les cazaba con saña y eran ejecutados de formas escalofriantes para escarmentar a sus seguidores y disuadirlos de seguir esa senda. Todo ello en nombre de "intereses superiores", del "bien común" —que UMBRA se encargaba de definir— o para "preservar la salvación eterna" o "asegurar la felicidad y la tranquilidad del pueblo" y otras teorías de corte parecido. Todas esas hermosas mentiras casi siempre se han elaborado para justificar la opresión de muchos por unos pocos. Fueron muchísimos los sacrificados. Por desgracia la mayoría de casos no quedaron registrados en lo que llamamos la Historia porque desde el comienzo UMBRA se encargó de redactarla y censurarla y terminó escribiéndose apenas lo que encajaba en sus intereses. La historia se tergiversa y siempre la escriben los vencedores. Unos pocos casos, como la rebelión de Espartaco con sus gladiadores o el intento de Guy Fawkes de dinamitar el Parlamento inglés en la famosa Conspiración de la Pólvora, fueron dejados en los registros para que quedara la advertencia del destino que aguardaba a quienes se atreviesen a disentir. Todos sabemos cómo terminaron Espartaco y Fawkes… En otros casos famosos como la Revolución francesa y la divulgación de las enseñanzas de Cristo, UMBRA permitió que continuaran figurando en la historia porque sus protagonistas fueron neutralizados e incorporados al sistema perverso y quedaron como ejemplo de que por fuera de esa organización nada puede sobrevivir.

En este punto Laura lo interrumpió.

—Mark, explícame eso, por favor.

—La Revolución francesa —continuó el abogado— tuvo orígenes y propósitos muy nobles. Las teorías de Voltaire, de Rousseau y de otros pensadores independientes habían logrado convencer a muchos de que la verdadera naturaleza de los hombres era vivir en libertad y sin sujeción al yugo de unos cuantos. Esas ideas prosperaron y algunos lograron convencer al pueblo de que convenía acabar con la monarquía y los privilegios y se encendió en el mundo una luz brillante de esperanza. Lamentablemente duró poco, porque UMBRA comprendió de inmediato lo que se estaba jugando y se puso del lado de los revolucionarios. Pero los corrompió y los sedujo para que aprovecharan la oportunidad para satisfacer su apetito de poder y de riqueza. Los adalides de la revolución fueron convencidos de inmediato de que ellos deberían gozar de los lujos y el reconocimiento que antes correspondía a los reyes y a los nobles. En seguida Robespierre y sus áulicos se convirtieron en verdaderos monarcas, sólo que con distinto nombre. Desde entonces el planeta vive convencido de que la democracia ha resuelto sus problemas sin darse cuenta de que cada minuto las libertades se esfuman más y más y los que ganan en las elecciones populares gozan —como antes ocurría con reyes y señores feudales— de privilegios descomunales que son pagados por los contribuyentes. La antigua nobleza de cuna fue sustituida por otra igual de repugnante, con la única diferencia de que su origen ahora es electoral y no hereditario. Y en todas las revoluciones casi siempre sucede igual. Sólo cambia la clase dominante, los privilegiados…

Las escenas de aquellos hechos históricos desfilaron por la mente de una Laura cuya capacidad imaginativa no conocía fronteras. El mundo de las ideas la fascinaba, pero de ninguna manera le hacía apartar lo sensorial. Imaginó en medio segundo el movimiento de la pluma de ganso con la que Voltaire escribió aquella lapidaria frase: *No comparto lo que dices, pero defenderé hasta la muerte tu derecho a decirlo*. La riqueza de sus representaciones mentales le habría resultado asombrosa a Mark, de haber podido penetrar la mente de su escucha.

—El caso de las doctrinas de Cristo —prosiguió Mark— fue semejante, con la diferencia de que ocurrió en el terreno religioso y no en el político. Cristo fue un hombre maravilloso. Superior, sin duda alguna. Muchos de nosotros pensamos que fue integrante de SPES. Y

sus enseñanzas operaron el milagro de traer a las gentes libertad, alegría y esperanza. Por eso los romanos persiguieron a los primeros cristianos de forma tan obsesiva y persistente. Significaban una amenaza para el Imperio. Para el *statu quo*. Después de tres siglos de empeño no sólo no habían podido exterminarlos, sino que el Evangelio —la Buena Nueva— seguía extendiéndose sin freno. Nuestros predecesores de aquellos tiempos en SPES pensaron que por fin estaban teniendo una oportunidad real de acabar con UMBRA y con todo ese odioso estado de cosas que representaba. Ellos, los de UMBRA, sin embargo, con astucia hicieron una movida audaz y magistralmente diabólica. Convencieron a Constantino —el emperador de la época— de que cesara la persecución y se hiciera conductor de la Iglesia y de la doctrina sagrada. Constantino se entusiasmó con la idea y de inmediato hizo convocar un Concilio que reglamentó las doctrinas de Cristo y las interpretó a su acomodo, y convenció a pontífices y prelados de que tenían derecho a vivir mejor que los fieles del común y a disfrutar de molicie y lujos pagados con los diezmos de los feligreses. Los prelados adquirieron poder temporal y riquezas, se proclamaron intérpretes exclusivos de la voluntad de Jesús y se abrogaron el derecho de perseguir y sacrificar a quienes se opusieran a sus designios. Lo que sucedió después y hasta nuestros días todos lo sabemos… Constantino terminó convirtiéndose al cristianismo y Teodosio declaró esa doctrina como la oficial del Imperio. El mensaje original de Amor se transformó en uno de miedo a la eternidad, y el desapego y la despreocupación y espontaneidad de los primeros cristianos dieron paso a reglas, amenazas, sacramentos y ceremonias. Vinieron el oscurantismo y toda esa acumulación de boato y poder por parte de pontífices y prelados, que llegaron a su cenit en el Renacimiento con los Borgia y sus sucesores y que sigue en nuestros días, bajo el disfraz de una gran humildad.

—¿Pero, cómo así? —lo interrumpió Laura—, ¿acaso ese tema del lujo en la liturgia y en las iglesias, el poder y la preeminencia de los líderes religiosos no existió desde los primeros años?

—Déjame recordarte que antes de siglo IV los líderes del cristianismo vivían con austeridad ejemplar y las reuniones y asambleas tenían lugar en catacumbas y modestas casas particulares.

Ten presente que la nueva religión estaba prohibida terminantemente por los romanos y sus ceremonias tenían que ser secretas, sigilosas. En ellas no podía darse ninguna clase de ostentación. Después de Constantino y Teodosio, cuando se aceptó la nueva religión como la oficial del Imperio, se comenzaron a construir las grandes catedrales, junto con sus palacios episcopales o cardenalicios, y los oficios religiosos se llenaron de oro, plata y lujo inimaginable. Claro que todo eso se hizo "ad majorem Dei gloriam". Para mayor gloria de Dios.

—Todo lo que me cuentas es monstruoso. Y revela la inteligencia de UMBRA y lo inagotable de sus recursos y su imaginación —anotó Laura.

—Así es —prosiguió Mark—. Deja te sigo contando. SPES se creó pocos años después de UMBRA, opera de forma aún más clandestina y tiene muy pocos miembros. Nuestra vinculación está bajo juramento, pero estoy autorizado por el grupo para contarte de nuestra existencia. No soy un traidor, claro que no. Las personas que pertenecen a SPES han sido muy bien escogidas, las vinculamos a nuestra causa por medio de proselitismo directo. Seleccionamos hombres y mujeres con mucha influencia moral sobre la humanidad, de ideas emancipadas y comportamiento intachable. Librepensadores, aunque el término esté devaluado y asociado al escepticismo, la falta de fe o infidelidad, e incluso el ateísmo. Estamos dispuestos a usar nuestras mentes sin prejuicios y sin miedos. No tenemos recursos, no tenemos el poder de UMBRA, pero al buscar la libertad ya somos libres, Laura. Si supieran de nuestra existencia, seríamos aniquilados. Tenemos que caminar en silencio, de puntillas… Cualquier ruido podría alertar al gigante. No podemos luchar de frente porque nos aplastarían con su influencia y su dinero, como están haciendo contigo. Tenemos que actuar en el anonimato.

—¿Quiénes han pertenecido a SPES?

—Muchos… Nadie lo sabe. Pero es posible que algunos de los primeros hubiesen sido Confucio, Siddhartha y el mismo Jesús. Varios de los santos del cristianismo primigenio, Lutero y Calvino, que se rebelaron contra la venta de indulgencias y simonías de los jerarcas eclesiásticos, Erasmo de Rotterdam, Galileo, Voltaire, Descartes, Bolívar, Isaac Newton, Benjamín Franklin, grandes científicos, artistas

de todos los campos. Lamas del Tíbet cuya forma de luchar es apartarse de lo mundano y predicar con el ejemplo el desapego y la contemplación de la naturaleza, y científicos y muchos filósofos e historiadores. Incluso algunos grandes hombres de empresa fingen pertenecer a UMBRA y, en realidad, comulgan con nuestras ideas. Se pueden distinguir por su espíritu filantrópico y por la manera como tratan a sus empleados y a sus clientes. Son, en verdad, una de nuestras fuerzas más eficientes y tenemos mucha esperanza en poder seguir convenciendo cada vez a mayor número de ellos. De ellos provienen nuestros magros recursos.

—Si son tan poderosos los de UMBRA, ¿qué hacen entonces ocupándose de alguien tan poco importante como yo?

—No te subestimes, Laura. En primer lugar, esos líderes, como tú los llamas, no tienen en realidad ningún interés en cambiar las cosas, sino en su propia conveniencia. Y por otra parte con tus conferencias y tus entrevistas en publicaciones y televisión estabas movilizando a muchísimas personas y destruyendo bastantes mitos. Muchos de nuestros militantes no tienen tu enorme credibilidad porque UMBRA los desacredita con mentiras o acusaciones de que defienden intereses ocultos o protervos, o de que son una amenaza para la estabilidad democrática o cosas de ese estilo, y para eso cuenta con el poder de la prensa que ellos manejan. Tu testimonio es contundente. Lapidario. Tú hablas con absoluta propiedad de una época de ensueño en la cual los hombres, a pesar de no conocer los adelantos, ni la organización política o religiosa, y de no saber ni siquiera hablar, eran felices y vivían en armonía perfecta con la naturaleza, y todo eso lo aprendiste de tu hijo que lo vivió en carne propia, y es un testigo muy influyente. Estás logrando impactar la forma de pensar de la gente y sus actitudes. ¿Acaso tú crees que esa caída en las ventas y en la producción de hace unos meses fue una casualidad, como algunos analistas sostuvieron?

Laura sintió una punzada en el pecho al recordar esos días, aquella época, cuando empezó a dejar de ver la luz, cuando la oscuridad parecía apropiarse de su vida.

—Laura, ese fue el resultado del cambio en el comportamiento de muchos individuos que decidieron dejar de comprar cosas innecesarias y de endeudarse para comprar nimiedades. Si eso sigue extendiéndose

la economía mundial sufrirá un colapso. Y UMBRA prevé —porque tenemos espías que nos contaron de una reunión que tuvieron hace poco— que próximamente podrán darse conatos de revoluciones políticas en búsqueda de más libertades y menos privilegios para gobernantes y burócratas y más compromiso con los gobernados, que son quienes pagan sus sueldos. Ya supimos que ha comenzado a percibirse una deserción considerable de los practicantes de las distintas religiones… Querida amiga, tú eres una verdadera amenaza para el orden planetario existente.

—¿Y por qué sencillamente no me eliminaron? —preguntó ella con nerviosismo ostensible.

—Créeme que lo consideraron con mucho detenimiento. Ellos debatieron muy intensamente sobre el tratamiento que deberían darte. Al principio opinaron que asesinarte con disimulo —en lo cual ellos son expertos— era lo más adecuado. Sin embargo una corriente de la Asamblea que terminó imponiéndose argumentó que esa decisión sería contraproducente.

”Por eso resolvieron aplicarte lo que yo llamo la campana neumática. Optaron por silenciarte. Como son los dueños de casi todos los medios de comunicación y universidades, dieron la orden de que no se te volviera a invitar. Punto. Ellos piensan que si no se sigue atizando la hoguera del levantamiento todavía están a tiempo de amortiguar el daño que les has causado. Laura, tu influencia ha sido mayor de lo que crees. A nosotros, los afiliados a SPES, nos ha servido de iluminación. Hemos seguido tu carrera, tenemos nuevos elementos para continuar. No todo está perdido.

Laura Andrews sabía que se encontraba ante la mayor revelación de su existencia. A su mente llegaban las imágenes con los rostros de estos hombres y comenzaba a entender la razón misteriosa por la cual pensadores de las más variadas épocas predicaron verdades parecidas, a pesar de haber sido etiquetados en distintas religiones o líneas de pensamiento filosóficas o políticas. A Laura siempre le había llamado la atención que entre las doctrinas de muchos filósofos y políticos de tiempos muy diferentes y que jamás se conocieron entre sí, existía un hilo conductor enredado y muy poco visible que a la luz de las palabras de Mark se hacía tangible, se podía encontrar con claridad.

Pertenecían a SPES… Ahora comprendía muchas cosas. Y también comprendía por qué otros autores cuyos pensamientos eran evidentemente absurdos e incongruentes tenían tanto éxito y eran tan bien recibidos. Todo era un problema de patrocinio… de conveniencia… La realidad y la historia eran con frecuencia retorcidas. Por eso ahora podían callarla. Seguramente después de unos años los de UMBRA serían capaces de reescribir su libro, o desaparecerlo y hacer como que nunca hubiese existido. A ella misma podrían desaparecerla, y negar la existencia y el testimonio de Kibo. Todo aquello era espantoso.

—Pero —dijo Laura acongojada—, ¿qué podemos hacer?

—Como habrás podido apreciar, a pesar de nuestros esfuerzos permanentes, no hemos tenido mucho éxito. Los hombres siguen atrapados en ese torbellino feroz de envidia, codicia y miedo que UMBRA sembró. La humanidad es insaciable. Y unos cuantos siguen oprimiendo a muchos otros y obteniendo beneficios del miedo o la desesperanza. Es el triunfo de UMBRA.

”Luchar contra eso es causa perdida. Sin embargo, después de conocerte y oír tus discursos con el testimonio simplísimo y convincente de la vida prehistórica de tu hijo, algunos de nosotros hemos tenido una idea que quizás pueda funcionar… Primero debo decirte que nosotros pensamos durante siglos que la causa de la insatisfacción eran la desigualdad, la opresión, la pobreza. Tú nos hiciste caer en la cuenta de que esas en realidad no son causas, sino efectos de una causa más poderosa. Nos hiciste ver con claridad que la génesis de las molestias está en la propiedad y nos has demostrado que es posible vivir sin ella. Nuestros antepasados, los hombres primitivos, no la tuvieron y, no obstante, sobrevivieron. De la propiedad nacen casi todos los males que nos impiden estar contentos.

Las emociones de la neoyorquina en aquel momento oscilaban entre la gratitud, la indignación, el desconcierto, el asco y la sorpresa.

El viejo abogado se levantó de nuevo, como si cada vez que cambiara de asunto necesitara estar de pie, hacer silencio y recomenzar.

—Ya hemos reflexionado bastante, Laura, lo sabes bien, ahora es el momento de actuar. Esto es lo que te propongo que hagamos…

Mark habló sin interrupción. Sonreía mientras gesticulaba, sus ojos comenzaron a brillar con fuerza y una alegría repentina hija de la esperanza lo invadió.

Ella escuchó atenta, una sonrisa también se delineó en su rostro. También le hizo preguntas, incluso sacó una pequeña libreta de su bolsillo para tomar notas. No quería perderse ningún detalle. Mark también tenía una carpeta colmada de notas, dibujos y mapas.

Más tarde Laura volvió a su celda ya preparada para el trámite de la apelación.

Capítulo 6

No
hay
mal
que
dure
cien
años
ni
cuerpo
que
lo
resista.
Autor
desconocido,
pero
sabio

Hacia el extremo septentrional de la República de Tanzania, en la frontera con Kenia y más o menos cerca del Kilimanjaro, yace, entre suaves colinas azulosas que se reflejan deliciosamente en sus aguas, el lago Jipé, uno de los secretos bien conservados de la sorprendente geografía de aquel país africano.

En su ribera se extiende hacia el sudoeste, en una superficie de unas cuarenta y cinco mil hectáreas (extensión algo inferior a la de Andorra, el primoroso principado independiente enclavado en los Pirineos), una extraña organización política que se conoce con el nombre de Territorio Autónomo de Laetania —TAL— (no confundir con Letonia ni con Lituania, los países europeos). Su denominación viene del latín *Laetus*, que significa "alegre, contento, feliz".

Y es extraña porque, si bien se encuentra dentro de la órbita de la

soberanía tanzana y bajo la protección de sus fuerzas armadas, que cuidan con esmero sus fronteras, sus pobladores celebraron a perpetuidad con el Gobierno de esa nación un particular convenio que les brinda plena autonomía en su manejo y en su legislación a cambio de pagar los impuestos correspondientes y de renunciar a una eventual explotación de hidrocarburos en caso de que algún yacimiento se encontrase dentro de sus límites. Los moradores de Laetania firmaron ese pacto sin reticencia alguna porque el asunto de explotar petróleo no les interesaba en lo más mínimo.

Un considerable grupo de individuos, liderado por Marcus Nicoletti, el abogado de Laura Andrews, provenientes de los cuatro puntos cardinales del globo, adquirió ese territorio hacia el año 2037 de sus legítimos propietarios —campesinos locales—, a quienes reconocieron un precio bastante superior al de su valor comercial y a quienes invitaron a vivir dentro de sus límites siempre y cuando se adhirieran a sus reglas. Ese grupo de individuos también pagó al Gobierno de Tanzania una respetable cantidad a cambio de que les fuera reconocida y respetada su autonomía política y administrativa.

Desde el año de su adquisición se comenzó a instalar en esos parajes una comunidad que ya sobrepasa los tres mil habitantes y que vive de una manera única en el planeta.

Las viviendas —si es que así pueden llamarse— son bastante singulares. Enormes y aireados kioscos de madera —todos iguales o muy parecidos— con techos de paja y pisos blancos de cerámica, que no están unos al lado de los otros ni alineados en calles o plazas, como en un poblado, sino desperdigados a lo largo y ancho del terreno —en cuya inmensidad apenas se distinguen— y en las orillas del lago. No tienen puertas, salvo las de los cuartos de baño. Son perfectamente abiertos, carecen de escaparates o armarios —allá nadie guarda nada — y tienen hermosas cocinas y neveras llenas de víveres, sobre todo hortalizas y frutas.

Cada uno de ellos está dotado con seis o siete camas, todas ordenadas, con sábanas blancas y edredones de hermosos colores y diseños característicos de África, tres o cuatro hamacas colgadas de los postes, un hermoso juego de sala de mimbre y un comedor redondo de ocho puestos con sus sillas correspondientes. Hacia el centro del kiosco

instalaron un tabique en el cual, dispuesto con muy buen gusto, hay un gran televisor en 3D, un equipo de sonido de alta fidelidad y anaqueles con gran cantidad de discos y libros con los temas más variados, pero abundantes en literatura clásica e historia.

Lo curioso es que en ninguno de esos kioscos vive nadie de forma permanente, de la manera convencional a la que estamos acostumbrados los humanos, si no que cualquiera de los habitantes puede usarlos cuando le conviene e incluso dormir en sus camas o hamacas o servirse de los alimentos guardados en el refrigerador a su antojo y sin pedir permiso a nadie. Salvo en las horas de la noche, cuando todos descansan, esas viviendas se mantienen desocupadas. Más que viviendas son como refugios para pernoctar.

Los laetanios permanecen al aire libre cultivando pequeñas parcelas, dedicados a la cacería o los deportes o sencillamente a disfrutar la existencia, o se ocupan de ciertas labores en alguna de las tres grandes edificaciones cerradas y con aire acondicionado de aquel territorio.

Estos únicos edificios son sorprendentes porque su modernidad desentona de forma categórica con el primitivismo de las otras construcciones. El que está situado en el extremo norte, cerca del lago, es una monumental biblioteca con más de un millón de volúmenes sobre todos los temas, perfectamente ordenados y clasificados, a los cuales todos los moradores pueden acceder sin necesidad de que alguien los atienda. La construcción es hermosísima y recuerda en su estilo, aun cuando no en su tamaño, al Museo Metropolitano de Nueva York, con la diferencia de que no está situada al borde de la Quinta Avenida, sino en las bellísimas orillas del lago Jipé, circundado por acacias y prados.

Los libros, una vez utilizados, son devueltos y colocados por sus lectores meticulosamente en el sitio exacto que les corresponde, atendiendo siempre a su sofisticada codificación. La mayoría de sus habitantes prefiere leer libros de papel aunque de cuando en cuando les gusta tener la experiencia del libro electrónico. Los laetanos piensan, en general, que al leer en libros de papel, logran una mayor empatía con los personajes y mayor facilidad de transportarse al ambiente de la historia.

Por otro lado, siguen siendo conscientes de que leer en papel

aumenta su comprensión de la lectura y la recordación a largo plazo debido a la interacción de más sentidos. Pasar las páginas de un libro con los dedos sigue siendo para ellos un placer infinito. ¡Y qué gusto les daba aquella costumbre adquirida desde su llegada al territorio!

Se reúnen con mucha frecuencia para hablar sobre libros; la lectura de ninguna manera es para ellos una actividad solitaria sino una oportunidad para compartir, conectarse e intercambiar ideas; incluso organizan cada dos meses sesiones en voz alta en las que disfrutan, practican su dicción e imaginan las narraciones para después comentar y postular la siguiente obra.

La biblioteca de Laetania contiene, además, videos y discos de distintas épocas y sobre todos los temas. Música, viajes, documentales históricos y científicos, películas de entretenimiento e infantiles. Cualquiera puede verlos allí mismo en cualquiera de los cientos de computadores dispuestos para el efecto o llevarlos consigo para apreciarlos en aparatos personales que también allí se les suministran y que se mantienen en perfecto estado.

La sección destinada al museo, dentro de la misma edificación, es impactante. Allí se encuentran reproducciones fidelísimas de todas las obras maestras del arte universal —pinturas y esculturas— desde el Renacimiento hasta la Abstracción, desde Da Vinci hasta Pollock y desde la *Venus de Milo* hasta el *Pensador* de Rodin, y hermosas copias de Moore y Giacometti, en sus tamaños originales, y réplicas de toda clase de piezas interesantes, como los vistosos y coloridos sarcófagos egipcios y los frisos del Partenón, cuyos originales pueden verse en el British Museum y ejemplares de alfarería fenicia, monedas romanas y toda clase de documentos, hasta un facsímil de la Declaración de Independencia de los Estados Unidos con aquella famosa frase del derecho a la búsqueda de la felicidad notoriamente destacada.

La segunda de las tres edificaciones de Laetania, de unos cuatro pisos, está erigida en el centro del territorio en medio de una fresquísima arboleda y se destina a la investigación científica y atención a la salud. Aparatos de todos los grados de complejidad, tubos de ensayo, matraces, frascos y botellas de variedad infinita de tamaños y colores, computadores y todo lo necesario para sintetizar allí medicinas sofisticadas, fertilizantes y para que los interesados

realicen experimentos e investigaciones de todo tipo.

También opera allí un modernísimo hospital con todos los servicios quirúrgicos, radiológicos y de fisioterapia. Todo el día ese edificio parece un enjambre de hombres y mujeres vestidos de blanco inmaculado, que hacen de esas actividades de investigación y curación su pasatiempo y por las cuales no ganan ni un centavo. Todo lo hacen por gusto y por amor.

Cerca de allí, pero aparte del edificio, construyeron un amplísimo comedor comunitario en el cual se sirven gratuitamente durante todo el día platos exquisitos y bebidas naturales y algunas espirituosas. En ese comedor los laetanos dan rienda suelta a su imaginación culinaria y preparan —por puro hobby— para el deleite de sus amigos sofisticados platos con productos orgánicos y las más ricas especias y aceites naturales. Todos los días son auténticos festines del paladar y la camaradería. Allí juegan, compiten y comentan sus experiencias. Este comedor es, además, como una especie de *clubhouse*, porque está rodeado de canchas de tenis y fútbol y en él se han dispuesto salones dotados con excelentes aparatos para la gimnasia, baños turcos y duchas.

La tercera edificación, situada hacia el sur, podría llamarse de servicios generales. En ella está ubicada la planta de energía eólica, la de tratamiento de agua potable y de aguas residuales, que se reciclan para el riego de los cultivos, y las máquinas para beneficiar y reciclar los desperdicios que son aprovechados casi en su totalidad para la producción de fertilizantes y otros propósitos. En ese edificio están instaladas también una enorme fábrica de textiles y confecciones, una fábrica de implementos de cocina, una gran carpintería y un espacio dedicado a la producción de calzado y elementos deportivos.

Impresiona de aquel soberbio paraje el silencio exquisito, subrayado por el sonido leve de la brisa, la riqueza de los aromas de los árboles y los pastos, y la ausencia total de automóviles. Sólo se ven, alineados en un gran patio al lado del edificio de servicios generales, un par de autobuses con capacidad para unas cuarenta personas cada uno, una pequeña camioneta gris para diez o doce pasajeros y cinco o seis grandes camiones, que jamás circulan dentro del territorio de Laetania, que carece completamente de carreteras o calles, y que sólo

se usan para el transporte de algunas —no muchas— mercancías que se requiere adquirir en las ciudades cercanas de Moshi o Arusha o para llevar hasta allí, casi siempre los domingos, a los moradores que quisieran asistir a algún oficio religioso. Algunas veces llegan hasta Dar es-Salam.

Las gentes caminan casi siempre y, ocasionalmente, utilizan alguna de las bicicletas que se mantienen en lugares especiales. Nunca tienen prisa ni diligencias importantes o citas de negocios que atender. Allá no se hacen negocios. Los mayores y los discapacitados se desplazan en pequeños carritos eléctricos como los que se usan para jugar al golf.

El lugar está lleno de fuentes, acequias, jardines con toda clase de flores y muchos campos deportivos. Los laetanos juegan fútbol, tenis, basquetbol y son amantes de los botes de remo y el atletismo. Son corredores magníficos y resistentes porque están acostumbrados a recorrer enormes distancias diarias. Pero fundamentalmente todo el territorio está conformado por extensas praderas de esas características del Oriente africano, con sus pastos amarillentos, sus baobabs y sus acacias, en las cuales vagabundean a su albedrío significativas cantidades de antílopes, cebras, jirafas y elefantes y en cuyos aires vuelan infinidad de pájaros que alegran la atmósfera con sus cantos y graznidos. También existen, por supuesto, las fieras temibles con quienes los habitantes de aquel país peculiar han aprendido a convivir sin perderles nunca el respeto que merecen.

Es curioso, pero no se ven agentes de policía, ni cárceles, ni sitios dedicados a la administración de justicia, ni armas, ni ejército, ni cuarteles.

Algo que sorprende cuando se visita Laetania, lo que resulta un placer maravilloso porque sus moradores tienen una actitud desenvuelta y hospitalaria como quizás no podría verse en ningún otro lugar de la Tierra, es la casi total inexistencia de teléfonos celulares o Dispositivos Inteligentes de Comunicación (DIC) —como ahora se llamaban— y la poquísima presencia de tecnología de punta en las cabañas. A pesar de que a mediados del siglo XXI los adelantos en materia de cibernética, uso de redes sociales, inteligencia artificial y manejo de algoritmos habían llegado a tal punto de sofisticación que ya los robots y los computadores eran capaces de manejar, sin

intervención humana, desde las tareas domésticas más simples —como preparación de alimentos y bebidas, compra de mercado o elementos de aseo, temperatura y nivel de luminosidad de las casas o apartamentos, o selección del destino vacacional más adecuado, con la correspondiente adquisición de tiquetes y reserva de hoteles— hasta actividades tan complejas como el diagnóstico y tratamiento de enfermedades de toda índole, la selección de pareja sentimental ideal o la captura, juzgamiento y castigo a aquellos pocos que aún se atrevían a delinquir, los laetanos habían optado por no beneficiarse de esos adelantos.

Aquella no fue una decisión sencilla, pero la tomaron fundamentalmente por la consideración de que las máquinas estaban erradicando el ejercicio de las libertades y de las facultades cognitivas de los hombres y porque se corría el peligro —cosa que ya había sucedido con inventos como la pólvora, el uso de la energía atómica o la televisión, entre otros— de que el manejo de todos esos aparatos terminara en manos del Consejo de las Sombras y fuesen utilizados en el nefasto designio de propagar la infelicidad.

Cuentan los moradores de Laetania que al principio se sintieron extraños y desamparados, pero a los pocos meses recobraron la maravillosa capacidad de conversar con sus compañeros de viva voz, de tomar decisiones por voluntad propia y no basados en recomendaciones algorítmicas de sus DIC y, en lugar de permanecer sentados largas horas frente a una pantalla jugando, volvieron al aire libre y a las competencias deportivas reales y no virtuales.

Otra particularidad de aquel territorio es la ausencia absoluta de relojes. Allí a nadie le importa la hora. Han desterrado de sus vidas por completo la medición del tiempo.

Y aquello es muy llamativo porque le hace al forastero caer en la cuenta de la enorme dependencia que los hombres tenemos de los relojes. Los hemos colocado en las plazas, en las iglesias, en las estaciones de tren y en los aeropuertos, en los teléfonos, en los automóviles, en los aparatos de radio y televisión. Casi no existe ser humano adulto que no porte uno en su muñeca y los relojes han terminado convirtiéndose en símbolo de riqueza o categoría social. Se fabrican de todos los tamaños y formas y nos enorgullecemos de su

precisión, como si unos pocos segundos al día, o al mes, tuvieran una importancia vital. Los noticieros dan la hora con regularidad asombrosa y cada minuto del día la preguntamos a alguien. A los laetanos aquello no les importa. Y como consecuencia de la ausencia de relojes, tampoco conocen el día o el mes —ni siquiera el año— en que viven. No les preocupan ni la edad ni el futuro. Viven siempre el ahora.

Tampoco tienen espejos. Y aquello también era inexplicable. Al igual que sucede con los relojes, uno allí se percata de cuánta importancia damos los hombres a la apariencia física. A aquellos laetanos los tiene sin cuidado. Sin embargo lucen maravillosamente bien. Mantienen sus cabellos bien peinados y sus dientes blancos y saludables y las escasas ropas que usan les sientan a la perfección. Todos son esbeltos, musculosos y ágiles como gacelas y exhiben un tono de piel que haría morir de envidia a aquellos vacacionistas que gastan sus días y buena cantidad de dólares en alcanzar bronceados perfectos.

Allí no circulan periódicos, ni se oyen noticias en la radio. Nada de lo que ocurre en el mundo los perturba. Han aprendido que las noticias no son más que una manera en que unos cuantos se lucran induciendo en los demás temores y aprensiones que en verdad no tienen ninguna importancia. Existen aparatos de sonido que se usan casi exclusivamente para oír música —casi siempre buena música— que los embelesa y algunos cuantos televisores están convenientemente dispuestos en distintos sitios del territorio y en los búngalos para ver los deportes —que les encantan— y películas sobre la vida animal y sobre algunos sitios hermosos de la Tierra.

También disfrutan de filmes comerciales que les llegan por internet y series de televisión que los divierten en grande y los hacen reflexionar sobre todas las cosas absurdas que una vez vivieron. La energía eléctrica les viene de unas plantas eólicas que generan algunos kilovatios escasos pero suficientes para sus pocas necesidades en esa materia porque, fuera de la biblioteca, el laboratorio, el edificio de servicios generales y los refrigeradores de los kioscos, no tienen aires acondicionados, lavadoras automáticas ni cocinas eléctricas o calentadores de agua. La existencia se desenvuelve de forma muy

simple y con un gran respeto por la conservación de la naturaleza.

Sin embargo, lo peculiar de todas estas características es insignificante al lado de lo desconcertante del funcionamiento de aquella comunidad.

Para comenzar, han abolido por completo el concepto de propiedad.

Cuando decidieron radicarse allí veinte años antes, los miembros de SPES vendieron, en un gesto aparentemente absurdo, absolutamente todas sus pertenencias —bienes raíces, muebles y enseres, obras de arte, joyas, ropas, acciones y valores— y con el producto de la venta adquirieron el territorio al suroeste del lago Jipé. Con el remanente constituyeron varios grandes fideicomisos, que administraban firmas especializadas de garantizada solvencia moral, que les generan rentas suficientes para los gastos de dotación y funcionamiento de su nueva patria.

Como casi todos los integrantes de SPES son personas profesionales, trabajadoras y serias, el patrimonio que han logrado acumular es bastante considerable. Esas rentas las maneja un consejo de cinco miembros —expertos financistas— que se sustituyen con frecuencia y en cuyas deliberaciones puede participar cualquiera de los habitantes, aun cuando la verdad es que a la inmensa mayoría aquello no les interesa. Tienen confianza plena en quienes los representan.

La administración es un servicio comunitario que significa un sacrificio del cual no se deriva beneficio alguno y los laetanos cada día olvidan más el asunto del dinero, el lucro o las finanzas. Aquel consejo se ocupa de la vigilancia de los fideicomisos y de las compras necesarias, que cada vez son menos, porque con el paso de los años han llegado casi a la autosuficiencia.

Un grupo de voluntarios sin remuneración alguna atiende la dotación de los búngalos, y otros —a quienes les fascina hacerlo— se encargan de la cocina y la atención de los comedores comunitarios. La inmensa mayoría, sin embargo, prepara sus propios alimentos, que provienen de rebaños comunitarios de reses y ovejas, de la cría de cerdos y gallinas que se mueven por doquiera y de la recolección de granos y hortalizas diseminados por todo el territorio —hecho que lo reviste de enorme belleza porque lo decora con distintos colores y

texturas y árboles frutales de todas las variedades que adornan profusamente la geografía laetana—.

Las ropas son sencillas y frescas y se confeccionan en el complejo de servicios generales, donde también funciona la lavandería. Allí opera una especie de comisariato en el cual las gentes toman lo que necesitan en materia de vestido y de implementos de higiene y aseo. Casi todos acostumbran llevar consigo un pequeño maletín con su cepillo dental y las medicinas personales.

Pero no se crea que los laetanos parecen uniformados. Allí no se ha renunciado a la vanidad y entre ellos hay diseñadores de gusto exquisito que se regodean en sus creaciones. Los vestidos son de muchos colores, estilos y estampados, y ellos y ellas los lucen con airosidad, que se realza por la esbeltez y el bronceado de sus figuras. Pero no son dueños de sus ropas ni las apilan en armarios y gavetas. Sencillamente las usan y cuando quieren las devuelven y las reemplazan por otras que adquieren en el comisariato o que toman de los entrepaños de los kioscos —que siempre están dotados con prendas, toallas y sábanas—, que pueden ser nuevas o usadas, pero aquello a nadie le importa. Ellos saben que después de cada postura las ropas y sábanas son lavadas y esterilizadas de forma meticulosa.

Las mujeres usan bellas sandalias, a veces con tacones altos, cuando van al club, y adornan coquetas sus cuellos y brazos con gargantillas y pulseras de piedrecillas brillantes, que también retornan al comisariato y las cambian por otras diferentes cada vez que quieren. Igual ocurre con los libros, videos o discos, que toman a su antojo de la biblioteca.

La prohibición de la propiedad es básicamente la única norma vigente en aquel extraño país. De resto, nada les está vedado. Ellos han entendido que si se suprime la propiedad, de forma automática se eliminan la envidia, la codicia, la ambición de poder, el sentimiento posesivo sobre la pareja o los hijos, y con ello, los celos enfermizos, las diferencias sociales, la necesidad ficticia de jerarquizar la sociedad y tantos otros vicios consecuentes que enturbian la tranquilidad de los hombres. La violencia y el crimen desaparecen. También el miedo y la preocupación…

Aquello no es fácil de entender para un forastero porque el afán de acumular objetos siempre se ha considerado una nota característica

del ser humano. Incluso en los estados socialistas o comunistas siempre existió la propiedad. La diferencia es que en estos últimos, su titularidad corresponde al Estado y terminan siendo sus dirigentes quienes se lucran de ella.

Por ello, en esas naciones la igualdad no pasó jamás de ser un mito. Los burócratas tienen siempre mejores privilegios que los demás.

Llegar a esa situación de inexistencia de lo propio no fue una tarea sencilla. Ni sucedió en corto tiempo. Fue preciso destruir un mito en el cual nadie jamás había pensado porque desde que existe la memoria colectiva siempre se habló de "lo mío", "lo tuyo", "lo nuestro", "lo ajeno". Pero el testimonio de Kibo Andrews, aquel jovencito encontrado en las nieves del Kilimanjaro y resucitado en Scottsdale, Arizona, había revelado a los integrantes de SPES que en la supresión de ese concepto estaba la verdadera fuente de la felicidad perfecta, que tanto había trasnochado a la humanidad durante miles de años.

También comprendieron que luchar contra UMBRA era inútil si no se lograba primero erradicar de los corazones de los hombres el apego a las riquezas y la necesidad compulsiva de acumular pertenencias, lo cual parecía imposible en una civilización edificada precisamente para proteger y venerar ese afán de poseer, que había terminado por considerarse elemento esencial de la naturaleza humana. Por eso los fundadores de Laetania decidieron crear un mundo nuevo, un laboratorio experimental que pudiese demostrar que aquello se podía alcanzar y, a partir de allí, comenzar la verdadera reconquista de la Tierra. Un mundo nuevo en el que incluso las respuestas a los mensajes electrónicos fuera un reflejo inequívoco de la paz que allí se respiraba.

Todo este sueño llamado Laetania comenzó en aquella larga conversación entre Laura Andrews y Marcus Nicoletti en la sala de visitas de la cárcel de Camp Verde cuando preparaban la estrategia de apelación frente a la sentencia que le había sido impuesta a la periodista. Mark le dijo a Laura que él había arreglado que, si se declaraba culpable, rebajarían su sentencia a un año de condena que ella pagaría en libertad condicional y que podrían aprovechar ese tiempo para llevar a cabo los preparativos necesarios para la fundación de un nuevo mundo.

Cuando su abogado le recomendó ese proceder, Laura montó en cólera. ¡Ella era inocente! No había dicho ninguna mentira ni había inventado la historia de Kibo. No había hecho nada distinto que querer ayudar a la gente para que viviera tranquila y feliz. ¿Dónde quedaba el derecho de los norteamericanos de expresar sus opiniones como quisieran? Esto no era tan sólo un problema que afectara su tranquilidad personal, sino que envolvía un asunto de principios mucho más trascendental que su propio bienestar… Ella estaba dispuesta a gastarse hasta su último dólar y su último aliento para defender su inocencia y las de Gibson y Kibo. Prefería podrirse en la cárcel antes que confesar que había cometido algún delito. Apelaría al poder de la opinión pública, de la prensa.

Marcus Nicoletti aguantó su explosión con su ecuanimidad habitual y luego le explicó que eso no valía la pena. No conducía a ninguna parte. Ya ellos —los de SPES— lo habían intentado en miles de oportunidades, y con distintas estrategias, en diferentes episodios de la historia, sin éxito. Le hizo ver que ya la tal "opinión pública" había sido manipulada y corrompida y que la mayoría de los lectores de periódicos y televidentes la veían a ella, a Laura, como una mentirosa, aprovechada y subversiva. Sin duda toda la campaña de desprestigio con el cuento de sus amoríos y su alcoholismo había surtido efecto. Que las manifestaciones en su favor cada vez eran más tímidas y más ocasionales. Que en unos pocos meses todos se olvidarían de ella y de sus prédicas y su libro.

Le dijo con mucho sosiego que por el camino que traían jamás llegarían a propagar la felicidad sobre la Tierra, que los prejuicios y las mentiras que UMBRA había inculcado en las mentes de los hombres eran demasiado fuertes y profundos y que era preciso cambiar de estrategia. No más escribir libros de superación personal o artículos de revistas. No más críticas al consumismo o al capitalismo, o tratar de encontrar sistemas políticos o religiones que brindaran felicidad. No más revoluciones. Eso no daba resultado.

Todas las revoluciones que se habían intentado hacer habían fracasado o terminaban siendo aprovechadas por individuos sin escrúpulos y, cuando triunfaban, lo único que terminaba cambiando era el nombre de los opresores. Lo demás seguía inmodificable. Todas

esas estrategias o tácticas siempre resultaban contraproducentes porque los hombres pensaban que vivir sin bienes era una utopía. Porque la codicia y la obsesión por el poder seguían intactas y en esas condiciones UMBRA siempre resultaba vencedora. Había que intentar otra cosa. Le recordó aquello de que si se siguen adoptando los mismos comportamientos se seguirán produciendo los mismos resultados.

La discusión fue prolongada y caliente. Pero Laura terminó aceptando, con los hombros caídos y un rictus de amargura, la recomendación del viejo abogado.

En el Tribunal de Apelaciones de Pasadena no hubo comedia, ni martillazos, ni recesos ni discursos altisonantes y conmovedores. El trámite del recurso fue sucinto y, después de la aceptación de los cargos por parte de Laura, todo el asunto terminó muy pronto tal como Mark lo había pronosticado.

Mientras se cumplía el término de la condena de Laura, durante el cual a ella le fue permitido permanecer libre con la obligación de reportarse quincenalmente a un oficial designado para el efecto, Mark convocó una asamblea de los miembros más influyentes y adinerados de SPES para contagiarlos de su locura. El respeto y la credibilidad que sentían por la periodista, por Mark y por el profesor Cunningham, además de la narración de Kibo de cómo en sus praderas se vivía sin propiedad, sin religión y sin leyes, lograron el milagro de convencerlos. Crearían ese nuevo mundo que Marcus Nicoletti les proponía.

Al tiempo que comenzaron a vender sus propiedades para constituir los fideicomisos conformaron varias comisiones que se ocuparían de dar forma final al proyecto. Una comisión financiera tendría a su cargo la administración de los dineros y la consecución de los fondos para la adquisición de un territorio apropiado.

Una de logística llevó adelante los estudios geográficos del sitio apropiado y de cómo serían su construcción y su dotación. La jurídica negociaría las condiciones de adquisición de las tierras y los contratos que se celebrarían con el Estado en el cual se adelantaría el proyecto —que todos resolvieron debía ser Tanzania, la cuna de Kibo—, y otra, que llamaron filosófica, redactaría y explicaría suficientemente a los

miembros de SPES los fundamentos científicos, históricos y antropológicos de su aventura.

Cinco años más tarde todo estuvo hecho.

Acostumbrarse a la existencia sin propiedad fue todo un proceso. Un verdadero salto al vacío. Expulsar de la mente el deseo de poseer, perder el miedo a la incomodidad, dejar de preocuparse por el futuro y confiar en que todo saldría bien era casi un deporte extremo. Muchos no lo lograron, sucumbieron a sus temores y regresaron a su antigua vida. Nadie ni nada los obligaba a permanecer en Laetania. Esa era una decisión libérrima y la libertad perfecta era una de las bases de la nueva convivencia. A ellos se les retornó su inversión y todos contentos.

Pero quienes lograron aclimatarse tuvieron pronto enormes retribuciones.

Quizás la primera de las consecuencias de la supresión de la propiedad fue la desaparición del crimen. Como nadie podía tener nada, robar no valía la pena. Ni matar a otro para conseguir algo. Ni estafar o falsificar. Enseguida pudieron comprobar los laetanos que casi todos los delitos tienen como propósito adquirir algo, hacerse más rico. Si no hay propiedad, delinquir es perfectamente estúpido. Y como no había crímenes, no había cárceles, ni jueces, ni policías. Todo aquello significaba, de paso, una economía considerable en los gastos de funcionamiento.

También se desvanecieron las clases sociales con toda la ebullición e intranquilidad que su existencia genera en las personas. Allí todo el mundo era igual de pobre. O de rico. Todo depende del cristal con que se lo mire. La igualdad económica era total, pero no por mandato de una ley o acción de un gobernante sino porque si nadie tenía nada, nadie podía ser mejor que otro en el terreno pecuniario. A lo mejor lo superaba en alguna competencia deportiva o tenía mejores habilidades pictóricas o musicales, pero eso no despertaba resentimiento sino más bien admiración y afecto porque ellos empleaban esos dones en el entretenimiento de los demás. De hecho, muchas de las obras del museo eran originales de los laetanos y con frecuencia se celebraban conciertos y representaciones teatrales. Tenían incluso una orquesta sinfónica bastante aceptable y ya habían comenzado por esta época a

organizar un elenco operático.

Pudieron eliminar la necesidad de tener gobernantes o burócratas. Como nadie ganaba más que otro —allí no existía la moneda—, todas esas dignidades, lejos de reportar algún privilegio significaban una carga. Ellos resolvieron rotarse los pocos deberes que podríamos llamar públicos. Eran conscientes de que el bienestar colectivo los beneficiaba a todos y cada cual se ocupaba de contribuir a la limpieza, al orden y al embellecimiento de su país, que al fin y al cabo era suyo.

Era curioso, pero allá no había presidente, rey, Congreso, ni Altas Cortes. Por fin se habían zafado de la politiquería y de rendir pleitesía a unos petulantes que se sentían superiores. Nadie era juzgado jamás. Paulatinamente habían venido erradicando de sus vocabularios y mentes los conceptos de bueno o malo, conveniente o inconveniente, aceptable o inaceptable. Procuraban vivir conforme se los dictaba su naturaleza y el resultado era maravilloso.

Y no había, por todo lo dicho, leyes, reglamentos o decretos, salvo el amor. Los laetanos comprendieron que si se amaban jamás alguien querría hacerle daño a otro, o estropear los implementos de la biblioteca o del laboratorio, o apropiarse de las ropas del comisariato. Si se amaban harían sus trabajos con excelencia, nadie se aprovecharía jamás de otro y cuidarían su territorio con esmero. El amor eliminaba la violencia, la envidia, el desorden. Todos —absolutamente todos— ganaban. Los primeros años aquello les parecía extraño porque venían de un mundo esencialmente egoísta, pero poco a poco y a fuerza de practicarlo entendieron que amarse es el único mandamiento que de verdad cambia la vida.

Tampoco existían en aquel extraño país prelados, rabinos o pastores. Como se amaban, cada cual practicaba sus creencias religiosas con libertad perfecta, y si alguno quería asistir a oficios religiosos, los buses dispuestos para ello llevaban cada semana a los interesados a la ciudad de Arusha. Pero en Laetania cada cual se comunicaba con Dios de manera personal, sin necesidad de intermediarios y sin rituales ceremoniosos.

Y estos no existían por la sencilla razón de que de eso nadie derivaba ningún beneficio o preeminencia, al igual que los gobernantes o los burócratas. Desaparecida la propiedad y establecida

la igualdad total en lo económico, nadie tenía por qué inventarse actividades o condiciones especiales para lograr prerrogativas o riquezas. No servían para nada.

Los laetanos, desde su fundación, supieron que no sería fácil dejar atrás lo aprendido. Era necesario desaprender y optar por una nueva educación que los formara para la tolerancia, el respeto, la gratitud y la honestidad. Los tutores de Laetania eran ciudadanos dispuestos a impartir conocimiento y a dar ejemplo para así formar seres humanos cultos, responsables y con capacidad para tomar decisiones. Una educación centrada en lograr que los niños adquirieran todos los conocimientos propios de las distintas disciplinas, pero con la capacidad para evaluar críticamente la información, así como para transformarla.

Por otro lado, y de manera indisociable a la anterior, les enseñaban a los pupilos a desplegar las destrezas y habilidades necesarias para usar la información y los conocimientos que habían adquirido. Los tutores promovían la experimentación artística, estética, deportiva, científica, cultural y social que los llevara a conocerse a sí mismos, reconocer sus talentos para que descubrieran sus sueños, los objetivos de su vida y llevarlos a cabo. En un consenso determinaron que los tutores estarían preparados para ayudarles en el desarrollo de sus inteligencias múltiples: musical, espacial, lógico-matemática, verbal, corporal, interpersonal y naturalista.

El sistema escolar tradicional otorgaba mayor importancia a la inteligencia lógico-matemática y lingüística, pero en Laetania promovían la diversidad de inteligencias y asumían que los niños y jóvenes poseían diferentes niveles de desarrollo de ellas. Estimular todas sus capacidades, además de incluir la práctica de la meditación en sus horas de clase, los apartarían de muchos conceptos erróneos del mundo y los acostumbrarían a identificar y erradicar los prejuicios, que era uno de los temas sustanciales del modelo educativo.

Los niños y jovencitos empezaron a entender el amor de otra manera. Sus tutores les ayudaron a comprender que el amor no es una relación sino un estado interior. Una cosa son las relaciones de pareja, la pasión, el enamoramiento, el sexo, y otra el amor.

¿Cuántos de ellos, los mayores, habían oído en su escuela hablar del

amor? Eso no lo enseñaban. Nadie les dijo que el amor es la fuerza que debería mover el mundo. Nadie. En Laetania desde su más tierna edad conocían todas las interpretaciones posibles, y entendían el amor como alegría, libertad, cooperación, no como una relación convertida en una cadena de falsas expectativas, esclavitud y frustraciones.

En cuanto a las parejas, sabían que amar es sobre todo comprensión. Las relaciones sentimentales o sexuales estaban basadas en el respeto humano y la independencia de dos personas: un hombre y una mujer que se aman. En Laetania eran capaces de reconocer la libertad de ambos cónyuges de separarse cuando lo desearan, sin necesidad de pedir el permiso de nadie o establecer un trámite para ello. Las separaciones se llevaban a cabo con naturalidad y sin peleas o amargura. Al fin y al cabo, no había pertenencias que dividir.

Epílogo

Al
cabo
de
los
años
he
observado
que
la
belleza,
como
la
felicidad,
es
frecuente.
No
pasa
un
día
en
que
no
estemos,
un
instante,
en
el
paraíso.
Jorge
Luis
Borges

Aquel día era el 2 de noviembre de 2057.

En un rincón del comedor y con una vista panorámica sobre las llanuras laetanas, porque el salón había sido edificado en un promontorio de altura considerable, Laura Andrews, que pese a haber sobrepasado ya la barrera de los setenta años conservaba la belleza y la flexibilidad de cuando hizo su inolvidable primer viaje al África, contemplaba el apacentamiento de los animales, que ahora convivían con seres humanos, y rememoraba aquellas reflexiones que el Serengueti le había inspirado.

Cuánto la había impresionado el hecho de que todos aquellos seres pudiesen convivir de forma tan armónica, tan perfecta, tan afectuosa, sin envidias ni rencores. Ahora veía con inocultable regocijo que los hombres también podían hacer parte de aquella sinfonía de tranquilidad y amor. Una sonrisa apacible adornaba su semblante bronceado. A su lado estaba el doctor Gibson, el fornido director del Instituto de Criogenización que había vuelto a la vida a su hijo adoptivo.

Nunca habían llegado a formar una pareja en el sentido tradicional de la palabra, pero fueron siempre amigos inseparables. Gibson fue una de las primeras personas a quien Laura convenció de unirse a la aventura de crear un nuevo mundo y él aceptó entusiasmado. Enseguida vendió sus propiedades, incluida su participación en el Instituto, y se sumó a las huestes de SPES. En Laetania había continuado, junto con varios de sus colaboradores de Scottsdale, con sus experimentos de conservación de la vida por medio del congelamiento.

Al rato llegó Kibo. Era, con más de cuarenta años, un soberbio ejemplar de *Homo sapiens*. La edad lo había engrosado y su poderosa musculatura se podía apreciar debajo de su camisa blanca. Su piel estaba más oscura, lo que realzaba más el brillo de sus dientes y su cabello negro ya mostraba algunas canas. Venía con Marjorie, con quien había permanecido unido desde los lejanos tiempos de estudiantes en Columbia, que seguía pareciendo una adolescente delgada, bella y sonriente, colgada de su brazo. Habían estado, cosa que hacían con frecuencia, jugando al tenis y, como casi siempre

ocurría, ella lucía radiante porque había vuelto a derrotar a su compañero.

Dos muchachos atléticos y en plena pubertad los acompañaban. Eran sus hijos Winston y Richard, laetanos de nacimiento. De su padre habían heredado la pasión por la historia y el arte; además de su capacidad dialéctica que contagiaba a todos sus compañeros de clases. De su madre, los chicos habían heredado la infinita empatía que era capaz de generar hacia todos los seres humanos, y la alegría que podía contagiar en cualquier espacio. Algo que resaltaba y que, a su vez, los diferenciaba era que Winston poseía la capacidad de liderazgo de su padre y Richard el emprendimiento de su madre.

También estaban sentados a la mesa el profesor Cunningham, los hermanos Bernard y Elise que Laura había conocido en el viaje al África, y los padres de Esteban Álvarez.

El 2 de noviembre conmemoraban la fundación de Laetania. Celebraban el surgimiento de esta nueva vida, se cumplía el vigésimo primer aniversario de aquella conversación en la cárcel de Laura con el viejo Mark.

Winston y Richard prepararon una presentación que proyectaron en una de las paredes blancas de la sala desde el minúsculo dispositivo de pulsera de Winston. La celebración de la fundación de Laetania merecía un homenaje. Sin mucho pensarlo decidieron realizar y presentar un documental de diez minutos de duración, inteligentemente editado, cuya melodía de fondo era el concierto en Re de Beethoven para violín, una de las piezas favoritas de su padre.

El video mostraba escenas inéditas de conversaciones entre Mark y Kibo, o entre Mark y Jack Cunningham, imágenes del territorio de Laetania cuando apenas comenzaban a poblarla, frases de Laura y de Kibo impresas, magníficas tomas de las fachadas de la biblioteca, de las casas, de los miembros de SPES que se dirigían a la cámara para saludar o pronunciar un mensaje amistoso, también de las preciosas fuentes y de los jardines, de los campos deportivos de fútbol, tenis, básquetbol, de las extensas praderas de pastos amarillentos, también de la planta de energía eólica, del centro de investigación y el de salud, de los animales y, claro, primeros planos de sus habitantes, cuyos rostros reflejaban un inmenso gozo. Al final aparecían los

créditos en fondo negro con caracteres blancos.

Los aplausos no se hicieron esperar. La ovación fue de pie.

Nadie hasta entonces estaba enterado de sus dotes como realizadores audiovisuales.

—No me cabe duda de que los hermanos Andrews serán directores de cine —afirmó Benjamín Gibson.

—Ahora entiendo todo el secreteo que estos niños han tenido durante los últimos días —dijo Marjorie.

La mesa estaba dispuesta para la celebración. Qué grato resultaba para Laura reunir otra vez a su grupo de amigos. La llenaba de dicha poder brindar de nuevo con Bernard y Elise, con el profesor Cunningham y su esposa Alice, con los padres de Esteban Álvarez, con Billy, Carol y Albert, los amigos de adolescencia y de toda la vida de su hijo, así como con Mario Müller —el estrafalario consultor en marketing—, quien se había declarado el biógrafo oficial de Kibo y Laura Andrews. También la entristecía un poco que Mark, Erika y Anne los hubiesen dejado unos años antes.

Las formidables bandejas colmadas con carnes a la brasa, kebabs (un plato preparado con tiras de carne de cordero con fuertes especias, acompañadas de verduras crudas o cocidas, maíz, judías verdes, papas y arroz), deleitaron a los comensales que siempre esperaban con ansias esta fecha para disfrutar del banquete y del infaltable brindis. En fuentes más pequeñas, como acompañamiento, estaban las salsas hechas a base de curry y otras de leche de coco. El postre, como siempre: zanzibar, una receta que adoraban Winston y Richard, preparada por su madre con flan, bananas, canela, clavos y nuez moscada.

Al terminar de cenar, Kibo se levantó con su copa de *kibgayi*, un agradable licor mezcla de ginebra y vodka, y pidió la atención a los comensales.

—¡Esta comida ha alimentado nuestro cuerpo y nuestra alma! No sé si lo sepan, pero hay quienes dicen que la costumbre de chocar las copas viene de los romanos, quienes bebían mucho y decían que al tomar un trago había que disfrutarlo todo, todos los sentidos disfrutaban del trago: olfato, tacto, gusto, vista, excepto el oído. Con el

tintineo de las copas subsanaban esa deficiencia…

—Un brindis digno de un historiador —murmuró Laura.

Todos se echaron a reír. Kibo sonrió, le envió un beso a su madre en el aire y continuó:

—Se dice también que en la antigua Roma los anfitriones que dudaban de sus invitados chocaban con fuerza las copas, lo que producía que el líquido se pasara de una copa a otra. Así un envenenamiento resultaba imposible. Como cada 2 de noviembre, quiero brindar por Laetania, la tierra soñada; no nacimos aquí, pero sí nacimos para conocer la libertad. ¡Brindo por Laetania que es libertad! ¡Brindo por Mark y por SPES! ¡Brindo por nosotros! ¡Salud!

Las copas chocaron.

Un brindis podía reunir toda la gratitud y todo el entusiasmo del grupo. La alegría por la vida, como todos los días, envolvía el ambiente. En cada lugar de Laetania sucedía lo mismo.

Después de un largo rato de tertulia, al calor de unos razonablemente aceptables vinos extraídos de cepas laetanas, durante el cual recordaron con alegría y nostalgia todos los acontecimientos y los avatares que los habían llevado hasta allí y observaron con enorme gozo los logros alcanzados y la forma fantástica como se desenvolvía la vida en su nueva patria sin propiedad, gobiernos ni leyes, Laura tomó la palabra:

—Nuestro querido Mark tenía razón. Las condiciones para derrotar a UMBRA no estaban dadas. La propiedad y el miedo al futuro están demasiado arraigados en los hombres. Lo más interesante de esto que hemos construido es que podría lograrse en todo el mundo. Imagínense ustedes la economía que representaría prescindir de ejércitos y gasto militar. Acabar con tantos Congresos, presidentes, jueces, ministros y secretarios de Estado, con toda la parafernalia que los rodea, y que las enormes riquezas de la humanidad pudieran aprovecharse por todos sin que nadie interrumpiese ese flujo, sin que nadie acumulase nada inservible… Sigo soñando siempre con un mundo sin guerras, jerarquías, gobiernos o clases sociales. Sin que nadie tenga que luchar contra otro, o robar o mentir para obtener lo que necesita. La producción del mundo es más que suficiente para todos. No habría que pelear por ello. Aquí hemos comprobado que

funciona. Que es posible volver a las raíces sin renunciar a los adelantos y a las comodidades. Quizás si este experimento de amor y desprendimiento perdura es posible que en trescientos o cuatrocientos años se pueda transformar el planeta.

—Al fin y al cabo —dijo Marjorie con un guiño—, ¡qué son trescientos o cuatrocientos años para un mundo que tiene más de cuatro mil millones y sobre todo para un hombre como Kibo que ha vivido ochenta mil…!

Una carcajada sincera y larga festejó la frase.

Laura recordó el instante en el que, en el aeropuerto del Kilimanjaro, más de treinta años atrás, había tomado un lugar a la sombra de aquella acacia añosa, pensando un viaje que la ayudara a llenar sus vacíos y paliar su tristeza. Recordó su caída dentro del socavón y su primer encuentro con Kibo. África le había dado todo lo que había buscado.

Marjorie, presa de la efusividad, encendió el diminuto amplificador de sonido ubicado en la mesa de centro. Kibo cerró los ojos y sonrió al escuchar los primeros acordes del canon en Re mayor de Pachelbel, su composición favorita. Cuánto lo deleitaba esa progresión armónica de los instrumentos de cuerda, tres violines y un bajo continuo. Cómo no iba a significar tanto para él si lo había acompañado en el instante en que había despertado de un sueño de miles de años. El canon de Pachelbel representaba los bellos secretos del mundo, la vida, el movimiento.

Exhausta, Laura entrecerró sus ojos mientras los demás danzaban, jugaban y continuaban brindando en la penumbra, amparados apenas por algunas velas que comenzaban a extinguirse. Cuando la muerte tocara a su puerta estaría satisfecha por haber disfrutado de tantos amaneceres, rayos de sol, lobelias, mariposas, cebras, garzas… Las dichosas preguntas sin respuesta seguían apareciendo, pero eso ya no le preocupaba.

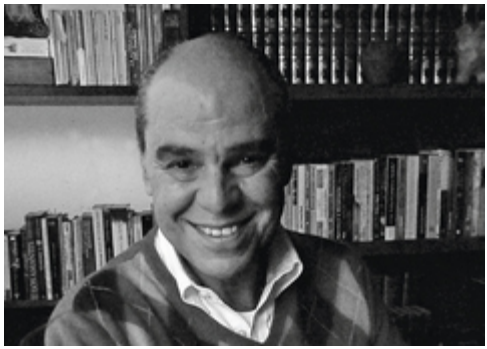
Sus nietos y bisnietos heredarían esa nueva forma de vida, con lo cual no se librarían — ¡qué ingenuidad pensarlo!— de los infortunios del mundo, ni del dolor, pero al menos no padecerían todos esos condicionamientos culturales que tanta desdicha habían traído a la raza humana.

¡Contaban con la fortuna de tener mentes y corazones abiertos! Libres.

Laura Andrews, una exitosa periodista neoyorquina, viaja a África para reponerse del impacto emocional que le produjo su divorcio y, en la cumbre del Kilimanjaro, tropieza con un hallazgo de enorme valor antropológico que le permitirá conocer las causas de la insatisfacción que agobia al mundo contemporáneo.

Laura descubre que la codicia, el consumismo y los prejuicios no pertenecen a la esencia humana y termina siendo víctima de una antiquísima sociedad secreta que se beneficia de la infelicidad, la violencia y el odio y manipula con perversidad los comportamientos de la gente.

En esta, su primera novela, Dionisio Araújo reflexiona sobre los vicios de la humanidad y el futuro que le espera.



DIONISIO ARAÚJO VÉLEZ

Nació en Cartagena de Indias en 1948. Es abogado de profesión. También se ha desempeñado como cabeza de instituciones privadas y públicas. *Kibo* es su primera novela.

Foto: © Sonia Ramón

Título: *Kibo*
Primera edición: enero de 2018

© 2018, Dionisio Araújo Vélez
© 2018, de la presente edición en castellano para todo el mundo:
Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. S.
Cra 5A No 34A – 09, Bogotá – Colombia.
PBX: (57-1) 743-0700
www.megustaleer.com.co

Diseño de cubierta: Patricia Martínez Linares / Penguin Random House Grupo Editorial
Ilustración modificada de cubierta: © Gettyimage.com

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

ISBN 978-958-59935-1-8

Conversión a formato digital: Libresque

Índice

Kibo
Epígrafe
Parte I

- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7

Parte II

- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8

Parte III

- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Epílogo

Sobre este libro
Sobre el autor
Créditos